VIRGILIO
ENEIDA

INTRODUCCIÓN

Virgilio

Quizá desde comienzos del milenio, el territorio que bordea el lento fluir de las aguas del Po se vio habitado por grupos celtas que acudían en sucesivas oleadas de allende los Alpes. Junto al Mincio, uno de sus afluentes, en Andes, una aldea cerca de Mantua, nació Publio Virgilio Marón *(Vergilius)* el 15 de octubre del año 70 a. C. A lo largo de esos mil años que preceden a su nacimiento, los pueblos celtas de la ribera habrían recibido diversas influencias civilizadoras, y, si en su momento el elemento etrusco tuvo sin duda la fuerza que destaca Virgilio en su descripción de Mantua *(Eneida, X, 198-203),* desde los tiempos de la Segunda Guerra Púnica habían brotado ya en el territorio numerosas colonias de latinos que hicieron de la Galia Cisalpina una región de avanzada cultura y saneada economía agrícola, tal como era durante el siglo 1 a. C.

Vergilius es un nombre gentilicio latino bien implantado en el norte y en otras regiones de Italia, y nos hace pensar que nació el poeta en una de esas familias latinas instaladas en la campiña del Po ya tiempo atrás, quizá desde la época de aquellas colonizaciones. Andando el tiempo y ya tan tarde como en los últimos años del imperio, sus lectores habrían corrompido el nombre en *Virgilius* -de donde procede el que aún hoy utilizamos para el autor de la *Eneida*- por una doble vía: de *virgo* (dado el tímido carácter que le valió el apodo griego de *Parthenias), o* de *virga* (por la varita característica de los magos, que esa fama tendría ya entonces nuestro poeta).

Su padre, aunque la tradición lo describe como de humilde origen, un alfarero o un bracero -o las dos cosas- que se habría casado con la hija de su patrón, Magia Pola, fue probablemente un *eques*, un terrateniente lo bastante rico como para preocuparse de que recibiera su hijo la mejor educación posible y prepararlo así para la carrera forense, camino seguro en la Roma de entonces hacia la lucha política.

Sus primeros años debieron de transcurrir, por tanto, en la finca de Andes, entre las labores del campo que tanto habrán de aparecer en sus obras, confiado tal vez a un *paedagogus* que cuidase de su instrucción primera. En Roma, Pompeyo y Craso desempeñaban el año 70 su primer consulado compartido en astuta jugada política que, bajo la apariencia de liquidar la obra de Sila, trataba de asentar el poder en las manos del partido senatorial. Diez años después formarían el primer triunvirato con César, primer movimiento de una larga partida que habría de liquidar el régimen republicano. Así, la vida de Virgilio sigue paso a paso los últimos cuarenta años de esta agonía, hasta el triunfo definitivo del principado en la persona de Augusto.

Con diez o doce años se trasladó a Cremona para comenzar sus estudios. César iniciaba por esas fechas su conquista de la Galia, y hay quien afirma que leyó Virgilio sus *Comentarios* con mayor interés por haber tenido quizá ocasión de verle personalmente cuando andaba reclutando sus tropas por las ciudades de la Galia Cisalpina. Aunque era primaria la educación que recibió en Cremona (es decir, una enseñanza elemental de lectura, escritura y aritmética), no hay que perder de vista que era éste el territorio donde habían nacido y comenzado a escribir parte de los *poetae novia;* temprano habría empezado Virgilio a entrar en contacto con el mundo de la literatura más refinada de su tiempo.

Parece que recibió la toga viril el año 55, y quiere la tradición que también fuera éste el año de la muerte de Lucrecio. Siguiendo el camino que le alejaba de su tierra natal imperceptiblemente, marcha Virgilio a Milán a continuar los estudios de gramática y literatura que ya habría comenzado en Cremona. Era *Mediolanum* una importante ciudad donde cabe suponer que sería fácil recibir una adecuada educación para intentar el salto final hacia Roma, donde debió de instalarse Virgilio el año 54, más o menos.

Su intención era, como la de todo romano cultivado, estudiar retórica, y parece que su padre le obligaba a prepararse para una carrera forense y política, aunque puede que este dato de su biografía no sea otra vez sino el tópico que hace con frecuencia trabajar a los poetas contra las buenas intenciones de la familia. Según alguno de sus biógrafos, frecuentó las lecciones de Epidio, quien fuera también maestro por entonces de Antonio y Octaviano, el futuro Augusto. Pero era la retórica árida especialidad para un poeta y, por otra parte, los tiempos en Roma (en el 52 Pompeyo se convirtió ya en *consul sine collega)* eran ya más de dinero y espada que de discursos. Por ello no es raro que Virgilio prefiriera dedicarse a frecuentar los restos de lo que había sido el círculo de Catulo, como muestran las amistades que por entonces habría empezado a hacer con Asinio Polión,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Alfeno Varo, Cornelio Galo, Helvio Cinna y otros. A ello habría contribuido decisivamente lo que sus biógrafos describen como un fracaso en su primera intervención como abogado.

Debía Virgilio de estar en Roma el año 49, cuando estalló la guerra entre César y Pompeyo, y éste hubo de cruzar precipitadamente el Adriático con buena parte del Senado. No es seguro si militó en las armas de César ni si hubo de dejarlo ya por problemas de salud. Sea como fuere, su salud, sin duda, no era buena y los acontecimientos políticos de estos años debieron marcarle profundamente; por todo ello, poco después de Farsalia se marcha a Nápoles (año 48 a. C.) para estudiar filosofía con el epicúreo Sirón, director entonces del «jardín», un hermoso círculo de filósofos y artistas que habrían frecuentado nombres importantes de la Roma de entonces, como Julio César, Manlio Torcuato, Hircio, Pansa, Dolabela, Casio, Ático y Cornelio Galo. De Cremona a Nápoles, por tanto, parece que Virgilio no dejó de estar en estrecho contacto con los círculos intelectuales más notables.

No podemos saber con seguridad si Virgilio escribía ya por estos años. De ser suyos -cosa que parece dudosa a la moderna crítica- algunos de los poemas de la Appendix Vergiliana, los habría escrito por entonces y pueden seguirse en ellos las influencias de aquellos poetae novi que pretendían poner la poesía romana tras los pasos de Teócrito y Calímaco; de esa escuela, por tanto, que se conoce como alejandrinista. Virgilio se instaló definitivamente en Nápoles, quizá recibió en herencia la pequeña finca de Sirón (antes del 41 a. C.) y, pese a que con el tiempo llegó a tener algunas posesiones en la propia Roma gracias a la generosidad de sus amigos, se hicieron cada vez más raros sus viajes a la capital del imperio.

Así pues, he aquí a Virgilio tranquilamente instalado en Campania mientras se desarrollaban los graves acontecimientos de la guerra civil que, primero, pusieron todo el poder en las manos de C. Julio César, y fueron al cabo la causa de su muerte, el 15 de marzo del 44. Sin embargo, cuando, tras las primeras disputas, Marco Antonio y Octaviano forman con Lépido el llamado Segundo Triunvirato a finales del 43, el poeta ve cómo su vida es arrastrada en el remolino de las guerras de Roma. Y es que no podía ser de otra forma: la proscripción y el subsiguiente asesinato de Cicerón por orden directa de los triúnviros constituían todo un síntoma de que ni los más hábiles podían quedar al margen de los terribles acontecimientos. Octaviano tenía que instalar a 100.000 soldados que debían ser licenciados urgentemente, en evitación de males mayores. Toda Italia se vio afectada por las confiscaciones de tierras: la propia Campania donde vivía Virgilio, y también los campos de Cremona, su tierra natal *(Mantua uae miserae nimium uicina Cremonae).* Sus propias posesiones fueron confiscadas y hasta su padre debió instalarse en la finca de Nápoles. Puesto que sus amigos (Asinio Polión, Cornelio Galo y Alfeno Varo) pertenecían al círculo de los triúnviros, quiere la tradición que Virgilio habría logrado de Octaviano la devolución de su propiedad: no son, sin embargo, definitivos los datos que avalar pueden una afirmación como ésta.

Asinio Polión fue precisamente quien animó a Virgilio a que compusiera unos poemas según los Idilios de Teócrito, al modo que ya había intentado M. Valerio Mesala. Las Bucólicas fueron publicadas poco después del 39, y su éxito superó con creces los límites de los círculos alejandrinistas, siendo adaptadas con éxito como mimo para la escena. Virgilio, según sus biógrafos, las había comenzado a los veintiocho años, y parece que con ellas se vio de repente lanzado a una fama y una popularidad que no iban bien con su carácter retraído. Fue a raíz de este éxito cuando Mecenas puso a Virgilio en contacto con Octaviano, su antiguo compañero de estudios, arrebatándoselo al círculo de Polión, amigo y aliado de Marco Antonio.

C. Mecenas era un eques de ascendencia etrusca, que aparece ya en los días de Módena (43 a. C.) al lado de Octaviano. Persona de gran tacto y visión política, su influencia fue decisiva en la Roma que Octaviano quería modelar y especialmente en lo que se refiere al terreno de la literatura. Supo rodearse de un círculo de poetas que, a cambio de su amistad y protección, realizaron toda una campaña en favor de los intereses del futuro *princeps.* Virgilio, pues, fue admitido en este círculo y él mismo con Vario Rufo logró que Mecenas aceptase a Horacio. Sabemos por una satira (I, 5) de este último de un famoso viaje a Brindis que realizó Mecenas con lo mejor de su grupo, con Virgilio, Horacio, Vario Rufo y Plocio Turca. Por aquellos días (37 a. C.) debía celebrarse una entrevista en Tarento para reconciliar a Octaviano con Marco Antonio, y sin duda Mecenas se había propuesto impresionar al futuro enemigo con toda una corte de artistas.

Podemos pensar que fue durante el trayecto cuando convenció Mecenas a Virgilio para que compusiera sus Geórgicas, cuatro libros de poesía didáctica relacionada con la vida del campo. El poema de Lucrecio aún estaba reciente en todos los lectores del momento, el argumento campesino (siguiendo los pasos de Hesíodo) no podía disgustar a un autor que se había criado entre los agricultores de la campiña del Po y, por lo demás, el momento requería que los poetas cantasen sus mejores versos a la reconstrucción de Italia, la madre Italia arrasada por las guerras civiles. El empeño, por tanto, era noble, y Virgilio no se resistió a la invitación de Mecenas, a quien luego dedicó ardorosamente su poema. Se dice que debió emplear siete años en su composición y que, en una lectura ininterrumpida de cuatro días, pudo leérselo a Octaviano a su regreso de Oriente en el 29 a.C.

No es extraño que el propio Mecenas intentase a continuación un salto cualitativo en su programa literario. Había que cantar ahora la figura de quien pronto ya se llamaría Augusto. Y había precedentes: Furio Bibáculo y Terencio Varrón habían puesto antes en verso las gestas de César en su conquista de las Galias, y los antecedentes de una épica nacional se remontaban hasta Ennio, y más atrás. La idea ronda ya en los primeros

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

versos del libro tercero de las *Geórgicas;* Mecenas, sin embargo, no tenía prisa y esperaba el momento oportuno y la inspiración adecuada.

Por Macrobio sabemos de una famosa correspondencia epistolar entre Virgilio y el propio Augusto. Era el año 26, Augusto estaba en Hispania dirigiendo las operaciones contra los cántabros y desde allí reclamaba ansioso al poeta el resumen o algún fragmento de su obra. Éste entonces le responde pidiéndole tiempo, que se sentía enajenado por el trabajo emprendido y «su Eneas» *(Aenea quidem meo,* dice el poeta, según su biógrafo nos lo ha transmitido) precisa aún de estudios más profundos. Podemos afirmar, por tanto, que era entonces cuando el poeta estaba empezando el trabajo que habría de ocuparle hasta su muerte, el *arma uirumque* que se disponía a cantar para mayor gloria de Roma y su príncipe. No sólo Augusto, sino toda la ciudad aguardaba el poema con impaciencia, y Propercio pudo escribir en el 26 que se estaba gestando «algo mayor aún que la *Ilíada*».

Más tarde, sin embargo, Virgilio pudo satisfacer la curiosidad de Augusto, presentándole en pública lectura los libros II, IV y VI, quizá los más impresionantes. Es famosa la anécdota que nos cuenta cómo Octavia perdió el conocimiento al escuchar el panegírico de su hijo Marcelo contenido en el libro VI. El propio príncipe debió de estremecerse ante la mención de su sobrino, el joven que ya había escogido como heredero y que acababa de fallecer (23 a. C.).

En el año 19 Virgilio había provisionalmente terminado su trabajo en doce libros. Él mismo se había trazado aún un programa de tres años durante los que habría de visitar los lugares de Grecia y Asia en los que tantas veces aparecían sus personajes. A nuestro poeta le gustaba pulir amoroso sus versos -como lame la osa a sus crías, en comparación ya antigua- y quería una tregua para terminar definitivamente el poema. Embarcó, por tanto, y en Atenas se encontró con Augusto que volvía de Asia. Sabemos que estuvieron juntos, sabemos que el sol abrasador del verano de Mégara hizo que la salud del poeta se resintiera y sabemos que regresó precipitadamente a Brindis. Murió el 20 de septiembre y su cuerpo fue trasladado a las proximidades de Nápoles, donde recibió sepultura. Algún amigo piadoso puso en su tumba el famoso epitafio: *Mantua me genuit...*

Antes de partir para Grecia, y alarmado sin duda por una salud precaria, Virgilio había confiado su *Eneida* a dos buenos amigos, Vario Rufo y Plocio Tuca: si algo le ocurría, debían entregar ese manuscrito inacabado a las llamas. Que aún no estaba terminado el poema. Augusto, sin embargo, evitó que se cumpliera ese último deseo, y, muy al contrario, encargó a esos mismos amigos que lo publicasen sin añadir ni una sola letra, aunque podían suprimir lo que, en su opinión, no sería del gusto del poeta ya desaparecido. Y así, con sus contradicciones y sus hermosos versos incompletos, ha llegado la *Eneida* hasta nosotros.

Del físico y la personalidad de Virgilio no es mucho lo que sabemos. Era, según cuenta Donato, alto y moreno, de aspecto campesino, y así nos lo confirman los retratos antiguos que de él nos han llegado, el del mosaico de Hadrumeto y algún busto en mármol quizá de la época de Augusto. Tenía fama de tímido entre sus amigos, y es seguro que no le gustaba mostrarse en público y que prefería su retiro en Campania al ajetreo de la gran ciudad. Quizá también esto se debió a esa misteriosa enfermedad crónica que el propio Donato menciona (tuberculosis o no); al fin y a la postre, y en palabras de García Calvo, «tan sólo la enfermedad es lo que hace al hombre un hombre».

La Eneida

El centro de la vida de Virgilio, de los veinte a los cuarenta años, está enmarcado por el Rubicón y por los ecos de la batalla de Accio; vivió, como hemos comentado, en el torbellino de constantes enfrentamientos civiles que no llegaron a su final, sino con la muerte de Antonio, el año 30 a. C. Agripa el militar en una mano, y Mecenas el amigo de las letras en otras, Octaviano decide entonces comenzar toda una obra de reconstrucción nacional (la «restauración de la república», decían ellos) que debía contar con una adecuada campaña de propaganda. Mecenas estaba empeñado en que alguno de sus poetas cantase las gestas de Octaviano, y parece que probó sin fortuna con Horacio y Propercio, quienes habrían renunciado de antemano a tan ingente tarea.

También Virgilio recibió esta propuesta, y parece que se dejó llevar por el entusiasmo de la victoria y de la paz, y puso manos a la obra. Si tenemos en cuenta el sangriento pasado que estos poetas habían conocido, no podemos sorprendernos si dejaron escapar un profundo suspiro cuando se cerraron en Roma las puertas del templo de Jano, las puertas de la guerra: era el año 29, y casi durante doscientos años habían estado abiertas, ensangrentadas.

Tenemos noticias, sin embargo, que nos aseguran que era ya antigua la intención de Virgilio de componer un poema épico. Afirman sus biógrafos (Servio, Donato) que ya antes de terminar las *Bucólicas* trató de cantar *reges et proelia,* y discuten si pensaba ya en Eneas o se trataría de una epopeya basada en la historia de los reyes de Alba. En todo caso, nuestro poeta abandonó pronto este proyecto, bien abrumado por la tarea, bien simplemente que los tiempos de los neotéricos no animaban precisamente a los posibles autores de poemas épicos de altos vuelos. Un segundo dato sostiene esta vieja pretensión: parece que, cuando -en el 45- Julio César inaugura el templo dedicado a su antepasada Venus Génetrix, Virgilio habría asociado definitivamente los nombres de César y de Eneas; según Servio, a este César haría referencia el poeta en el libro I de su *Eneida*

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

(254-296) y, por tanto, estos versos habrían sido compuestos, quizá con algún otro fragmento, mucho antes que el resto del poema.

Es indiscutible, por último, que en el proemio del libro III de las *Geórgicas* Virgilio anuncia una futura obra, comparada en sus versos con un templo, que tendrá a César en el centro y al fondo las gestas troyanas. Y este César al que se refiere con el entusiasmo de los días de Accio, es ya Octaviano. Cuando termina su poema campesino, Virgilio se decide al fin a recoger la propuesta de Mecenas. Era, pues, el año 29, y hemos visto, sin embargo, cómo tres años después nada puede aún ofrecer a Augusto. ¿Qué obstaculizaba el trabajo del poeta? Quizá su intención primera estaba experimentando un cambio y su fina intuición poética le llevaba a desplazar la cámara, colocando al líder en un segundo plano, para que más destacase la tarea colectiva del pueblo romano, «el pueblo latino y los padres de Alba y de la alta Roma las murallas». Ahora bien, los días no eran fáciles, y no es raro pensar que en Virgilio se fuera enfriando el entusiasmo inicial; si a esto añadimos el que su amigo Cornelio Galo se quitó la vida el año 27, acusado de traición hacia la persona de Augusto, ¿no sería posible pensar en un cierto desengaño político del poeta?

«Canto las armas y a ese hombre que de las costas de Troya
llegó el primero a Italia prófugo por el hado y a las playas
lavianas, sacudido por mar y por tierra por la violencia
de los dioses a causa de la ira obstinada de la cruel Juno,
tras mucho sufrir también en la guerra, hasta que fundó la ciudad
y trajo sus dioses al Lacio; de ahí el pueblo latino
y los padres albanos y de la alta Roma las murallas...»

Virgilio, por tanto, eligió como argumento definitivo para su poema épico los viajes de Eneas, de Troya a las tierras del Lacio, y sus guerras en Italia hasta su definitivo asentamiento. En realidad, se trataba, tal como el poeta lo planteaba, del primer capítulo de la historia de Roma que iba a culminar en la persona de Augusto, descendiente familiar y también político de esta manera del héroe de Troya. Veamos el argumento del poema:

LIBRO I: Las naves de los troyanos, que surcan el mar de Sicilia, son arrojadas a las costas africanas por una violenta tempestad que la rencorosa Juno les envía. Venus, quien poco antes había obtenido de Júpiter garantías sobre el futuro de su hijo, se aparece a Eneas como una cazadora, y le informa de que se encuentra en las tierras de la fenicia Dido, ahora reina de Cartago. Entra Eneas en esta ciudad con su amigo Acates rodeados por una nube que les oculta, y pueden así contemplarla sin que nadie les vea. Asisten también al relato de Ilioneo, que se ha presentado ante la reina al frente de una embajada de troyanos, y Eneas envía a Acates en busca de Ascanio y de regalos para Dido, después de salir de la nube y mostrarse a la vista de todos. Venus, convenciendo a Cupido para que suplante al hijo de Eneas y tome su aspecto, logra que el corazón de la reina se inflame de amor. La reina ofrece un banquete a sus huéspedes y pide a Eneas que le cuente sus aventuras.

LIBRO II: Comienzan los recuerdos de Eneas, tal como se los cuenta a Dido en el banquete, y que se van a extender a lo largo de dos libros. En éste se cuenta la caída de Troya, luego que los griegos lograron introducir el caballo en la ciudad. Esa noche aciaga, y cuando ya el ejército griego había logrado su objetivo de entrar en Troya, se aparece a Eneas el fantasma de Héctor que le anuncia el desastre y le pide que escape y busque nuevas murallas para los dioses de la ciudad. Se describe el saqueo de la ciudad y la muerte de alguno de sus personajes más importantes y en especial la del rey Príamo. Eneas decide abandonar la patria para lo que ha de vencer, ayudado por señales del cielo, la resistencia de Anquises, su padre. Salen al fin, pero en el camino se pierde definitivamente Creúsa, la esposa del héroe, quien se encamina a las montañas con su padre y Ascanio, su hijo.

LIBRO III: Eneas, con los compañeros que han podido escapar a la catástrofe, prepara una flota y navega a las costas de Tracia. Comienza así un periplo que le lleva sucesivamente a la isla de Delos (para con sultar el oráculo), a Creta, de donde deben partir precipitadamente a causa de la peste, y a las islas Estrófades (encuentro con Celeno y las demás Harpías; nueva profecía sobre su destino). Llegan a las costas de Epiro, donde encuentran a Andrómaca y Héleno; le anuncia éste su brillante porvenir y le advierte de los peligros que debe evitar en la navegación hacia Italia. Bordean las costas de Sicilia y, frente al Etna, encuentran al griego Aqueménides, superviviente de la expedición de Ulises, que les refiere la aventura con el Ciclope Polifemo. Evitan luego los escollos de Escila y Caribdis siguiendo los consejos de Heleno, y llegan al fin al puerto de Drépano, donde muere Anquises, el padre del héroe. Viene luego la tempestad que les ha arrojado a las playas de África, con lo que termina el relato de Eneas a la reina.

LIBRO IV: Es el famoso libro de los amores de Dido y Eneas. Comienza cuando Dido abre su corazón a Ana, su hermana del alma, y le expone su terrible dilema: se ha enamorado del héroe troyano, pero aún respeta la memoria de Siqueo, su primer marido ya muerto. Animada por las palabras de su hermana, que le reprocha el haber rechazado ya a otros pretendientes africanos, Dido rompe todos los lazos del pudor y se entrega a una ardiente pasión por Eneas. Juno y Venus, por razones bien distintas, acuerdan -las dos están fingiendo- propiciar la unión de Dido con Eneas y unir a los dos pueblos. Salen los héroes de cacería; protegidos en una cueva de

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

una repentina tormenta, se consuma su himeneo. Instigado por las súplicas de Yarbas, rey de los getulos a quien Dido había despreciado, Júpiter envía a Mercurio para que recuerde a Eneas el objetivo de su misión y le reproche su abandono. Prepara entonces en secreto la partida, pero Dido lo descubre e intenta convencerle de mil maneras para que se quede a su lado. Al no conseguirlo, la reina decide quitarse la vida y maldecir para siempre a Eneas y a su pueblo. Parten las naves troyanas mientras asoman por encima de las murallas las llamas de la pira de Dido.

LIBRO V: Con tan funesto augurio, las naves son arrojadas de nuevo por una tempestad a las costas de Sicilia, sin poder alcanzar Italia. Les acoge amistosamente el rey Acestes, y celebra entonces Eneas sacrificios y juegos en el sepulcro de su padre. Comienzan con una competida regata; siguen carreras a pie, luchas con el cesto, pruebas de puntería con arco y terminan con unos ejercicios ecuestres en los que Ascanio dirige a los demás jóvenes troyanos. Las mujeres de Troya, preocupadas por su difícil situación y en vista de que no alcanzan el final del peligroso viaje, instigadas por Iris, mensajera de Juno, incendian la flota y consiguen destruir cuatro naves; Júpiter envía una lluvia milagrosa que impide la destrucción total. Anquises se aparece en sueños a su hijo y le aconseja que deje a parte de su gente en Sicilia y se dirija a Cumas, en Italia, donde debe conseguir la ayuda de la Sibila para bajar al Averno, a las moradas infernales de Dite. Obedece Eneas a su padre, y en el camino pierde a Palinuro, el piloto de su nave.

LIBRO VI: Llega por fin Eneas a las costas de Italia, a Cumas. Se entrevista con la Sibila, escucha su oráculo y le pide que le acompañe a las mansiones infernales para ver a su padre. Recorren ambos los infiernos, luego que el héroe consigue la rama de oro que les franquea el paso. Encuentran la sombra de Palinuro, antes de cruzar la laguna estigia en la barca de Caronte; llegan a las Llanuras del Llanto, donde encuentran a Dido y a la muchedumbre de los soldados troyanos muertos en la guerra. Descripción del Tártaro y sus suplicios. Llegan a los Campos Elíseos, donde, por fin, puede Eneas hablar con el fantasma de su padre. Anquises explica a su hijo el origen del mundo y los misterios de la vida en los infiernos; por último, le va describiendo las personas de los que luego han de ser héroes de la Roma que aguarda su hora; destaca aquí el elogio del joven Marcelo, sobrino y heredero de Augusto, muerto prematuramente. Animado al comprender la misión de Roma en la historia del mundo, abandona Eneas las moradas infernales por la puerta de marfil.

LIBRO VII: Comienza la segunda parte del poema, las guerras en el Lacio, y así nos lo indica el propio poeta con una segunda invocación a las Musas. Navega la flota troyana siguiendo las costas de Italia, y penetra en las aguas del Tiber, en cuya ribera desembarcan y establecen los troyanos su campamento. Eneas, al ver cumplido el vaticinio de Celeno, reconoce en estas tierras la patria que le tiene asignado el destino. Envía mensajeros al rey Latino, quien le acoge favorablemente y, en cumplimiento de antigua profecía, le ofrece en matrimonio a su hija Lavinia. Irritada de nuevo Juno, envía a la tierra a la furia Alecto, que ha de enfrentar a latinos y troyanos para impedir la boda; maniobras de Alecto con Amata, la esposa del rey Latino, y el propio Turno, rey de los rútulos, a quien ya Latino había prometido la mano de su hija, y que era el pretendiente favorito de la reina Amata. Ascanio mata en una cacería a un ciervo de la pastora Silvia, pastora del rey, y este incidente es la chispa que enciende la guerra entre ambos pueblos. Descripción de las tropas aliadas de Turno, entre las que destaca Camila, reina de los volscos.

LIBRO VIII: Turno busca ayuda entre todos los pueblos del Lacio. El dios del Tíber se aparece en sueños a Eneas y le advierte, tras infundirle ánimos, que debe buscar la alianza con Evandro, rey arcadio que tiempo atrás se había establecido con su pueblo en el monte Palatino, justo donde más tarde habrán de alzarse las murallas de la alta Roma. Parte Eneas en busca de Evandro y éste le recibe favorablemente. Cuenta el rey arcadio el origen de los sacrificios que están celebrando en honor de Hércules, conmemorando su victoria sobre Caco; recorren ambos reyes el futuro asiento de Roma. Venus, preocupada por las guerras que aguardan a su hijo, solicita el favor de Vulcano, quien ordena a sus Ciclopes que preparen para el héroe unas armas maravillosas. Por consejo de Evandro, que hace que su propio hijo Palante se aliste junto a Eneas, el héroe troyano parte en busca de las tropas tirrenas, en pie de guerra contra Mecencio, su antiguo rey, hoy aliado de Turno. Venus se aparece a Eneas y le entrega las armas; descripción minuciosa del escudo, en el que aparecen grabadas futuras hazañas de Roma.

LIBRO IX: Aprovechando la ausencia de Eneas que Iris le descubre, Turno pone sitio al campamento troyano y quema sus naves, que la diosa Cibeles convierte en Ninfas del mar. Aventura nocturna de Niso y Eurídalo, quienes tratan de romper el cerco para avisar a su rey de la difícil situación del campo troyano; la muerte de ambos amigos hace que decaiga más la moral de los soldados troyanos. Turno ataca con redobladas fuerzas, y el propio Ascanio debe empuñar las armas contra los atacantes, dando muerte a Numano. Pándaro y Bitias intentan engañar a los sitiadores y les abren la puerta que les había sido confiada, pero Turno advierte el engaño y entra en el campamento causando gran matanza entre sus enemigos hasta que, rechazado y acosado, ha de arrojarse con sus armas al Tiber.

LIBRO X: Convoca Júpiter la asamblea de los dioses para discutir la guerra del Lacio; ante la imposibilidad de conciliar los criterios de Juno y de Venus, decide el padre de los dioses permanecer neutral, lo que viene a ser dejar la guerra en manos del hado y sus disposiciones. Cuando los rútulos preparan un segundo ataque, se presenta Eneas con las tropas tirrenas y las que Evandro puso bajo el mando de su hijo Palante; las naves transformadas en Ninfas le habían avisado del peligro que corrían los troyanos. Eneas desembarca y comienza el

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

combate en el que muere Palante a manos de Turno. Cuando más enfurecido está el héroe troyano por vengar la muerte de su amigo, Juno consigue de Júpiter que saque a Turno del campó, librándole de una muerte inminente; para ello le ponen delante un fantasma con la figura de Eneas, y el rey de los rútulos le persigue por tierra y por mar hasta las riberas de Ardea, donde sale avergonzado de su error. Toma Mecencio el mando del ejército latino hasta que es herido por Eneas, quien después da muerte a su hijo Lauso. Duelo de Mecencio, que vuelve enardecido al combate y es muerto por Eneas.

LIBRO XI: Celebra Eneas en honor de Marte la muerte de Mecencio, y envía a la ciudad de Evandro los restos de Palante. Llegan mensajeros del rey Latino a pactar una tregua para dar sepultura a los muertos; accede Eneas. Regresan a la corte de Latino los mensajeros que había enviado a Diomedes y anuncian que no han podido conseguir su alianza; esto provoca un debate en la asamblea de los latinos, y Turno y Drances se enfrentan agriamente en defensa de la guerra y la paz con los troyanos, respectivamente. Llega a la asamblea la noticia del avance de Eneas sobre Laurento y se prepara la defensa de la ciudad. Sale Camila al frente de su escuadrón de caballería y se traba combate en el que muere la heroína a manos de Arrunte; la Ninfa Opis venga su muerte por encargo de la diosa Diana. Se dispersa el ejército latino ante la muerte de Camila y acude de nuevo Turno para salvar la situación. Llega al campo de batalla al tiempo que Eneas; es de noche y ambos prefieren acampar al pie de las murallas de Laurento.

LIBRO XII: Acepta Turno enfrentarse en duelo singular según la propuesta de Eneas, y que la mano de Lavinia sea para el vencedor. Persuadida por Juno, la Ninfa Yuturna, hermana de Turno, actúa entre el ejército latino y consigue que se rompa el pacto porque Tolumnio dispara sus dardos contra los troyanos. Se reanuda el combate y es herido Eneas. Mientras Turno se aprovecha de su ausencia, el caudillo troyano es curado milagrosamente con unas hierbas que le envía su madre. Busca luego a Turno, pero Yuturna, transformada en el auriga Metisco, lo mantiene alejado del combate; decide entonces Eneas iniciar el asalto final a la ciudad. Ante tan delicada situación se ahorca la reina Amata, y la espantosa noticia lanza a Turno al duelo decisivo, tras descubrir el ardid inútil de su hermana. Muere Turno a manos de Eneas.

Es la *Eneida* una «recreación literaria de la poesía épica» (García Calvo) que venía de Hornero, y aun de antes de Homero. Virgilio disponía, pues, del molde adecuado a sus intenciones, tal como se lo suministraban los poemas del griego, así como la épica helenística de Apolonio de Rodas, y su trabajo inicial -quizá esos primeros años de inexplicada parálisis- consistió en reunir los materiales que le permitieran urdir el relato que ya empezaba a ver con claridad. Hacía tiempo que Virgilio había asociado el nombre de Eneas con la casa de César, *la gens Iulia,* y ese héroe es mencionado por Poseidón en el canto XX de la *Ilíada* como el futuro rey de los troyanos. Es más, el siciliano Timeo de Tauromenio había ya relacionado los orígenes de Roma con la llegada de Eneas al Lacio; Nevio, primero, y luego Ennio, el poeta nacional romano hasta la aparición de Virgilio, habían recogido esa tradición en sus poemas, en los que aparecía también Dido entre alusiones a la futura rivalidad de Roma y Cartago. También debió de leer Virgilio con aprovechamiento la obra de Catón *(Origines),* en la que se narraba el pasado de tantos pueblos de Italia. Virgilio tenía con todo esto el camino ya trazado, pero él marcó la nueva meta, y en ella Eneas y Augusto se identifican como dos ramas del mismo árbol familiar que trabajaban por la gloria de Roma y aceptaban voluntariamente su destino.

En cuanto a la poesía épica en latín, tampoco nuestro poeta partía de la nada. Habitualmente se identifica el comienzo de la literatura latina con la figura de Livio Andronico, y uno de sus trabajos consistió precisamente en traducir al latín, en versos saturnios, la *Odisea* de Homero. Nevio *(Bellum Poenicum)* continúa la tradición, y Ennio concibió sus *Annales* como un inmenso poema que cantara las gestas romanas hasta sus días y para ello, además, adaptó como verso el hexámetro de Homero, lo que sería ya un paso definitivo en lo que refiere a la forma de la épica en latín. En sus propios días Virgilio había podido leer los espléndidos hexámetros de Lucrecio, de quien tanto aprendió, así como numerosos *epyllia* o pequeños poemas épicos que los neotéricos componían a la manera de Calímaco.

Pero nadie en la ciudad había intentado emular a Homero con sus obras, y a Virgilio, sin embargo, le pareció que Augusto, Eneas y, sobre todo, Roma, se merecían una tarea semejante. Es grande, por tanto, la deuda de la *Eneida* con los poemas de Romero, y ya en la antigüedad se veían los seis primeros libros como una *Odisea* y los seis últimos como una *Ilíada.* Las historias de navegantes y de guerreros, el relato hacia atrás de un personaje, el campamento asediado en ausencia del héroe, la muerte cruel del amigo del héroe y la subsiguiente venganza; las tormentas, los juegos funerales, el descenso a los infiernos, el catálogo de los aliados, las armas maravillosas de Vulcano, el duelo a muerte entre los héroes rivales... con otros muchos, son temas que pueden leerse en las obras de Homero (W A. Camps). Nadie, sin embargo, acusa ya a Virgilio de plagio. Ese material era acervo común de todos los poetas, y con él debía Virgilio crear su propio mundo. En la literatura clásica la tradición es fuente de originalidad y era obligado beber en ella.

Tome, pues, el lector la *Eneida* entre sus manos. Descubra en su composición aquellas dos mitades o la otra ley que distribuye el poema a partes iguales entre Dido (I-VI), Eneas (V-VIII) y Turno (IX-XII), o bien otras muchas correspondencias que recorren y articulan el poema de principio a fin. Y, sobre todo, haga buena la afirmación de Jlébnikov: «Constataba que versos antiguos palidecían de golpe, que su contenido escondido se

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

convertía en el hoy, y comprendí que la patria de la creación era el futuro. De allí sopla el viento de los dioses dula palabra» (cita de R.Jakobson).

Intencionadamente hemos dejado al margen en esta breve presentación las consideraciones al uso acerca del estilo de nuestro autor. El lector podrá encontrarlas y entenderlas mucho mejor en la bibliografía especializada, y, por otra parte, sería muy difícil seguir los pasos del estilo de Virgilio a partir de una traducción.

Cuando nos propusimos el presente trabajo, intentamos para poner a Virgilio en nuestra lengua el camino de la prosa, que, sin duda, permitía una mayor precisión al traducir. Sin embargo, el coste era demasiado alto, y nuestro texto se alejaba más y más del original virgiliano. Quienes nos precedieron habían emprendido uno y otro camino, y pueden leerse las traducciones en verso de Gregorio Hernández de Velasco (la más antigua en circulación), de A. Espinosa Pólit (excelente) o de A. García Calvo (de la *Eneida* sólo el libro VI). Pero la mayoría de los traductores lo han sido en prosa, y no desmiente este dato el que en muchas ocasiones se trate de la versión repetida de Eugenio de Ochoa. Y es que en general las traducciones modernas de los poemas de la literatura clásica se han hecho en prosa, abandonando la tendencia inicial de las lenguas europeas.

Decidimos por fin intentar una traducción en verso y vimos con sorpresa hasta qué punto el latín se dejaba meter en los nuevos moldes. Ciertamente se trata de un verso relajado, que no hace sino forzar al traductor a tener muy en cuenta las palabras exactas de Virgilio y el orden en el que aparecen, emulando en parte el ritmo o la cadencia final de los hexámetros latinos; pero es que, como afirma P Klossowski (traductor de Virgilio para Gallimard), no podemos aplicar nuestra lógica gramatical en la traducción de un poema «donde precisamente la yuxtaposición voluntaria de las palabras (cuyo contraste produce la riqueza sonora y el prestigio de la imagen) constituye la fisionomía de cada verso».

Elegido, pues, el verso, se trataba de lograr una traducción clara y fácil de seguir y que no abusase de los términos puramente poéticos, ya que es quizá la característica esencial de los versos virgilianos el lograr una construcción mágica a partir de palabras más bien sencillas. Para este trabajo hemos encontrado ánimo y respaldo en excelentes traducciones italianas (F. Della Corte, R. Calzecchi Onesti, L. Canal¡) e incluso en la ya clásica al inglés de C. Day Lewis.

Hemos utilizado como texto de referencia el Virgilio de la edición de Mynors (Oxford,1977 =1969, con correcciones) y, en general, hemos seguido sus interpretaciones, aunque a veces notará el lector una elección distinta, basada casi siempre en el consenso de los códices. En caso de discrepancia, bastará un vistazo a esa edición crítica para localizar nuestra fuente. Asimismo, hemos contado con la ayuda de los precisos comentarios de Austin y Paratore; este último ha publicado en fechas recientes una completa edición comentada de la *Eneida.*

Citamos a continuación algunos títulos que pueden resultar útiles a quienes deseen profundizar en la figura del poeta mantuano:

CAMPS, W A.: *An Introduction to Virgil's Aeneid,* Oxford,1979 (=1969).

ECHAVE-SUSTAETA, J. DE: *Virgilio y nosotros,* Barcelona, 1964. EsPINOSA PÓLIT, A.: *Virgilio en verso castellano,* Méjico, 1961. GARCIA CALVO, A.: *Virgilio,* Madrid, 1976 (con abundante bibliografía).

GRIMAL, P.: *Virgile ou la seconde naissance de Rome,* París, 1985. GUILLEMIN, A. M.: *Virgilio. Poeta, artista y pensador,* Buenos A¡res, 1968.

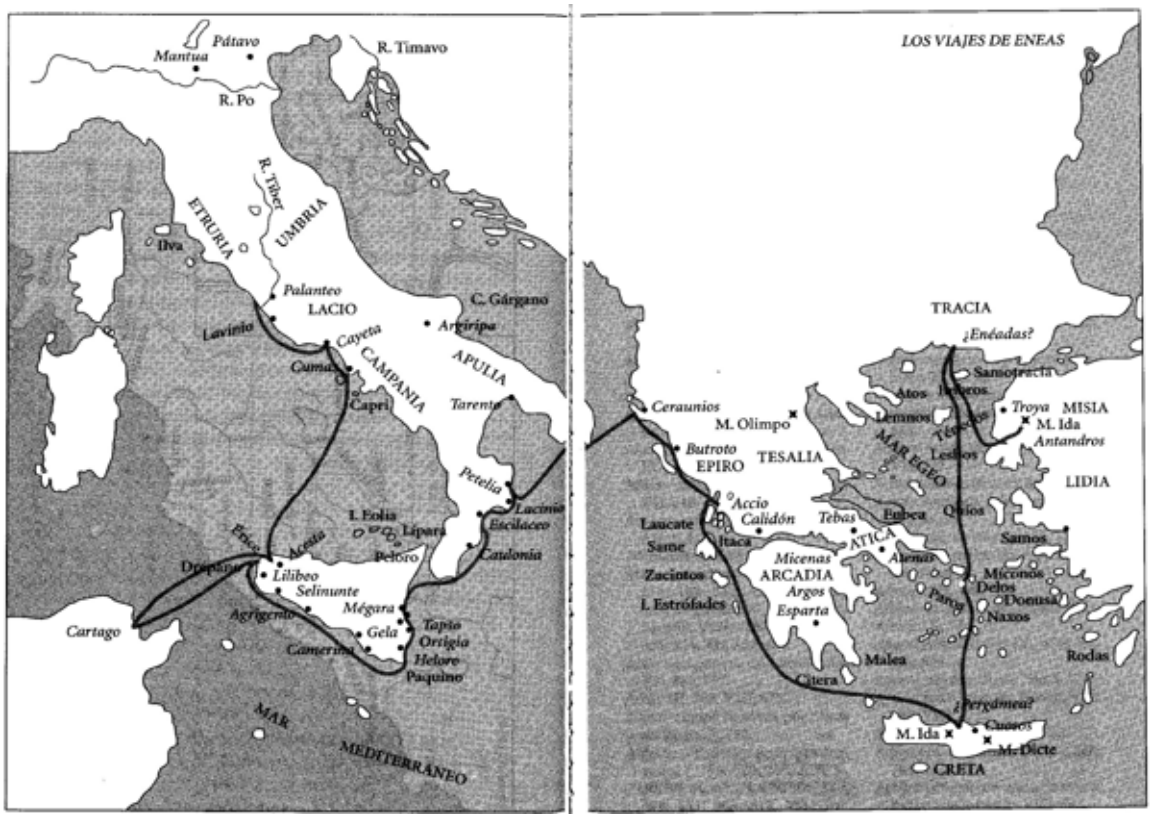
JACKSON KNIGHT, W F.: *Roman Vergil,* Harmondsworth, 1966 (= Londres, 1944, revisada).

MOYA DEL BAÑO, F. (ed.): *Simposio virgiliano,* Murcia, 1984. SYME, R.: *The Roman Revolution,* Oxford,1974 (=1939, revisada).

A todos estos autores y a otros muchos estudiosos o traductores que hemos debido consultar constantemente, nuestro agradecimiento sincero. Y algo más que agradecimiento debiéramos manifestar hacia las personas que con su calor nos animaron en nuestro trabajo, a tantos amigos. Debemos, sin embargo, mencionar expresamente a Ana de los Ríos-Zarzosa Nogués (y a Manolo), que revisó conmigo la traducción y en duras sesiones realizó el completo índice de nombres, así como a Vicente Cristóbal López, amigo de otros tiempos que apareció de pronto y me ayudó leyendo el manuscrito hasta abrumarme con sus minuciosas sugerencias. Los consejos de ambos se han visto reflejados en numerosos lugares de esta traducción. Gracias.

ENEIDA

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com



LIBRO I

Canto las armas y a ese hombre que de las costas de Troya
llegó el primero a Italia prófugo por el hado y a las playas
lavinias, sacudido por mar y por tierra por la violencia
de los dioses a causa de la ira obstinada de la cruel Juno,
tras mucho sufrir también en la guerra, hasta que fundó la ciudad
y trajo sus dioses al Lacio; de ahí el pueblo latino
y los padres albanos y de la alta Roma las murallas.
Cuéntame, Musa, las causas; ofendido qué numen
o dolida por qué la reina de los dioses a sufrir tantas penas
empujó a un hombre de insigne piedad, a hacer frente
a tanta fatiga. ¿Tan grande es la ira del corazón de los dioses?
Hubo una antigua ciudad que habitaron colonos de Tiro,
Cartago, frente a Italia y lejos de las bocas
del Tiber, rica en recursos yviolenta de afición a la guerra;
de ella se dice que Juno la cuidó por encima de todas las tierras,
más incluso que a Samos. Aquí estuvieron sus armas,
aquí su carro; que ella sea la reina de los pueblos,
si los hados consienten, la diosa pretende e intenta.
Pero había oído que venía una rama de la sangre troyana
que un día habría de destruir las fortalezas tirias;
para ruina de Libia vendría un pueblo poderoso
y orgulloso en la guerra; así lo hilaban las Parcas.
Eso temiendo y recordando la hija de Saturno otra guerra
que ante Troya emprendiera en favor de su Argos querida,
que aún no habían salido de su corazón las causas del enojo
ni el agudo dolor; en el fondo de su alma
clavado sigue el juicio de Paris y la ofensa de despreciar
su belleza y el odiado pueblo y los honores a Ganimedes raptado.
Más y más encendida por todo esto, agitaba a los de Troya

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

por todo el mar, resto de los dánaos y del cruel Aquiles,
y los retenía lejos del Lacio. Sacudidos por los hados
vagaban ya muchos años dando vueltas a todos los mares.
Empresa tan grande era fundar el pueblo de Roma.
Apenas daban velas, alegres, a la mar alejándose de las tierras
de Sicilia y surcaban con sus quillas la espuma de sal
cuando Juno, que guarda en su pecho una herida ya eterna,
pensó: «¿Desistiré, vencida, de mi intento
y no podré mantener apartado de Italia al rey de los teucros?
En verdad se me enfrentan los hados. ¿No pudo quemar Palas
la flota de los griegos y hundirlos a ellos mismos en el mar,
por la culpa y la locura de uno solo, de Áyax Oileo?
Ella fue quien lanzó de las nubes el rápido fuego de Jove
y dispersó las naves y dio la vuelta al mar con los vientos;
y a él mientras moría con el pecho atravesado de llamas
se lo llevó en un remolino y lo clavó en escollo puntiagudo.
Y yo, reina que soy de los dioses y de Júpiter
hermana y esposa, contra un solo pueblo tantos años ya
hago la guerra. ¿Acaso alguien querrá adorar
el numen de Juno o suplicante rendirá honor a sus altares?»
En su pecho encendido estas cuitas agitando la diosa
a la patria llegó de los nimbos, lugares preñados de Austros furiosos,
a Eolia. Aquí en vasta caverna el rey Éolo
sujeta con su mando a los vientos que luchan y a las tempestades
sonoras y los frena con cadenas y cárcel.
Ellos enfurecidos hacen sonar su encierro del monte
con gran ruido; Éolo se sienta en lo alto de su fortaleza
empuñando su cetro y suaviza los ánimos y atempera su enojo.
Si así no hiciera, en su arrebato se llevarían los mares sin duda
y las tierras y el cielo profundo y los arrastrarían por los aires.
Pero el padre todopoderoso los escondió en negros antros,
eso temiendo, y la mole de un monte elevado
puso encima y les dio un rey que con criterio cierto
supiera sujetar o aflojar sus riendas según se le ordenase.
Y a él entonces Juno se dirigió suplicante con estas palabras:
«Éolo (pues a ti el padre de los dioses y rey de los hombres
te confió calmar las olas y alzarlas con el viento),
un pueblo enemigo mío navega ahora por el mar Tirreno,
y se lleva a Italia Ilión y los Penates vencidos.
Insufla fuerza a tus vientos y cae sobre sus naves, húndelas,
o haz que se enfrenten y arroja sus cuerpos al mar.
Tengo catorce Ninfas de hermoso cuerpo,
de las que Deyopea es quien tiene más bonita figura;
la uniré a ti en matrimonio estable y haré que sea tuya,
para que por tus méritos pase todos los años
contigo y te haga padre de hermosa descendencia.»
A lo que Éolo repuso: «Cosa tuya, oh reina, saber
lo que deseas; a mí aceptar tus órdenes me corresponde.
Tú pones en mis manos este reino y me ganas el cetro y a Jove,
tú me concedes asistir a los banquetes de los dioses
y me haces señor de los nimbos y las tempestades.»
Luego que dijo estas cosas, golpeó con su lanza el costado
del hueco monte y los vientos, como ejército en formación de combate,
por donde se les abren las puertas se lanzan y soplan las tierras con su torbellino.
Cayeron sobre el mar y lo revuelven desde lo más hondo,
a una el Euro y el Noto y el Ábrego lleno
de tempestades, y lanzan vastas olas a las playas.
Se oye a la vez el grito de los hombres y el crujir de las jarcias;
las nubes ocultan de pronto el cielo y el día
de los ojos de los teucros, una negra noche se acuesta sobre el ponto,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

tronaron los polos y el éter reluce con frecuentes relámpagos
y todo se conjura para llevar la muerte a los hombres.
Se aflojan de pronto de frío las fuerzas de Eneas,
gime y lanzando hacia el cielo ambas palmas
dice: «Tres veces y cuatro veces, ay, bienaventurados
cuantos hallaron la muerte bajo las altas murallas de Troya,
a la vista de sus padres. ¡Oh, el más valiente de los dánaos,
Tidida! ¡Y no haber podido yo caer de Ilión en los campos
a tus manos y que hubieras librado con tu diestra esta alma mía
donde fue abatido el fiero Héctor por la lanza del Eácida,
donde el gran Sarpedón, donde el Simunte arrastra
en sus aguas tanto yelmo y escudo, y tantos cuerpos esforzados!»
Cuando así se quejaba un estridente golpe del Aquilón
sacude de frente la vela y lanza las olas a las estrellas.
Se quiebran los remos, se vuelve la proa y ofrece
el costado a las olas, viene después enorme un montón de agua;
unos quedan suspendidos en lo alto de la ola; a estos otros se les abre el mar
y les deja ver la tierra entre las olas en agitado remolino de arena.
A tres las coge y las lanza el Noto contra escollos ocultos
(a esos escollos que asoman en medio del mar los llaman los ítalos Aras,
enorme espina de la superficie del agua), a tres el Euro las arrastra
de alta mar a los bajíos y a las Sirtes, triste espectáculo,
y las encalla en los vados y las cerca de un banco de arena.
A una que llevaba a los licios y al leal Orontes,
ante sus propios ojos la golpea en la popa una ola gigante
cayendo de lo alto: la sacudida arrastra de cabeza
al piloto, rodando; a aquélla tres veces la hace girar
la tromba en su sitio antes de que la trague veloz torbellino.
Desperdigados aparecen algunos nadando en la amplia boca,
las armas de los hombres, los tablones y el tesoro troyano entre las olas.
Ya la nave poderosa de Ilioneo, ya la del fuerte Acates
y la que lleva a Abante y la de Aletes el anciano
la tempestad las vence; por las maderas sueltas de los flancos
reciben todas el agua enemiga y se abren en rendijas.
Entretanto Neptuno advirtió por el ruido tan grande que el mar se agitaba,
se desataba la tormenta y el agua volvía de los profundos abismos
y, gravemente afectado, miró desde lo alto
sacando su plácida cabeza por encima del agua.
Ve por todo el mar la flota deshecha de Eneas,
y a los troyanos atrapados por las olas y la ruina del cielo;
y no se le escaparon al hermano las trampas y la ira de Juno.
Así que llama ante él al Céfiro y al Euro, y así les dice:
«¿A tanto ha llegado el orgullo de la raza vuestra?
¿Ya revolvéis el cielo y la tierra sin mi numen, vientos,
y os atrevéis a levantar moles tan grandes?
Os voy a... Pero, antes conviene volver a componer las olas agitadas.
Más adelante pagaréis con pena bien distinta vuestro atrevimiento.
Marchaos ya de aquí y decid esto a vuestro rey:
el gobierno del mar y el cruel tridente no a él,
sino a mí, los confió la suerte. Se ocupa él de las rocas enormes,
Euro, vuestras moradas; que se jacte en aquella residencia
Éolo y reine en la cerrada cárcel de los vientos.»
Así habla, y antes de decirlo aplaca el mar hinchado
y dispersa el montón de nubes y vuelve a traer el sol.
Cimótoe y Tritón intentan a la vez sacar las naves
del filoso escollo; las alza él con su propio tridente
y abre las vastas Sirtes y serena el mar
y recorre la cresta de las olas con sus ruedas ligeras.
Y como en un gran pueblo cuando a menudo surge
el motín y se enciende el corazón de los villanos,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

y vuelan ya piedras y antorchas y la locura sirve a las armas.
Entonces, si pueden ver a un hombre de grave piedad
y méritos, callan y se detienen a su lado con el oído atento;
él gobierna con palabras sus ímpetus y ablanda sus corazones:
así decayó todo ruido en el mar luego que el padre
contemplando la superficie y llevado a cielo abierto
conduce sus caballos y vuela dando rienda suelta a su carro.
Los agotados Enéadas intentan ganar a la carrera
las costas más próximas y se dirigen hacia las playas de Libia.
Hay un lugar en una profunda ensenada y, ofreciendo sus costados,
una isla lo hace puerto rompiendo contra ellos cuanta ola
viene del mar, que se divide en arcos de reflujo.
Aquí y allá vastos roquedales y farallones gemelos
amenazan al cielo, bajo la cima de los cuales calla
en gran extensión un mar seguro; se añade por encima un decorado
de selvas relucientes y se alza un negro bosque de horrible sombra.
Una gruta se abre enfrente, de colgantes escollos;
dentro, aguas dulces y sitiales en la roca viva,
morada de Ninfas. Se sujetan aquí las naves cansadas
sin maroma alguna, no las ata el ancla con su curvo mordisco.
Aquí llega Eneas con las siete naves que reunir pudo
del número total, y desembarcando con gran ansia de tierra
toman los troyanos posesión de la anhelada arena
y tienden en la playa los cuerpos de sal entumecidos.
Y primero Acates le hizo brotar al pedernal la chispa
y prendió con ella unas hojas y puso alrededor
árido alimento y raudo sacó del pábulo la llama.
Luego, cansados de fatigas, sacan el alimento de Ceres
que el agua empapó y las armas cereales y se aprestan
a tostar en las llamas la comida rescatada y a entregarla al molino.
Trepa mientras Eneas al acantilado y revisa a lo lejos
cuanto se ve del mar, por si divisar puede a alguno
arrastrado por el viento, y las birremes frigias, a Anteo
o a Capis o las armas de Caíco en lo alto de sus popas.
Ninguna nave a la vista, observa sin embargo a tres ciervos
vagando por la playa; sigue por detrás entera
la manada y pace larga formación por los valles.
Se detiene entonces y empuña al punto el arco y las veloces
flechas, las armas que el fiel Acates le llevaba,
y abate los primeros a los que van delante con la cabeza erguida.
de cuernos como árboles, después a la tropa y alborota
a toda la manada acosándolos con sus disparos en el espeso bosque;
y no paró hasta que, vencedor, siete hermosos ejemplares
pone en el suelo, hasta igualar el número de naves;
luego vuelve al puerto y entre todos los compañeros los reparte.
Distribuye después el vino que el buen Acestes había puesto en orzas
Y les había entregado el héroe cuando dejaban la costa trinacria,
y consuela sus afligidos corazones con estas palabras:
«Compañeros míos (pues que no ignoramos lo que son desgracias),
cosas más graves, habéis sufrido, y a éstas también un dios pondrá fin.
Habéis pasado ya la rabia de Escila y los escollos que resuenan
fuertemente, y conocéis también las piedras del Ciclope:
recobrad el ánimo y deponed ese triste temor,
que quizá hasta esto recordaremos un día con gusto.
Entre diversas fatigas, entre tantas circunstancias adversas
buscamos el Lacio, donde nos muestran los hados
sedes apacibles; allí renacer deben los reinos de Troya.
Aguantad y guardaos para tiempos mejores.»
Así dice, y aunque graves cuitas lo afligen,
simula esperanza en su rostro, guardando en su pecho una pena profunda.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Ellos se aprestan al botín y van preparando la comida;
separan el lomo de las costillas y las vísceras sacan;
unos lo cortan en trozos que clavan, temblando, en los asadores,
colocan otros los calderos en la playa y se encargan del fuego.
Recobran luego las fuerzas comiendo y echados en la hierba
se llenan de un Baco añejo y de pingüe carne.
Después de saciar su hambre con el banquete y retirar la mesa,
echan de menos en larga plática a los amigos perdidos,
divididos entre la esperanza y el miedo, pensando bien que viven,
bien que han llegado al final y no les oirán llamarlos.
Y en especial el piadoso Eneas lamenta la pérdida ya del fiero
Orontes, ya de Amico y el destino cruel de Lico
y al valiente Gías y al valiente Cloanto.
Y habían ya acabado cuando Júpiter de lo alto del éter,
mirando el mar velero y las tierras que se extienden
y las costas y los dilatados pueblos, así se detuvo
en la cima del cielo y clavó sus ojos en los reinos de Libia.
Y a él que revolvía en su pecho cuitas tales,
afligida yllenos de lágrimas sus ojos brillantes,
se dirige Venus: «Oh, tú que gobiernas con poder eterno
las cosas humanas y divinas y aterrorizas con el rayo.
¿Qué delito tan grande ha podido cometer mi Eneas
contra ti? ¿Cuál los troyanos que ven cerrarse ante Italia
el orbe entero de las tierras cuando tantas muertes han sufrido?
Cierto es que has prometido que de aquí al correr del tiempo
saldrían los romanos, de aquí los caudillos de la sangre de Teucro
que bajo su poder tendrían el mar y las tierras todas.
¿Qué pensamiento, padre mío, cambiar te ha hecho?
Sólo eso en verdad me consolaba de la caída de Troya
y sus tristes ruinas, compensando con otros unos hados adversos;
pero ahora la suerte sigue igual para unos hombres a quienes tantas
desgracias han sacudido. ¿Qué límite marcas, rey soberano, a sus fatigas?
Anténor, escapando de entre los aqueos, pudo llegar
a los golfos de Iliria y entrar a salvo en el reino
de los liburnos y superar las fuentes del Timavo,
de donde entre el vasto rugido de los montes por nueve bocas
baja mar desatado y golpea los campos con sonoro piélago.
Pudo por fin fundar la ciudad de Pátavo y las sedes
de los teucros y dio un nombre a su pueblo y de Troya las armas
clavó; ahora descansa acomodado en plácido reposo.
Y nosotros, tu estirpe, a quienes concedes el alcázar del cielo,
nos vemos abandonados con las naves perdidas (¡terrible!),
por el enojo de una sola y se nos aparta de las ítalas costas.
¿Es éste el premio a la piedad? ¿Así nos repones en el trono?»
El sembrador de dioses y de hombres, sonriéndole,
con el rostro con el que el cielo serena y las tormentas,
libó los besos de su hija, y luego le dice:
«Deja ese miedo, Citerea, que intacto permanece para ti
el sino de los tuyos; verás la ciudad y las prometidas murallas
de Lavinio y llevarás, sublime, hasta las estrellas del cielo
al magnánimo Eneas; que no ha cambiado mi opinión.
Éste (lo diré, pues esa cuita te devora,
claramente y dando vueltas removeré los arcanos del destino),
te librará en Italia una gran guerra y a pueblos feroces
golpeará e impondrá a sus hombres leyes y murallas,
hasta que el tercer verano le vea reinando en el Lacio
y pasen tres inviernos desde la derrota de los rútulos.
En cuanto a su hijo Ascanio, al que ahora se da el sobrenombre
de Julo (que Ilo era mientras de Ilión la fuerza se sostuvo),
ha de cumplir con su poder treinta grandes giros

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

del paso de los meses, y de la sede de Lavinio trasladará
su reino, y ceñirá de fuertes murallas Alba Longa.
Aquí se reinará trescientos años completos
por la raza de Héctor, hasta que Ilia, princesa sacerdotisa,
preñada de Marte le dará con su parto una prole gemela.
Después, contento bajo el rubio manto de una loba nodriza
Rómulo se hará cargo del pueblo y alzará las murallas
de Marte y por su nombre le dará el de romano.
Y yo no pongo a éstos ni meta ni límite de tiempo:
les he confiado un imperio sin fin. Y hasta la áspera Juno,
que ahora fatiga de miedo el mar y las tierras y el cielo,
cambiará su opinión para mejor, y velará conmigo
por los romanos, por los dueños del mundo y el pueblo togado.
Así lo quiero. Al correr de los lustros llegará un tiempo
en que la casa de Asáraco someterá a esclavitud a Ftía
y la ilustre Micenas y mandará en la vencida Argos.
Nacerá troyano César, de limpio origen, que el imperio
ha de llevar hasta el Océano y su fama a los astros,
Julio, con nombre que le viene del gran Julo.
Lo acogerás, segura, tú en el cielo cuando llegue cargado
con los despojos de oriente; también él será invocado con votos.
Con el fin de las guerras más suave se hará el áspero siglo:
la canosa Lealtad, y Vesta y Quirino con su hermano Remo
darán sus leyes, y serán cerradas las sanguinarias puertas de la Guerra
con trancas reforzadas y con hierro; dentro, impío, el Furor
sentado sobre sus armas crueles y atado con cien nudos
de cadenas a la espalda rugirá erizado con su boca de sangre.»
Esto dice, y envía desde el cielo al que Maya engendró
a que se abran las tierras y los nuevos alcázares de Cartago
acojan a los teucros, para que no los rechace de sus tierras
Dido, ignorando el destino. Vuela aquél por el cielo abierto
con el impulso de sus alas y se presenta raudo en las costas de Libia.
Y ya cumple las órdenes y rinden los púnicos su fiero corazón
porque el dios lo quiere, y la que más la reina aguarda
a los troyanos con ánimo sereno y bondadosa mente.
El piadoso Eneas, en esto, dando muchas vueltas en la noche,
apenas nació la luz sustentadora, decidió salir
y explorar los nuevos lugares, las costas que ganaron con el viento,
e indagar quién las habita (como no ve cultivos),
si hombres o fieras, y traer exacta noticia a sus compañeros.
En una quebrada del bosque, bajo el hueco de una roca sus naves
oculta entre árboles y sombras de espanto.
Y él se marcha sólo con la compañía de Acates
apretando en sus manos dos lanzas de ancho filo.
En medio del bosque se le presentó su madre con los rasgos
y el aspecto de una doncella, y con las armas de una doncella
espartana, cual fatiga la tracia a sus caballos
Harpálice, o al Hebro alado sobrepasa corriendo;
pues presto el arco lo llevaba colgado de sus hombros
según la costumbre de caza y dejaba flotar al viento sus cabellos,
desnuda la rodilla y la ropa suelta recogida en un nudo.
Y habló la primera: «¡Eh, jóvenes! Decidme si de las mías
habéis visto a alguna, de mis hermanas, vagando por aquí
con la aljaba y con la piel de lince llena de manchas,
o siguiendo a gritos la carrera de un jabalí espumante.»
Así Venus, y así de Venus el hijo comenzó por su parte:
«Ni hemos oído ni hemos visto a ninguna de tus hermanas.
¿Cómo he de llamarte, muchacha?, pues no tienes cara
de mortal ni suena tu voz como la de los hombres, oh diosa sin duda
(¿quizá hermana de Febo o una de la sangre de las Ninfas?).

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Sé feliz y ojalá, seas quien seas, alivies nuestra carga
y nos digas por fin bajo qué cielo, a qué lugar del mundo
hemos ido a parar. Ignorantes del lugar y de sus hombres
vagamos, por el viento y el vasto oleaje aquí arrojados.
Hará caer nuestra diestra muchas víctimas ante tus altares.»
Venus entonces: «En verdad no me creo digna de tales honores.
Llevar aljaba es costumbre de las muchachas de Tiro
y anudar en alto sus piernas a coturnos de púrpura.
Tierra de púnicos es la que ves, tirios y la ciudad de Agénor,
y las fronteras con los libios, pueblo terrible en la guerra.
Tiene el mando Dido, de su ciudad tiria escapada
huyendo de su hermano. Larga es la ofensa, largos
los avatares; mas seguiré lo más sobresaliente de la historia.
De ésta el esposo era Siqueo, el hombre más rico en oro
de los fenicios, y lo amó la infeliz con amor sin medida,
desde que su padre la entregara sin mancha y la uniera con él en primeros
auspicios. Pero el poder en Tiro lo ostentaba su hermano
Pigmalión, terrible más que todos los otros por sus crímenes.
Y vino a ponerse entre ambos la locura. Éste a Siqueo,
impío ante las aras y ciego de pasión por el oro,
sorprende a escondidas con su espada, sin cuidarse
del amor de su hermana; su acción ocultó por mucho tiempo
y con mentiras y esperanzas vanas engañó a la amante afligida.
Pero en sueños se le presentó el propio fantasma de su insepulto
esposo, con los rasgos asombrosamente pálidos;
las aras crueles descubrió y el pecho por el hierro
atravesado, y desveló todo el crimen secreto de su casa.
La anima luego a disponer la huida y salir de su patria,
y saca de la tierra antiguos tesoros escondidos,
ayuda para el camino, gran cantidad de oro y de plata.
Conmovida por esto preparaba Dido su partida y a los compañeros.
Acuden aquellos que más odiaban al cruel tirano,
o que más le temían; de unas naves que dispuestas estaban
se apoderan y las cargan de oro. Se van por el mar
las riquezas del avaro Pigmalión; una mujer dirige la empresa.
Llegaron a estos lugares, donde ahora ves enormes murallas
y nace el alcázar de una joven Cartago,
y compraron el suelo, que por esto llamaron Birsa,
cuanto pudieron rodear con una piel de toro.
Mas, ¿qué hay de vosotros? ¿De dónde habéis llegado
o a dónde os dirigís?» A quien tal preguntaba, aquél
entre suspiros y sacando la voz de lo hondo del pecho:
«¡Oh, diosa! Si hubiera de empezar desde el principio
y tiempo tuvieras de escuchar los anales de nuestras fatigas,
antes encerraría Véspero al día en el Olimpo.
Desde la antigua Troya, y puede que el nombre de Troya
haya llegado a tus oídos, sacudidos por mares diversos,
por azar, una tormenta nos lanzó a las costas de Libia.
Yo soy Eneas piadoso que, arrancados al enemigo, mis Penates
llevo en mi flota conmigo; mi fama es conocida más allá del cielo.
Busco Italia, mi patria, y desciende mi raza del supremo Jove.
Me lancé al mar de Frigia con dos veces diez naves,
en pos de mi destino, bajo la guía de mi divina madre.
Siete apenas han sobrevivido al castigo de las olas y del Euro.
Yo mismo, desconocido y necesitado, vago por los desiertos de Libia,
expulsado de Europa y de Asia.» Y no consintió Venus
que más se quejase, y así dijo, interrumpiendo su dolor:
«Seas quien seas, y ya que has llegado a esta ciudad tiria,
no creo que consumas las auras de la vida odiado por los dioses.
Así que prosigue yvete desde aquí a los umbrales de la reina.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Pues que han vuelto tus amigos y que tu flota ha vuelto
te anuncio, y que al cambiar los Aquilones está en seguro,
si es que mis padres no me enseñaron mal a leer los augurios.
Mira dos grupos de seis cisnes volando en formación alegres,
a quienes dejando la región del éter el ave de Júpiter
turbaba a cielo abierto; ahora en larga fila ya parecen
elegir una tierra o mirar desde lo alto la elegida:
igual que en su retorno juegan aquéllos con alas estridentes
y recorren en círculo el cielo y lanzan su canto,
no de otra forma tus naves y tus jóvenes
o han entrado ya en puerto o buscan su boca a toda vela.
Así que prosigue, y, por donde te lleva el camino, dirige tus pasos.»
Dijo, y relució su nuca de rosa al darse la vuelta,
y desde lo más alto exhalaron sus cabellos de ambrosía
un olor divino; cayó su vestido hasta los mismos pies
y se marchó con el andar de una diosa verdadera. Entonces
reconoció aquél a su madre que escapaba y así la siguió con la voz:
«¿Por qué tan a menudo, también tú cruel, te burlas de tu hijo
con falsas imágenes? ¿Por qué no se me da juntar mi diestra
con la suya y oír y devolver palabras de verdad?»
Éste fue su reproche y encaminó sus pasos hacia las murallas.
Pero Venus cubrió con una sombra oscura a los caminantes
y derramó la diosa a su alrededor un manto de niebla,
para que nadie pudiera verlos y nadie tocarlos,
o urdir un retraso o las causas inquirir de su llegada.
Ella misma, volando, se va a Pafos y encontró alegre
de nuevo su morada, donde tiene su templo y cien altares
arden con incienso de Saba y huelen a guirnaldas recién cortadas.
Reemprendieron entretanto su camino, por donde avanza el sendero,
y ya subían ala colina que mucho asoma por encima
de la ciudad y ve desde lo alto el alcázar de enfrente.
Se asombra Eneas de la mole, cabañas otro tiempo,
se asombra de las puertas y del ir y venir por las calzadas.
Se afanan con fiebre los tirios: unos trazan la muralla
y levantan la fortaleza y hacen rodar las piedras en sus manos;
otros eligen un lugar para su techo y lo rodean de un surco;
leyes están dictando los jueces y el senado sagrado.
Unos aquí excavan el puerto; otros preparan profundos
cimientos para el teatro y sacan enormes columnas
de las rocas que habrán de decorar la escena futura.
Igual que las abejas al entrar el verano por los campos floridos
se afanan bajo el sol, sacando fuera las crías ya adultas
de la especie, o espesando la líquida miel
o hinchando las celdillas con el dulce néctar,
o toman la carga de las que van llegando o en formación cerrada
de la colmena arrojan al perezoso rebaño de los zánganos;
hierve el trabajo y de la miel se escapa un olor a tomillo.
«Afortunados los que ven sus murallas alzarse»,
exclama Eneas de la ciudad contemplando los tejados.
Encerrado en la niebla (asombra decirlo) se mete
en el centro y se mezcla a la gente sin ser visto.
Un bosque se alzaba en el corazón de la ciudad, de sombra amenísima,
donde, arrojados por el torbellino ylas aguas, sacaron
del suelo los púnicos la primera señal que Juno soberana
les había mostrado: la cabeza de un brioso caballo; que habría de ser
por los siglos un pueblo famoso en la guerra y próspero en la paz.
Aquí levantaba la sidonia Dido un templo enorme
a Juno, opulento de ofrendas y del numen de la diosa,
y para él se alzaban sobre la escalinata dinteles de bronce y vigas
con bronce trabadas, y chirriaban en sus goznes las puertas de bronce.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

En este bosque por primera vez el insólito espectáculo disipó
su temor, y se atrevió Eneas por primera vez a esperar
salvación y a más confiar en medio de la adversidad.
Y así, mientras todo contempla al pie del templo enorme,
esperando a la reina, mientras contempla absorto de la ciudad
cuál sea la suerte, y las brigadas de obreros y el esfuerzo
de los trabajos, ve por orden las luchas de Troya
y las guerras que había divulgado la fama por todo el orbe,
y a los Atridas y a Príamo y con ambos al cruel Aquiles.
Se detuvo, y entre lágrimas dijo: «¿Qué lugar, Acates,
qué región de la tierra no está llena de nuestras fatigas?
Mira Príamo. Aquí también se premia la virtud,
lágrimas hay para las penas y tocan el corazón las cosas de los hombres.
Deja ese miedo, que esta fama alguna ayuda habrá de reportarte.»
Dice así y alimenta su ánimo con la pintura inane
entre grandes gemidos, y humedece su rostro inagotable río.
Pues veía cómo por aquí escapaban los griegos peleando
de Pérgamo alrededor, acosados por la juventud troyana;
por aquí los frigios, al perseguirles con su carro Aquiles empenachado.
Y no lejos de allí las blancas velas de las tiendas de Reso
reconoce entre lágrimas: entregadas al sueño primero,
el hijo de Tideo las llenaba desangre en gran carnicería
y se lleva al campamento los fogosos caballos antes de que
probasen los pastos de Troya y bebieran del Janto.
En otra parte Troilo escapando tras perder sus armas,
pobre muchacho en desigual combate con Aquiles,
los caballos lo arrastran y cuelga caído del carro vacío,
sujetando las riendas sin embargo; nuca y cabellos
le arrastran por el suelo, y escribe en el polvo con la lanza vuelta.
Mientras tanto, las mujeres de Ilión subían al templo
de Palas inicua, sueltos los cabellos, un peplo
a ofrecerle suplicantes, tristes y golpeándose el pecho con las palmas,
y la diosa les daba la espalda, en el suelo clavados los ojos.
Tres veces había arrastrado Aquiles el cuerpo de Héctor
en torno a los muros de Troya y lo cambiaba sin vida por oro.
No pudo más, y deja escapar un gemido de lo hondo del pecho,
cuando los despojos, cuando el carro y cuando el cuerpo de su pobre amigo
y a Príamo tendiendo sus manos inermes contempla.
También él se vio, mezclado con los príncipes de los aqueos,
y el ejército de la Aurora y las armas del negro Memnón.
Guía la marcha de las amazonas de escudos lunados
Pentesilea, que arde enloquecida entre millares,
con áureo ceñidor bajo el pecho descubierto,
guerrera, doncella que se atreve a combatir contra hombres.
Mientras contempla todo esto el dardanio Eneas maravillado,
mientras se queda absorto atento sólo a lo que ve,
la reina hacia el templo, la bellísima Dido,
se encamina con numeroso séquito de jóvenes.
Cual en las riberas del Eurotas o en las laderas del Cinto
Diana dirige a sus coros de Oréadas que la siguen a miles
y se agolpan a un lado y a otro; ella la aljaba
lleva al hombro y sobresale de todas las diosas al caminar
(se agita de gozo el pecho callado de Latona):
así estaba Dido, así de alegre caminaba
entre todos apresurando las obras de su futuro reino.
Y a las puertas de la diosa, bajo la bóveda del templo
se sentó sobre alto sitial rodeada de sus armas.
Impartía justicia y leyes a los hombres y la tarea de las obras
distribuía en partes iguales o dejaba a la suerte,
cuando de pronto Eneas ve llegar entre gran concurso

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

de gente a Anteo y a Sergesto y al valiente Cloanto
y a algunos otros teucros a quienes negro tornado
había dispersado por el mar, lanzándolos a otras orillas.
Pasmado se quedó y a la vez Acates se conmueve
de alegría y de miedo; ardían ansiosos por estrechar
sus diestras, mas la dudosa situación turba sus corazones.
Se contienen y escondidos en el hueco de la nube observan
cuál ha sido la suerte de sus hombres, dónde han dejado las naves,
a qué vienen; pues llegaban escogidos de toda la flota
a pedir favor y se dirigían al templo gritando.
Luego que entraron y se les permitió hablar delante de todos,
de este modo comienza el gran Ilioneo, con pecho sereno:
«Oh, reina, a quien Júpiter ha dado fundar una nueva ciudad
y en justicia que frenaras a pueblos soberbios.
Los pobres troyanos, batidos por los vientos de todos los mares,
te suplicamos: aleja el fuego maldito de nuestras naves,
perdona a un pueblo piadoso y vigila de cerca nuestras cosas.
Que no hemos venido a debelar con la espada los Penates
de Libia, ni a llevar a la costa un botín apresado;
no somos de ánimo guerrero ni es de vencidos soberbia tamaña.
Hay un lugar al que llaman los griegos con el nombre de Hesperia,
una tierra antigua, poderosa en las armas y fértil de suelo,
que habitaron los hombres de Enotria; hoy se dice que sus descendientes
llaman Italia al pueblo por el nombre de su jefe.
Ése era nuestro rumbo,
cuando de pronto Orión tempestuoso surgió sobre las olas
y nos lanzó a bajíos sin salida y con Austros tenaces del todo
nos dispersó con el agua por encima entre olas y escollos
inaccesibles; unos pocos logramos ganar a nado nuestras playas.
¿Qué clase de hombres es ésta y qué patria tan bárbara permite
una costumbre así? Se nos impide la hospitalidad de la playa,
guerras nos levantan y nos prohiben detenernos en la orilla.
Si despreciáis la raza de los hombres y las armas mortales,
temed al menos a los dioses que no olvidan lo bueno y lo malo.
Un rey teníamos, Eneas; más justo que él no hubo otro
ni de mayor piedad, ni más grande en la guerra y las armas.
Si los hados protegen a este hombre, si se alimenta del aura
etérea y no duerme aún en las sombras crueles,
no cabe miedo alguno, ni habrá de pesarte el cumplir
la primera con nosotros. Ciudades tenemos en la región de los sículos
y armas, y el famoso Acestes de sangre troyana.
Permítasenos arrastrar a tierra la flota que desarboló el viento
y reparar su madera en los bosques y cortar nuevos remos,
y, si es posible, recobrados nuestros amigos y nuestro rey,
buscar Italia y gozosos dirigirnos a Italia y al Lacio;
y si no, si nuestra salvación se ha perdido y a ti, óptimo padre de los teucros,
te guarda el mar de Libia y no queda esperanza ya de Julo,
al menos al estrecho de Sicilia, a los lugares dispuestos
de donde llegamos hasta aquí, y al rey Acestes volvamos.»
Así dijo Ilioneo; así a la vez todos suspiraban
los Dardánidas.
Brevemente entonces, la cabeza inclinada, habla Dido:
«Sacad el miedo de vuestro corazón, teucros, dejad esas cuitas.
Lo dificil de la situación y el que el reino sea nuevo tales cosas
me obligan a tramar y a defender con guardias todo mi suelo.
¿Quién no ha oído hablar de la estirpe de Eneas y la ciudad de Troya,
de su valor y sus hombres o de las llamas de guerra tan grande?
Que no tenemos los púnicos corazones tan endurecidos
ni tan lejos de la ciudad tiria unce el Sol sus caballos.
Así que, tanto si ansiáis la grandeza de Hesperia y los campos saturnios

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

como el suelo de Érice y el reino de Acestes,
os dejaré marchar protegidos por mi auxilio y podréis disponer de mis recursos.
¿Que preferís quedaros conmigo en pie de igualdad en mi reino?
La ciudad que estoy levantando vuestra es; varad vuestras naves;
ninguna distinción habré de hacer entre tirio y troyano.
Y ojalá que en alas del mismo Noto llegase también
Eneas, vuestro rey; al punto enviaré por las playas hombres
de confianza y haré que recorran los confines de Libia,
por si anda perdido por algún bosque o ciudad.»
Con el ánimo recobrado por estas palabras, el fuerte Acates
y el padre Eneas también, impacientes, ardían por salir
de la nube. Y Acates el primero interroga a Eneas:
«Hijo de diosa, ¿qué opinión se alza en tu pecho?
Todo estás viendo a salvo, y recobrados los amigos y la flota.
Sólo uno falta, a quien nosotros mismos vimos perderse
en medio de las olas; responde lo demás a las palabras de tu madre.»
Apenas acabó de hablar cuando se abre la nube
de repente, y se esfuma disipándose por cielo abierto.
Allí apareció Eneas y en una blanca luz resplandeció,
con la cara y el cuerpo como un dios; que su misma madre
había insuflado al hijo brillante cabellera y la luz púrpura
de la juventud y en sus ojos alegres resplandores:
como añaden las manos adornos al marfil o como de rubio oro
se engarza la plata o la piedra de Paros.
Así entonces se dirige a la reina y a todos de repente,
inesperado, dice: «Aquí me tenéis, soy quien buscáis.
Soy el troyano Eneas, rescatado del oleaje libio.
Oh, tú, la única en apiadarse de las fatigas indecibles de Troya,
que a nosotros, restos de los dánaos, agotados por mar y tierra
de toda clase de calamidades, de todo privados,
a tu ciudad y a tu casa nos asocias. No podemos, Dido,
darte las gracias que mereces, ni puede todo el pueblo troyano,
perdido como está y disperso por el ancho mundo.
Mas los dioses a ti, si algún numen vela por los piadosos, si es que
algo queda de justicia y una inteligencia que sabe lo que es justo,
digna recompensa habrán de darte. ¿Qué siglos tan felices
te vieron nacer? ¿Qué padres tan grandes así te engendraron?
Mientras hacia el mar corran los ríos, mientras recorran las sombras
las quebradas de los montes, mientras estrellas alimente el cielo,
permanecerá siempre el honor y la gloria de tu nombre,
sea cual sea la tierra que me llama.» Así que habló, al amigo
Ilioneo buscó con su diestra y con la izquierda a Seresto,
y a los demás después, y al valiente Gías y al valiente Cloanto.
Sin aliento se quedó la sidonia Dido, por la visión primero,
después por tanta desventura del héroe y así habló con su boca:
«¿Qué desventura, hijo de la diosa, en medio de tan grandes peligros
te persigue? ¿Qué fuerza te arroja a riberas salvajes?
¿No eres tú aquel Eneas que la madre Venus al dardanio
Anquises le engendró junto a las aguas del frigio Simunte?
Y recuerdo muy bien que Teucro vino a Sidón
expulsado de la tierra de su padre, buscando un nuevo reino
con la ayuda de Belo; andaba entonces mi padre Belo
asolando la rica Chipre y a su poder, vencedor, la tenía sometida.
Pues ya desde aquel tiempo me era conocida la ruina
de la ciudad troyana, y tu nombre, y los reyes pelasgos.
Él mismo, un enemigo, hablaba de los teucros con la mayor alabanza
y se pretendía descendiente de una antigua estirpe de teucros.
Así que vamos, jóvenes, entrad en nuestras casas.
Que a mí también fortuna parecida quiso traerme,
sacudida por fatigas sin cuento, por último a esta tierra;

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

no aprendo a ayudar al malhadado sin conocer la desgracia.»
Así dice, y conduce al tiempo a Eneas a los techos
reales y al tiempo ordena sacrificios en los templos de los dioses.
Y envía a la vez a los compañeros de la playa no menos
de veinte toros, cien erizados lomos
de enormes cerdos, cien corderos bien cebados con sus madres,
presentes y gozo del día.
Y se dispone con lujo de reyes el interior del palacio,
espléndido, y preparan los banquetes en las habitaciones:
telas trabajadas con esmero y de soberbia púrpura,
mucha plata en las mesas y, labradas en oro,
las valerosas hazañas de los padres, la sucesión larguísima
de batallas que tantos guerreros libraron desde el antiguo origen de la raza.
Eneas (pues no deja descansar a sus pensamientos su amor
de padre) envía por delante a las naves rápido a Acates,
que cuente a Ascanio todo esto y a la ciudad lo traiga;
todo el cuidado de su querido padre se pone en Ascanio.
Presentes además salvados de la ruina de Troya
manda traer, un vestido bordado con dibujos de oro
y un velo festoneado en acanto azafrán,
ornato de la argiva Helena que había traído ella
de Micenas al venir a Pérgamo y a unos prohibidos
himeneos, maravilloso regalo de su madre Leda;
y el cetro además que un día llevara llione,
la mayor de las hijas de Príamo, y para el cuello un collar
de perlas, y una doble corona de oro y de gemas.
Cumpliendo a toda prisa cubría Acates el camino a las naves.
Pero la Citerea nuevas mañas, nuevos planes urde
en su pecho, para que con la caray el cuerpo del dulce Ascanio
Cupido se presente y encienda con sus regalos
la pasión de la reina, y meta el fuego en sus huesos.
Y es que teme a una casa ambigua y a los tirios de dos lenguas;
la abrasa feroz Juno y aumenta por la noche su cuidado.
Así que con estas palabras se dirige al alígero Amor:
«Hijo mío, mi fuerza, mi gran poder, el único
que despreciar puede los dardos tifeos de tu excelso padre,
en ti me refugio y suplicante tu ayuda reclamo.
Que tu hermano Eneas anda en el mar sacudido
por todas las costas a causa del odio de la acerba Juno,
lo sabes muy bien y a menudo de nuestro dolor te doliste.
Ahora lo retiene la fenicia Dido y lo entretiene con blandas
palabras, y me temo a dónde puede conducirle
la hospitalidad de Juno: no dejará pasar ocasión como ésta.
Por eso estoy planeando conquistar antes a la reina con engaños
y ceñirla de fuego, para que no cambie por algún otro dios
y conmigo se vea atada con un gran amor a Eneas.
Escucha ahora mi plan para que puedas lograrlo.
Por orden de su querido padre se dispone a acudir a la ciudad
sidonia el niño real, el objeto mayor de mis cuitas,
llevando consigo los presentes rescatados al mar y a las llamas de Troya;
voy a ocultarlo, profundamente dormido, en las cumbres
de Citera o en la sagrada morada de la Idalia,
para que enterarse no pueda de mis engaños o interponerse.
Tú, por no más de una noche, toma su aspecto
con engaño, y, niño, como eres, viste los conocidos rasgos del niño
de modo que, cuando te tome en su regazo felicísima Dido
entre las mesas reales y el licor lieo,
cuando te dé sus abrazos y te llene de dulces besos,
le insufles sin que lo advierta tu fuego y la engañes con tu droga.»
Obedece Amor las palabras de su madre querida y las alas

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

deja y toma gozoso los andares de Julo.
Venus por su lado plácida quietud vierte por los miembros
de Ascanio, y en sus brazos la diosa lo lleva a los altos
bosques de Idalia, donde la suave mejorana lo perfuma
y lo envuelve con sus flores y su dulce sombra.
Iba ya obediente al mandato Cupido y llevaba
los reales presentes a los tirios, alegre con la guía de Acates.
Al llegar, la reina se instaló por fin en un lecho
de oro con soberbios tapices y se puso en el centro,
y ya el padre Eneas y ya la juventud troyana
se presentan y se colocan sobre asientos de púrpura.
Presentan los criados agua a las manos y el fruto de Ceres
reparten en cestas y paños ofrecen de flecos cortados.
Dentro hay cincuenta criadas a cuyo cuidado está la provisión
ordenada de las viandas y quemar perfumes a los Penates;
otras cien y otros tantos servidores de la misma edad
para colmar de viandas las mesas y servir las copas.
No faltan tampoco los tirios, que en gran número acuden
al alegre palacio; se les pide descansar en cojines bordados
y admiran los regalos de Eneas, admiran a Julo,
el rostro resplandeciente del dios y sus fingidas palabras,
y el vestido y el velo bordado de acanto azafrán.
En especial la infeliz fenicia, rendida a la perdición que acecha,
no puede saciar su corazón y se abrasa mirando,
y por igual la emocionan los presentes y el muchacho.
Éste, luego que se colgó de los brazos y el cuello de Eneas
y colmó el gran amor de su falso padre,
busca a la reina. Ella con los ojos, con su corazón todo
se le prende y lo atrae a su pecho ignorante Dido
de qué dios terrible se le sienta, desdichada. Y él recordando
a su madre Acidalia, a borrar poco a poco a Siqueo
comienza y trata ya de cambiar con el amor de un vivo
su corazón ha tiempo apagado y un pecho no acostumbrado.
Tan pronto se descansó en el banquete y quitaron las mesas,
disponen grandes crateras y coronan los vinos.
Llena el bullicio la mansión y resuenan las voces por los amplios
salones; cuelgan encendidas las lámparas del dorado
artesón y derrotan las antorchas con su llama a la noche.
Pidió en ese momento la reina una pesada pátera de oro
y de gemas y la llenó de vino puro, como Belo y todos
desde Belo solían; luego se hizo el silencio en la sala:
«Júpiter, pues dicen que está a tu cargo el derecho de hospitalidad,
ojalá permitas que sea éste un día alegre para los tirios y cuantos
salieron de Troya, y que de él se acuerden nuestros descendientes.
Que nos asista Baco, dispensador de goces, y Juno benigna;
y vosotros, tirios, celebrad esta reunión con alegría.»
Dijo, y libó sobre la mesa la ofrenda del vino
y, hecha la libación, lo probó la primera con los labios apenas;
convidó luego a Bitias, quien sin dudarlo se tragó la copa
espumante hasta topar con el oro macizo;
después los demás príncipes. El crinado Yopas hace sonar
su cítara dorada cual le enseñó Atlante gigantesco.
Canta éste el vagar de la luna y del sol las fatigas,
el origen de hombres y animales, del agua y del fuego,
Arturo y las lluviosas Híades y los dos Triones,
por qué tanto se apresuran a bañarse en el Océano los soles
de invierno o por qué se demoran las lentas noches;
redoblan sus aplausos los tirios y los troyanos les siguen.
Pasaba también la noche en animada charla
la infeliz Dido, y un largo amor bebía,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

preguntando una y otra cosa sobre Príamo, una y otra sobre Héctor;
ya con qué armas se había presentado el hijo de la Aurora,
ya cómo eran de Diomedes los caballos, ya por la figura de Aquiles:
«Ea, mi huésped; comienza por el principio y cuéntanos»,
dijo, «las trampas de los dánaos y las desgracias de los tuyos
y tu peregrinar; pues ya es el séptimo verano
que vagar te ve por todas las tierras y los mares. »

LIBRO II

Todos callaron y en tensión mantenían la mirada;
luego el padre Eneas así comenzó desde su alto lecho:
«Un dolor, reina, me mandas renovar innombrable,
cómo las riquezas troyanas y el mísero reino
destruyeron los dánaos, y tragedias que yo mismo he visto
y de las que fui parte importante. ¿Quién eso narrando
de los mirmídones o dólopes o del cruel Ulises soldado
contendría las lágrimas? Y ya la húmeda noche del cielo
baja y al caer las estrellas invitan al sueño.
Mas si tanta es tu ansia de conocer nuestra ruina
y en breve de Troya escuchar la fatiga postrera,
aunque el ánimo se eriza al recordar y huye del llanto,
comenzaré. Quebrados por la guerra, por el hado rechazados
los jefes de los dánaos al pasar ya tantos los años,
como una montaña un caballo con arte divina de Palas
levantan, tejiendo sus flancos con tablas de abeto;
lo fingen un voto por el regreso; así la noticia se extiende.
Escogidos a suerte, a escondidas aquí los guerreros
encierran en el ciego costado y hasta el fondo llenan
las cavernas enormes de la panza con hombres en armas.
Enfrente está Ténedos, isla de bien conocida
fama, rica en recursos al estar en pie de Príamo el reino,
hoy sólo un golfo y un puerto del que los barcos desconfían:
lanzados aquí en la playa desierta se ocultan;
pensamos que, idos, andaban buscando Micenas al viento.
Así toda Eucria se vio libre al fin de un duelo ya largo;
se abren las puertas, da gusto pasear contemplando
las tiendas de los dorios y ver desierto el lugar y la playa vacía:
aquí la tropa de los dólopes, aquí Aquiles cruel acampaba;
aquí el lugar de los barcos, aquí en formación peleaban.
Unos sin habla contemplan de Palas fatal el regalo,
asombrados del tamaño del caballo, y el primero Timetes
ordena pasarlo a los muros y ponerlo en lo alto,
bien por engaño bien que ya así lo cantaba el destino de Troya.
Capis no obstante y los de mejor opinión en la mente
nos mandan arrojar al mar la trampa del dánao
y el extraño presente y quemarlo con fuego debajo,
o perforar los huecos de su panza buscando escondrijos.
Dudosa entre dos pareceres se divide la gente.
»Y, mira, el primero de todos seguido de gran compañía
baja Laocoonte encendido de lo alto de la fortaleza,
y a lo lejos: "¡Qué locura tan grande, pobres ciudadanos!
¿Del enemigo pensáis que se ha ido? ¿O creéis que los dánaos
pueden hacer regalos sin trampa? ¿Así conocemos a Ulises?
O encerrados en esta madera ocultos están los aqueos,
o contra nuestras murallas se ha levantado esta máquina
para espiar nuestras casas y caer sobre la ciudad desde lo alto,
o algún otro engaño se esconde: teucros, no os fiéis del caballo.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Sea lo que sea, temo a los dánaos incluso ofreciendo presentes."
Luego que habló con gran fuerza una lanza enorme
disparó contra el costado y contra el vientre curvo de tablones.
Se clavó aquélla vibrando y en la panza sacudida
resonaron las cuevas y lanzaron su gemido las cavernas.
Y, si los hados de los dioses y nuestra mente no hubieran estado
contra nosotros, nos habrían llevado a horadar los escondites de Argos,
y aún se alzaría Troya y permanecerías en lo alto, fortaleza de Príamo.
»Y hete aquí que a un joven atado a la espalda de manos
con gran griterío los pastores ante el rey arrastraban
Dardánidas, que, desconocido, a los que lo hallaron
se entregó para urdir todo esto y abrir Troya a los griegos,
confiado de ánimo y para ambas tareas dispuesto,
bien a tramar sus engaños, bien a marchar a una muerte segura.
De todas partes acude con ganas de verle
y compite la juventud troyana en burlarse del preso.
Escucha ahora las trampas de los dánaos y por el crimen de uno
conócelos a todos.
Pues cuando en medio del corro, turbado y sin armas,
se detuvo y miró con sus ojos las tropas de Frigia,
"¡Ay! ¿Qué tierra ahora -dijo-, qué mares me pueden
guardar o qué queda por fin para mí desgraciado,
que no tengo siquiera un lugar con los dánaos y encima
los hostiles Dardánidas mi castigo reclaman con sangre?"
Con este lamento cambió nuestros ánimos y aplacó nuestros ímpetus todos.
Le pedimos que cuente de qué sangre viene,
y qué lo trae; que nos diga cuál es, prisionero, su confianza.
» "Toda por cierto a ti, rey, te diré la verdad,
pase lo que pase -dijo-, y no negaré que soy de la gente de Argos.
Esto lo primero, y que no, si Fortuna forjó a un Sinón desgraciado,
lo haga también, malvada, vano y mentiroso.
Puede que haya llegado a tus oídos hablando
de Palamedes Belida el nombre y la fama
gloriosa, a quien los pelasgos con trampas
siendo inocente, con falsas pruebas porque vetaba sus guerras,
a la muerte enviaron y hoy le lloran de la luz privado.
Como acompañante suyo y cercano en la sangre mi padre,
al ser pobre, desde el principio de todo aquí a la guerra me envió.
Mientras incólume estaba en el poder y fuerza tenía en las reuniones
de reyes, también nosotros algún nombre y honra
logramos. Luego que la envidia del tramposo Ulises
(no cosas extrañas os cuento) lo arrojó de las riberas del día,
arrastraba afligido mi vida en tinieblas y llanto
y en mi interior me indignaba del inocente amigo la muerte.
Y no callé, loco, y, a poco que el hado quisiera,
si alguna vez regresaba vencedor a Argos, mi patria,
juré que sería su vengador y un odio amargo moví con mis palabras.
De ahí la pendiente primera de mi mal, de ahí siempre Ulises
a aterrarme con nuevos crímenes, de ahí a lanzar voces
ambiguas al pueblo y a buscar a propósito guerra.
Y no paró, así, hasta que auxiliado por Calcante...
pero ¿a qué fin doy vueltas en vano a tanta amargura
o a qué me detengo? Si en una misma fila tenéis a todos los aqueos,
ya habéis escuchado bastante, cumplid ahora mismo el castigo;
que así lo querría el de Ítaca y en mucho os tendrían los Atridas"
»Pero ya ardemos por saber e investigarlas causas,
ignorantes de crímenes tan grandes y de la maña pelasga.
Tembloroso prosigue y habla con pecho fingido:
» "A menudo, abandonando Troya, los dánaos ansiaron
preparar la fuga y agotados dejar una guerra tan larga.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

¡Así lo lograran! A menudo en el mar les frenó
la dura tormenta y el Austro frustró su partida.
Y justo cuando ya aquí tejido de tablas de arce
se alzaba el caballo, por todo el cielo restalló la tormenta.
Intrigados enviamos a indagar de Febo el oráculo
a Eurípilo, quien nos trae de su templo estas tristes palabras:
'Con sangre aplacasteis al viento y matando a una virgen,
dánaos, el día que a estas costas ilíacas vinisteis;
con sangre debéis procurar el retorno y con el sacrificio
de un alma de Argos. En cuanto esta voz llegó a los oídos del pueblo,
se suspendieron los ánimos y un helado temblor recorrió
lo hondo de los huesos, a quién designaban los hados, a quién pide Apolo.
»En esto el de Ítaca con gran reunión a Calcante
el adivino arrastra al centro; le pide que aclare
cuál sea la voluntad de los dioses. Y muchos ya me cantaban
a mí el crimen cruel del tramposo, y en silencio
veían lo que iba a venir. Diez días calla aquél y escondido
se niega a señalar a nadie con su voz y mandarlo a la muerte.
A la fuerza, por fin, empujado por el de Ítaca con grandes gritos,
rompe de acuerdo con él su silencio y me envía hacia el ara.
Estuvieron todos de acuerdo y, lo que cada cual para sí se temía,
convertido en la ruina de uno solo soportaron.
Y ya había llegado el día nefando. Ya se me habían dispuesto
las harinas saladas y las cintas en torno a mis sienes.
De la muerte escapé, lo confieso, y rompí mis cadenas
y en la oscuridad de la noche me escondí entre la ova
de un lago limoso mientras se hacían a la mar,
si acaso lo hacían. Y no hayya para mí alguna esperanza
de volver a ver mi antigua patria ni a mis dulces hijos
o a mi padre añorado, a cuantos aquéllos quizá
hagan pagar nuestra huida y expiarán con su muerte mi culpa.
Por eso, por los dioses y los númenes que saben la verdad,
por la fe sin tacha, si es que alguna queda entre los mortales,
te suplico, compadécete de fatigas tan grandes,
compadécete de un corazón que sufre lo que no merece."
»Por sus lágrimas le salvamos la vida y nos compadecemos encima.
Y Príamo mismo ordena el primero quitarlas esposas
y las apretadas ligaduras y así le dice con palabras de amigo:
"Seas quien seas, olvida desde ahora a los griegos que dejaste
(serás de los nuestros) y dime la verdad, que te pregunto:
¿para qué levantaron esa mole del caballo imponente? ¿Quién lo ideó
o qué pretenden? ¿Es algún voto? ¿Es tal vez algún artefacto guerrero? "
Había dicho. Y aquél en trampas experto y en la maña pelasga
levantó a las estrellas sus palmas libres de cadenas:
"A vosotras, llamas eternas, y a vuestro numen inviolable
por testigos os pongo -dice-, y también a vosotros, altares y nefandas espadas
de los que pude huir, y cintas de los dioses que llevé al sacrificio:
permitidme romper los sagrados juramentos de los griegos,
permitidme odiar a esos hombres y poner todo en claro,
todo cuanto ocultan. Que ninguna ley de la patria me ata.
Tú sólo mantén tus promesas y si, Troya, te salvas,
respeta tu palabra si te digo verdad, si te entrego cosas importantes.
De los dánaos toda la esperanza y la fe de la guerra emprendida
residió siempre en la ayuda de Palas. Ahora bien,
desde que Ulises el inventor de crímenes y el hijo de Tideo
osaron sacar del templo consagrado el fatal Paladio
dando muerte a los guardianes de la fortaleza escarpada,
robaron la sagrada imagen y con manos de sangre
se atrevieron a mancillar de la diosa las cintas benditas,
desde aquello bajaron las esperanzas de los dánaos,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

quebradas sus fuerzas, vuelta de espaldas la voluntad de la diosa.
Y con prodigios no dudosos dio señas de eso Tritonia.
Apenas colocaron la estatua en el campo: llamas brillantes
ardieron en sus ojos encendidos y un salado sudor
cayó de sus miembros y tres veces sola se alzó
(asombra decirlo) del suelo con su escudo y la lanza agitando.
Se apresura Calcante a decir que probemos la huida por mar
y que no puede Pérgamo abrirse alas flechas argólicas
si no buscan de nuevo augurios en Argos y otra vez traen
con el mar y las curvas naves el numen que un día trajeron.
Y ahora que con el viento han buscado la patria Micenas,
armas y dioses tratan de ganarse y llegarán de improviso,
surcando el mar de nuevo; así ve el futuro Calcante.
Advertidos levantaron esta estatua por el numen herido,
por el Paladio, para expiar el crimen funesto.
Y mandó Calcante construir inmensa esta mole
y tejiendo sus tablas levantarla hasta el cielo,
para que entrar no pudiera por las puertas ni cruzar las murallas,
ni proteger a vuestro pueblo bajo su antiguo poder.
Pues si vuestra mano violase el don de Minerva,
una gran maldición sobre el reino de Príamo
y sobre los frigios caería (los dioses la vuelvan antes contra ellos).
Si al contrario por vuestras manos subiera hasta vuestra ciudad,
Asia caería en guerra terrible sobre las murallas de Pélope,
y ésa sería la suerte reservada a nuestros nietos."
»Resultaba creíble la cosa con tales insidias y la maña
del perjuro Sinón, y capturó con trampas y lágrimas
a quienes ni el Tidida ni Aquiles de Larisa
lograron domar, ni diez años, ni miles de barcos.
»En ese momento un nuevo prodigio mucho más terrible
aparece ante los desgraciados y turba sus pechos confiados.
Laocoonte, sacado a suertes sacerdote de Neptuno,
degollaba en su ara festiva un toro tremendo.
Y mira por dónde (me muero al contarlo), dos grandes serpientes
se lanzan al mar desde Ténedos por la quieta llanura
con curvas inmensas y buscan la costa ala vez;
sus pechos se levantan entre las olas y con crestas
de sangre asoman en el agua, el resto se dibuja
en el mar y retuerce sus lomos enormes en un torbellino.
Suena el silbido en la sal espumante, y ya a tierra llegaban
e inyectados en sangre y en fuego sus ojos ardientes,
sacudían sus bocas silbantes vibrando las lenguas.
Escapamos exangües ante la visión. Aquéllas en ruta certera
buscan a Laocoonte, y primero rodean con su abrazo
los pequeños cuerpos de sus dos hijos y a mordiscos devoran
sus pobres miembros; se abalanzan después sobre aquel
que acudía en su ayuda con las flechas y abrazan
su cuerpo en monstruosos anillos, y ya en dos vueltas
lo tienen agarrado rodeándole el cuello con sus cuerpos de escamas,
y sacan por encima la cabeza y las altas cervices.
Él trata a la vez con las manos de deshacer los nudos,
con las cintas manchadas de sangre seca y negro veneno,
a la vez lanza al cielo sus gritos horrendos,
como los mugidos cuando el toro escapa herido del ara
sacudiendo de su cerviz el hacha que erró el golpe.
Se escapan luego los dragones gemelos hacia el alto santuario
y buscan el alcázar de la cruel Tritónide
ya los pies de la diosa, bajo el círculo de su escudo, se esconden.
Entonces fue cuando un nuevo pavor se asoma a los pechos
temblorosos de todos y se dice que Laocoonte había pagado su crimen,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

por herir con su lanza la madera sagrada
y llegar a clavar en su lomo la lanza asesina.
Gritan que hay que buscar un lugar a la efigie y ganarse el numen de la diosa.
Rompemos los muros y de la ciudad abrimos las murallas.
Todos manos a la obra ponen ruedas a los pies,
y tienden a su cuello cuerdas de estopa;
atraviesa los muros el ingenio fatal, preñado de armas.
A su lado los mozos y las doncellas cantan sus himnos
y gózanse si pueden tocar con su mano la cuerda;
entra aquél y se desliza, amenazante, hasta el centro de la ciudad.
¡Ay, patria! ¡Ay, Ilión, morada de dioses, y muros
dardánidas, en la guerra famosos! Cuatro veces
justo en el umbral de la puerta se detuvo, otras tantas
gritaron de la panza las armas. Sin embargo, insistimos
inconscientes y en ciego frenesí colocamos
en lo más santo de la fortaleza el monstruo funesto.
Aún entonces Casandra, a quien por mandato del dios los teucros
no creían, abrió su boca para mostrarnos el destino futuro.
¡Pobres de nosotros! Era aquel nuestro último día
y adornamos con festivas guirnaldas los templos de la ciudad.
»Gira el cielo entretanto y del Océano sube la noche
envolviendo en su abrazo de sombra la tierra y el polo
y los engaños de los mirmídones. Repartidos por los muros
callaron los teucros; el sopor se apodera de sus miembros cansados.
Y ya acudía desde Ténedos la falange argiva con las naves formadas
entre el silencio amigo de la luna callada,
buscando la conocida playa, cuando la nave capitana
encendió las antorchas y, protegido por el hado inicuo de los dioses,
libera Sinón a los griegos encerrados en la panza y descorre
a escondidas los cerrojos de pino. Abierto a las brisas
los devuelve el caballo y alegres se lanzan de la hueca
madera los jefes Tesandro y Esténelo y Ulises cruel
bajando por la cuerda tendida, y Acamante y Toante
y el Pelida Neoptólemo y Macaonte el primero,
y Menelao y Epeo, el propio urdidor de la trampa.
Invaden la ciudad sepultada en el sueño y el vino;
son muertos los guardias, y abriendo las puertas reciben
a todos los compañeros y se reúnen los ejércitos cómplices.
»Era el tiempo en que llega el descanso primero a los hombres
cansados y se nos mete dentro, gratísimo regalo de los dioses.
En sueños, atiende, se me apareció tristísimo Héctor
ante mis ojos, derramando un llanto sin fin,
como cuando fue arrebatado por las bigas y negro
del polvo cruento y atravesados por una correa
sus pies tumefactos. ¡Ay de mí y cómo estaba!
¡Qué distinto del Héctor aquel que volvió revestido
de los despojos de Aquiles o que lanzaba los fuegos frigios
a las naves de los dánaos! En desorden la barba
y el cabello encostrado de sangre... y aquellas heridas,
que muchas recibió rodeando de la patria los muros. Entre mis propias lágrimas
me veía llamando al héroe y expresarle estos tristes lamentos:
"¡Oh, luz de Dardania, de los teucros la más firme esperanza!
¿Qué ha podido retenerte? ¿De qué riberas vienes
Héctor ansiado? ¡Cómo te vemos, después de tantas muertes
de los tuyos, agotados por tantas fatigas de los hombres
y de nuestra ciudad! ¿Qué indigna causa tu rostro
sereno manchó? ¿Por qué esas heridas estoy contemplando?"
Nada repuso él a mis vanas preguntas, nada repuso
pero sacando un grave gemido de lo hondo del pecho,
"Ay, ¡huye, hijo de la diosa! -dijo-, líbrate de estas llamas.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Está el enemigo en los muros; Troya se derrumba desde lo más alto.
Bastante hemos dado a la patria y a Príamo. Si con tu diestra pudieras
salvar a Pérgamo, ya por la mía habría sido salvada.
Troya te encomienda sus objetos sagrados y sus Penates.
Tómalos; compañeros de tu suerte, surca el mar
y levanta para ellos unas dignas murallas."
Dice así y saca del interior del templo las cintas
con sus manos, y Vesta poderosa, y el fuego eterno.
»Se llenan entretanto las murallas de duelos diversos,
y más y más, aunque estaba apartada la casa
de Anquises, mi padre, y los árboles la escondían,
claro se vuelve el sonido y se acerca el horror de las armas.
Salgo de mi sueño y llego subiendo
a lo más alto del tejado y me paro, atento el oído:
como cuando la llama por la ira del Austro
cae sobre el sembrado o el rápido torrente del río inunda
los campos, inunda los alegres sembrados y las labores
de los bueyes y arranca de cuajo los bosques; se queda de piedra,
ignorante, el pastor sobre el alto peñasco escuchando el bramido.
Entonces por fin quedó al descubierto su lealtad y se vieron las trampas
de los dánaos. Ya se derrumba por Vulcano vencida la casa
enorme de Deífobo, ya se incendia muy cerca
Ucalegonte; las anchas aguas del Sigeo relucen de fuego.
Se alza a la vez el clamor de los hombres y el clangor de las tubas.
Cojo, loco, mis armas; nada pienso con ellas sino que arde
mi pecho por reunir un grupo para el combate y con mis amigos
acudir al alcázar; el furor y la ira aceleran
mis ideas y me viene la imagen de una hermosa muerte con las armas.
»Y, mira, Panto que se libró de las flechas aqueas,
Panto de Otris, sacerdote del alcázar y de Febo,
llevando en sus manos los objetos de culto y a los dioses vencidos
y al pequeño nieto, y se dirige, loco, corriendo alas puertas:
"¿Dónde están peor las cosas, Panto? ¿Qué almena ocupamos?"
Sin dejarme hablar me responde gimiendo:
"Ya está aquí el día final y la hora que Dardania no puede
evitar. Hubo troyanos, hubo una Ilión y una gloria inmortal
de los teucros: Júpiter cruel se ha llevado todo
a Argos; los dánaos dominan una ciudad en llamas.
Erguido sin piedad en medio del recinto, el caballo
vomita guerreros y Sinón victorioso, insolente,
incendios provoca. Otros están a las puertas abiertas,
cuantos a miles llegaron de Micenas la grande;
otros han ocupado con lanzas enhiestas las calles
strechas; se levanta una línea de hierro, dispuesta a morir,
trazada de filos brillantes; apenas intentan la lucha
los primeros centinelas de las puertas y resisten a ciegas:"
Por estas palabras del hijo de Otris y el numen divino
me lanzo al combate y a las llamas a donde me convoca la Erinia
funesta y el estruendo, y el clamor que se eleva hasta el cielo.
Se me unen mis amigos Ripeo y el famoso guerrero
Épito, que descubrí a la luz de la luna, e Hípanis y Dimante
se ponen también a nuestro lado y el joven Corebo
hijo de Migdón: justo por entonces a Troya
acababa de llegar ardiente de amor insano por Casandra
y como yerno brindaba su ayuda a los frigios y a Príamo,
¡pobre de él, que no oyó los consejos de una esposa inspirada!
En cuanto los vi juntos, enardecidos por combatir,
comienzo a decirles "Jóvenes, corazones en vano valientes,
si abrigáis un inmenso deseo de seguir al que quiere
llegar hasta el fin, estáis viendo qué suerte es la nuestra.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Han abandonado los templos y han dejado las aras los dioses
que un día mantuvieron en pie nuestro imperio: acudís en ayuda
de una ciudad en llamas. ¡Caigamos en el centro del combate!
La única salvación para el vencido es no esperar salvación alguna."
Logré encender de esta forma las almas de los jóvenes. Y luego,
como lobos rapaces en la oscura niebla, a quienes un hambre terrible
los lanza fuera, ciegos, ysuscachorros abandonados esperan
con las fauces secas, entre dardos, entre los enemigos
buscamos una muerte segura avanzando hacia el centro de la ciudad;
una negra noche vuela sobre nosotros con su cóncava sombra.
¿Quién puede narrar el desastre de la noche aquella,
quién tanta muerte, o puede igualar las fatigas con lágrimas?
Se derrumba una antigua ciudad que reinó muchos años;
hay muchísimos cuerpos inertes por todas las calles
y por las mansiones y los sagrados umbrales de los dioses.
Mas no sólo los teucros pagaban su pena con sangre,
que a veces también el valor retorna al corazón de los vencidos
y caen los dánaos vencedores. Por todas partes un duelo
cruel, por todas partes el miedo y la imagen repetida de la muerte.
Andrógeo de los dánaos fue el primero en acercarse a nosotros, ignorante,
con gran compañía, pensando en tropa de su bando;
es más, se dirige a nosotros con palabras amigas:
"¡Aprisa, soldados! Pues ¿qué pereza tan inoportuna
os retrasa? Otros toman ya botín y Pérgamo saquean
en llamas, ¿y vosotros llegáis aún de las altas naves?"
Dijo, y al punto advirtió (pues que no se le daban respuestas
creíbles) que había caído entre sus enemigos.
De piedra se quedó y a un tiempo volvió atrás pies y palabras.
Como el que al poner pie en el suelo entre ásperas zarzas
pisó una serpiente, sin verla, y huye al instante asustado
de la que hincha ya su cuello azulenco y se encrespa de ira.
No de otro modo se marchaba Andrógeo tembloroso por lo que veía.
Nos lanzamos y los rodeamos en un bosque de armas,
y los aplastamos al no saber donde estaban, parados
de espanto; favorece Fortuna nuestra empresa primera.
Y entonces Corebo, saltando de gozo ante el éxito, dice:
"Sigamos, amigos, por donde Fortuna primero
nos muestra el camino y por donde aparece mejor;
cambiemos las armas y tomemos los estandartes
de los dánaos. Trampa o valor, ¿quién demandará al enemigo?
Ellos nos darán sus armas." Tras así decir se coloca
el emplumado yelmo de Andrógeo y la preciada prenda de su escudo
y acomoda a su costado la espada de un argivo.
Lo mismo Ripeo, lo mismo hace Dimante y alegres también
los jóvenes todos: cada cual se va armando con el botín reciente.
Avanzamos mezclados con los dánaos bajo un numen adverso
y, en la ciega noche enfrentados, combates innúmeros
nos vimos trabando, y a muchos aqueos enviamos al Orco.
Unos huyen a sus naves y buscan corriendo la costa
segura; otros miedo cobarde al enorme caballo
trepan de nuevo y en la madera amiga se ocultan.
»¡Ay, que en nada puede uno confiar contra la voluntad de los dioses!
Mira cómo arrastran de los cabellos a la hija de Príamo,
a Casandra la virgen, fuera del templo y la morada de Minerva,
levantando hacia el cielo sus ojos ardientes en vano,
sus ojos, que sus manos de niña cadenas las atan.
No soportó este espectáculo, enloqueciendo, Corebo,
y se lanzó dispuesto a morir en medio del ejército;
todos le seguimos y caemos dentro de un bosque de armas.
Y primero somos abatidos por las flechas que lanzan

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

desde el tejado de un templo los nuestros y se hizo terrible matanza
por la apariencia de nuestras armas y el error de los griegos penachos.
Después se presentan los dánaos por todos lados gritando de ira
por haberles quitado la doncella, el acérrimo Áyax
y los dos hijos de Atreo y el ejército entero de los dólopes.
Como cuando en quebrado remolino los vientos contrarios
se enfrentan, el Céfiro y el Noto y el alegre Euro
con sus orientales caballos; gritan los bosques y el espumoso Nereo
con su tridente se agita y sacude desde el fondo profundo los mares.
También acuden aquellos a quienes engañamos con trampas
en lo oscuro de la noche y perseguimos por toda la ciudad;
advierten los primeros los dardos y los engañosos escudos
y señalan por el sonido las lenguas discordantes.
E inmediatamente nos aplastan con su número y el primero Corebo
cayó junto al altar de la diosa armipotente por mano
de Penéleo; cae así mismo Ripeo, el hombre más justo
que hubo entre los teucros y el mejor cumplidor de lo bueno
(otra cosa pareció a los dioses); también Hípanis y Dimante perecen
atravesados por sus compañeros, y, Panto, ni tu mucha piedad
ni las cintas de Apolo de caer te libraron.
¡Ay, cenizas de Ilión y llama final de los míos! Os pongo
por testigos de que nada rehuí en vuestra ruina,
ni flechas ni nada, y de que habría caído a manos de los dánaos
si lo hubiera querido mi sino. De allí nos marchamos,
Ífito y Pelias conmigo (a Ífito la edad lo retrasa
y tardo vuelve a Pelias la herida de Ulises),
atraídos por un griterío que venía del palacio de Príamo.
Aquí sí que vemos un combate tremendo; como si
no hubiera más guerra y nadie muriera en toda la ciudad,
así vemos a un indómito Marte y a los dánaos tratando de entrar
en palacio y la puerta atacada por tenaz ariete.
Se pegan las escalas a los muros y justo bajo la puerta
se apoyan en los escalones y cubiertos con los escudos
en la izquierda hacia los dardos se lanzan y tocan con su diestra los aleros.
Por el contrario, arrancan los Dardánidas las torres y todos
los tejados de las casas; con tales armas cuando ven el final
se aprestan a la defensa en la hora postrera de la muerte,
y las doradas vigas, altivo adorno de los antiguos padres,
hacen rodar; forman otros, espadas enhiestas, en las últimas
puertas, que en fila cerrada vigilan.
Oso Nos lanzan nuestros corazones a defender la morada del rey
y brindar ayuda a esos valientes, sumando nuestro brazo a los vencidos.
»Había una entrada y una puerta falsa y un pasadizo
entre las casas de Príamo, por la parte de atrás,
por donde solía la infeliz Andrómaca, cuando era fuerte su reino,
ir sin compañía con frecuencia a casa de sus suegros
y llevarle al abuelo al pequeño Astianacte.
Así que paso por ahí a lo más alto del tejado, desde donde
los pobres teucros arrojaban sus dardos inútiles.
De su elevada base arrancamos y empujamos la torre aquella
que se alzaba sobre el vacío hasta los astros,
levantada en la parte más alta, de donde Troya entera solía
contemplarse y las naves de los dánaos y el campamento aqueo,
cavando con el hierro alrededor ahí donde los bordes de las tablas
presentaban junturas abiertas. Se vino abajo de repente, gran ruina
produjo con estruendo y en gran extensión cayó sobre las tropas
de los dánaos. Mas otros acuden y no cesa entretanto
toda clase de piedras y dardos.
»Ante la misma entrada y en el umbral primero, salta
Pirro de gozo entre las flechas, brillando con la luz de sus bronces;

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

como una culebra que comió malas hierbas cuando sale a la luz;
el helado invierno la mantenía hinchada bajo tierra,
pero ahora, dejando su piel vieja, con la nueva de juventud reluce
y, estirándose al sol, agita irguiendo el pecho
su lomo brillante yvibra su boca de triple lengua.
A la vez el gran Perifante y el que llevó los caballos de Aquiles,
Automedonte, su escudero, y a la vez toda la juventud de Esciros
al palacio se acercan y lanzan sus llamas al tejado.
Pirro entre los primeros rompe la puerta a hachazos
terribles y arranca de cuajo las jambas de bronce;
y ya parte de una viga y ataca la firme madera
abriendo un enorme agujero de boca muy ancha.
Ya se ve el interior de la casa y se abren los amplios atrios;
ya aparecen las habitaciones de Príamo y los reyes de antes
y se ve a los guerreros que están en la entrada.
Y el interior del palacio ve mezclarse gemidos
y mísero tumulto, y con el ulular dolorido de mujeres
resuenan los huecos de la casa; hiere los astros de oro el clamor.
Vagan también las madres asustadas por las salas inmensas
y a los postes se abrazan y los llenan de besos.
Pirro arremete con la fuerza de su padre y contra él no valen
ni cerrojos ni guardias; se tambalea la puerta
a golpes de ariete y sacadas de su quicio caen las jambas.
Se abre un camino de violencia. Rompen la entrada y los dánaos
que pasan matan a los primeros y llenan de soldados el lugar.
Que tanto no hace espúmea corriente cuando rompe su cauce,
y se lanza y vence con su remolino a las moles que frente le hacen
y arrasa enloquecida los sembrados y por todos los campos
confunde ganados y establos. Y con estos ojos ni a Neoptólemo
loco de sangre y a los dos Atridas en la puerta,
yo vi a Hécuba y a sus cien nueras y a Príamo por los altares
manchando de sangre los fuegos que había consagrado.
Aquellas cincuenta alcobas, esperanza tan grande de nietos,
cayeron y cayeron sus puertas orgullosas del oro y el botín
de los bárbaros; llegan los dánaos donde no llega el fuego.
»Y quizá me preguntes también cuál fue el sino de Príamo.
Cuando vio la ruina de su ciudad conquistada y abatidos
los umbrales de palacio y al enemigo dentro de su casa,
en vano toma el viejo en sus hombros temblorosos las armas
[enmohecidas tiempo ha, por la edad
y se ciñe el hierro inútil y lánzase a morir entre los enemigos.
Había un altar al aire libre, en medio del recinto sagrado,
enorme, y a su lado un laurel muy antiguo
que caía sobre el ara y abrazaba con su sombra los Penates.
Estos altares en vano rodean Hécuba y sus hijas
que aquí se juntan como palomas que la negra tempestad empuja,
y estaban sentadas abrazando las estatuas de los dioses.
Mas cuando vio nada menos que a Príamo ceñido
con las armas de un joven: "¿Qué idea tan loca, pobre esposo mío,
te ha llevado a armarte de ese modo? -dijo-, ¿a dónde corres?
No precisa esta hora de ayudas así ni de defensores
como tú; no, ni aunque mi Héctor estuviera con nosotros.
Anda, ven aquí. El altar nos protejerá a todos,
o moriremos juntos," Y al callar lo abrazó
en su regazo y sentó al anciano en el lugar sagrado.
»Y ahí va por su lado Polites, uno de los hijos de Príamo,
escapado de las manos de Pirro, y recorre en su huida
los largos pórticos entre las flechas, entre los enemigos,
y pasa herido por las habitaciones vacías. Pirro le persigue
ansioso por herirle de muerte y ya casi lo tiene y le da con su lanza.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Cuando por fin escapa y llega hasta los ojos y el rostro de sus padres,
es ya para morir y perder entre mucha sangre la vida.
Príamo entonces, aunque casi lo abraza la muerte,
no calló sin embargo ni evitó dar gritos de ira:
"A ti, a ti -exclama-, por este crimen, por todo lo que has hecho,
si hay aúnen el cielo alguna piedad que vigile estas cosas,
te paguen los dioses precio justo y el premio adecuado,
por haberme hecho verla muerte de mi hijo
y manchar con tu crimen la mirada de sus padres.
No se portó de esa manera el gran Aquiles, del que te mientas hijo,
con su enemigo Príamo; que respetó los sagrados derechos
de un suplicante y me dejó enterrar el cuerpo exangüe
de mi Héctor y me devolvió a mi reino."
Dejó de hablar el anciano y lanzó sin fuerzas una flecha
inocente que rechazó sin más el bronco bronce
y quedó inútilmente colgando del escudo en el centro.
Y entonces Pirro: "Llévale esto y sé mi mensajero
ante el Pelida, mi padre. Y no olvides contarle
las tristes hazañas de un Neoptólemo degenerado.
Ahora, muere." Así diciendo justo hasta el altar
lo arrastró, tembloroso y resbalando en la sangre de su hijo;
con la izquierda cogió su cabello, desenvainó con la diestra
su espada brillante y la hundió en el costado hasta la empuñadura.
Éste fue el fin de los hados de Príamo, esta muerte le cupo en suerte
tras ver el incendio de Troya y la ruina de Pérgamo,
a él, otrora orgulloso señor de tantos pueblos y tierras
de Asia. Yace enorme su tronco en la playa,
arrancada de los hombros la cabeza y sin nombre su cuerpo.
»Entonces por vez primera se apoderó de mí cruel horror.
Me quedé estupefacto; la imagen me vino de mi querido padre
cuando vi exhalar el último aliento al rey de su edad
por herida cruel; pensé en Creúsa abandonada,
y mi casa saqueada y la muerte de mi pequeño Julo.
Miro atrás y reviso la tropa que aún tengo.
Todos me abandonaron agotados y saltaron a tierra
o entregaron sus cuerpos heridos a las llamas.
[»Y quedaba yo sólo cuando veo a la hija de Tindáneo
guardando el templo de Vesta y escondida en silencio
en un lugar secreto; los incendios iluminan
mi vagar y a todas partes dirijo mis ojos.
Temiendo de antemano el odio de los teucros por la caída de Pérgamo
y el castigo de los dánaos y la ira de su esposo abandonado,
Erinia común de Troya y de su patria,
se había escondido y, odiada, estaba sentada en los altares.
Llamas ardieron en mi corazón; una ira me nace por vengar a mi patria
en su ruina y castigar tan graves crímenes.
"¡Vaya! ¿Ésta, a salvo, volverá a ver Esparta y su patria
Micenas y volverá a reinar con el triunfo obtenido?
¿Y a su esposo verá y la casa de su padre y a sus hijos
rodeada de troyanas y con servidores frigios?
¿Y Príamo habrá muerto por la espada? ¿Y Troya habrá caído por el fuego?
¿Y habrá rezumado sangre tantas veces la playa dardania?
No tal. Que aunque no hay título alguno memorable
en vencer a una mujer, esta victoria tiene su recompensa;
por haber acabado con un crimen e infligir una pena
merecida seré alabado y gozaré mi ánimo saciando
de fama vengadora y cumpliendo con las cenizas de los míos."
Eso decía y me dejaba llevar de mi mente enloquecida,]
cuando se me presentó como nunca ante mis ojos lo había hecho
tan claro, y en una luz pura brilló a través de la noche

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

mi noble madre, mostrándose diosa tal y como la ven
los que habitan el cielo, y tomándome con su diestra
me contuvo y esto me dijo además con su boca de rosas:
“Hijo, ¿qué dolor tan grande provoca tu cólera indómita?
¿Por qué te enfureces? ¿A dónde se ha ido tu cuidado por mí?
¿No verás antes dónde has dejado a tu padre Anquises,
cansado por su edad, y si viven aún tu esposa Creúsa
y tu hijo Ascanio? Por todas partes a todos les rodean
las armas griegas, y, si no fuera constante mi providencia,
ya les tendrían las llamas y clavado se habría el puñal despiadado.
No eches la culpa a la odiada belleza de la espartana hija
de Tindáreo, ni aun a Paris: la inclemencia de los dioses,
la de los dioses, arruinó este poder y abatió a Troya de su cumbre.
Mira bien (que ahora retiraré toda la nube que tienes
delante y oscurece tu visión mortal, y, húmeda, se evapora
alrededor; no temas tú los mandatos de tu madre
ni rehúses obedecer sus órdenes):
aquí, donde ves las moles deshechas y las rocas arrancadas
de las rocas y el humo ondear mezclado con el polvo,
Neptuno con su enorme tridente es quien golpea los muros
y los removidos cimientos y la ciudad entera de su asiento
arranca. Aquí la muy cruel Juno ocupa la primera
las puertas Esceas y ceñida con la espada convoca
enloquecida de las naves al ejército aliado.
Mira ya en lo más alto del alcázar a Palas Tritonia
sentada, brillando con su nimbo y la cruel gorgona.
Mi propio padre da ánimo a los dánaos y favorece
sus fuerzas; él empuja a los dioses contra las armas de Troya.
Sálvate, hijo, y marca un final a tus fatigas;
nunca te faltaré, y te llevaré a salvo hasta el umbral de una patria.”
Así dijo, ocultándose en las espesas sombras de la noche.
Los númenes supremos de los dioses muestran su rostro a Troya
cruel y enemigo.
»Me parece ya entonces que Ilión se asienta, toda ella,
en una hoguera y la Troya de Neptuno ser arrancada de cuajo.
Y como cuando en lo alto del monte el viejo olmo
con hierro cortado y con golpes de hachas se esfuerzan
en abatir los campesinos con empeño, y él amenaza
y agita los cabellos con la copa sacudida, temblando,
hasta que poco a poco vencido por las heridas gime
por último y arrancado causa gran ruina a los collados.
Bajo y con la guía de la diosa puedo pasar por las llamas
y los enemigos: abren paso las flechas y las llamas retroceden.
»Y cuando llego por fin al umbral de la casa paterna
y a la antigua morada, mi padre, a quien quería
subir el primero a los altos montes y el primero buscaba,
se niega a seguir con vida ante la muerte de Troya
y padecer el exilio: "¡Ay! Vosotros que conserváis el vigor de la edad en la sangre
y cuyas fuerzas permanecen intactas -dice-, emprended
vosotros la huida.
Si los del cielo hubieran querido que yo conservase la vida,
me habrían salvado también esta casa. Bastante y de sobra una vez
vi su destrucción y escapé a la conquista de mi ciudad.
Así, marchaos así dando el último adiós a mi cuerpo.
Yo mismo encontraré por mi mano la muerte; se compadecerá el enemigo
y buscará mis despojos. Leve resulta quedarse sin sepulcro.
Ya estoy viviendo demás, odioso a los dioses
e inútil, desde que el padre de los dioses y rey de los hombres
me sopló con los vientos de su rayo y me alcanzó con el fuego.”
»En eso insistía al hablar y permanecía inmutable.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Repusimos nosotros bañados en lágrimas, mi esposa Creúsa
y Ascanio y toda mi casa, que no quisiera mi padre llevarse
todo con él ni acelerar un sino ya presuroso.
Se niega y se mantiene en lo dicho y en el mismo lugar.
Me lanzo de nuevo al combate y busco en mi desgracia la muerte.
Pues, ¿qué solución o qué fortuna me quedaban?:
"¿Creíste, padre mío, que podría escapar dejándote aquí
y un crimen así se abrió paso en la boca paterna?
Si agrada a los dioses que no quede nada de ciudad tan grande
y así está en su ánimo y quieren sumar a la ruina de Troya
la tuya y la de los tuyos, la puerta está abierta a esa muerte,
y en seguida estará aquí Pirro, manchado de la sangre de Príamo,
quien no vacila en degollar al hijo ante su padre ni al padre junto al ara.
Madre mía, ¿para esto me sacaste entre los dardos
y las llamas? ¿Para ver al enemigo dentro de nuestra casa,
y a Ascanio y a mi padre y con ellos Creúsa,
el uno junto al otro anegados en sangre?
¡A las armas, muchachos, a las armas! Que la luz postrera reclama a los vencidos.
Llevadme con los dánaos; dejadme ver de nuevo el combate
emprendido. No todos moriremos hoy sin venganza."
»Me ciño entonces de nuevo la espada y colocaba ya el escudo
en mi izquierda y me lanzaba fuera de la casa.
Pero mira por dónde abrazada en el umbral Creúsa a mis pies
se detenía y a su padre ofrecía al pequeño Julo:
"Si vas a morir, llévanos a nosotros contigo, pase lo que pase;
pero si, a sabiendas, alguna esperanza pones en las armas que empuñas,
lo primero es guardar esta casa tuya. LA quién entregas al pequeño Julo
a quién a tu padre y a mí, que un día fui llamada tu esposa?"
»Gritando y gimiendo llenaba toda la casa con esas palabras,
cuando aparece de repente un prodigio asombroso.
En efecto, entre las manos y los rostros de sus pobres padres,
he aquí que de lo alto de la cabeza de Julo derramar parecía
un leve rayo su luz y una llama suave que no quemaba al tacto
lamer sus cabellos y posarse en torno a sus sienes.
Temblamos, asustados, de miedo y le sacudíamos el cabello
que ardía, tratando de apagar con agua el fuego sagrado.
Pero el padre Anquises alzó hacia los astros sus ojos,
alegre, y a la vez levantó la voz y las palmas al cielo.
"Júpiter todopoderoso, si te dejas ganar por alguna oración,
míranos, sólo eso, y, si somos dignos de tu piedad,
danos tu ayuda en seguida, padre, y confirma estos presagios."
»Apenas había hablado el anciano, y con súbito fragor
tronó por la izquierda y del cielo cayó entre las sombras
veloz una estrella de cola con una gran luz.
Cruzar la vimos sobre los tejados
e ir a ocultarse brillante en los bosques del Ida
señalando caminos; deja a su paso largo surco
de luz y humea el lugar en gran extensión con un humo de azufre.
Al fin vencido, se alza mi padre hacia las auras
y habla a los dioses y adora la santa estrella:
"Ya no cabe retraso alguno; te sigo y donde me llevéis estaré,
dioses de mi patria. Salvad mi casa, salvad a mi nieto.
Esta señal es vuestra y Troya cuenta en vuestros designios.
Me rindo, vaya, y no me niego, hijo, a acompañarte."
Eso dijo, y ya por la muralla se oye el fuego
más claro y más cerca se revuelven las llamas del incendio.
"Vamos entonces, padre querido, súbete a mis hombros,
que yo te llevaré sobre mi espalda y no me pesará esta carga;
pase lo que pase, uno y común será el peligro,
para ambos una será la salvación. Venga conmigo

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

el pequeño Julo y siga detrás nuestros pasos mi esposa.
Y vosotros, mis siervos, prestad atención a cuanto diga.
A la salida de la ciudad hay un túmulo y un viejísimo templo
abandonado de Ceres y a su lado un antiguo ciprés
que la piedad de nuestros padres guardó muchos años.
Cada uno por su lado llegaremos todos a ese mismo lugar.
Tú toma, padre, los objetos de culto y los patrios Penates;
yo no puedo tocarlos saliendo de guerra tan grande
y de la reciente matanza, hasta que me purifique
el agua viva de un río."
Dicho esto, me pongo una tela sobre mis anchos hombros
y el cuello agachado y encima la piel de un rubio león,
y tomo mi carga; de mi diestra se coge
el pequeño Julo y sigue a su padre con pasos no iguales;
detrás viene mi esposa. Avanzamos por ocultos caminos
y hasta el aire me asusta ahora a mí, a quien todos los griegos
juntos enfrente ni todas sus flechas podían dar miedo,
cualquier ruido me alerta de igual modo
temiendo a la vez por mi compañero y por mi carga.
Y ya estaba cerca de la puerta y parecía todo el camino
haber salvado cuando de repente el sonido repetido
de unos pasos llega hasta mis oídos, y mi padre mirando
entre las sombras: "Hijo -exclama-, huye, hijo mío, se acercan.
Puedo ver sus escudos ardientes y sus brillantes bronces."
En ese momento no sé qué numen nada favorable
se apoderó de mi confundida y asustada razón. Pues mientras sigo
corriendo caminos apartados tras salir de las calles conocidas,
pobre de mí, Creúsa mi esposa quedó atrás, no sé si por el hado
o si se equivocó de camino o si cansada se sentó.
Nunca después volvieron a verla mis ojos. Y no miré
atrás por si se perdía ni le presté atención hasta que llegamos
al túmulo de la antigua Ceres y al lugar a ella consagrado.
Aquí, finalmente todos reunidos, sólo ella fue echada
de menos y desapareció ante su hijo, su esposo y sus compañeros.
¿A quién no acusé, enloquecido, de dioses y hombres,
o qué vi más cruel en la ruina de mi ciudad?
Encomiendo a los compañeros a Ascanio y a mi padre Anquises
y los Penates teucros y los escondo en un oculto valle,
y yo me vuelvo a la ciudad y ciño de nuevo mis armas brillantes.
Decidido está: Volveré a pasar todos los riesgos y a recorrer
toda Troya de nuevo y de nuevo a lanzar mi vida a los peligros.
Recorro primero los muros y los oscuros umbrales de la puerta
por la que había salido y vuelvo sobre mis pasos
buscando en la noche con mis ojos las huellas que dejamos;
el horror se apodera de mi pecho y hasta el propio silencio me asusta.
Vuelvo de nuevo a casa por si acaso había encaminado
hacia allí sus pasos: los dánaos habían entrado y la ocupaban entera.
Trepa voraz el fuego con el favor del viento a las vigas
más altas; asoman por encima las llamas y el calor se agita en el aire.
Prosigo y llego otra vez a la casa de Príamo y a la fortaleza;
ya estaban guardando el botín en los pórticos vacíos,
en el recinto de Juno, Fénix y el cruel Ulises,
escogidos guardianes. Aquí se amontona de todas partes el tesoro de Troya,
saqueado en el incendio de los templos, y las mesas de los dioses
y las crateras de oro macizo y la ropa de los vencidos.
Alrededor están en larga fila los niños y las madres asustadas.
Hasta me atreví a gritar entre las sombras
y llené las calles de mi voz y afligido, Creúsa
repitiendo, una y otra vez la llamé en vano.
Buscando y corriendo sin parar entre los edificios,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

se presentó ante mis ojos la sombra de la misma Creúsa,
su figura infeliz, una imagen mayor que la que tenía.
Me quedé parado, se erizó mi cabello y la voz se clavó en mi garganta.
Entonces habló así y con estas palabras me liberó de cuidado:
"Por qué te empeñas en entregarte a un dolor insano,
oh dulce esposo mío? No ocurren estas cosas sin que medie
la voluntad divina; ni te ha sido dado el llevar a Creúsa contigo,
ni así lo consiente el que reina en el Olimpo soberano.
Te espera un largo exilio y arar la vasta llanura del mar,
y llegarás a la tierra de Hesperia donde el lidio Tiber
fluye con suave corriente entre los fértiles campos de los hombres.
Allí te irán bien las cosas y tendrás un reino y una esposa
real; guarda las lágrimas por tu querida Creúsa.
No veré yo la patria orgullosa de los mirmídones
o de los dólopes, ni marcharé a servir a las matronas griegas,
nuera que soy de la divina Venus y Dardánida;
me deja en estos lugares la gran madre de los dioses.
Adiós ahora, y guarda el amor de nuestro común hijo."
Luego me dijo esto, me abandonó llorando y queriendo
hablar aún mucho, y desapareció hacia las auras sutiles.
Tres veces intenté poner mis brazos en torno a su cuello,
tres veces huyó de mis manos su imagen en vano abrazada,
como el viento ligera y en todo semejante al sueño fugitivo.
Así por fin, consumida la noche, vuelvo con mis compañeros.
»Y encuentro allí asombrado que una gran muchedumbre
de nuevos amigos había acudido, mujeres y hombres,
la juventud reunida para la marcha, una gente digna de lástima.
De todas partes acudieron preparados de ánimo y recursos
para partir hacia la tierra que yo eligiera allende el mar.
Surgía ya Lucifer en lo alto de las cumbres del Ida
y nos traía el día, y los dánaos tenían ocupados
los umbrales de las puertas y no quedaba ya esperanza de ayuda.
Me puse en marcha y los montes busqué con mi padre a la espalda.

LIBRO III

»Luego que subvertir el poder de Asia y de Príamo al inocente
pueblo plugo a los dioses, y cayó la soberbia
Ilión y por el suelo humea toda la Troya de Neptuno,
a diversos exilios y a buscar tierras abandonadas
nos obligan los augurios de los dioses y una flota bajo la misma
Antandro disponemos y al pie del Ida de Frigia,
sin saber a dónde nos llevan los hados, dónde podremos instalarnos,
y reunimos a los hombres. Había comenzado apenas la primavera
y el padre Anquises ordenaba rendir al destino las velas,
cuando llorando dejo las costas de la patria y sus puertos
y los llanos donde un día se alzó Troya. Heme allí arrastrado al exilio,
al mar, con mis amigos y mi hijo, con los Penates y los grandes dioses.
»Hay una tierra lejos de vastas llanuras consagradas a Marte
(los tracios la aran), gobernada otrora por el fiero Licurgo,
antiguo asilo de Troya y Penates aliados
mientras fortuna hubimos. Ahí paramos y en la curva playa
levanto las primeras murallas llevado por un hado inicuo
e invento el nombre de Enéadas por mi propio nombre.
Preparaba sacrificios a mi madre de Dione hija y a los dioses
tutelares de la obra emprendida y un toro corpulento
en la playa ofrecía al supremo rey de los que pueblan el cielo.
Mira por dónde se alzaba al lado un túmulo, y en lo alto ramas
de cornejo y un mirto erizado de espesas puntas.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Me acerqué tratando de arrancar del suelo un verde
arbusto que cubriera con su espeso follaje los altares,
y veo un extraño prodigio horrible de contar.
Pues en cuanto arranco del suelo cortando sus raíces
el primer tallo, destila éste gotas de negra sangre
que ensucia la tierra con su peste. Un helado espanto
sacude mi cuerpo y mi sangre helada se me cuaja de miedo.
De nuevo trato de arrancar una flexible vara
y de buscar hasta el fondo las causas escondidas;
y otra vez negra sangre mana de la corteza.
Dando muchas vueltas en mi corazón invocaba a las Ninfas agrestes
y al padre Gradivo, el que reina en los campos de los getas;
que propiciasen la visión e hicieran bueno el presagio.
Mas cuando con mayor esfuerzo a una tercera vara
me pongo y de rodillas me apoyo contra la arena
(¿sigo, o me callo?), se escuchan de lo profundo de la altura
lacrimosos gemidos y sale, y llega a mis oídos esta voz:
"¿Por qué desgarras, Eneas, a un desgraciado? Deja ya en paz a un muerto,
deja de profanar tus manos piadosas. Troya no me hizo
extraño a ti ni mana esta sangre de la madera.
Huye, ¡ay!, de esta tierra despiadada, huye de una costa tan avara,
que soy Polidoro. Aquí, atravesado, férrea me sepultó
mies de lanzas que aumentó con agudas jabalinas:"
Entonces, agobiada mi mente por la duda y el miedo quedé estupefacto,
se erizaron mis cabellos y la voz se clavó en mi garganta.
»Hacía tiempo que a este Polidoro, con gran cantidad de oro,
a escondidas lo había enviado el pobre Príamo al rey de Tracia
para que lo cuidase, desconfiando ya de las armas
de Dardania y viendo a su ciudad ceñida por el asedio.
El otro, apenas se quebraron las esperanzas de los teucros y los dejó Fortuna,
se puso de parte de Agamenón y de las armas vencedoras,
rompiendo todo compromiso: asesina a Polidoro y se apodera
del oro por la fuerza. ¡A qué no obligas a los mortales pechos,
hambre execrable de oro! Cuando el pavor abandonó mis huesos,
refiero a los mejores de mi pueblo y a mi padre el primero
los avisos de los dioses y su opinión les demando.
En todos había igual ánimo: salir de una tierra maldita,
dejar un asilo mancillado y confiar la flota a los Austros.
Así que preparamos las exequias de Polidoro y gran cantidad
de tierra amontonamos sobre su túmulo; se alzan a sus Manes
las aras funerales de bandas azules y negro ciprés,
y alrededor las troyanas con el pelo suelto según la costumbre;
derramamos encima espumantes cuencos de tibia leche
y páteras de sangre sagrada, y entregamos su alma
al sepulcro y a grandes voces rendimos el saludo postrero.
»Y luego, en cuanto el piélago nos ofrece confianza y presentan los vientos
un mar en calma y el Austro con suave silbo nos llama al agua,
arrastran los compañeros las naves y llenan la playa;
salimos del puerto y se alejan las tierras y las ciudades.
Hay en medio del mar una tierra sagrada gratísima
a la madre de las Nereidas y a Neptuno Egeo,
que, errante por costas y playas, el piadoso arquero
la encadenó a la elevada Míconos y a Gíaros
y la dejó inmóvil y habitada, con el poder de despreciar los vientos.
Allá vamos y ella, placidísima, agotados en su seguro puerto
nos acoge; desembarcamos y veneramos la ciudad de Apolo.
El rey Anio, rey a la vez de hombres y sacerdote de Febo,
ceñidas sus sienes con las ínfulas y el laurel sagrado,
se presenta; reconoció en Anquises al viejo amigo.
Juntamos nuestras diestras como hospitalidad y en la ciudad entramos.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

»Veneraba yo los templos del dios erigidos en un viejo peñasco:
“Concédenos, Timbreo, una casa propia; concede a los fatigados
unas murallas y una estirpe y una ciudad perdurable; salva la nueva
Pérgamo de Troya, los restos de los dánaos y del cruel Aquiles.
¿A quién seguimos o a dónde nos mandas ir? ¿Dónde establecernos?
Danos, padre, una señal y métete en nuestros corazones:”
Apenas había acabado de hablar: todo me pareció temblar de pronto,
los umbrales y el laurel del dios, y el monte entero
agitarse alrededor y en el abierto santuario sonar su trípode.
Caemos al suelo de rodillas y una voz llega a nuestros oídos:
“Duros Dardánidas, la tierra que os creó primero de la raza
de vuestros padres, esa misma con alegre seno
os acogerá al volver. Buscad a la antigua madre.
Aquí la casa de Eneas gobernará sobre todas las riberas
y los hijos de sus hijos y los que nazcan de ellos.”
Esto Febo, y en medio del tumulto una gran alegría
nació, y todos preguntan cuáles son esas murallas,
a dónde llama Febo a los errantes y les manda volver.
Mi padre entonces, evocando los recuerdos de los más viejos,
“Escuchadme, señores de Troya -dice-, y conoced vuestras esperanzas.
Creta, la isla del gran Júpiter, yace en medio del ponto,
donde el monte Ida y la cuna de nuestro pueblo.
Cien grandes ciudades habitan, ubérrimos reinos,
de donde, si bien recuerdo lo escuchado, nuestro gran padre
Teucro arribó por vez primera a las costas reteas
y eligió un lugar para su reino. Ilion aún no se había levantado
ni los alcázares de Pérgamo; vivían en lo profundo de los valles.
De allí la madre venerada en el Cibelo y los bronces de los Coribantes
y el bosque ideo, de allí los fieles silencios de los misterios
y los leones vinieron uncidos al carro de su dueña.
Así que ánimo y sigamos por donde nos llevan los mandatos de los dioses;
aplaquemos los vientos y busquemos el reino de Cnosos.
El camino no es largo: con que Júpiter nos asista,
la tercera luz dejará nuestra flota en las costas de Creta”
Dicho esto rindió en los altares honores merecidos,
un toro a Neptuno, un toro para ti, bello Apolo,
una oveja negra a la Tormenta y a los felices Céfiros una blanca.
»Vuela el rumor de que ha sido expulsado del reino de su padre
el rey Idomeneo, que desiertas estaban las playas de Creta,
que la región está libre de enemigos y sedes vacías nos aguardan.
Dejamos el puerto de Ortigia y por el mar volamos
y por Naxos con los collados de Baco y la verde Donusa
y Oléaros y la nívea Paros y esparcidas por las aguas
las Cícladas pasamos y los mares encrespados de tierras numerosas.
El grito de los marinos salta al aire en reñida disputa:
piden los compañeros que Creta busquemos y a nuestros padres.
Nos empuja un viento que se levanta a nuestra popa,
y llegamos por fin a las antiguas costas de los curetes.
Así que ansioso levanto los muros de la ciudad deseada
y Pergámea la llamo y a mi pueblo contento con el nombre
lo animo a amar sus hogares y a elevar el alcázar sobre los tejados
Y ya las naves estaban varadas en una playa casi seca,
la juventud entregada a nuevos campos y nuevos matrimonios,
y les daba leyes y casas, y he aquí que de pronto nos vino encima
una peste horrible para los cuerpos y para árboles y sembrados
miserable y un año de muerte desde una envenenada región del cielo.
Dejaban sus dulces almas o enfermos se arrastraban
los cuerpos; Siro además abrasaba los estériles campos,
se sacaban los pastos y una mies enferma nos negaba el sustento.
De nuevo a recorrer el mar, al oráculo de Ortigia y a Febo,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

me exhorta mi padre y a suplicar su venia,
qué fin dispone a estas desgracias, dónde nos ordena
buscar el remedio a nuestras fatigas, a dónde dirigirnos.
»Era la noche y el sueño en la tierra se había adueñado de los animales.
Las sagradas imágenes de los dioses y los frigios Penates
que sacara conmigo de Troya en medio de incendio
de la ciudad se mostraron erguidos ante mis ojos,
en sueños, iluminados con gran resplandor, con el que la luna
llena se derramaba por las abiertas ventanas;
Y así hablaron entonces y con estas palabras se llevaron mis cuitas:
"Lo que Apolo te diría si volvieras a Ortigia,
aquí te lo revela y además nos envía a tus umbrales.
Nosotros te seguimos a ti, tras el incendio de Dardania, y a tus armas;
bajo tu guía hemos recorrido nosotros el mar hinchado con las naves,
seremos nosotros quienes alcen a los astros a tus descendientes
y confieran el imperio a tu ciudad. Tú dispón para grandes
grandes murallas y no abandones el enorme esfuerzo de tu periplo.
Debes cambiar de territorio. No de estas riberas te habló
el Delio, no te ordenó Apolo establecerte en Creta.
Hay un lugar (los griegos lo llaman con el nombre de Hesperia),
una tierra antigua, poderosa en las armas y de feraces campos;
la habitaron hombres de Enotria; hoy se dice que sus descendientes
la llaman Italia por el nombre de un caudillo.
Ésta es nuestra verdadera patria, de aquí procede Dárdano
y el padre Yasión, origen éste de nuestra estirpe.
Levanta, pues, y transmite alegre estas palabras indubitables
a tu anciano padre: que busque Córito y las tierras
ausonias; Júpiter te niega los campos dicteos”
Atónito ante visión semejante y por la voz de los dioses
(que no era aquello ningún sueño; reconocer de verdad me parecía
los rasgos y las cabezas cubiertas y los rostros presentes;
ymanaba de todo mi cuerpo un sudor helado),
me lanzo de la cama y dirijo al cielo
las palmas extendidas y mi voz y libo ante el fuego sagrado
presentes sin mancha. Gozoso, cumplido el sacrificio,
lo comunico a Anquises y le expongo las cosas por orden.
Reconoció la ambigua prole y dobles antepasados
y a él mismo engañado por el nuevo error de los antiguos lugares.
Recuerda entonces: “Hijo mío de Ilión atormentado por el sino,
Casandra sola me profetizaba estos sucesos.
Ahora recuerdo que, al prever el destino de nuestro pueblo,
hablaba con frecuencia de Hesperia y de los ítalos reinos.
Mas ¿quién iba a imaginar a los teucros en las costas de Hesperia?
¿A quién podían convencer entonces los vaticinios de Casandra?
Hagamos caso a Febo y advertidos sigamos mejores señales.”
Así dice, y todos obedecemos entre aclamaciones sus palabras.
Abandonamos también este lugar y, dejando a unos pocos,
largamos las velas y la vasta planicie recorremos en el cavo leño.
»Luego que las naves cubrieron el mar y más no aparece
ninguna tierra, cielo por todo y por todo agua,
se paró entonces sobre mi cabeza una nube cerúlea
llena de noche y tormenta, y el mar se encrespó de tiniebla.
Al punto los vientos revuelven el mar y enormes se levantan
las olas, nos dispersa el azote de un vasto remolino.
Escondieron los nimbos el día y cubrió una húmeda noche
el cielo y los relámpagos aumentan en las rasgadas nubes,
perdemos el rumbo y vagamos en las aguas ciegas.
Ni Palinuro acierta siquiera a distinguir en el cielo
el día de la noche ni recuerda el camino entre las olas.
En la ciega tiniebla vagamos así tres inciertos soles

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

por el mar y otras tantas noches sin estrellas.
El cuarto día al fin pareció asomar una tierra,
mostrarse a lo lejos las montañas y evaporarse la niebla.
Caen las velas, nos ponemos a los remos; sin tardanza
los esforzados marineros agitan la espuma y surcan el azul.
Las costas de las Estrófades me acogen las primeras salvado
de las aguas. Se alzan las Estrófades con su nombre griego,
islas del gran Jonio, que la siniestra Celeno
y las otras Harpías habitan luego que la casa de Fineo
se les cerró y por miedo dejaron las mesas de antes.
No hay monstruo más aciago que ellas ni peste alguna
más cruel o castigo de los dioses nació de las aguas estigias.
Rostros de doncella en cuerpos de ave, nauseabundo el excremento
de su vientre, manos que se hacen garras y rasgos siempre
pálidos de hambre.
Aquí cuando llegamos y entramos en el puerto, mira por dónde
vemos por todo el campo espléndidas manadas de bueyes
y un rebaño de cabras sin custodia alguna por los pastos.
Nos lanzamos con las espadas invocando a los dioses y al propio
Júpiter con una parte del botín; entonces en el curvo litoral
disponemos los lechos y con viandas exquisitas nos regalamos.
Mas de pronto con espantoso salto de los montes se presentan
las Harpías y baten con estridencia sus alas,
y nos roban la comida y ensucian todo con su contacto
inmundo, y un grito feroz entre el olor repugnante.
En un lugar apartado bajo el hueco de una roca, de nuevo
montamos las mesas y reponemos el fuego de los altares;
de nuevo de otra parte del cielo y de oscuros escondrijos
la ruidosa turba sobrevuela el botín con sus garras,
ensucia con su boca la comida. Ordeno entonces a mis compañeros
que empuñen sus armas, que presentemos batalla a la raza funesta.
Ejecutan mis órdenes y cubiertas por la hierba
preparan las espadas y ocultan los escudos.
Y así, cuando se lanzaron llenando de alaridos las curvas
playas, da Miseno la señal desde la alta atalaya
con el cavo bronce. Acuden los compañeros y buscan nuevos combates,
manchar con su espada a los obscenos pájaros del mar.
Pero ni golpe alguno en sus alas ni heridas en el lomo
reciben, y escapando en rápida huida a las estrellas
dejan su presa a medio comer y los sucios restos.
Sólo una se posó en lo más alto de una roca, Celeno,
vate de desgracias, y saca de su pecho este grito:
"¿También la guerra sobre la matanza de bueyes y los novillos muertos,
hijos de Laomedonte, la guerra pensáis traernos
y arrojar a las inocentes Harpías del reino de su padre?
Recibid así en vuestro corazón y clavad bien estas palabras mías,
que a Febo el padre todopoderoso y a mí Febo Apolo
me inspiró yyo, la mayor de las Furias, a vosotros las abro.
Italia es el fin de vuestro viaje, con la ayuda de los vientos:
a Italia llegaréis y se os dará entrar en sus puertos.
Mas no ceñiréis de murallas la ciudad que os aguarda
antes de que un hambre terrible y el pecado de atacarnos
os obliguen a morder y devorar con las mandíbulas las mesas."
Dijo, y llevada de sus alas, se refugió en el bosque.
A los compañeros entonces del repentino espanto se les heló
la sangre; se abatieron sus ánimos y ya no por las armas,
sino con votos y oraciones me ordenan pedir la paz,
bien sean diosas, bien funestos pájaros y obscenos.
Y el padre Anquises desde la playa con las palmas extendidas
invoca al más alto numen e indica las honras oportunas:

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

“Impedid, dioses, las amenazas; dioses, alejad esta desgracia
y velad plácidos por los piadosos.” Y de la playa la maroma
ordena arrancar y sacudir y aflojar las amarras.
Inflan las velas los Notos: huimos por las olas de espuma,
por donde nos marcaban el rumbo los vientos y el piloto.
Ya aparece en medio de las aguas la nemorosa Zacintos
y Duliquio y Same y Néritos erizada de peñascos.
Evitamos los escollos de Ítaca, el reino de Laertes,
y maldecimos la tierra que alimentó al cruel Ulises.
En seguida también las nubosas cumbres del monte Leucate
y se muestra el templo de Apolo que asusta a los navegantes.
Allí nos dirigimos cansados y entramos en la pequeña ciudad;
cae el áncora de la proa, se yerguen las naves en la playa.
Y así, tomando al fin posesión de una tierra no esperada,
nos purificamos con sacrificios a Jove y quemamos ofrendas en los altares,
y celebramos con juegos de Ilión las costas de Accio.
Realizan los patrios ejercicios con lábil aceite
los compañeros desnudos. ¡Qué bien haber escapado de tantas ciudades
argivas y haber logrado huir entre los enemigos!
El sol entretanto recorre el círculo de un largo año
y el glacial invierno pone ásperas las olas con los Aquilones.
Un escudo de cavo bronce, prenda del gran Abante,
cuelgo en las puertas y pongo en recuerdo este verso:
ENEAS DE LOS DÁNAOS VICTORIOSOS ESTAS ARMAS;
ordeno luego dejar el puerto y sentarse en los bancos.
Compiten mis compañeros en herir el mar y surcan sus aguas;
perdemos en seguida de vista los aéreos alcázares de los feacios
y seguimos la costa del Epiro y entramos en el puerto
caonio y llegamos a la elevada ciudad de Butroto.
»Llega aquí un rumor de historias increíbles a nuestros oídos.
Héleno, el hijo de Príamo, reinaba sobre ciudades griegas,
dueño y señor de la esposa y del trono del eácida Pirro,
y Andrómaca había pasado de nuevo a un marido de la patria.
Me quedé atónito, encendido mi pecho con un ansia tremenda
de interrogar al príncipe y conocer aventuras tan grandes.
Me alejo del puerto dejando atrás naves y playas,
cuando por caso viandas solemnes y tristes ofrendas
ante la ciudad, en un bosque junto a las aguas de un falso Simunte,
estaba Andrómaca libando a la ceniza y a sus Manes llamaba
junto al túmulo de Héctor, que con verde hierba consagrara
vacío y dos altares, motivo de lágrimas.
Cuando me vio llegar y a su alrededor las armas
contempló troyanas fuera de sí, aterrorizada de la extraña visión
se quedó paralizada en medio, el calor abandonó sus huesos,
desfallece y apenas dice después de un buen rato:
“¿Eres una cara de verdad, llegas a mí como nuncio verdadero,
hijo de la diosa? ¿Vives? O si es que se apagó la luz de la vida,
¿dónde está Héctor?” Dijo, y lágrimas derramó y todo
el lugar llenó de sus gritos. Enloquecida, poco puedo
ofrecerle y turbado dejo escapar unas palabras:
“Vivo ciertamente, y arrastro mi vida por peligros extremos;
no dudes, que es verdad cuanto ves.
¡Ay! ¿Qué ha sido de ti desde que la desgracia te apartó de marido
tan ilustre? ¿Te ha contemplado por fin fortuna merecida,
Andrómaca de Héctor? ¿Sigues siendo la esposa de Pirro?”
Bajó los ojos yhabló con voz apagada:
“¡Oh, doncella más feliz que ninguna, hija de Príamo,
enviada a la muerte en un túmulo enemigo bajo las altas
murallas de Troya! No tuvo que sufrir sorteo alguno
ni tocó, prisionera, el lecho de un amo victorioso.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

A nosotras la ruina de la patria, arrastradas por mares diversos,
en penosa esclavitud nos hizo soportar la insolencia de la raza
de Aquiles y a un orgulloso joven que corrió en seguida
tras la ledea Hermíone y unas bodas lacedemonias
y me entregó esclava al esclavo Héleno.
Mas a aquél, inflamado de un gran amor por la esposa
arrebatada y agitado Orestes por las Furias del crimen,
lo pilla desprevenido y lo degüella junto a los altares patrios.
Con la muerte de Neoptólemo la parte correspondiente de sus reinos
pasó a Héleno, quien caonios llamó a estos campos y Caonia
a todo el territorio por el Caón troyano,
y una Pérgamo y la fortaleza de Ilión alzó sobre estos collados.
Pero a ti, ¿qué derrotero te marcaron los vientos y el destino?
¿Qué dios te empujó sin saberlo hasta nuestras riberas?
¿Qué fue del niño Ascanio? ¿Vive y se alimenta del aura?
Ya Troya te lo
¿Tiene aún el muchacho algún recuerdo de la madre que perdió?
¿Al antiguo valor quizá y a viriles esfuerzos
lo mueven su padre Eneas y su tío Héctor?"
Tal vertía entre lágrimas y derramaba largos
llantos en vano, cuando desde las murallas se presenta
el héroe con numerosa compañía, Héleno el Priámida,
y reconoce a los suyos y alegre los conduce a sus umbrales,
y vierte muchas lágrimas entre palabras sueltas.
Avanzo y reconozco una Pérgamo y una pequeña Troya
copiadas de la grande, y un arroyo seco que llamaban
el Janto, y abrazo los batientes de una puerta Escea;
también los teucros todos disfrutan conmigo de una ciudad amiga.
El rey en amplios pórticos les acogía;
en el centro de la sala libaban las copas de Baco
con las viandas ofrecidas en oro y páteras sostenían.
»Y así pasó un día y otro día pasó, y las brisas
llaman a las velas y se hincha el lino del túmido Austro.
Con estas palabras me acerco al vate y así le pregunto:
"Hijo de Troya, intérprete de los dioses que los designios sientes
de Febo, los trípodes del Clario y su laurel, y las estrellas
y el lenguaje de las aves y los auspicios de su vuelo.
Habla, ea (pues todas las señales divinas favorables se mostraron
a mi camino y los dioses todos me persuadieron con su numen
a buscar Italia y a probar tierras remotas;
sólo la Harpía Celeno nos canta un agüero distinto
que decir no se puede y anuncia tristes iras
y un hambre sucia), ¿qué peligros evito primero?
¿En busca de qué podría yo superar fatigas tan duras?"
Héleno entonces, tras matar unos novillos según el rito,
implora de los dioses la paz y las ínfulas suelta
de su cabeza sagrada y me lleva de la mano, Febo,
hasta tu puerta, sobrecogido por numen tan imponente,
y anuncia luego de su divina boca el sacerdote:
» "Hijo de la diosa (pues es evidente que tú navegas
con auspicios mayores; así echa a suertes el rey de los dioses
los hados y agita los cambios y este orden resulta),
poco de mucho te voy a aclarar con mis palabras, para que más seguro
recorras mares hospitalarios y arribes
al puerto ausonio; pues saber el resto lo prohiben
las Parcas a Héleno y hablar me impide Juno Saturnia.
De Italia primero, aunque tú ya piensas, ignorante,
que está cerca y te dispones a entrar en puertos vecinos,
lejos te separa un largo y difícil camino por largas tierras.
Antes debes hincar tu remo en la ola trinacria

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

y recorrer con tus naves la llanura del mar ausonio
y los lagos del infierno y la isla de la eea Circe,
antes de que puedas fundar tu ciudad en una tierra segura.
Te diré las señales, tú tenlas guardadas en tu memoria;
cuando, angustiado, junto a las aguas de un río escondido
encuentres bajo las encinas de la orilla una enorme cerda
blanca echada en el suelo, recién parida de treinta
cabezas, con las blancas crías en torno a sus ubres,
éste será el lugar de tu ciudad, éste el seguro descanso a tus fatigas.
Y que no te espanten los mordiscos que darás a las mesas:
los hados encontrarán el camino y Apolo llegará si le invocas.
Sin embargo, estas tierras y esta ribera de Italia
cercana que baña la marea de nuestro mar,
evítalas; todas las murallas están llenas de malvados griegos.
Aquí pusieron también sus murallas los locros naricios
e infestó de hombres en armas los campos salentinos
Idomeneo de Creta; aquí la pequeña Petelia del rey
melibeo Filoctetes, la famosa, apoyada en sus muros.
Y cuando tras cruzarlo al otro lado del mar se detenga la flota
y estés cumpliendo ya tus votos en altares dispuestos en la playa,
oculta tus cabellos cubriéndolos con un manto de púrpura
para que entre los fuegos sagrados en honor de los dioses
no acuda alguna aparición hostil que turbe los presagios.
Guarda tú esta costumbre en tus sacrificios y así tus compañeros;
que fieles permanezcan a esta devoción tus descendientes.
Y cuando tras tu partida el viento a la sícula costa te empuje
y ralas se vuelvan las barreras del estrecho Peloro,
habrás de buscar las tierras a tu izquierda y a tu izquierda los mares
en largo circuito; evita la costa de la derecha y sus olas.
Estos lugares asolados un día por la fuerza de una vasta ruina
(tanto puede transformar la prolongada vejez del tiempo)
es fama que se separaron, aun cuando antes ambas tierras
fueron sólo una: irrumpió en medio el mar y con la fuerza de sus aguas
la costa separó de Hesperia de la sícula y campos y ciudades
apartados de la ribera cruzó con estrecha corriente.
Ocupa Escila el lado derecho y la implacable Caribdis
el izquierdo, y en el profundo remolino de su abismo tres veces
sorbe de pronto vastas olas y otras tantas las lanza de nuevo
al aire, y azota las estrellas con el oleaje.
A Escila por su parte una caverna la encierra en ciegos escondrijos
y a ella saca la cabeza y atrae las naves a los acantilados.
Por arriba, un rostro humano y es doncella de hermóso pecho
hasta la ingle, monstruo marino de enorme cuerpo por abajo
con panza de lobo terminada en colas de delfín.
Es mejor recorrer la línea del Paquino trinacrio
en tu ruta y dar un largo rodeo
que contemplar una sola vez en su enorme antro a la deforme
Escila y las rocas resonantes de cerúleos canes.
Por último, si aún queda sabiduría en Héleno el adivino,
si aún confianza, si llena aún su corazón Apolo con la verdad,
una sola cosa te he de advertir, una sola por todas,
hijo de la diosa, y te aconsejaré repitiendo una y otra vez:
de Juno la grande adora lo primero el numen con tus plegarias,
a Juno canta en tus libaciones y a la dueña poderosa
aplaca con dones de súplica; así, al fin vencedor,
serás enviado a las ítalas tierras dejando atrás Trinacria.
Una vez allí llegarás a la ciudad de Cumas
y a los lagos divinos y al Averno resonante de bosques,
verás a la vidente frenética que al fondo de una roca
canta el destino y confía a las hojas señales y nombres.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Cuantas respuestas escribe la virgen en las hojas
las pone en orden y las deja encerradas en la cueva;
allí permanecen sin moverse en su lugar y no se apartan de su sitio.
Ahora, cuando al girarlos goznes suave ráfaga de viento
las empuja y agita las tiernas hojas la puerta,
revolotean por el cavo peñasco y ya de recogerlas
no se cuida ni de ponerlas en su lugar o juntas las respuestas:
se alejan sin contestación y odian la sede de la Sibila.
No habrá de preocuparte entonces el tiempo invertido,
aunque te increpen tus compañeros y tu ruta requiera con fuerza
las velas a alta mar y puedas llenar los pliegues de viento favorable,
hasta que veas a la adivina y reclames su oráculo con preces
y ella te responda y de grado libere su voz y sus labios.
Ella te hablará de los pueblos de Italia y de las guerras
venideras y de cómo evitar o soportar todas las fatigas,
y, si la veneras, te marcará caminos favorables.
Esto es cuanto me está permitido que con mi voz te advierta.
Ponte en marcha y lleva la gran Troya con tus hazañas a los astros."
»Luego que el vate así habló con palabras de amigo,
pesados presentes de oro y marfil librado
ordena llevar a las naves, y amontona en los barcos
mucha plata y jarras de Dodona,
una loriga tejida de mallas con triple hilo de oro
y el cono de un yelmo señero con crestas de crines,
armas de Neoptólemo. También hay presentes para mi padre.
Añade caballos y añade guías,
nos surte de remeros y provee de armas también a los compañeros.
»Entretanto andaba disponiendo la flota con las velas
Anquises, que demora no hubiera si llegaba el viento.
Con gran respeto a él se dirige el intérprete de Febo:
"Anquises, digno que fuiste de noble unión con Venus,
cuita de los dioses, dos veces rescatado de las ruinas de Troya,
ahí tienes la tierra de Ausonia, gánala con tus velas.
Y es, sin embargo, preciso que por mar la rodees:
lejos está la parte de Ausonia que Apolo te muestra.
Ve -dice-, afortunado por la piedad de tu hijo. ¿Por qué
continúo aún y retraso con mis palabras el Austro naciente?"
También Andrómaca, triste por la definitiva despedida,
lleva ropas con historias bordadas en hilos de oro
a Ascanio, y una clámide frigia -no inferior en presentes-
y lo carga de regalos tejidos, y así le dice:
"Tómalos, y que sean para ti recuerdos de estas manos
mías, niño, y testigos del gran amor de Andrómaca,
esposa de Héctor. Recibe los últimos dones de los tuyos,
¡ay!, única imagen ya viva para mí de mi Astianacte:
así eran sus ojos, así sus manos, así su cara;
¡también ahora estaría creciendo contigo, con tus años!"
Así les hablaba yo al partir, deshecho en lágrimas:
"Vivid felices, pues que vuestra fortuna se ha visto
ya cumplida: somos nosotros llamados de uno a otro destino.
A vosotros se os ha dado el reposo: no hay mar que debáis surcar,
ni perseguirlos campos de Ausonia que están siempre
más lejos. Podéis verla imagen del Janto y una Troya
que han levantado vuestras manos, con mejores (deseo)
auspicios, y que menos fácil será para los griegos.
Si llego alguna vez al Tiber y del Tíber a los campos
vecinos y contemplo las murallas destinadas a mi estirpe,
las ciudades un día hermanas y los pueblos cercanos,
del Epiro y Hesperia (pues ambas tienen a Dárdano de padre
e igual sino), una haremos y ambas serán Troya

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

en nuestros corazones: quede esta tarea para los nietos.”
»Nos lanzamos al mar bordeando los cercanos Ceraunios,
de donde el camino a Italia y la ruta de las olas se hace más corta.
Cae el sol entretanto y los montes se vuelven opacos de sombras;
nos tendemos en el regazo de una tierra deseada junto a la orilla
tras sortear los remos y por doquier en la costa seca
damos descanso al cuerpo y el sopor invade los miembros cansados.
Y aún la Noche que las Horas llevan no había cubierto la mitad de su orbe;
se lanza ágil de su lecho Palinuro y todos
los vientos explora y recoge las brisas con sus oídos,
observa cuántas estrellas se deslizan por el cielo callado,
a Arturo y las lluviosas Híades y los dos Triones,
y a su alrededor contempla a Orión armado de oro.
Luego que advierte la quietud del cielo sereno,
lanza clara señal desde su popa; nosotros levantamos el campo
y nos ponemos en marcha y desplegamos las alas de las velas.
»Y ya con el huir de las estrellas asomaba de rojo la Aurora
cuando a lo lejos vemos oscuros collados y a ras de suelo
Italia. Italia grita el primero Acates,
Italia, saludan con alegre clamor los compañeros.
Entonces el padre Anquises adornó una enorme cratera
con una corona y la llenó de vino puro e invocó a los dioses
de pie en lo alto de su nave:
“Dioses señores del mar y de la tierra y de las tempestades,
abrid un camino fácil al viento y soplad favorables.”
Se animan las brisas ansiadas y el puerto se ofrece
ya más cerca, y el templo aparece de Minerva sobre su roca;
recogen velas los compañeros y ponen proa a la costa.
Es un puerto curvado en arco por las olas de levante,
las rocas que se interponen salpicadas están de salada espuma,
y él mismo parece esconderse; en doble muralla ofrecen sus brazos
escollos como torres y se aleja el templo de la costa.
Aquí pude ver, augurio primero, cuatro caballos en el pasto
de nívea blancura, que pacían libremente por el campo.
Y el padre Anquises: “Guerra traes, tierra que nos recibes:
para la guerra se arman los caballos, guerra amenazan estas bestias.
Pero desde hace tiempo a uncirse al carro están acostumbrados
los mismos cuadrúpedos y a llevar frenos concordes en el yugo:
también esperanza de paz”, dice. Suplicamos entonces al santo numen
de Palas armisonante, la primera en recibir nuestro saludo,
y nos cubrimos las cabezas ante las aras con el frigio manto,
y, según los preceptos que más nos señalara Héleno, cumplimiento
dimos a los honores debidos a la argiva Juno.
»Sin tardanza, realizados por orden los votos,
volvemos los cabos de las veladas entenas y atrás dejamos
las moradas y los campos sospechosos de los griegos.
Desde aquí puede verse el golfo de la Tarento (si cierta es la fama)
de Hércules, enfrente se alza la divina Lacinia,
y las rocas caulonias y el Escilaceo rompedor de naves.
Entonces aparece a lo lejos entre las olas el Etna trinacrio,
y el ingente gemido del mar y las rocas batidas
escuchamos de lejos y voces quebradas nos llegan de la costa,
y se agitan los vados y la arena se revuelve en el remolino.
Y el padre Anquises: "Esto es, sin duda, aquella Caribdis:
estos escollos anunciaba Héleno, estos horrendos peñascos.
Escapad, compañeros, y empujad a la vez los remos.”
No de otro modo obedecen y el primero la rugiente
proa vuelve Palinuro a las aguas de la izquierda;
la izquierda buscó con vientos y remos la flota entera.
Al cielo nos lanza el mar hinchado y luego,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

al bajar la ola, nos hunde hasta los Manes más profundos.
Tres veces los escollos lanzaron su grito entre huecos peñascos,
tres veces vimos la espuma hecha pedazos y los astros rociándonos.
Entretanto el viento con el sol nos abandonó agotados,
y perdido el rumbo arribamos a las costas de los Ciclopes.
»Es este puerto grande y está libre del acoso
de los vientos, mas cerca ruge el Etna en horrible ruina
y, si no, lanza hacia el cielo negra nube
que humea con negra pez y ascuas escendidas,
y forma remolinos de llamas y lame las estrellas;
otras veces se levanta vomitando piedras y las entrañas
que arranca del monte y al aire con estruendo amontona
masas de roca líquida y hierve en el profundo abismo.
Es fama que el cuerpo de Encélado abrasado por el rayo
sepultado está por esta mole; que el Etna enorme, encima,
fuego respira por sus quebradas chimeneas y que cuantas veces,
cansado, se cambia de lado, entera tiembla
la Trinacria con gran ruido y el cielo se cubre de humo.
Al abrigo del bosque el espantoso prodigio soportamos
aquella noche sin ver aún la causa del estruendo.
No había en verdad fuego de astros ni lucía el éter
con su globo de estrellas; sólo nubes en un cielo oscuro
y una noche desapacible con la luna escondida en la niebla.
»Y ya se alzaba el nuevo día con los primeros rayos de oriente
y había ya la Aurora retirado del cielo la húmeda sombra,
cuando de pronto avanza desde el bosque consumida de hambre
la extraña figura de un desconocido con aire lastimoso
que tiende sus manos, suplicante, hacia la playa.
Le observamos. Terrible suciedad y barba crecida,
la ropa cosida con espinas; pero, por lo demás, un griego
y de los que un día se alistaron contra Troya en el ejército patrio.
Y él cuando vio a lo lejos vestidos dardanios y de Troya
las armas, aterrado por la visión se detuvo un tanto
y freno su marcha; al punto se lanzó de cabeza a la playa
entre llanto y súplicas: “A las estrellas pongo por testigos,
a los dioses y a esta luz del día que respiramos:
llevadme con vosotros, teucros, a no importa qué tierras.
Con eso me conformo. Sé que fui de la flota de los dánaos
y confieso haber marchado en son de guerra contra los Penates de Troya.
A cambio, si es tan grande la ofensa de mi crimen,
arrojadme a las aguas y hundidme en lo profundo del mar;
si muero, siempre será mejor hacerlo por mano de hombres.”
Había dicho, y abrazado a mis rodillas de rodillas postrado
se quedaba. Le animamos a decirnos quién era, de qué sangre
venía, a que nos contase cuál había sido su fortuna.
El propio padre Anquises sin dudarlo mucho la diestra
ofrece al joven y aumenta con este gesto su confianza.
Él, dejando al fin su miedo, habla de esta manera:
“Ítaca es mi patria, compañero del infortunado Ulises,
de nombre Aqueménides, que a Troya por la pobreza de mi padre
Adamasto marché (¡y ojalá hubiera conservado esa fortuna!)
Aquí, mientras temblando dejan los crueles umbrales,
me abandonaron mis compañeros sin reparar en la vasta caverna
del Ciclope. Morada de sangre corrompida y manjares cruentos,
sin luz en su interior, enorme. Y él, altísimo, toca las altas
estrellas (¡los dioses aparten de las tierras peste semejante!)
y a nadie resulta fácil verlo ni es fácil escucharlo;
de las entrañas se alimenta de los desgraciados y de su negra sangre.
Yo mismo lo he visto cuando los cuerpos de dos de los nuestros
apresados en su enorme mano, tendido en medio de su cueva,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

los machacó contra las rocas y se inundaron sus umbrales con la sangre
desparramada; le he visto cuando los miembros devoraba cubiertos
de negra sangre y temblaban tibios aún entre sus dientes.
Mas no quedó sin castigo ni Ulises lo consintió,
ni en tan comprometida situación se olvidó el de Ítaca de sí mismo.
Pues en cuanto saciado de comida y ahogado en vino
reclinó la vencida cerviz y se tumbó por la cueva,
inmenso, vomitando los restos en sueños y bocados
bañados en vino sanguinolento, suplicamos nosotros a los grandes
dioses y sorteando el cometido de cada cual a una y a su alrededor
nos derramamos, y con una aguda punta perforamos su ojo
enorme, el único que se ocultaba bajo la torva frente,
del tamaño de un escudo de Argos o de la lámpara de Febo,
y vengamos al fin, contentos, las sombras de nuestros compañeros.
Pero huid, desgraciados. Huid y cortad la maroma
de la playa.
Que así y tan grandes como ese Polifemo que en antro cavo
cierra lanígeras ovejas y ordeña sus ubres,
otros cien Ciclopes terribles habitan esparcidos
estas curvas riberas y vagan por las cumbres de sus montes.
Tres veces los cuernos de la luna de luz se han llenado
desde que arrastro mi vida en las selvas y en las cuevas
y guaridas que las fieras dejan y desde una roca observo
a los Ciclopes gigantes y tiemblo al ruido de sus pasos y a sus voces.
Pobre alimento, bayas y cerezas silvestres de los roquedales,
me ofrecen las ramas y las hierbas me nutren con las raíces arrancadas.
Al recorrer estos lugares vi, por vez primera, que una flota
llegaba a estas costas, la vuestra. Y, fuese cual fuese,
a ella me he rendido, contento de haber escapado de un pueblo nefando.
Vosotros mejor cobraos esta vida con la muerte que os plazca."
»Apenas había hablado cuando en lo alto del monte descubrimos
al propio Polifemo, pastor de sus ganados, moviéndose
con su vasta mole en dirección a las conocidas riberas,
monstruo horrendo, informe y gigantesco, sin su ojo.
Un pino cortado gobierna sus pasos y les sirve de apoyo;
le siguen sus lanígeras ovejas, que era éste su solo placer
y el consuelo de su desgracia.
Luego que tocó las aguas profundas y llegó al mar,
de su ojo atravesado lavó la líquida sangre
rechinando los dientes en un gemido, y camina ya en medio
de las aguas sin que las olas mojen sus altos costados.
Así que nosotros aceleramos la huida temblorosos, merecidamente
acogiendo al suplicante, y en silencio cortamos las cuerdas
y nos lanzamos al mar empeñados en un combate de remos.
Se dio cuenta, y encaminó sus pasos hacia el sonido de las voces.
Cuando por fin se queda sin poder alcanzarnos con su mano
ni es capaz de igualar a las olas jonias con sus pasos,
lanza un grito terrible con el que el mar y todas
las olas se agitaron y tembló de lo profundo la tierra
de Italia y el Etna mugió por sus curvas cavernas.
Y a su llamada acude corriendo de los bosques y las cumbres
la raza de los Ciclopes al puerto y llenan las riberas.
Allí de pie los vemos en vano con su torvo ojo,
a los hermanos del Etna tocando el cielo con sus altas cabezas,
horrendo concilio: cuales con la copa erguida
las aéreas encinas o los coníferos cipreses
se yerguen, alta selva de Jove o bosque sagrado de Diana.
Un agudo miedo nos lanza a sacudir las jarcias
hacia donde sea y a tender las velas a vientos favorables.
En contra están los avisos de Héleno, que entre Escila y

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Caribdis, camino de muerte a uno y otro lado en pequeño trecho,
no haga pasar mi rumbo: es más seguro volverlas velas.
Y hete aquí que se presenta Bóreas escapado de su angosto encierro
del Peloro: dejo atrás las bocas en roca viva
de Pantagia y el golfo de Mégara y la tendida Tapso.
Tales costas nos mostraba el compañero del infortunado Ulises,
Aqueménides, quien ya las surcara en sentido contrario.
»En el golfo sicanio se encuentra una isla tendida
frente al undoso Plemirio; los antiguos la llamaron
Ortigia. Es fama que el Alfeo, río de la Élide,
se abrió hasta aquí un oculto camino bajo el mar y que hoy,
Aretusa, con las aguas sículas se confunde en tu boca.
Según lo ordenado, invocamos a los grandes númenes del lugar y al punto
dejo atrás el fértil suelo del pantanoso Heloro.
De aquí los altos riscos y las rocas salientes del Paquino
bordeamos y aquella a quien los hados dijeron que nunca se moviera,
Camerina, aparece a lo lejos, y los campos geloos
y Gela, llamada por el nombre de un gran río.
Luego enseña a lo lejos sus murallas la escarpada
Agrigento, un día engendradora de valientes caballos;
y llevado de los vientos te dejo a ti, Selinunte de palmas,
y paso los crueles vados de Lilibeo con sus ocultos escollos.
De aquí el puerto de Drépano y su aciaga playa
me acogen. Y aquí, sacudido por tantas tempestades del mar,
¡ay!, a mi padre, consuelo de toda cuita y desgracia,
pierdo, a Anquises. Aquí, óptimo padre, cansado
me dejas, ¡ay!, en vano arrancado a peligros tan grandes.
Ni el vate Héleno, que muchas calamidades me anunciara,
me predijo este duelo, ni la terrible Celeno.
Ésta fue mi fatiga postrera, ésta la meta de largos derroteros,
de aquí al partir el dios me lanzó a vuestras playas.»
Así el padre Eneas, solo entre todos los que le escuchaban,
narraba los hados de los dioses y explicaba su discurrir.
Calló por fin y descansó terminando aquí su relato.

LIBRO IV

Mas la reina hace tiempo, atormentada de grave cuidado,
con sangre de sus venas alimenta su herida y ciego ardor la devora.
El gran valor del héroe acude a su ánimo y la gloria
muy grande de este pueblo; se clavan en su pecho sus rasgos
y palabras y no deja el cuidado a su cuerpo el plácido descanso.
Y recorría las tierras la Aurora siguiente
con la luz de Febo y había alejado del cielo la húmeda sombra
cuando así se dirige, fuera de sí, a su hermana del alma:
«Ana, querida hermana, ¡qué ensueños me desvelan y me angustian!
¡Qué huésped tan extraordinario ha entrado en nuestra casa!
¡Qué prestancia la suya! ¡Qué fuerza en su pecho y en sus armas!
Ciertamente creo, y mi confianza no es vana, que es de dioses su raza.
El temor delata al pusilánime. ¡Ay, qué sino
lo zarandeó! ¡Qué combates librados narraba!
Si no estuviera en mi ánimo, fijo e inconmovible,
el propósito de a nadie unirme en vínculo matrimonial,
luego que mi primer amor me engañó, frustrada, con la muerte;
si no me hubiera hastiado del tálamo y la antorcha nupcial,
a esta sola infidelidad habría podido tal vez sucumbir.
Ana (te lo diré, sí) después del desgraciado destino de mi esposo
Siqueo y de que la trágica muerte de mi hermano manchase mis Penates,
sólo éste ha doblado mis sentidos y ha empujado mi lábil

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

corazón. Reconozco las huellas de una vieja llama
Mas antes querría que la tierra profunda se abriera ante mí,
o que me lanzase el padre omnipotente a las sombras con su rayo,
a las pálidas sombras del Erebo y a la noche profunda,
antes, Pudor, que profanarte o romper los juramentos que te hice.
Aquél, el primero que con él me unió, se llevó mis amores;
que los tenga consigo y los guarde en su sepulcro.»
Habló así, y llenó su regazo de impetuosas lágrimas.
Responde Ana: «Oh, más querida para tu hermana que la luz,
¿te desgarrarás sola, afligida, en mocedad eterna,
sin conocer dulces hijos ni los presentes de Venus?
¿Crees que se preocupan de esto las cenizas o los Manes enterrados?
Sea: no pudo pretendiente alguno doblegarte
ni aquí, en Libia, ni antes en Tiro; Yarbas fue despreciado
con otros caudillos a quienes África sustenta
rica en triunfos. ¿Lucharás también contra un amor deseado?
¿No tienes en cuenta de quién son los campos en que te has instalado?
Por aquí las ciudades getulas, raza invencible en la guerra,
y los númidas sin freno te rodean y la inhóspita Sirte;
por allí una región desolada por la sed y los barceos
furiosos. ¿Y qué decir de las guerras que se alzan en Tiro y las amenazas de tu hermano?
Creo, sin duda, que por auspicios divinos y el favor de Juno
mantuvieron hasta aquí su curso en alas del viento las naves troyanas.
¡Cómo has de ver esta ciudad, hermana, qué reinos has de ver surgir
con una boda así! ¡Con qué hazañas se alzará la gloria
púnica servida por las armas de Troya!
Pide sólo la venia de los dioses, con sacrificios adecuados
cuida la hospitalidad y trenza motivos para que se quede,
mientras las tormentas y Orión lluvioso descargan su ira en el mar
y las naves están aún sin reparar y el cielo tempestuoso.»
Estas palabras su ánimo encendieron con amor desmedido,
dieron esperanza a un corazón en duda y su pudor liberaron.
Al punto se dirigen a los templos y tratan de encontrar la paz
por los altares; sacrifican a Ceres legisladora ovejas
de dos años escogidas según el rito, y a Febo y al padre Lieo,
y antes que a nadie a Juno, que cuida de los lazos conyugales.
La propia Dido, bellísima, con la pátera en la diestra
vierte sus libaciones entre los cuernos de una blanca vaca,
o da vueltas junto a los pingües altares bajo la mirada de los dioses
y dedica el día a sus ofrendas y ansiosa consulta las entrañas
palpitantes de las víctimas en los pechos abiertos de los animales.
¡Ay, mentes ignorantes de los vates! ¿De qué sirven los votos
al demente, de qué los templos? Sigue la llama devorando
las tiernas médulas y palpita en su pecho la herida, calladamente.
Se consume Dido infeliz yvaga enloquecida
por toda la ciudad como la cierva tras el disparo
que, incauta, el pastor persiguiéndola alcanzó con sus flechas
en los bosques de Creta y le dejó el hierro volador
sin saberlo: aquélla recorre en su huida bosques y quebradas
dicteos; sigue la flecha mortal clavada a su costado.
Ahora lleva consigo a Eneas por las murallas
y le muestra las riquezas sidonias y una ciudad dispuesta,
comienza a hablar y se detiene de repente en la conversación.
Ahora, al caer el día, busca de nuevo el banquete,
y con insistencia reclama de nuevo escuchar, enloquecida,
las fatigas de Ilión y de la boca del narrador se cuelga de nuevo.
Después, cuando se van y la luna oscura oculta a su vez
la luz y al caer las estrellas invitan al sueño,
languidece solitaria en una casa vacía y se acuesta en una cama
abandonada. En su ausencia lo ve, ausente, y lo oye,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

o retiene en su pecho a Ascanio abrazando la imagen
de su padre, por si engañar puede a un amor inconfesable.
No crecen las torres comenzadas, no practica la juventud
sus armas ni preparan los puertos o los baluartes
seguros en la guerra; interrumpidos quedan los trabajos y los enormes
salientes de los muros y los andamios que llegaban al cielo.
En cuanto la querida esposa de Júpiter advirtió que aquélla
estaba atrapada por tal enfermedad y que la fama no frenaría la locura,
se acerca a Venus la Saturnia con estas palabras:
«Egregia en verdad alabanza y gran botín sacáis
tú y tu hijo (gran y memorable numen),
si una sola mujer se ve vencida por el engaño de dos dioses.
Y a mí no se me escapa que por temer nuestras murallas
recelas de las casas de la alta Cartago.
Mas, ¿cuál será el límite? ¿O a dónde vamos con tan gran disputa?
¿Por qué no acordar, mejor, eterna tregua con el pacto
de un himeneo? Tienes ya lo que buscaste con todas tus ganas:
arde una Dido enamorada y corre por sus huesos la locura.
Gobernemos, pues, sobre un pueblo común y con auspicios
iguales; séale permitido servir a marido frigio
y poner como dote bajo tu diestra a los tirios.»
A ésta (pues notó que había hablado con disimulo,
para desviar a las costas de Libia el poder de Italia)
así repuso Venus: «¿Quién con tan poco juicio
para rechazar tal proyecto prefiriendo la guerra contigo?
Ojalá que la suerte acompañe a cuanto acabas de exponer.
Pero insegura del hado estoy: si querrá Júpiter que una sea
la ciudad de los tirios y los desterrados de Troya,
o si aprobará que los pueblos se mezclen o que pactos se firmen.
A ti, su esposa, te toca tantear su voluntad con tus ruegos.
Inténtalo, te seguiré.» Así lo aceptó entonces Juno soberana:
«Ésa será mi tarea. Ahora, cómo lograr podemos lo que nos ocupa
en pocas palabras (atiende) te explicaré.
Eneas, y con él la muy desgraciada Dido,
se disponen a marchar al bosque a cazar en cuanto su orto primero
haya hecho salir el titán de mañana y desvele el orbe con sus rayos.
Yo a ellos les he de enviar desde lo alto un negro nubarrón de granizo,
mientras se apresuran los flancos y rodean el lugar con sus redes,
y agitaré con truenos el cielo entero.
El séquito huirá y les envolverá una noche espesa;
Dido y el jefe troyano en la misma cueva
se encontrarán. Allí estaré yo, y, si es firme hacia mí tu voluntad,
os uniré en estable matrimonio, consagrándola como legítima esposa.
Entonces se cumplirá el himeneo.» Accedió sin oponerse
Citerea a su demanda, y rió por haber descubierto el ardid.
Entretanto la Auroa naciente abandonó el Océano.
Sale la flor de la juventud por las puertas al despuntar el alba,
amplias redes, trampas, venablos de ancha punta,
corren los jinetes masilos y el poderoso olfato de los perros.
Los principales de los púnicos junto al umbral aguardan
a la reina que se demora en el tálamo, y allí está, enjaezado
de púrpura y oro, su caballo que muerde con ímpetu el espumante freno.
Sale por fin rodeada de apretada compañía
y revestida de una clámide sidonia de bordada cenefa;
de oro lleva la aljaba, en oro se anudan sus cabellos
y una fíbula de oro prende su vestido de púrpura.
Y no faltan tampoco los compañeros frigios
y el alegre Julo. Por delante de todos, más hermoso que nadie,
Eneas se le ofrece de acompañante y reúne los escuadrones.
Como cuando abandona la Licia invernal y las corrientes

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

del Janto Apolo y rinde visita a la materna Delos,
y reanuda las danzas y cretenses y dríopes braman mezclados
en torno a los altares, y los tatuados agatirsos;
él, Apolo, recorre los collados del Cinto y ciñe su pelo
suelto con hojas tiernas, moldeándolo, y lo anuda con oro,
resuenan las flechas en sus hombros. No menos vigoroso
marchaba Eneas, tanta hermosura resplandece en el brillo de su rostro.
Luego que llegaron a lo alto del monte y a lugares intransitables,
he aquí que las cabras salvajes, arrojadas de lo alto de su roca,
se lanzan por las laderas; por otra parte, los ciervos
echan a correr en campo abierto y aprietan sus filas
en polvorienta huida y dejan los montes.
Allí está el joven Ascanio, gozoso en medio del valle
con brioso caballo, ganando a unos y otros en la carrera;
suplica con sus votos que entre los tardos rebaños le sea dado
un rabioso jabalí o que baje del monte rubio león.
Entretanto el cielo de terrible rugido empieza
a llenarse, sigue una tormenta mezclada con granizo
y el séquito tirio, dispersado, y la juventud troyana
y el dardanio nieto de, Venus asustados buscaron
los techos de todos los campos; ríos bajan corriendo del monte.
A la misma gruta Dido y el caudillo troyano
acuden. La Tierra, la primera, y Prónuba Juno
dan la señal; brillaron los fuegos y cómplice el aire
del casamiento en su alta cumbre ulularon las Ninfas.
Aquél fue el primer día de la muerte y la causa primera
de las desgracias; pues ni de apariencias ni de opinión se deja
llevar Dido ni planea ya un amor a escondidas:
casamiento lo llama, con este nombre esconde su culpa.
Se echa a andar al punto la Fama por las ciudades libias,
la Fama: más rápido que ella no hay mal alguno;
en sus movimientos se refuerza y gana vigor según avanza,
pequeña de miedo al principio, al punto se lanza al aire
y camina por el suelo y oculta su cabeza entre las nubes.
A ella la madre Tierra, irritada de ira contra los dioses,
la última, según dicen, hermana de Encélado y de Ceo,
la parió veloz de pies y ligeras alas,
horrendo monstruo, enorme, con tantas plumas en el cuerpo
como ojos vigilantes debajo (asombra contarlo),
como lenguas, como bocas le suenan, como orejas levanta.
Vuela de noche estridente entre el cielo y la tierra
por la sombra, y no rinde sus ojos al dulce sueño;
de día se sienta, vigilante, o en lo alto de un tejado
o en las torres elevadas, y amedrenta a las grandes ciudades,
mensajera tan firme de lo falso y lo malo cuanto de la verdad.
En aquellos días llenaba gozosa de rumores diversos
los pueblos e igual cantaba hechos verdaderos y no:
había llegado Eneas, nacido de sangre troyana,
y se había dignado la hermosa Dido unirse a este hombre;
templaban ahora su invierno con todo regalo descuidando
sus obligaciones reales, atrapados en pasión vergonzosa.
Difunde la diosa estas mentiras por la boca de los hombres.
Al punto dirige su rumbo hacia el rey Yarbas
y enciende su corazón con palabras y aumenta su enojo.
Éste, engendrado por Hamón y una ninfa Garamanta raptada,
cien templos enormes a Júpiter en su ancho dominio
levantó y cien altares y había consagrado un fuego vigilante,
eternas centinelas de los dioses, y un suelo empapado
de sangre de animales, y dinteles florecidos de variadas guirnaldas.
Pues éste, se dice, loco de ánimo y enfurecido por el amargo rumor,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

entre la majestad de los dioses y ante sus altares
suplicante, muchos ruegos vertió con las manos alzadas:
«Júpiter todopoderoso a quien hoy el pueblo maurusio
en sus banquetes, sobre bordados lechos, liba la ofrenda lenea.
¿Ves esto? ¿Es que, padre, cuando blandes tus rayos
nos espantamos en vano, y ciegos tus fuegos en las nubes
aterrorizan los corazones e inane se agita su bramido?
Esa mujer que errante en nuestro territorio su pequeña
ciudad estableció, por su precio, a quien un litoral entregamos
para que lo arase y las leyes del lugar, nuestra boda
rechazó y acogió a Eneas por dueño de sus dominios.
Y ahora, el Paris ese con su afeminada comitiva,
el mentón y el perfumado cabello con la mitra meonia
ceñidos, disfruta de su rapto. ¡Y nosotros mientras presentes
llevando a tus templos y alimentando una fama huera! »
A quien con tales palabras oraba abrazado a sus altares
prestó oídos el Todopoderoso y dirigió sus ojos a las murallas
reales y a unos amantes olvidados de mejor fama.
Entonces habla así a Mercurio, y así lo ordena:
«Ea, ve, hijo. Convoca a los Céfiros y déjate caer con tus alas
y al caudillo dardanio que en la tiria Cartago
hoy se demora, sin ver las ciudades que le reserva el hado,
háblale y llévale mis palabras por las rápidas auras.
Que no nos lo prometió así su bellísima madre
ni lo salvó para esto dos veces de las armas griegas;
habría de ser por el contrario quien gobernase una Italia
preñada de poder y del estrépito de la guerra, origen de una raza
de la noble sangre de Teucro, y daría sus leyes al orbe entero,
Si la gloria de futuro tan grande no le enciende
ni le hace ponerse a la tarea su propia honra,
¿dejará a Ascanio su padre sin el alcázar romano?
¿Qué trama o con qué esperanza se detiene en un pueblo enemigo,
apartando sus ojos de la prole ausonia y los campos lavinios?
¡Que se haga a la mar! Esto es todo, y éste mi mensaje.»
Había hablado. Se disponía aquél a obedecer de su augusto padre
la orden, y primero anuda a sus pies los talares
de oro que lo llevan ligero con sus alas bien sobre el mar
bien sobre la tierra, con la rápida brisa.
Toma entonces la vara: con ella evoca a las pálidas almas
del Orco, a otras las manda al triste Tártaro,
da y quita los sueños y abre los ojos en la hora de la muerte.
En ella confiado conduce los vientos y traspasa las nubes
tempestuosas. Y ya volando divisa la cima y la escarpada ladera
del duro Atlante que sostiene con su vértice el cielo,
del Atlante, cuya pinífera cabeza ceñida de negros nubarrones
azotan con frecuencia la lluvia y el viento,
la nieve caída le cubre los hombros y ríos bajan
de su barbilla de anciano y se eriza espantosa su barba por el hielo.
Aquí se detuvo, en primer lugar, sosteniéndose el Cilenio
en sus alas iguales; de aquí se lanzó con todo su cuerpo
a las olas, al ave semejante que baja vuela sobre los mares,
ya por las playas, ya por los acantilados llenos de peces.
No de otra forma entre las tierras y el cielo volaba
hacia la arenosa costa de Libia y cortaba los vientos
el nacido en Cilene que venía de su abuelo materno.
En cuanto tocó con sus aladas plantas las cabañas,
divisó a Eneas fundando fortalezas y construyendo
nuevas casas. Tenía la espada salpicada
de rubio jaspe y resplandecía con una capa de púrpura tiria
colgada de los hombros, presentes que la espléndida Dido

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

le hiciera y había bordado la tela con hilo de oro.
Y enseguida le aborda: «¿Tú te dedicas ahora a plantar los cimientos
de la alta Cartago y complaciente con tu esposa construyes deberes!
una hermosa ciudad? ¡Olvidas, ay, tu reino y tus propios
El propio rey de los dioses desde el Olimpo luminoso
me envía, el que cielo y tierra gobierna con su numen;
él mismo me ordena traerte estas órdenes por las rápidas auras:
¿qué tramas o con qué esperanza gastas tu tiempo en las tierras libias?
Si no consigue moverte la gloria de futuro tan grande,
mira cómo crece Ascanio y respeta las esperanzas de tu heredero
Julo, a quien se deben el reino de Italia y la tierra romana.»
Tras hablar de esta manera dejó el Cilenio
su aspecto mortal sin aguardar respuesta
y desapareció de los ojos, lejos, hacia el aura tenue.
Así que enmudeció Eneas, perplejo por la visión,
y se erizaron de espanto sus cabellos y se le clavó la voz en la garganta.
Encendido está por preparar la huida y dejar tan dulces tierras,
atónito por el poder de tal consejo y orden de los dioses.
¡Ay! ¿Qué hacer? ¿Con qué palabras osará abordar hoy a la reina
enloquecida? ¿Cómo empezar a hablar?
Y divide su ánimo veloz acá y allá
y lo lleva a partes bien distintas y todo discurre.
Entre todas, ésta le pareció la opinión más prudente:
llama a Mnesteo y a Segesto y al fiero Seresto,
que dispongan con discreción la flota y reúnan en la playa a los compañeros,
que preparen las armas, disimulando cuál sea la causa
del cambio de planes; él entretando, puesto que nada sabe
la buena de Dido y no espera que se rompa amor tan grande,
trataría de encontrar la mejor ocasión para hablarle,
el modo mejor para sus intenciones. Rápidamente todos
obedecen alegres sus órdenes y se apresuran a ejecutarlas.
Pero la reina (¿hay quien pueda engañar a un enamorado?)
presintió la trampa y adivinó el siguiente paso la primera,
temiendo porque todo andaba bien. La despiadada Fama contó
a la apasionada que se estaba preparando la flota y disponiendo su partida.
Enloquece privada de la razón y recorre encendida toda la ciudad
como una bacante excitada ante el comienzo de sus ritos,
cuando la estimulan al oír a Baco las orgías
trienales y la llama el nocturno Citerón con su clamor.
Increpa por último a Eneas con estas palabras.
«¿Es que creías, pérfido, poder ocultar
tan gran crimen y marcharte en silencio de mi tierra?
¿Ni nuestro amor ni la diestra que un día te entregué
ni Dido que se ha de llevar horrible muerte te retienen?
¿Por qué, si no, preparas tu flota en invierno
y te apresuras a navegar por alta mar entre los Aquilones,
cruel? ¿Es que si no tierras extrañas y hogares
desconocidos buscases y en pie siguiera la antigua Troya,
habrías de ir a Troya en tus naves por un mar tempestuoso?
¿Es de mí de quien huyes? Por estas lágrimas mías y por tu diestra
(que no me he dejado, desgraciada de mí, otro recurso),
por nuestra boda, por el emprendido himeneo,
si algo bueno merecí de tu parte, o algo de la mía
te resultó dulce, ten piedad de una casa que se derrumba,
te lo ruego, y abandona esa idea, si hay aún lugar para las súplicas.
Por tu culpa los pueblos de Libia y los reyes de los númidas
me odian, en contra tengo a los tirios; también por tu culpa
perdí mi pudor y con lo que sola caminaba a las estrellas,
mi fama primera. ¿A quién me abandonas moribunda, mi huésped
(que sólo esto te queda de tu antiguo nombre de esposo)?

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

¿Qué puedo esperar? ¿Tal vez que arrase mis murallas mi hermano
Pigmalión o que prisionera me lleve el getulo Yarbas?
Si al menos hubiera recibido de ti algún retoño
antes de tu huida, si algún pequeño Eneas
me jugase en el patio, que te llevase de algún modo en su rostro,
no me vería entonces de esta manera atrapada y abandonada.»
Dijo. Él no apartaba sus ojos de los mandatos
de Júpiter y a duras penas ocultaba el dolor en su corazón.
Responde por fin en pocas palabras: «Yo a ti de cuanto
puedas decir, reina, nunca te negaré
merecedora, ni me avergonzará acordarme de Elisa
mientras de mí mismo tenga memoria, mientras un hálito gobierne mis miembros.
Poco añadiré en mi defensa. Ni yo traté de ocultar mi huida
con una estratagema (no inventes), ni nunca del esposo
te ofrecí las antorchas o me comprometí a pacto tal.
Yo, si mis hados me permitieran guiar mi vida
según mis deseos ybuscar mis propias preocupaciones,
habilitaría primero la ciudad de Troya y las dulces
reliquias de los míos, en pie seguirían las altas moradas
de Príamo y por mi mano habría levantado de nuevo Pérgamo para los vencidos.
Pero he aquí que Apolo Grineo a la grande Italia,
a Italia las suertes licias me ordenaron marchar;
ése es mi amor, ésa mi patria. Si a ti, fenicia, las murallas
te retienen de Cartago y la vista de una ciudad libica,
¿por qué, di, te parece mal que los teucros se establezcan
en tierra ausonia? También nosotros podemos buscar reinos lejanos.
A mí la turbia imagen de mi padre Anquises, cada vez que la noche
cubre la tierra con sus húmedas sombras, cada vez que se alzan
los astros de fuego, en sueños me advierte y me asusta;
y mi hijo Ascanio y el daño que hago a su preciosa vida,
a quien dejo sin reino en Hesperia y sin las tierras del hado.
Ahora, además, el mensajero de los dioses mandado por el propio Jove
(lo juro por tu cabeza y la mía) me trajo por las auras veloces
sus mandatos: yo mismo vi al dios bajo una clara luz
entrar en estos muros y bebí su voz con sus propios oídos.
Deja ya de encenderme a mí y a ti con tus quejas;
que no por mi voluntad voy a Italia.»
Hace rato le mira mientras habla con malos ojos,
los revuelve aquí y allá, y todo lo recorre
con silenciosa mirada y así estalla por último:
«Ni una diosa fue el origen de tu raza ni desciendes de Dárdano,
pérfido, que fue el Cáucaso erizado de duros peñascos
quien te engendró y las tigresas de Hircania te ofrecieron sus ubres.
Pues, ¿por qué disimulo o a qué faltas mayores me reservo?
¿Es que se ablandó con mi llanto? ¿Bajó acaso la mirada?
¿Se rindió a las lágrimas o tuvo piedad de quien tanto le ama?
¿Qué pondré por delante? ¡Si ya ni la gran Juno
ni el padre Saturnio contemplan esto con ojos justos!
No hay lugar seguro para la lealtad. Arrojado en la costa,
lo recogí indigente y compartí, loca, mi reino con él.
Su flota perdida y a sus compañeros salvé de la muerte
(¡ ay, las furias encendidas me tienen!), y ahora el augur Apolo
y las suertes licias y hasta enviado por el propio Jove
el mensajero de los dioses le trae por las auras las horribles órdenes.
Es, sin duda, éste un trabajo para los dioses, este cuidado inquieta
su calma. Ni te retengo ni he de desmentir tus palabras:
vete, que los vientos te lleven a Italia, busca tu reino por las olas.
Espero confiada, si algo pueden las divinidades piadosas,
que suplicio hallarás entre los peñascos y que repetirás entonces

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

el nombre de Dido. De lejos te perseguiré con negras llamas
y, cuando la fría muerte prive a estos miembros de la vida,
sombra a tu lado estaré por todas partes. Pagarás tu culpa, malvado.
Lo sabré y esta noticia me llegará hasta los Manes profundos.»
Con estas palabras da la conversación por terminada y, afligida,
se aparta de las auras y se aleja, y se esconde de todas las miradas,
dejando a quien mucho dudaba de miedo y mucho se disponía
a decir. La recogen sus sirvientes y su cuerpo sin sentido
levantan del lecho marmóreo y lo colocan en su cama.
Y el piadoso Eneas, aunque quiere con palabras de consuelo
mitigar su dolor y disipar sus cuitas,
entre grandes suspiros quebrado su ánimo por un amor tan grande,
cumple sin embargo con los mandatos de los dioses y revisa la flota.
Se esfuerzan entonces los teucros y arrastran al mar por toda
la costa las altas naves. Nada la quilla embreada,
traen de los bosques hojosos remos y maderos
toscos en su afán por huir.
Se les ve de un lado para otro ybajar de toda la ciudad,
como cuando arramplan las hormigas con su carga de farro
pensando en el invierno y la ponen en su refugio;
avanza por los campos el negro batallón y en angosto sendero
arrastra su botín entre las hierbas; unas los granos mayores
empujan con los hombros, otras cuidan la formación
y azuzan a las retrasadas, hierve el camino entero con su trabajo.
¡Qué sentías entonces, Dido, al contemplar todo eso!
¡Qué gemidos no dabas al ver de lo alto de la muralla
hervir el litoral entero y animarse
ante tus ojos la llanura con tanto griterío!
¡ímprobo Amor, a qué no obligas a los mortales pechos!
De nuevo a recurrir a las lágrimas, a intentarlo de nuevo con ruegos
y, suplicante, se ve obligada a domeñar sus ánimos ante el amor,
que no ha de dejar nada sin probar en vano la que va a morir.
«Ana, ves cómo por toda la costa se apresuran,
de todas partes acuden; que la vela solicita ya las brisas
y hasta gozosos los marinos colocaron guirnaldas sobre sus popas.
Yo, si pude aguardar a este dolor tan grande,
también, hermana mía, podré aguantarlo. Sólo esto en mi desgracia
concédeme, Ana. Que sólo a ti te respetaba aquel pérfido,
y a ti te confiaba también sus secretos sentimientos;
sólo tú conocías sus momentos mejores y su disposición.
Ve, hermana mía, y habla suplicante a un enemigo orgulloso:
no juré yo con los dánaos en Áulide la destrucción
del pueblo troyano, ni envié contra Pérgamo mi flota,
ni he violado las cenizas de su padre Anquises, ni sus Manes.
¿Por qué no deja que lleguen mis palabras a sus duros oídos?
¿Hacia dónde corre? Que al menos dé un último presente a la amante desgraciada:
que espere una huida fácil y unos vientos propicios.
No reclamo ya el compromiso aquel que ha traicionado,
ni que se quede sin su hermoso Lacio o abandone su reino;
pido un tiempo muerto, descanso y tregua para mi locura,
mientras mi suerte me enseña a soportar el dolor de la derrota.
Éste es el último favor que pido (ten piedad de tu hermana)
y, si me lo concede, con creces se lo pagaré con mi muerte.»
De esta manera suplicaba y tales llantos la desgraciada
hermana lleva yvuelve a llevar. Mas a él no hay lágrima
que lo conmueva ni quiere escuchar palabra alguna:
los hados se lo impiden y un dios le tapa los oídos imperturbables.
Y como cuando de un lado y de otro los Bóreas alpinos
se pelean por arrancar la robusta encina de añoso tronco
con sus soplidos; braman, y las altas ramas

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

caen a tierra desde la copa golpeada;
ella, sin embargo, a las rocas se clava y tanto su punta eleva
a las auras etéreas como llega hasta el Tártaro con la raíz:
no de otro modo se ve batido el héroe de una y otra parte
con insistencia, y en lo hondo de su noble pecho siente las cuitas;
firme sigue su propósito, las lágrimas ruedan inanes.
Entonces, aterrorizada por su sino, la infeliz Dido
busca la muerte; odia contemplar ya la bóveda del cielo.
Y para más animarse a sacar adelante su plan y abandonar la luz,
vio (horrible presagio), al dejar sus ofrendas sobre las aras
donde arde el incienso, que negros se ponían los líquidos sagrados
y sangre impura volverse los vinos libados;
y a nadie contó lo que había visto, ni a su hermana siquiera.
Además, había en su casa de mármol un templo
del antiguo esposo, que honraba con honor admirable,
adornado de níveos vellones y fronda festiva;
de aquí le pareció oír sus voces y palabras,
que la llamaba, cuando la oscura noche se apoderaba de la tierra,
y que por los tejados un búho solitario con fúnebre canto
se lamentaba a menudo hasta convertir su larga voz en llanto.
Y muchas predicciones además de antiguos vates
la aterrorizan con terrible advertencia. La persigue fiero Eneas
en persona en sus sueños de loca y siempre se ve a sí misma
sola, abandonada, siempre sin compañía marchando
por un largo camino y en una tierra desierta buscar a los tirios,
como Penteo ve en su locura de las Euménides la tropa
y aparecer dos soles gemelos y una doble Tebas,
como aparece Orestes en la escena, hijo de Agamenón,
cuando huye de su madre armada de antorchas y negras
serpientes y en el umbral están sentadas las Furias vengadoras.
Así que cuando, vencida por la pena, la invadió la locura
y decretó su propia muerte, el momento y la forma planea
en su interior, y dirigiéndose a su afligida hermana
oculta en su rostro la decisión y serena la esperanza en su frente:
«He encontrado, hermana, el camino (felicítame)
que me lo ha de devolver o me librará de este amor.
Junto a los confines del Océano y al sol que muere
está la región postrera de los etíopes, donde el gran Atlante
hace girar sobre su hombro el eje tachonado de estrellas:
de aquí me han hablado de una sacerdotisa del pueblo masilo,
guardiana del templo de las Hespérides, la que daba al dragón
su comida y cuidaba en el árbol las ramas sagradas,
rociando húmedas mieles y soporífera adormidera.
Ella asegura liberar con sus encantamientos cuantos corazones
desea, infundir por el contrario a otros graves cuitas,
detener el agua de los ríos y hacer retroceder a los astros,
y conjura a los Manes de la noche. Mugir verás
la tierra bajo sus pies y bajar los olmos de los montes.
A ti, querida hermana, y a los dioses pongo por testigos
y a tu dulce cabeza, de que a disgusto me someto a la magia.
Tú levanta en secreto una pira dentro del palacio,
al aire, y sus armas, las que dejó el impío colgadas
en el tálamo y todas sus prendas y el lecho conyugal
en el que perecí, ponlos encima: todos los recuerdos
de un hombre nefando quiero destruir, y lo indica la sacerdotisa.»
Dice estoy se calla, e inunda la palidez su rostro.
Ana no advierte, sin embargo, que su hermana bajo ritos extraños
oculta su propio funeral, ni imagina en su mente locura
tan grande o teme desgracia mayor que la muerte de Siqueo.
Así que obedece sus órdenes.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

La reina al fin, levantada la enorme pira al aire
en lugar apartado con teas de pino y de encina,
adorna el lugar con guirnaldas y lo corona de ramas
funerales; encima las prendas y la espada dejada
y un retrato sobre el lecho coloca sin ignorar el futuro.
Altares se alzan alrededor y la sacerdotisa, suelto el cabello,
invoca con voz de trueno a sus trescientos dioses, y a Érebo y Caos
y Hécate trigémina, los tres rostros de la virgen Diana.
Y había asperjado líquidos fingidos de la fuente del Averno,
y se buscan hierbas segadas con hoces de bronce
a la luz de la luna, húmedas de la leche del negro veneno;
se busca asimismo el filtro arrancado de la frente del potrillo
mientras nacía, quitándoselo a su madre.
La propia reina junto a los altares, con uno de sus pies desatado,
la harina sagrada en las piadosas manos y el vestido suelto,
pone por testigos a los dioses de que va a morir y a las estrellas
sabedoras del destino, y reza entonces al numen justo y memorioso,
si es que lo hay, que cuida de los amores no correspondidos.
La noche era, y gozaban del plácido sopor los cuerpos
fatigados por las tierras, y habían callado los bosques y las feroces
llanuras, cuando giran los astros en mitad de su caída,
cuando enmudece todo campo, los ganados y las pintadas aves,
cuanto los líquidos lagos y cuanto los campos erizados
de zarzas habita, entregado al sueño bajo la noche callada.
Mas no la fenicia de infeliz corazón, en ningún momento
se abandona al sueño o acoge en sus ojos o en su pecho
a la noche: se le doblan las penas y alzándose de nuevo
amor la mortifica y fluctúa en gran tormenta de ira.
Así vuelve a insistir y así da vueltas consigo en su corazón:
«¡Qué hago, ay! ¿He de servir de burla a mis antiguos
pretendientes? ¿Buscaré matrimonio suplicante entre los númidas,
a quienes ya tantas veces desdeñé como maridos?
¿He de seguir si no a las naves de Ilión y las orgullosas
órdenes de los teucros? ¿Tal vez por la ayuda con la que les salvé
aún permanece en su memoria el agradecimiento por mi acción?
Mas aun si así lo quiero, ¿quién lo permitirá y odiosa
me acogerá en las naves soberbias? ¿Acaso no lo sabes, pobre de ti,
y no conoces aún los perjuicios del pueblo de Laomedonte?
¿Qué, entonces? ¿Acompañaré sola en su huida a los victoriosos marinos
o con los tirios y todo el apretado grupo de los míos
me dejaré llevar lanzando de nuevo a las aguas a cuantos a la fuerza
arranqué de la ciudad sidonia y ordenaré dar velas al viento?
No, no. Muere, te lo has ganado, y aleja tu sufrir con la espada.
Tú vencida por mis lágrimas; tú, hermana mía, mi locura
cargas la primera de desgracias y me ofreces al enemigo.
No he podido pasar mi vida sin bodas y sin culpa,
como las fieras salvajes, sin probar cuitas tales;
no he mantenido la palabra dada a las cenizas de Siqueo.»
Lamentos tan grandes rompía ella en su pecho:
Eneas, decidido a partir, en lo alto de su popa
gozaba sus sueños tras disponerlo todo según el rito.
En sueños se le presentó la imagen del dios que volvía
con el mismo rostro y así de nuevo le pareció decir,
en todo semejante a Mercurio, en la voz y el color,
así como los rubios cabellos y el cuerpo de juventud adornado:
«Hijo de la diosa, ¿puedes dormir en una hora como ésta,
por más que ves el peligro acechar a tu alrededor,
inconsciente, y no oyes cómo los Céfiros su favor te brindan?
Mira que esa mujer trama en su pecho engaños y un horrendo crimen,
dispuesta a morir, y suscita diversas tempestades de ira.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

¿No te marchas al punto de aquí, ahora que puedes escapar?
Has de ver el mar entubiarse de maderos, y crueles antorchas
encenderse, el litoral hervir en llamas,
si la Aurora te sorprende entretenido aún por estas tierras.
Ea, ánimo. Date prisa, que cosa varia es siempre y mudable
la mujer.» Tras así decir se confundió con la negra noche.
Entonces, por fin, Eneas, asustado por las sombras repentinas,
saca su cuerpo del sueño y a sus compañeros fatiga
presurosos: «¡Atentos, amigos, y a los remos!
¡Soltad las velas, rápido! Que un dios ha llegado del alto cielo
a precipitarla marcha y las retorcidas amarras nos anima
de nuevo a desatar. Vamos tras de ti, santo dios,
quienquiera que seas, y gozosos te obedecemos de nuevo.
Asístenos favorable y ayúdanos y ponnos los astros
propicios en el cielo.» Dijo, y saca la espada de la vaina
relampagueante y corta con golpe preciso las sogas.
El mismo ardor se apodera de todos, y se lanzan y corren;
dejaron las playas, se esconde el mar bajo las naves,
se esfuerzan en agitar la espuma y barren las olas azules.
Y ya la Aurora primera regaba las tierras con nueva claridad,
abandonando el lecho azafrán de Titono.
La reina cuando desde su atalaya vio blanquear la luz
primera y a la flota avanzar con las velas en línea,
y notó playas y puertos vacíos y sin remeros,
golpeando tres y cuatro veces con la mano su hermoso pecho
y mesándose el rubio cabello: « ¡Por Júpiter! ¿Se va a marchar
éste?», dice. «¿Se burlará un extranjero de mi poder?
¿No tomarán los míos las armas y bajarán de la ciudad entera,
no arrancarán las naves de sus diques? ¡Id,
volad presurosos con el fuego, disparad las flechas, impulsad los remos!
¿Qué estoy diciendo? ¿Dónde estoy? ¿Qué locura agita mi mente?
Pobre Dido, ¿ahora te afectan las impías acciones?
Debiste hacerlo al tiempo de entregarle tu cetro. ¡Ay, diestra y promesa!
¡Y dicen que lleva consigo los patrios Penates,
que ofreció sus hombros a un padre vencido por la edad!
¿Es que no pude destrozar su cuerpo y esparcir por las olas
sus pedazos? ¿Ni pasar por la espada a sus compañeros
y al propio Ascanio, y servirlo luego en la mesa de su padre?
Mas incierta habría sido la fortuna del combate. ¡Igual daba!
¿A quién temer, si iba ya a morir? Antorchas habría lanzado contra su campamento
y habría llenado de fuego todas sus esquinas, y al hijo y al padre
habría liquidado con su pueblo, y yo misma me habría lanzado a la hoguera.
¡Oh, Sol, que todos los afanes de la tierra iluminas con tus rayos!
¡Y tú, Juno, intérprete y sabedora de mis cuitas,
y Hécate, ululada de noche en los cruces de las ciudades,
y Furias de la venganza y dioses de Elisa que se muere!
Aceptad esto, caed sobre los malvados con justo numen
y escuchad nuestras plegarias. Si es preciso que arribe
a puerto este ser infando y navegue hasta tierra,
y así lo exigen los hados de Jove y está determinado este final,
que al menos perseguido por la guerra y las armas de un pueblo audaz,
expulsado de sus territorios, arrancado del abrazo de Julo
implore auxilio y contemple las muertes indignas
de los suyos, y que, cuando se haya colocado bajo una ley
inicua, ni disfrute del reino ni de la luz ansiada,
sino que caiga antes de tiempo y quede insepulto en la arena.
Esto pido, esta voz mía derramado la última junto con mi sangre.
Luego vosotros, tirios, perseguid con odio a su estirpe
y a la raza que venga, y dedicad este presente
a mis cenizas. No haya ni amor ni pactos entre los pueblos.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Y que surja algún vengador de mis huesos
que persiga a hierro y fuego a los colonos dardanios
ahora o más tarde, cuando se presenten las fuerzas.
Costas enfrentadas a sus costas, olas contra sus aguas
imploro, armas contra sus armas: peleen éllos mismos y sus nietos.»
Esto dice, y a todas partes dirigía su ánimo,
buscando romper cuanto antes una luz odiada.
Y entonces habló brevemente a Barce, nodriza que fue de Siqueo,
que a la suya negra ceniza tenía en su antigua patria:
«A Ana, mi querida nodriza, llama aquí a mi hermana.
Dile que se apresure a lavar su cuerpo con agua del río,
y que traiga consigo los animales y las víctimas prescritas.
Que venga así, y tú misma ciñe tus sienes con las ínfulas santas.
El sacrificio a Júpiter Estigio que comencé y dispuse según el rito,
tengo intención de cumplirlo y acabar así con mis cuitas
entregando a las llamas la pira del dardanio.»
Así dice. Y ya apresuraba la otra el paso con senil afán.
Mas Dido, enfurecida y trémula por su empresa tremenda,
volviendo sus ojos en sangre y cubriendo de manchas
sus temblorosas mejillas y pálida ante la muerte cercana,
irrumpe en las habitaciones de la casa y sube furibunda
a la pira elevada y la espada desenvaina
dardania, regalo que no era para este uso.
En ese momento, cuando las ropas de Ilión y el lecho conocido
contempló, en breve pausa de lágrimas y recuerdos,
se recostó en el diván y profirió sus últimas palabras:
«Dulces prendas, mientras los hados y el dios lo permitían,
acoged a esta alma y libradme de estas angustias.
He vivido, y he cumplido el curso que Fortuna me había marcado,
yes horade que marche bajo tierra mi gran imagen.
He fundado una ciudad ilustre, he visto mis propias murallas,
castigo impuse a un hermano enemigo tras vengar a mi esposo:
feliz, ¡ah!, demasiado feliz habría sido si sólo nuestra costa
nunca hubiesen tocado los barcos dardanios.»
Dijo, y, la boca pegada al lecho: «Moriremos sin venganza,
mas muramos», añade. «Así, así me place bajar a las sombras.
Que devore este fuego con sus ojos desde alta mar el troyano
cruel y se lleve consigo la maldición de mi muerte.»
Había dicho, y entre tales palabras la ven las siervas
vencida por la espada, y el hierro espumante
de sangre y las manos salpicadas. Se llenan de gritos los altos
atrios: enloquece la Fama por una ciudad sacudida.
De lamentos resuenan los techos y de los gemidos
y el ulular de las mujeres, el éter de gritos horribles,
no de otro modo que si Cartago entera o la antigua Tiro
cayeran ante el acoso del enemigo y llamas enloquecidas
se agitasen por igual en los tejados de los dioses y de los hombres.
Lo oyó su hermana sin aliento y en temblorosa carrera
asustada, hiriéndose la cara con las uñas y el pecho con los puños,
se abalanza y llama por su nombre a la agonizante:
«¿Así que esto era, hermana mía? ¿Con trampas me requerías?
¿Esto esa pira, estos fuegos y altares me reservaban?
¿Qué lamentaré primero en mi abandono? ¿Desprecias en tu muerte
la compañía de tu hermana? Me hubieras convocado a un sino igual,
que el mismo dolor y la misma hora nos habrían llevado a ambas.
¿He levantado esto con mis manos y con mi voz he invocado
a los dioses patrios para faltarte, cruel, en tu muerte?
Has acabado contigo y conmigo, hermana, con el pueblo y los padres
sidonios y con tu propia ciudad. Dejadme, lavaré sus heridas
con agua y si anda errante aún su último aliento

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

con mi boca lo he de recoger.» Dicho esto había subido los altos escalones,
y daba calor a su hermana medio muerta con el abrazo de su pecho
entre lamento y con su vestido secaba la negra sangre.
Cayó aquélla tratando de alzar sus pesados ojos
de nuevo; gimió la herida en lo más hondo de su pecho.
Tres veces apoyada en el codo intentó levantarse,
tres veces desfalleció en el lecho y buscó con la mirada perdida
la luz en lo alto del cielo y gimió profundamente al encontrarla.
Entonces Juno todopoderosa, apiadada de un dolor tan largo
y de una muerte difícil a Iris envió desde el Olimpo
a quebrar un alma luchadora y sus atados miembros.
Que, como no reclamada por su sino ni par la muerte se marchaba
la desgraciada antes de hora y presa de repentina locura,
aún no le había cortado Prosérpina el rubio cabello
de su cabeza, ni la había encomendado al Orco Estigio.
Iris por eso con sus alas de azafrán cubiertas de rocío
vuela por los cielos arrastrando contra el sol mil colores
diversos y se detuvo sobre su cabeza. «Esta ofrenda a Dite
recojo como se me ordena y te libero de este cuerpo.»
Esto dice y corta un mechón con la diestra: al tiempo todo
calor desaparece, y en los vientos se perdió su vida.

LIBRO V

Entretanto Eneas ya mantenía seguro su rumbo
con la flota y del Aquilón negras cortaba las olas
volviéndose a mirar las murallas que ya resplandecen con las llamas
de la infeliz Elisa. Oculta les queda la causa que encendiera
fuego tan terrible; mas las penas duras de un amor grande
mancillado, y el saber de qué es capaz una mujer desesperada
lo toman los corazones de los teucros como triste presagio.
Cuando las naves ocuparon el mar y ya ninguna tierra
les viene al encuentro, mar por todo y por todo cielo,
a él cerúleo nubarrón se le paró sobre la cabeza
llevando noche y tormenta y se encrespó la ola de tinieblas.
El propio Palinuro, el piloto, desde su alta popa:
«¡Ay!, ¿por qué nimbos tan grandes han ceñido el éter?
¿Qué nos deparas, padre Neptuno?» Luego que así dijo
ordena arriar las velas y ponerse a los fuertes remos,
y ofrece pliegues oblicuos al viento, y añade esto:
«Magnánimo Eneas, ni aunque Júpiter me lo prometiera
con su respaldo esperaría yo tocar Italia con este cielo.
Opuestos rugen los vientos de costado y se levantan
de lo negro de la tarde y el aire se condensa en nubes.
Y no podemos nosotros luchar en su contra ni hacer
tan gran esfuerzo. Puesto que nos vence Fortuna, sigamos
y pongamos rumbo a donde nos llama. No creo lejanas
las seguras costas de tu hermano Érice y los puertos sicanos,
si es que bien recuerdo y vuelvo a medir los astros ya observados.»
Y el piadoso Eneas: «En verdad así veo hace rato que lo piden
los vientos y que en vano te empeñas en su contra.
Dobla el camino a las velas. ¿Puede haber tierra más grata
para mí o a donde más quisiera llevar mis naves cansadas
que la que me guarda al dardanio Acestes
y abraza en su seno los huesos de mi padre Anquises?»
Cuando dijo esto, a los puertos se dirigen y Céfiros propicios
les inflan las velas; avanza por las aguas rauda la flota,
y al fin gozosos arriban a la playa conocida.
Y a lo lejos desde la elevada cumbre de un monte se asombra

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Acestes de su llegada y baja al encuentro de las naves amigas,
erizado de sus jabalinas y la piel de una osa de Libia:
concebido por el río Criniso una madre troyana
lo había tenido. Sin olvidar a sus antiguos padres
se alegra con los que vuelven y con agrestes tesoros gozoso
les recibe, y cansados les reconforta con amistosa ayuda.
Cuando el día siguiente, luminoso, había espantado a las estrellas
con el otro primero, a los compañeros de toda la playa convoca
Eneas a reunión y habla desde la altura de un túmulo:
«Grandes Dardánidas, estirpe de la alta sangre de los dioses,
se cierra el círculo de un año con sus meses cumplidos
desde que los restos y los huesos de mi divino padre
cubrimos con tierra y consagramos altares afligidos;
y ya ha llegado el día, si no me engaño, que siempre por acerbo
y por honrado he de tener (así lo quisisteis, dioses).
Así exiliado lo pasara yo en la Sirtes getulas,
o en el mar argólico atrapado o en la ciudad de Micenas,
votos anuales y, por orden, solemnes pompas
le rendiría y colmaría sus altares de presentes.
Mucho más hoy: a las cenizas y los huesos de mi propio padre
hemos llegado, creo, en verdad no sin la intención de los dioses
ni sin su numen y se nos ha hecho entrar en un puerto amigo.
Así que ánimo y celebremos todos alegre ceremonia:
invoquemos a los vientos, y ojalá él me acepte todos los años
en la nueva ciudad estas ofrendas en los templos que le dediquemos.
Acestes, un hijo de Troya, da dos cabezas de bueyes
para cada una de vuestras naves: invitad al banquete
a los Penates patrios y a los que venera el huésped Acestes.
Y además, cuando la novena Aurora haya traído a los mortales
el almo día y haya despejado el orbe con sus rayos,
dispondré en primer lugar para los teucros un combate de las naves veloces;
y el que vale en la carrera a pie, y el que osado de fuerzas
llega más lejos con la jabalina y las rápidas flechas,
o se anima a presentar batalla con el rudo cesto,
acudan todos y aguarden el premio de la merecida palma.
Guardad todos silencio y ceñid con ramos vuestras sienes.»
Dicho esto cubre con el mirto materno sus sienes.
Así hace Hélimo, así Acestes por la edad maduro,
así el niño Ascanio, y les sigue toda la juventud.
Él desde la asamblea con muchos millares se dirigía
al túmulo, en el centro de numerosa compañía.
Aquí libando según el rito dos copas de vino puro
las vertió en tierra, dos de leche nueva, dos de sangre consagrada,
y esparce flores purpúreas, y esto dice:
«Salve, sagrado padre, de nuevo; salve, cenizas en vano
recobradas, y ánimas y sombras paternas.
No se me concedió buscar contigo los territorios ítalos
ni los campos del destino ni, dondequiera que esté, el Tiber ausonio.»
Así había dicho, cuando una lúbrica serpiente del hondo recinto
sacó, enorme, sus siete anillos, sus siete revueltas,
en plácido abrazo al túmulo y deslizándose por los altares;
el lomo tenía cubierto de manchas azulencas y de oro
un fulgor encendía sus escamas, como el arco en las nubes
esparce contra el sol mil diversos colores.
Se paralizó Eneas con la visión. Ella en larga línea
serpentea por fin entre las páteras y los vasos bruñidos
y gustó las viandas ybajó de nuevo sin daño a lo profundo
del túmulo y dejó los probados altares.
Por esto más reanuda los emprendidos honores a su padre,
dudando si pensar en un genio del lugar o en un siervo

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

de su padre; sacrifica según la costumbre dos ovejas
y otros tantos cerdos y los mismos novillos de negro lomo,
y vino derramaba con las páteras y el alma invocaba
de Anquises el grande y sus Manes devueltos del Aqueronte.
Y así también los compañeros, según cada cual puede, gozosos
llevan sus ofrendas, colman los altares y matan novillos;
calderos colocan otros en fila y dispersos por la hierba
amontonan las brasas bajo los asadores y queman las vísceras.
Había llegado el día esperado yya los caballos de Faetonte
la novena Aurora traían con su luz serena,
y la noticia y del ilustre Acestes el nombre a los comarcanos
habían congregado; en alegre reunión la playa llenaban
por ver a los Enéadas y otros dispuestos a competir.
Primero ante sus ojos se disponen los presentes de la arena
en el centro, los trípodes sagrados y las verdes coronas
y las palmas, premio para los vencedores, y las armas y las ropas
teñidas de púpura, talentos de oro y de plata;
y canta la trompa de lo alto de una duna el comienzo de los juegos.
Avanzan iguales para el certamen primero cuatro naves
de pesados remos escogidas de toda la flota.
Mnesteo guía con fiera tripulación la veloz Pristis,
ítalo muy pronto Mnesteo, de quien el nombre de la estirpe de Memmio;
y Gías la inmensa Quimera de inmensa mole
como de una ciudad, que en triple hilera la juventud impele
dardania, se alzan sus remos en tres filas;
y Sergesto, del que recibe su nombre la casa Sergia,
avanza sobre la gran Centauro y Cloanto en la Escila
cerúlea, de donde tu estirpe, romano Cluentio.
Hay a lo lejos en el mar un peñasco frente a la espumantes
riberas que a veces, sumergido, lo baten las olas
hinchadas cuando los Cauros de invierno ocultan los astros;
en la bonanza calla y sobre las olas inmóviles asoma,
prado y solana gratísimos para los tibios somormujos.
Aquí colocó el padre Eneas una verde meta
de frondoso arce, una señal para los marineros de donde regresar
supieran y en torno a donde doblar la larga carrera.
Luego eligen a suertes los puestos y los propios capitanes
en sus popas brillan de oro a lo lejos y de púrpura relucientes;
los demás jóvenes se cubren con hojas de chopo
y resplandecen con los hombros desnudos untados de aceite.
Se sientan en los bancos, atentos los brazos a los remos;
atentos aguardan la señal, y consume sus excitados
corazones un ansia pulsante y un vehemente deseo de gloria.
Luego, cuando la clara trompa lanzó la señal -no hay retraso-
todos saltaron de sus marcas; hiere el éter un clamor
marinero y las aguas se hacen espuma por el batir de brazos.
Hienden los surcos a la vez, y toda se abre
la llanura agitada por los remos y los rostros tridentes.
No tanto se precipitan en la carrera de bigas al llano
corriendo ni se lanzan los carros fuera de la barrera,
ni así hacen restallar los aurigas las riendas ondeantes
sobre los veloces caballos e inclinados hacia adelante los azotan.
Luego con el aplauso y los gritos de los hombres y los ánimos
de sus seguidores resuena todo el bosque y las playas recogidas
hacen volar la voz, y devuelven el eco los collados por el clamor sacudidos.
Escapa antes que los demás y se desliza por las olas primeras
Gías entre la turba y los gritos; después le sigue
Cloanto, mejor con los remos, aunque el lento pino le frena
con su peso. Tras ellos, a igual distancia, la Pristis
y la Centauro disputan por ocupar el lugar primero,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

y ya lo tiene la Pristis, ya vencida la sobrepasa la enorme
Centauro, ya ambas a la vez avanzan con sus frentes
pegadas y con largas carenas surcan las olas saladas.
Y ya se acercaban al peñasco y la meta tocaban,
cuando el primero, Gías, vencedor en medio de las aguas
increpa con sus palabras al timonel de su nave, Menetes:
«¿Dónde te me vas tan a la derecha? Vuelve aquí la proa;
besa la costa y deja que el remo roce las rocas por la izquierda;
que otros ocupen las aguas profundas.» Dijo; pero Menetes, temiendo
los ciegos escollos, dobla la proa hacia las ondas del piélago.
«Dónde vas tan lejos?», de nuevo, «¡Busca las rocas, Menetes!»,
con sus gritos Gías le insistía, y en eso ve a Cloanto
que se pone a su espalda y cada vez más cerca.
Éste entre la nave de Gías y las rocas resonantes
costea a la izquierda por el lado interno y de pronto al primero
adelanta y pasando la meta entra en aguas seguras.
Entonces en verdad un intenso dolor se encendió en los huesos del joven
y no faltaron lágrimas en sus mejillas, y al miedoso Menetes,
olvidando su propio decoro y la seguridad de sus amigos,
lo arroja de cabeza al mar desde la alta popa;
él mismo se pone a gobernar el timón, él mismo en timonel
anima a sus hombres y dirige el gobernalle hacia la costa.
Por su lado, Menetes cuando apenas logró salir de la profunda hondura,
pesado yya anciano y chorreando con la ropa empapada,
busca lo alto del arrecife y se sienta sobre una roca seca.
De él al caer se rieron los teucros y cuando nadaba,
y se ríen cuando vomita de su pecho el agua salada.
Entonces una alegre esperanza se encendió en los dos últimos,
en Sergesto y Mnesteo, de superar a un Gías que se retrasaba.
Sergesto se adelanta primero y se acerca al peñasco,
y no le saca aún de ventaja toda la carena;
en parte el primero, en parte lo alcanza con su rostro émula Pristis.
Y moviéndose en el centro de la nave entre sus compañeros
les anima Mnesteo: «Ahora, alzaos ahora sobre los remos,
hectóreos amigos a quienes elegí por compañeros en la suerte
suprema de Troya; sacad ahora aquellas fuerzas,
ahora los ánimos que tuvisteis en las Sirtes getulas
y en el mar Jonio y en las olas tenaces del Malea.
No busco ya la cabeza, yo Mnesteo, ni lucho por vencer
(aunque... ¡oh! Mas ganen aquellos a los que se lo diste, [Neptuno);
avergoncémonos de llegar los últimos: triunfad en eso, ciudadanos,
y evitad el oprobio.» Ellos en un supremo esfuerzo
se doblan: tiembla con los golpes tremendos la popa de bronce
y el mar se retira, entonces un constante anhelo sacude
sus miembros y las áridas bocas, el sudor corre a ríos por todo.
Y fue un golpe de suerte quien les deparó el honor ansiado:
pues mientras con ánimo furioso acerca Sergesto su proa
a las rocas y se mete por dentro en una zona estrecha,
encalló el desgraciado en las rocas prominentes.
Los peñascos recibieron el impacto y contra el agudo arrecife
los remos se hicieron pedazos y colgada quedó la proa tras el golpe.
Se alzan los marineros y se detienen entre grandes gritos
y las pértigas de hierro y los garfios de aguda punta
toman y recogen en el agua los pedazos de los remos.
Mas alegre Mnesteo y enardecido por esta misma suerte,
con la veloz línea de sus remos y los vientos propiciados
busca mejores aguas y corre a mar abierto.
Cual la paloma arrojada de pronto de la cueva
que, escondrijo de piedra, de casa le sirve y de dulce nido,
se lanza volando a los campos y asustada causa en su techo

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

gran aleteo; al punto se desliza por el aire quieto
y traza un límpido camino sin mover sus alas veloces:
así Mnesteo, así la propia Pristis surca en su huida postrera
los mares, así su propio impulso la lleva volando.
Y primero deja peleando con el alto peñasco
a Sergesto y con los breves vados y en vano pidiendo
auxilio y aprendiendo a correr con los remos quebrados.
Luego a Gías y a la propia Quimera de inmensa mole
alcanza; cede, porque no tiene timonel.
Sólo queda ya Cloanto justo en la llegada,
al que busca y apremia empeñándose con todas sus fuerzas.
Y entonces redobla el clamor y todos al segundo
animan con sus gritos, y resuena con el fragor el éter.
Unos temen perder una gloria ya propia y un premio
ya ganado, y cambian su vida por la victoria;
a otros el éxito les alienta: pueden porque creen que pueden.
Y tal vez habrían conquistado los premios con rostros empatados,
si tendiendo al ponto ambas palmas Cloanto
no hubiera vertido sus oraciones e invocado con votos a los dioses:
«Dioses que poder tenéis sobre el mar cuyas aguas recorro,
gozoso he de ofreceros yo un toro blanco
en esta playa ante las aras, cumpliendo un voto, y sus entrañas
arrojaré a las olas saladas y verteré líquidos vinos.»
Dijo, y bajo las olas profundas lo escuchó todo
el coro de las Nereidas y de Forco y la virgen Panopea,
y el propio padre Portuno lo impulsó con mano grande
en su marcha: la nave, más rauda que el Noto y que veloz saeta
escapó hacia tierra y se metió en el puerto profundo.
Entonces el hijo de Anquises a todos convoca según la costumbre
y con la gran voz del heraldo vencedor proclama
a Cloanto y con verde laurel cubre sus sienes,
y deja que cada nave elija como presentes tres terneros
y que se lleven los vinos y un gran talento de plata.
Honores especiales concede para los propios capitanes;
al vencedor una clámide de oro cuya orla recorre
en doble meandro muchísima púrpura melibea,
y, bordado, el regio muchacho del frondoso ida
fatiga a los veloces ciervos con su jabalina, en la carrera
fiero, como jadeando, al que el alado escudero
de Jove se llevó a lo alto desde el Ida en sus curvas garras;
los ancianos guardianes tienden en vano sus palmas
a los astros y se ensaña con el aire el ladrido de los perros.
Y el que por su valor ocupó después el lugar segundo,
a ese una loriga tejida de mallas ligeras y triple hilo
de oro que él mismo vencedor arrancara a Demóleo
junto al rápido Simunte al pie de la alta Ilión,
se la da para que la tenga, gloria de un guerrero y reparo en las armas.
Apenas, tan tupida, la aguantaban sobre sus hombros los esclavos
Fégeo y Ságaris; mas vistiéndola un día
Demóleo perseguía a la carrera a los dispersos troyanos.
Como tercer premio entrega dos calderos de bronce
y copas terminadas en plata y ásperas de relieves.
Y ya todos con sus presentes y orgullosos de sus premios
se marchaban con las sienes ceñidas de purpúreas cintas,
cuando escapado apenas con gran habilidad del cruel escollo,
con los remos perdidos y a falta de una fila entera,
impulsaba sin honor Sergesto su nave, objeto de burlas.
Cual a menudo sorprendida la serpiente en el lomo del camino,
que la rueda de bronce pisó por la mitad o a golpes de piedra
cruel caminante la dejó medio muerta y aplastada;

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

en vano huyendo largas vueltas da con su cuerpo,
feroz en parte, y ardiente en sus ojos y alzando en alto
el cuello sibilante; la parte mutilada por la herida la frena
en su esfuerzo sobre los nudos y se pliega sobre sí misma:
con tales remos se movía tarda la nave;
velas larga no obstante y a toda vela entra en la bocana.
Eneas premia a Sergesto con el regalo prometido,
contento, por salvar su nave y traer a sus compañeros.
A él le entrega una esclava experta en los trabajos de Minerva,
de estirpe cretense, Fóleo, con dos gemelos bajo su pecho.
Cumplida esta carrera, el piadoso Eneas se dirige
a un prado herboso que por todo ceñían las selvas
de curvos collados, y era como un anfiteatro
en medio del valle; allí se encaminó el héroe con muchos
millares y en alto se sentó de la reunión en el centro.
Entonces, los que quieran competir en rápida carrera,
los ánimos estimula con regalos y fija los premios.
De todas partes acuden los teucros y con ellos los sicanos,
Niso y Eurílo los primeros,
Eurílo señalado por su belleza y en la flor de la edad,
Niso con piadoso amor por el muchacho; les sigue luego
el regio Diores de la egregia estirpe de Príamo;
con él, Salio y Patrón, de los que uno acarnanio
y el otro de la sangre arcadia del pueblo tegeo;
también dos jóvenes trinacrios, Hélimo y Pánopes,
compañeros del anciano Acestes hechos a los bosques;
y muchos aún a quienes esconde una fama oscura.
Eneas en medio de todos ellos así dijo luego:
«Recibid esto en el corazón y prestadme atención gozosa.
Nadie de este grupo se marchará sin que lo premie.
Daré a cada uno de hierro bruñido dos lucientes dardos
cnosios y un hacha doble cincelada en plata;
este honor será, pues, igual para todos. Premios los tres primeros
recibirán y ceñirán su cabeza con rubio olivo.
El vencedor primero tenga un caballo distinguido por sus jaeces;
el segundo una aljaba de las Amazonas y llena de dardos
tracios, que cuelga de una correa con ancha banda
de oro y anuda una fíbula de piedras preciosas;
el tercero vaya contento con este yelmo de Argos.»
Luego que dijo esto, ocupan sus lugares, y escuchada de pronto
la señal se roban el terreno y dejan la salida,
desparramándose como una nube. Todos miran la meta,
y marcha el primero Niso y destaca con mucho
sobre los otros más rápidos que el viento y las alas del rayo;
el segundo, mas el segundo tras largo intervalo,
le sigue Salio; después de un trecho luego
el tercero Eurílo;
y a Eurílo le sigue Hélimo; justo a su espalda
allá va volando Diores que le va pisando los talones
atacándole con el hombro, y si hubiera más sitio
se escaparía al lugar mejor y lo dejaría inseguro.
Y ya en el tramo final y cansados se aproximaban
a la misma meta cuando el desgraciado Niso resbala
en la sangre viscosa que inmolados los novillos por caso
había caído al suelo y empapado las verdes hierbas.
Aquí el joven ya triunfante vencedor no dominó sus pasos
vacilantes al pisar sobre el suelo y cayó de cabeza
sobre él en el inmundo fimo y en la sangre sagrada.
Mas no de Eurílo, no se olvidó aquél de sus amores:
pues alzándose del charco se puso frente a Salio

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

y éste cayó dando vueltas en la espesa arena
y se escapa Eurílalo yvictorioso por el favor del amigo
ocupa el primer puesto, y vuela entre el aplauso y los gritos de apoyo.
Luego entra Hélimo yla palma tercera es ya de Diores.
Entonces todo el círculo de la enorme cávea y los rostros
primeros de los padres Salio llena con grandes gritos,
y para sí reclama el honor arrebatado con trampas.
Protege a Eurílalo el favor y las hermosas lágrimas,
y el valor que se hace más grato en un bello cuerpo.
Le asiste y lo proclama con gran voz Diores,
que alcanzó su palma y en vano llegó al último
premio si los primeros honores se dieran a Salio.
Entonces el padre Eneas: «Vuestros presentes -dice- seguros
siguen con vosotros, y nadie cambia el orden de las palmas, muchachos;
mas pueda yo compadecerme de la desgracia del amigo inocente.»
Dicho esto la piel enorme de un león getulo
entrega a Salio, cargada de pelo y con las uñas de oro.
A esto Niso: «Si premios tan grandes -dice- hay para los vencidos,
y pena te dan los caídos, ¿qué presentes a Niso
dignos darás, que merecí por mi hazaña la primera corona
de no haberme tumbado, enemiga, la misma fortuna que a Salio?»
Y a la vez que hablaba su rostro mostraba y sus miembros
manchados del húmedo fimo. Le sonrió el óptimo padre
y mandó traer un escudo, trabajo de Didimaon,
que arrancaron los dánaos del sagrado dintel de Neptuno.
Con este hermoso presente premia al joven egregio.
Luego, cuando acabó la carrera y entregó los premios:
«Ahora, si alguno ánimo y valor guarda en su pecho,
preséntese y levante sus brazos con las palmas fajadas»,
así dice, y propone un doble honor para el combate:
al vencedor un novillo cubierto de oro y de cintas,
una espada y un hermoso yelmo como consolación para el vencido.
Al punto, sin tardanza, con vastas fuerzas se presenta
Dares y se alza entre gran griterío de los hombres,
el único que solía competir con Paris
y también, junto al túmulo donde duerme Héctor el grande,
al victorioso Butes de enorme cuerpo, el que presumía
de venir del pueblo bebricio de Amico,
le golpeó y lo tumbó moribundo en la rubia arena.
Así Dares yergue su alta cabeza para el combate primero
y muestra sus anchos hombros y lanza adelante
alternadamente los brazos y azota las auras con sus golpes.
Se le busca un rival, y nadie de grupo tan grande
osa enfrentársele y enfundarse el cesto en las manos.
Así que orgulloso y pensando que todos renunciaban a la palma
se plantó ante los pies de Eneas y sin rodeos
agarra el toro por un cuerno con la izquierda, y así dice:
«Hijo de la diosa, si nadie osa acudir al combate,
¿cuánto debo esperar? ¿Cuánto se me debe entretener?
Ordena que traigan los premios.» Todos a lavez gritaban
los Dardánidas y pedían que se le entregase lo prometido.
Entonces Acestes, severo, azuza con sus palabras a Entelo
según estaba sentado a su lado en el verde lecho de hierba:
«Entelo, en vano un día el mejor de nuestros héroes,
¿dejarás que se lleven presentes tan grandes
sin presentar batalla? ¿Dónde está ahora aquel dios nuestro,
Érice, maestro inútilmente celebrado? ¿Dónde la fama por toda
la Trinacria y aquellos despojos colgando de tu techo?»
Y él a eso: «No me dejó el amor de gloria ni el honor
vencidos por el miedo; pero la gélida sangre me entorpece

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

con la pesada vejez, y se enfrían en mi cuerpo las fuerzas extremas.
Si yo tuviera aquella juventud de antaño de la que presume
seguro este malvado, si ahora la tuviera,
en verdad no me presentaría yo animado por el premio
y el hermoso novillo, que no me fijo en los regalos.» Dicho esto
arrojó dos cestos iguales de enorme peso
al centro, con los que el fiero Érice solía en la lucha
lanzar sus manos y revestir sus brazos de duro cuero.
Atónitos quedaron los corazones; las pieles ingentes de siete
bueyes bien grandes rígidas estaban de plomo y de hierro cosido.
Estupefacto más que nadie Dares mucho retrocede,
y el magnánimo hijo de Anquises sopesa y da vueltas
acá y allá al peso, y las inmensas lazadas de las correas.
Luego el anciano sacaba estas palabras de su pecho:
«Bien, ¿y si hubiérais visto los cestos y las armas del propio
Hércules y su triste lucha en esta misma playa?
Un día tu hermano Érice llevaba estas armas
(las ves aún manchadas de sangre y de trozos de sesos),
con ellas se enfrentó al gran Alcides, éstas usaba yo
mientras una sangre mejor fuerzas me daba y aún no llenaba
de canas mis sienes gemelas la vejez envidiosa.
Mas si el troyano Dares rehúsa estas armas nuestras
y así lo quiere el piadoso Eneas y lo aprueba el muñidor Acestes,
igualemos la lucha. De las pieles de Érice te libero
(no temas), y quítate tú esos cestos troyanos.»
Dicho esto se quitó el manto doble de los hombros
y sus miembros enormes, los grandes huesos y los brazos
desnudó y enorme se plantó en el centro de la arena.
Entonces el padre de la sangre de Anquises trajo cestos iguales
y revistió de armas parejas las palmas de ambos.
Los dos se alzaron al punto sobre la punta de los pies
e impávidos levantaron los brazos a las auras superiores.
Las cabezas, en alto, las echaron atrás, lejos del golpe,
y abrazan manos con manos y provocan la lucha,
uno mejor con el juego de pies y en su juventud confiado,
el otro poderoso de miembros y talla; pero tiembla y le fallan
las torpes rodillas, un profundo jadeo sacude su cuerpo enorme.
Muchos golpes se lanzan en vano los hombres,
mucho se aplican al cavo costado y en su pecho retumban
las sacudidas, y en torno a las orejas y las sienes
vaga la mano constante, crujen las mandíbulas por el duro golpe.
Firme se queda plantado Entelo y con esfuerzo, sin moverse,
esquiva sólo con el cuerpo los golpes y con ojos atentos.
El otro, como quien asedia una ciudad escarpada con sus máquinas
o acampa en armas en torno a las fortalezas de los montes,
y uno y otro acceso, y todo el lugar explora
con maña y con asaltos diversos la ataca en vano.
Muestra Entelo su diestra erguido y la levanta
en alto, el otro rápido prevé el golpe que le cae
de arriba y lo evita escapando con ágil cuerpo;
Entelo gasta sus fuerzas con el aire y, él solo,
bajo su propio peso enorme cayó pesado a tierra
y pesadamente, como cuando cayó en el Erimanto el cavo
pino arrancado de sus raíces o en el grande Ida.
Se enfrentan con sus gritos los teucros y la juventud trinacria;
llena el cielo el clamor y acude Acestes el primero
y al amigo de su edad levanta compadecido del suelo.
Pero, ni entorpecido por la caída ni asustado, el héroe
vuelve más fiero a la lucha y saca fuerzas de su enojo;
el pudor además enciende su coraje y un valor consciente,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

y furioso persigue al lanzado Dares por toda la llanura
redoblando los golpes ya de su diestra, ya de su izquierda.
No hay tregua ni descanso: como repican los nimbos cargados
sobre los tejados, así el héroe con repetidos golpes
no deja de pegar con una y otra mano y acosa a Dares.
  Entonces el padre Eneas no consintió que fueran las iras
más allá ni que Entelo se ensañase con ánimo acerbo,
y ordenó el foral de la lucha y al exhausto Dares
rescató consolándolo con sus palabras, y así le dice:
«Desgraciado, ¿qué locura tan grande se adueñó de tu pecho?
¿No sientes las fuerzas distintas ni los númenes adversos?
Abandona ante el dios.» Dijo, y con su voz interrumpió la lucha.
Y así, arrastrando sus rodillas heridas y moviendo la cabeza
a un lado y a otro, y arrojando por la boca densa sangre
y dientes mezclados con la sangre, leales compañeros
lo llevan a las naves; se les llama y reciben el yelmo
y la espada, y dejan la palma y el toro para Entelo.
Éste, vencedor, con ánimo crecido y orgulloso del toro:
«Hijo de la diosa -dice- y teucros todos, aprended esto,
qué fuerzas tuvo mi cuerpo de joven
y de qué muerte salvado conserváis a Dares.»
Dijo, y se paró frente al hocico del novillo
que le aguardaba como premio de la lucha, y los duros cestos
dejó caer blandiendo su diestra en alto
entre los cuerpos, y le aplastó los huesos y el cerebro:
cae vencido en tierra, temblando y sin vida, el animal.
Él saca luego de su pecho estas palabras:
«Érice, te entrego esta vida mejor a cambio de la muerte
de Dares; aquí, vencedor, depongo mis cestos y mi arte.»
  Al instante invita Eneas a competir con la veloz saeta
a los que así lo deseen y señala los premios,
y el mástil de la nave de Seresto con mano poderosa
levanta y una paloma voladora atada a una cuerda,
a donde apunten sus dardos, cuelga de lo alto del mástil.
Acudieron los hombres y recibió las suertes
un yelmo de bronce y entre gritos de ánimo el primero
sale, antes que los otros, el Hirtácida Hipocoonte;
Mnesteo, vencedor poco ha en el naval combate,
le sigue, Mnesteo ceñido de verde olivo.
Eurición fue el tercero, tu hermano, oh Pándaro
ilustrísimo que cuando se ordenó romper el pacto
lanzaste el primero tu dardo en medio de los aqueos.
El último y en el fondo del yelmo se queda Acestes,
que se había decidido a probar con su mano una lid de jóvenes.
Entonces con fuerzas poderosas doblan y curvan sus arcos
cada uno por sí mismo y sacan los dardos de las aljabas,
y la primera vibrando el nervio por el cielo, la flecha
del joven Hirtácida azota las auras voladora,
y llega y se clava en el árbol del mástil frontero.
Tembló el mástil y asustado agitó sus alas
el animal, y todo resonó con intenso aplauso.
Después el fiero Mnesteo se plantó con el arco tendido
apuntando hacia arriba, y a la vez lanzó el ojo y la flecha.
Mas, pobre de él, no pudo alcanzar justo al ave
con su flecha; cortó los nudos y las cuerdas de lino
con las que estaba colgada de una pata en lo alto del mástil;
ella vuela y escapa con los Notos a las negras nubes.
Rápido entonces, con la flecha hace rato montada
en el arco dispuesto, Eurición invocó con votos a su hermano,
y avistándola ya gozosa en el cielo libre y agitando

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

sus alas, atraviesa a la paloma bajo una negra nube.
Cayó exánime y se dejó la vida entre los astros
etéreos y devuelve abatida la flecha clavada.
Perdida ya la palma, sólo quedaba Acestes,
que lanzó, sin embargo, su dardo a las auras aéreas,
exhibiendo el padre su arte y el arco sonoro.
Entonces un prodigio repentino que gran augurio sería
se ofrece a los ojos; lo mostró después un gran suceso
y los vates terribles cantaron presagios tardíos.
Pues volando en las líquidas nubes ardió la caña
y señaló un camino de llamas y desapareció consumida
en los tenues vientos, como a menudo arrancadas del cielo
pasan corriendo y arrastran su cola las estrellas voladoras.
Atónitos de ánimo quedaron teucros y trinacrios
e invocando a los dioses de lo alto y Eneas el grande
no rechaza el presagio, sino que abrazando al feliz Acestes
lo colma de grandes regalos, y así le dice:
«Toma, padre, pues quiso el gran rey del Olimpo que por tales
auspicios honores recibieras fuera de sorteo.
Este presente tendrás del propio anciano Anquises,
una cratera llena de figuras que un día el tracio
Ciseo por un gran servicio había dado
a mi padre Anquises, recuerdo y prenda de su amor.»
Dicho esto, ciñe sus sienes de laurel verdeante
y antes que los otros declara primero a Acestes vencedor.
Y no ve mal el bueno de Eurition el honor que se le quita,
aunque sólo él derribó al ave del alto cielo.
Luego recibe sus regalos el que rompió las cuerdas,
y por último el que clavó la caña voladora en el mástil.
Mas el padre Eneas antes de clausurar las pruebas
llama ante sí a Epítides, custodio y compañero
del impúber julo, y así dice a los leales oídos:
«Vamos, ve y di a Ascanio, si ya tiene dispuesto
el juvenil escuadrón y preparó la carrera de caballos,
que guíe su tropa en honor del abuelo y se exhiba
con sus armas», dice. Él mismo pide a toda la gente dispersa
que se retiren de la larga pista y que dejen el campo libre.
Avanzan los muchachos y en línea ante la mirada de sus padres
resplandecen en los frenados caballos, asombrada por su desfile
se enardece toda la juventud de Trinacria y de Troya.
Según la costumbre, a todos les ciñe el cabello pelada corona;
llevan dos flechas de cornejo con hierro en la punta,
algunos las ligeras aljabas al hombro; cae sobre su pecho
flexible círculo de oro retorcido que ciñe su cuello.
Caracolean tres equipos de jinetes con sus tres
capitanes; a cada uno le siguen doce muchachos
en grupos separados que relucen en línea con sus jefes.
Una es la fila de jóvenes exultantes que conduce quien toma
el nombre de su abuelo, el pequeño Príamo, tu ilustre prole,
Polites, que multiplicará a los ítalos; un caballo tracio
de manchas blancas lo lleva, que tiene blancas las patas
sobre los cascos y enseña en alto su blanca frente.
El segundo es Atis, de donde su estirpe sacaron los Atios latinos,
el pequeño Atis, muchacho querido del muchacho Julo.
El último, y el más hermoso de todos, Julo montando
un caballo sidonio que la deslumbrante Dido
le había entregado, recuerdo y prenda de su amor.
Los demás jóvenes van sobre caballos trinacrios
del anciano Acestes.
Los reciben con aplausos y se gozan viéndolos asustados

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

los Dardánidas, y reconocen los rasgos de sus antiguos padres.
Luego que recorrieron alegres toda la pista y los ojos
de los suyos sobre los caballos, Epítides dio la señal
a lo lejos con un grito e hizo restallar su látigo.
Ellos avanzaron alineados y formando grupos de tres en tres
rompieron la formación, y llamados de nuevo
invirtieron la marcha y blandieron los dardos enhiestos.
Luego realizan otros avances y otras retiradas
colocándose de frente y responden rodeos alternos
a rodeos y emprenden simulacros de combate bajo las armas,
y ya descubren sus espaldas en la huida, ya vuelven flechas
amenazantes, ya firmada la paz cabalgan en línea.
Como cuentan que un día en la alta Creta el Laberinto
tuvo un recorrido trazado de muros ciegos y una engañosa
trampa de mil caminos por donde las pistas de la salida
quebraba un vagar desconocido y sin retorno;
no con marcha distinta los hijos de los teucros enlazan
sus pasos y tejen fugas y batallas jugando,
como delfines que nadando por los húmedos mares
surcan el Carpacio y el Libico.
Este tipo de carrera y estos combates renovó el primero
Ascanio cuando ciñó de muros Alba Longa,
y enseñó a celebrarlos a los antiguos latinos,
según él mismo de muchacho y con él la juventud troyana;
los albanos los enseñaron a los suyos; de aquí Roma la grande
los recibió a su vez y conservó el honor de los padres;
hoy a los muchachos Troya y al escuadrón troyano se les llama.
Hasta aquí se celebraron los juegos por el padre santo.
Luego, por vez primera, variable Fortuna cambió de lado.
Mientras cumplen los ritos en torno al túmulo con juegos diversos,
Juno Saturnia envió a Iris desde el cielo
a la flota de Ilión y vientos insufla a su caminar,
tramando muchas cosas sin saciarse aún por el dolor antiguo.
Ella apresura su camino por el arco de mil colores
y corre la virgen sin que nadie la vea con rápido vuelo.
Contempla la numerosa reunión y la playa recorre
y ve los puertos desiertos y la flota abandonada.
A lo lejos, en una solitaria ribera, las troyanas apartadas
lloraban la pérdida de Anquises y todas el profundo
mar contemplaban llorando. Tantas olas, ¡ay!, y mares
tan grandes aguardaban a las fatigadas, era la queja de todas;
piden una ciudad, hartas de soportar las fatigas del ponto.
Así que entre ellas se lanza experta en causar daño
y pierde el aspecto y las ropas de diosa;
se convierte en Béroe, anciana esposa del tmario Doriclo,
que un día tuvo estirpe, hijos y nombre,
y así se presenta ante las madres de los Dardánidas.
«¡Ay, desventuradas -dice- a las que la tropa aquea no condujo
a la muerte en la guerra bajo los muros de la patria! ¡Ay, pueblo
infeliz! ¿Para qué destrucción te reserva Fortuna?
Ya transcurre el séptimo verano desde la caída de Troya,
y los mares y las tierras todas y tantos inhóspitos peñascos
y los astros andamos recorriendo, mientras por el gran mar
perseguimos una Italia que se escapa y nos hacen rodar las olas.
Aquí está el territorio de su hermano Erice y el huésped Acestes:
¿quién nos impide plantar los muros y dar una ciudad a los hombres?
¡Ay, patria y Penates salvados en vano del enemigo!,
¿ningún muro ya se llamará de Troya? ¿En ningún sitio
veré los ríos de Héctor, el Janto y el Simunte?
Venid conmigo, pues, y quememos las infaustas naves.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Que a mí en sueños la imagen de la vidente Casandra
he visto que me daba teas encendidas: «Buscad aquí Troya;
aquí está vuestra casa», me dijo. Ya es hora de actuar,
y retraso no cabe ante prodigios tan grandes. ¡Mirad, cuatro aras
de Neptuno! El propio dios nos da teas y coraje.»
Esto diciendo agarra la primera con fuerza una llama amenazante,
la hace brillar blandiéndola a lo lejos con la diestra levantada
y la lanza. Suspensos quedaron los pechos de las troyanas
y atónitos sus corazones. Entonces una de ellas, la mayor,
Pirgo, real nodriza de tantos hijos de Príamo:
«No está Béroe ante vosotras, mujeres, no es ésta la retea
esposa de Doriclo; las señales de una divina belleza
advertid y los ojos ardientes, qué aliento en ella,
qué rostro y qué sonido el de su voz y qué paso el suyo.
Yo misma cuando me vine dejé a Béroe
enferma, enojada por ser la única en faltar
a la ceremonia y no ofrecer a Anquises los debidos honores.»
Esto dijo.
Mas las madres al principio dudosas e indecisas miraban ya
las naves con ojos malignos entre un amor desgraciado
por la tierra presente y los reinos fatales que las llamaban,
cuando la diosa se alzó por el cielo en sus alas iguales
y trazó a su paso bajo las nubes un arco enorme.
Entonces atónitas por la visión y llevadas de su furia
se ponen a gritar y roban el fuego de los hogares secretos,
despojan unas los altares, hojas y ramas y teas
arrojan. Se enfurece Vulcano con las riendas sueltas
por los bancos y los remos y las pintadas popas de abeto.
Mensajero, al túmulo de Anquises y a las gradas del teatro
lleva la nueva de que arden las naves Eumelo, y ellos mismos
ven detrás la oscura ceniza volando en una nube.
Y Ascanio el primero, según guiaba gozoso la ecuestre
carrera, así se dirigió decidido sobre su caballo al agitado
campamento y sus maestros sin fuerzas retenerle no pueden.
«¿Qué es esa nueva locura? ¿Y ahora, qué pretendéis -dice-
¡ay!, pobres ciudadanas? Ni al enemigo ni el hostil campamento
de los argivos, vuestras esperanzas estáis quemando. ¡Eh, soy yo,
soy vuestro Ascanio! » Arrojó ante sus pies el yelmo vacío,
con el que cubierto andaba jugando a simulacros de guerra.
Se apresura a la vez Eneas, a la vez la tropa de los teucros.
Mas ellas por todas partes escapan de miedo a playas
diversas, y buscan las selvas a escondidas y las cóncavas rocas
por donde pueden; su acción las avergüenza y la luz y vueltas
en sí reconocen a los suyos y arrojan a Juno de su pecho.
Pero no por eso la llama y el incendio su fuerza
indómita depusieron; bajo la mojada madera vive
la estopa vomitando tardo humo y un calor lento
devora las quillas y desciende la peste por todo el cuerpo,
y no valen las fuerzas de los héroes ni los ríos vertidos.
Entonces Eneas piadoso se arranca el vestido de los hombros
y pide la ayuda de los dioses y tiende sus palmas:
«Júpiter todopoderoso, si aún no odias a los troyanos
hasta el último, si todavía la antigua piedad contempla
las fatigas de los hombres, haz que las llamas dejen la flota
ahora, padre, y libra de la muerte los frágiles restos de los teucros.
O manda tú a la muerte con rayo enemigo cuanto nos queda,
si es que lo merezco, y aplástanos aquí con tu diestra.»
Apenas había dicho esto cuando con mares de lluvia una negra
tempestad nunca vista se desata y tiemblan con el trueno
las cumbres de las tierras y los campos; cae de todo el éter

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

turbulento aguacero y negrísimo de densos Austros;
y se llenan por arriba las naves y medio quemadas se empapan
las maderas, hasta que se apagó todo el fuego y todos
los barcos menos cuatro se salvaron de la destrucción.
Y el padre Eneas sacudido por la acerba desgracia
agitaba hacia uno y otro lado muchas cuitas en su pecho
dándoles vueltas, si quedarse en los sículos campos
olvidando sus hados, si poner rumbo a las ítalas costas.
Entonces el anciano Nautes, el único al que Palas
Tritonia enseñó y famoso lo hizo con su mucha ciencia,
estas respuestas daba (bien qué presagiaba la grande
ira de los dioses, bien qué exigía el orden de los hados)
y comienza consolando a Eneas con estas palabras:
«Hijo de la diosa, por donde los hados nos llevan y nos traen
sigamos; sea lo que sea, toda suerte debemos vencer sufriendo.
Cuentas con el dardanio Acestes de divina estirpe:
hazle compañero de tus planes gustoso y únelo a ti,
confíale los que sobran de las naves perdidas y los que
se han hastiado de tu gran empresa y de tu suerte.
Y a los longevos ancianos y a las madres cansadas de agua
y a todos los débiles y a los que temen el peligro
sepáralos y deja que en estas tierras tengan los cansados sus murallas;
llamarán a su ciudad, si así lo permites, con el nombre de Acesta.»
Encendido por palabras tales del anciano amigo,
divide sin embargo su ánimo en mil preocupaciones,
y la negra Noche llevada por su biga ocupaba el cielo.
Caída entonces del cielo se le apareció la imagen de su padre
Anquises de pronto que le infundía estas palabras:
«Hijo a quien quise un día más que a mi vida, cuando la vida
tenía, hijo a quien han probado de Ilión los hados,
aquí llego por orden de Jove, que apartó el fuego
de tus naves y se compadeció al fin desde el alta cielo.
Atiende los consejos que ahora te brinda bellísimos
el anciano Nautes; llévate a Italia jóvenes escogidos,
los más esforzados corazones. Tendrás que pelear en el Lacio
con un pueblo duro y salvaje. Antes, sin embargo, entra
en las mansiones infernales de Dite y por el profundo Averno
ven, hijo, a mi encuentro. Que no me tiene el impío
Tártaro, las tristes sombras, sino que frecuento los amenos
concilios de los píos y el Elisio. Aquí la casta Sibila
te guiará con mucha sangre de negros animales.
Entonces toda tu raza conocerás y qué murallas te aguardan.
Y ahora, adiós; dobla la mitad de su carrera la húmeda Noche
y cruel Oriente me ha soplado el aliento de sus caballos.»
Había dicho y escapó a las auras tenue como humo.
Eneas dice: «ZA dónde vas ahora? ¡A dónde te me escapas?
¿De quién huyes o quién te aparta de mis abrazos?»
Esto diciendo aviva la ceniza y los fuegos dormidos,
y el Lar de Pérgamo y los sagrarios de la canosa Vesta
venera suplicante con harina piadosa y un incensario lleno.
Y al punto a los compañeros convoca y a Acestes el primero
y la orden de Jove y los preceptos de su querido padre
les cuenta y el plan que ahora se asienta en su pecho.
No hay tardanza en las decisiones ni rehúsa las órdenes Acestes:
pasan a la ciudad las madres y dejan a cuantos
así lo desean, corazones que no precisan grandes glorias.
Ellos mismos reparan los bancos y reponen en los barcos
las maderas devoradas por las llamas, remos disponen y jarcias;
son pocos en número, pero es vigoroso su valor en la guerra.
Entretanto Eneas traza la ciudad con el arado

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

y sortea las casas. Ordena que esto sea Ilión y Troya sean
estos lugares. Se alegra con el reino el troyano Acestes
y señala el foro y da leyes a los padres convocados.
Luego junto a los astros en la cumbre ericina la sede
se funda de Venus Idalia y se dispone un sacerdote
consagrado al túmulo de Anquises y un amplio bosque.
Y ya todos habían celebrado un banquete de nueve días y cumplido
el honor a los altares: plácidos vientos el mar allanaron
y con frecuente soplido a alta mar les llama el Austro.
Un llanto intenso surge por las playas curvadas;
abrazados dejan pasar la noche y el día.
Ya hasta las madres y aquellos que poco ha por áspera
tenían la cara del mar e insoportable su numen,
irse quieren y aguantar todas las fatigas del camino.
El bueno de Eneas les consuela con palabras de amigo
y llorando los encomienda a su pariente Acestes.
Tres terneros a Érice y una cordera a las Tempestades
ordena sacrificar y largar luego amarras.
Él, ceñida la cabeza con hojas de olivo cortado,
sostiene la pátera, de pie sobre la proa, y las entrañas arroja
a las olas saladas y derrama líquidos vinos.
Les empuja un viento que nace de popa;
compiten los compañeros en herir el mar y surcan sus aguas.
Mas Venus entretanto agobiada de cuitas a Neptuno
se dirige y saca de su pecho quejas tales:
«De Juno la grave ira y su pecho insaciable
me obligan, Neptuno, a recurrir a todas las preces;
ni el largo día ni piedad alguna la conmueven,
ni descansa rendida ante el poder de Jove y los hados.
No le basta con haber arrancado con odios nefandos la ciudad
de los frigios de entre su pueblo ni haber arrastrado los restos
de Troya por todos los suplicios: sus cenizas y huesos, destruida,
persigue. Ella sabrá las causas de locura tan grande.
Tú fuiste mi testigo hace poco en las aguas de Libia
de qué agitación provocó de pronto: mezcló todos los mares
con el cielo, en vano confiada en las tormentas de Éolo,
a tanto se atrevió en tus propios reinos.
Y ahora, mira, lanzando al crimen a las madres troyanas
quemó vergonzosamente las naves y con la flota destruida
les forzó a dejar a los compañeros en una tierra extraña.
Puedan los que quedan, te suplico, confiarte velas seguras
por las olas, puedan alcanzar el Tíber laurente,
si pido cosas concedidas, si las Parcas les dan sus murallas.»
Entonces el Saturnio dominador del mar profundo dijo esto:
«Es bien justo, Citerea, que tengas confianza en mis reinos,
de donde proviene tu estirpe. Además lo merezco; a menudo furores
he reprimido y rabia tan grande del mar y del cielo.
Y no ha sido cuita menor para mí en las tierras tu Eneas,
lo juro por el Janto y el Simunte. Cuando Aquiles lanzaba
contra los muros a los abatidos ejércitos troyanos
y a muchos miles mandaba a la muerte, y gemían repletos
los ríos y no podía el Janto encontrar su camino
ni rodar hacia el mar, entonces yo en el hueco de una nube
rapté a Eneas cuando se enfrentaba con dioses y fuerzas desiguales
al valiente Pelida, si bien deseaba arrancar de sus raíces
las murallas de la perjura Troya que levanté con mis manos.
Ese mismo ánimo sigue aún hoy en mí; pierde esos miedos.
Llegará sano y salvo a los puertos del Averno que deseas.
A uno sólo echarás de menos perdido en el abismo;
uno sólo dará su vida por muchos.»

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Luego que consoló el pecho alegre de la diosa con estas palabras,
unce con oro el padre sus caballos y frenos coloca
de espuma a los animales y suelta de sus manos todas las riendas.
Por encima de las aguas vuela ligero en su carro cerúleo;
se humillan las olas ybajo el eje tonante la hinchada
llanura de las aguas se encalma, escapan las nubes en el vasto éter.
Entonces las figuras diversas de su séquito, cetáceos inmensos,
y el viejo coro de Glauco y Palemón de Ino
y los raudos Tritones y todo el ejército de Forco;
la izquierda ocupa Tetis y Mélite y la virgen Panopea,
Nisea y Espio y Talía y Cimódoce.
Entonces dulces gozos invaden a oleadas el pecho
suspenso del padre Eneas; manda rápido que todos
los mástiles levanten y tensar las velas en las entenas.
Todos a una pusieron manos a la obra y soltaron las lonas
a izquierda y a derecha; a una tuercen y retuercen
los altísimos cabos; brisas favorables impelen la flota.
Palinuro en cabeza delante de todos guiaba el denso
ejército; por su derrotero siguen los otros las órdenes.
Y ya casi la meta del centro del cielo la húmeda Noche
había alcanzado, con plácido reposo relajaban sus miembros
los marineros echados bajo los remos por los duros asientos,
cuando caído de los astros etéreos el Sueño ligero
apartó el aire tenebroso y dispersó las sombras
buscándote a ti, Palinuro, trayéndote a ti tristes sueños,
inocente, y se posó el dios en la alta popa
con la figura de Forbante y vierte de su boca estas palabras:
«Yásida Palinuro, las propias aguas conducen la flota,
soplan las brisas iguales, llega la hora de tu descanso.
Inclina la cabeza y hurta al trabajo tus ojos cansados.
Por un rato yo mismo cumpliré por ti tu tarea.»
Alzando apenas hacia él sus ojos le dice Palinuro:
«¿Me pides que ignore el rostro del mar en calma
y las olas tranquilas? ¿Qué confíe en este monstruo?
¿Entregaré a Eneas (¿cómo podría?) a las auras falaces,
cuando tantas veces me ha sorprendido el engaño de un cielo sereno?»
Tales palabras devolvía, y clavado y el timón agarrando
no lo dejaba ni un momento y mantenía los ojos en las estrellas.
Mas he aquí que el dios con un ramo empapado en el Lete
y con el poder soporífero de la Estigia le rocía ambas
sienes, y le cierra los ojos que ya vacilaban.
Un inesperado letargo había relajado apenas sus miembros,
viniéndole encima, y arrancando una parte de la popa
y el timón, lo precipitó en las líquidas aguas
de cabeza y en vano llamaba una y otra vez a sus compañeros;
el dios levantó su vuelo como un ave a las auras sutiles.
Prosigue la flota por el mar su seguro camino
y avanza impertérrita con las promesas del padre Neptuno.
Y ya se acercaba navegando a los escollos de las Sirenas,
un día difíciles y blancos de los huesos de muchos
(resonaban entonces las broncas rocas con la continua resaca),
cuando advirtió Eneas que el barco derivaba
sin su piloto y él mismo lo gobernó en las nocturnas olas
mucho gimiendo y con el corazón ahogado por la pérdida del amigo:
«¡Ah, demasiado seguro del cielo y el piélago sereno,
Palinuro! Desnudo yacerás sobre una playa extraña.»

LIBRO VI

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Así dice entre lágrimas, y suelta riendas a la flota
y al fin se aproxima a las playas eubeas de Cumas.
Vuelven las proas al mar; con tenaz diente entonces
sujetaba el áncora las naves y las curvas popas
cubren la ribera. El grupo de muchachos salta impaciente
a la playa de Hesperia; unos buscan las semillas del fuego
que se ocultan en las venas del sílex, otros se dirigen a los bosques,
tupida morada de las fieras, y señalan los ríos que van encontrando.
El piadoso Eneas por su parte la roca busca que preside
el alto Apolo y el apartado retiro de la horrenda Sibila,
la enorme gruta, a quien la mente grande y el corazón
inspira el vate Delio y descubre el futuro.
Ya entran en los bosques de Trivia y en los techos de oro.
Dédalo, según es fama, huyendo del reino de Minos
osó lanzarse al cielo con plumas veloces
por un camino nuevo y bogó hasta las Osas heladas,
y sobre la roca calcídica se detuvo al fin suavemente.
En cuanto regresó a estas tierras te consagró, Febo,
los remos de sus alas y te levantó un templo enorme.
En las puertas la muerte de Andrógeo; los Cecrópidas luego
obligados a pagar el castigo (¡qué desgracia!) todos los años
de siete de sus hijos; allí se ve la urna con las suertes echadas.
Enfrente corresponde asomando por el mar la tierra cnosia:
aquí el amor salvaje por el toro y uniéndosele a escondidas
Pasífae, y la híbrida estirpe y la prole biforme,
ahí está, el Minotauro, testimonio de una Venus nefanda.
Aquí la famosa construcción de la casa y el laberinto intrincado;
pero apiadado del gran amor de la princesa,
el propio Dédalo le descubre las trampas del edificio y sus revueltas,
guiando con el hilo sus ciegos pasos. Tú también parte
grande en obra tamaña -si el dolor lo quisiera-, Ícaro, tendrías.
Dos veces había intentado cincelar en oro tu caída,
dos veces cayeron las manos de tu padre. Todo lo recorrerían
con sus ojos de no ser porque Acates, enviado por delante,
regresa y con él la sacerdotisa de Febo y de Trivia,
Deífobe de Glauco, que así dice al rey:
«No es éste para ti el momento de mirar estampas;
ahora mejor será sacrificar siete novillos de un rebaño
intacto y otras tantas ovejas escogidas según la costumbre.»
Así dijo a Eneas (y no retrasan los hombres las sagradas
órdenes) y convoca a los teucros la sacerdotisa al alto templo.
El flanco inmenso de la roca eubea se abre en un antro
al que llevan cien amplias entradas, cien bocas,
por donde salen otras tantas voces, respuestas de la Sibila.
Habían ya llegado al umbral cuando dice la virgen: «Es el momento
de buscar los hados. ¡El dios, he aquí al dios!» Mientras esto decía
delante de la puerta, de pronto, ni su gesto ni el color
ni la compuesta cabellera eran ya iguales; el pecho anhelante
se hincha de rabia y el fiero corazón, y parece más grande
y no suena como mortal, porque está inspirada por el numen
del dios, ya más cerca. «¿Dudas en tus votos y plegarias,
troyano Eneas? ¿Dudas? Pues bien, no antes han de abrirse
las grandes bocas de esta atónita casa.» Y dicho esto
se calló. Un helado temblor corrió por los duros
huesos de los teucros, y saca el rey sus preces de lo hondo del pecho:
«Febo, que siempre te apiadaste de las pesadas fatigas de Troya,
que dirigiste la mano y las flechas dardanias de Paris
contra el cuerpo del Eácida. A tantos mares que circundan
grandes tierras me hice bajo tu guía y hasta los apartados
pueblos de los masilos y los campos que se extienden frente a las Sirtes:

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

por fin, abrazamos ya las huidizas riberas de Italia.
¡Sólo hasta aquí nos haya seguido la mala fortuna de Troya!
Que justo es que también vosotros perdonéis de Pérgamo a la raza,
las diosas ylos dioses todos, a los que estorbó Ilión y la gloria
sin par de Dardania. Y tú, santísima vidente,
sabedora del porvenir, concede a los teucros (y no pido reinos
no debidos a mis hados) instalarse en el Lacio
y a sus dioses errantes y a los agitados númenes de Troya.
Entonces a Febo y a Trivia un templo de sólido mármol
consagraré y unos días de fiesta con el nombre de Febo.
También a ti te aguarda en nuestro reino un gran santuario:
pues aquí yo tus suertes y los secretos destinos
anunciados a mi pueblo depositaré.y te consagraré, madre,
varones escogidos. Sólo no confíes tus vaticinios a las hojas,
que no vuelen turbados juguetes de los rápidos vientos;
que los cantes tú misma te ruego.» Y aquí cesó de hablar.
Pero sin someterse aún vaga terrible por el antro como bacante
la vidente de Febo, por si puede sacudirse del pecho
al dios imponente, y tanto más aquél fatiga
su boca rabiosa, domando el fiero corazón, y la rinde bajo su peso.
Y entonces se abrieron las cien enormes bocas de la casa
espontáneamente y llevan por el aire las respuestas de la vidente:
«O, tú que ya has agotado los grandes peligros del piélago
(aunque faltan los más graves de la tierra), a los reinos de Lavinio
llegarán los Dardánidas (saca esa cuita de tu pecho),
y también querrán no haber llegado. Guerras, hórridas guerras,
y el Tíber espumante de la mucha sangre estoy viendo.
No te faltarán los campamentos dorios, ni un Simunte,
ni un Janto; ya otro Aquiles ha nacido en el Lacio,
hijo también éste de una diosa, y Juno, la aflicción de los teucros,
no andará lejos tampoco cuando tú en la desgracia suplicante
¡qué pueblos o qué ciudades de Italia no habrás probado con tus ruegos!
La causa de tamaño mal, de nuevo una esposa huéspeda de los teucros,
y de nuevo un matrimonio forastero.
No cedas tú a estos males y hasta sigue avanzando lleno de valor
por donde te permita tu Fortuna. De la salvación el camino
[primero (nunca lo creerías) habrá de abrirte una ciudad griega.»
Con tales palabras del interior del templo la Sibila de Cumas
anuncia horrendos enigmas y resuena en el antro,
envolviendo en tinieblas la verdad: Apolo sacude las riendas
de su locura y clava aguijones en su pecho.
En cuanto cesó el furor y calló la boca rabiosa,
comienza el héroe Eneas: «No me presentas, virgen,
el rostro de fatiga alguna nueva o inesperada;
todo lo he probado y en mi pecho antes lo he recorrido.
Sólo esto te pido: como aquí está -se dice- la puerta del rey
infernal y la tenebrosa laguna que ciñe el Aqueronte,
llegar a la presencia de mi querido padre y que toque
su rostro; que el camino me muestres y me abras las sagradas puertas.
Yo a él, entre las llamas y los dardos a miles que nos seguían,
lo rescaté sobre mis hombros y lo libré de las manos del enemigo;
él, siguiendo mi camino, todos los mares conmigo
y todas las amenazas del piélago y del cielo soportaba,
sin aliento, más allá de sus fuerzas y de la suerte de sus años.
Y más aún, que suplicante a ti acudiera y a tu puerta llegase,
él también en sus ruegos me lo ordenaba. Del hijo y del padre
te suplico que te apiades, alma (pues todo lo puedes
y no en vano Hécate puso a tu cuidado los bosques del Averno),
si es que pudo Orfeo conjurar a los Manes de su esposa
valiéndose de la cítara tracia y las canoras cuerdas,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

si Pólux rescató a su hermano con otra muerte
yvayvuelve tantas veces por ese camino. ¿Y Teseo? ¿Y qué voy
a decir del gran Alcides? También mi estirpe viene de Jove supremo.»
Con tales palabras rezaba y abrazaba los altares,
cuando esto comenzó a decir la vidente: «Nacido de la sangre
de los dioses, troyano Anquisíada, fácil es la bajada al Averno:
de noche y de día está abierta la puerta del negro Dite;
pero dar marcha atrás y escapar a las auras del cielo,
ésa es la empresa, ésa la fatiga. Unos pocos a los que amó el justo
Júpiter o su ardiente valor los sacó al éter,
lo lograron hijos de dioses. En medio los bosques todo lo ocupan,
y el cauce del Cocito lo rodea en negra revuelta.
Pero si ansia tan grande anida en tu pecho, si tanto deseo
de surcar dos veces los lagos estigios, de dos veces ver la negrura
del Tártaro y te place emprender una fatiga insana,
escucha primero lo que has de hacer. En un árbol espeso se esconde
la rama de oro en las hojas y en el tallo flexible,
según se dice consagrada a Juno infernal; todo el bosque
la oculta y la encierran las sombras en valles oscuros.
Mas no se permite penetrar en los secretos de la tierra
sino a quien ha cortado primero los retoños del árbol de dorados cabellos.
La hermosa Prosérpina determinó que se le llevara
este presente. Cuando se arranca el primero no falta otro
de oro y echa hojas el tallo del mismo metal.
Así que busca atentamente con tus ojos y cógela con tu mano
según el rito cuando la halles, pues por su gusto y fácilmente
habrá de seguirte, si los hados te llaman; ni con todas tus fuerzas
de otro modo podrías vencer ni arrancarla con el duro hierro.
Otra cosa: yace sin vida el cuerpo de uno de tus amigos
(lo ignoras, ¡ay!) que con su muerte mancilla a la flota entera,
Mientras tú consejo demandas y te demoras en mis umbrales.
Ponlo primero en su lugar y dale sepultura.
Toma unas ovejas negras, que sean la expiación primera.
Así, por fin, podrás los bosques contemplar estigios y los reinos
prohibidos a los vivos.» Dijo y calló cerrando la boca.
Eneas con los ojos bajos y el rostro afligido
echa a andar la gruta dejando, y a los oscuros sucesos
da vueltas en su corazón. Su fiel Acates
le acompaña y marcha con iguales pensamientos.
Mucho discurrían entre ellos en animada charla,
quién sería el compañero muerto del que habló la vidente,
cuál el cuerpo por sepultar. Y ven a Miseno en tierra firme,
cuando llegaron, perecido de una muerte indigna,
al eólida Miseno; ningún otro le ganaba
en mover a los hombres con su bronce ni en encender a Marte con su canto.
Había sido éste compañero de Héctor el grande, junto a Héctor
salía al combate señalado por su lituo y su lanza.
Cuando le venció Aquiles y le despojó de la vida,
el héroe valerosísimo al séquito se había sumado
del dardanio Eneas en pos de hazañas no menores.
Pero un día, cuando por caso hace sonar al mar con su cóncava concha,
fuera de sí, y llama con su canto a los dioses al combate,
émulo Tritón lo sorprendió, si hay que creerlo,
y lo había sumergido entre los escollos en la ola de espumas.
Así que todos se agitaban a su alrededor con gran griterío,
y en especial el piadoso Eneas. Se apresuran entonces,
llorando, a cumplir la orden de la Sibila y en levantar porfían
el ara del sepulcro con troncos y subirla hasta el cielo.
Se adentran en un antiguo bosque, escondido refugio de las fieras;
caen abatidos los pinos, resuenan las encinas con el golpe de las segures

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

y con cuñas se abre la madera del fresno y el blando
roble, ruedan por los montes ingentes olmos.
Y no falta Eneas en medio del trabajo exhortando el primero
a sus compañeros y ceñido de las mismas armas.
Y así da vueltas en su afligido pecho
contemplando la inmensa selva y así por caso suplica:
«¡Si ahora se nos mostrase aquella rama de oro en su árbol
entre bosque tan grande! Que demasiado verdadero ha sido,
¡ay, Miseno!, cuanto de ti dijo la vidente.»
Apenas había hablado, cuando por caso dos palomas
bajaron volando del cielo ante sus ojos
y se posaron en el verde suelo. El gran héroe entonces
reconoció las aves de su madre y alegre implora:
«Sed mi guía, si es que hay algún camino, y alzad el vuelo
por el aire hasta el bosque donde la espléndida rama da sombra
al pingüe suelo. Y tú no me falles en mis dudas,
madre divina.» Dicho esto detuvo sus pasos
estudiando qué señales anuncian, hacia dónde prosiguen.
Ellas vuelan en busca de alimento tanto
cuanto abarcar podrían los ojos de quienes las siguieran.
Más tarde, cuando llegaron a las fauces del Averno de pesado olor,
se elevan presurosas y dejándose caer por el líquido aire
se posan en el lugar ansiado sobre un árbol doble
desde donde relució distinta entre las ramas el aura del oro.
Cual suele en los bosques bajo el frío invernal el muérdago
reverdecer con hojas nuevas, al que no alimenta su propia planta,
y rodear de fruto azafranado los troncos redondos,
tal era el aspecto de las hojas de oro en la encina
tupida, así crepitaba la lámina al viento suave.
Se lanza Eneas al punto y ávido la arranca
aunque se resiste y a la cueva la lleva de la vidente Sibila.
Y seguían entretanto los teucros llorando a Miseno
en la playa y rendían los últimos honores a la ingrata ceniza.
Formaron primero una gran pira pingüe de teas
y de madera cortada, y con hojas negras
le cubren los lados y delante levantan cipreses
funerales, y la adornan con sus armas resplandecientes.
Unos preparan agua caliente y calderos que bullen
al fuego, y lavan y ungen el helado cuerpo.
Se oyen gemidos. Colocan entonces los llorados miembros
sobre un lecho, y encima vestidos de púrpura, las conocidas
ropas. Otros se acercaron al féretro ingente,
triste ministerio, y vueltos de espaldas según la costumbre
de los padres le arrojaron una tea encendida. Arden mezclados
presentes de incienso, las viandas, las crateras llenas de aceite.
Luego que cayeron las cenizas y descansó la llama,
lavaron con vino los restos y la brasa bebedora
y los huesos recogidos guardó Corineo en urna de bronce.
Rodeó también por tres veces a los compañeros con agua pura
asperjándolos con las leves gotas y con la rama del feliz olivo,
y purificó a los hombres y pronunció las palabras postreras.
Y el piadoso Eneas coloca encima un sepulcro
de mole ingente y las armas del héroe y el remo y la tuba
bajo el monte aéreo que hoy por él Miseno
se llama y tiene por los siglos un nombre eterno.
Hecho esto, continúa a toda prisa los mandatos de la Sibila.
Había una profunda caverna imponente por su vasta boca,
riscosa, protegida por un lago negro y las tinieblas de los bosques;
sobre ella ninguna criatura voladora podía impunemente
tender el vuelo con sus alas, tal era el hálito

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

que de su negra boca dejaba escapar a la bóveda del cielo.
[Por eso los griegos llamaron a este lugar Aorno.]
Aquí primero cuatro novillos de negro lomo dispone
y les riega la sacerdotisa de vino la frente,
y tomando de entre los cuernos las cerdas más altas
las arroja a la llama sagrada, ofrenda primera,
invocando a voces a Hécate poderosa en el cielo y el Érebo.
Otros hincan por debajo los cuchillos y la tibia sangre
recogen en páteras. El propio Eneas a una oveja de negro
vellón en honor de la madre de las Euménides y la gran hermana
la hiere con su espada, y para ti, Prosérpina, una vaca estéril;
luego prepara al rey estigio nocturnas aras
y pone sobre las llamas las entrañas enteras de los toros,
y derrama pingüe aceite sobre las vísceras ardientes.
Y de repente, bajo el umbral del sol primero y del orto
bajo sus plantas comenzó el suelo a mugir y las cimas de los bosques
a agitarse y se escuchó como un aullar de perras por la sombra
según se acercaba la diosa. «¡Lejos, quedaos lejos, profanos!
-exclama la vidente-, ¡alejaos del bosque entero!;
y tú emprende el camino y saca la espada de la vaina:
ahora, Eneas, valor precisas y ahora un ánimo firme.»
Sólo esto dijo fuera de sí y se metió por la boca del antro;
él con pasos no tímidos alcanza a la guía que se escapa.
Dioses a quienes cumple el gobierno de las almas y sombras calladas
y Caos y Flegetonte, mudos lugares de la inmensa noche:
pueda yo repetir lo que sé, pueda por vuestro numen
abrir secretos sepultados en la calígine del fondo de la tierra.
Iban oscuros por las sombras bajo la noche solitaria
y por las moradas vacías de Dite y los reinos inanes:
como el camino bajo una luz maligna que se adentra en los bosques
con una luna incierta, cuando ocultó Júpiter el cielo
con sombra y a las cosas robó su color la negra noche.
Ante el mismo vestíbulo y en las bocas primeras del
Orco el Luto y las Cuitas de la venganza su cubil instalaron,
y habitan los pálidos Morbos y la Senectud triste,
y el Miedo y Hambre mala consejera y la Pobreza torpe,
figuras terribles a la vista, y la Muerte y la Fatiga;
el Sopor además, pariente de la Muerte, y los malos Gozos
de la mente, y, en el umbral de enfrente, la guerra mortal
y los tálamos de hierro de las Euménides y la Discordia enfurecida
enlazado su cabello de víboras con cintas ensangrentadas.
En medio extiende sus ramas y los brazos añosos
un olmo tupido, ingente, donde se dice que habitan
los sueños vanos, agazapados bajo sus hojas.
Y muchas visiones además de variadas fieras,
los Centauros tienen sus establos en esta puerta y las Escilas biformes
y Briareo el de cien brazos y de Lerna el horrísono
monstruo, y la Quimera armada de llamas,
Gorgonas y Harpías y la figura de la sombra de tres cuerpos.
Empuña entonces Eneas su espada presa de un miedo
repentino y ofrece su agudo filo a los que llegan,
y, si su docta compañera no le mostrase las tenues vidas
sin cuerpo que vuelan fantasmas de una imagen hueca,
se lanzaría y en vano azotaría a las sombras con su espada.
De aquí el camino que lleva a las aguas del Aqueronte del Tártaro.
Turbio aquí de cieno y de la vasta vorágine un remolino
hierve y eructa en el Cocito toda la arena.
Un horrendo barquero cuida de estas aguas y de los ríos,
Caronte, de suciedad terrible, a quien una larga canicie
descuidada sobre el mentón, fijas llamas son sus ojos,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

sucio cuelga anudado de sus hombros el manto.
Él con su mano empuja una barca con la pértiga y gobierna las velas
y transporta a los muertos en esquife herrumbroso,
anciano ya, pero con la vejez cruda y verde de un dios.
Hacia estas riberas corría toda una multitud desparramada,
mujeres y hombres y los cuerpos privados de la vida
de magnánimos héroes, y muchachos y muchachas solteras,
y jóvenes colocados en la pira ante la mirada de sus padres:
como todas esas hojas en las selvas con el frío primero del otoño:
caen arrancadas, o todas esas aves que se amontonan
hacia tierra desde alta mar, cuando la estación fría
las hace huir allende el ponto y las arroja a tierras soleadas.
De pie estaban pidiendo cruzar los primeros
y tendían sus manos por el ansia de la otra orilla.
Pero el triste marino a éstos o a aquéllos acoge,
mas a otros los mantiene alejados en la arena de la playa.
Así pues, Eneas, asombrado y emocionado por el tumulto:
«Dime, virgen -exclama-, ¿qué quiere el gentío de la orilla?
¿Qué buscan las almas? ¿Con qué criterio unas dejan las riberas
mientras surcan otras las lívidas aguas con sus remos?»
Así le repuso la longeva sacerdotisa en pocas palabras:
«Hijo de Anquises, retoño bien cierto de los dioses,
estás ante las aguas profundas del Cocito y la laguna estigia,
por la que temen jurar los dioses y engañar a su numen.
Toda esta muchedumbre que ves es una pobre gente sin sepultura;
aquél, el barquero Caronte; éstos, a los que lleva el agua, los sepultados.
Que no se permite cruzar las orillas horrendas y las roncas
corrientes sino a aquel cuyos huesos descansan debidamente.
Vagan cien años y dan vueltas alrededor de estas playas;
sólo entonces se les admite y llegan a ver las ansiadas aguas.»
Se paró y detuvo sus pasos el hijo de Anquises
mucho pensando y lamentando en su pecho la suerte inicua.
Ve allí afligidos y privados de las honras de la muerte
a Leucaspis y a Orontes, jefe de la flota licia;
a la vez navegando desde Troya por un mar ventoso
los abatió el Austro, sepultando en el agua nave y marineros.
Y hete aquí que llegaba Palinuro, el piloto,
quien poco ha en las aguas libias mientras miraba las estrellas
se había caído de la popa y se hundió en las aguas.
Apenas lo reconoció afligido en medio de las sombras,
así se le dirige el primero: «¿Quién de los dioses, Palinuro,
te nos ha arrebatado y te sumergió en las aguas del mar?
Ea, dime. Pues a mí Apolo, jamás antes hallado en mentira,
me engañó el corazón sólo con esta respuesta,
al anunciarme que saldrías incólume del mar y llegarías
al territorio ausonio. ¿Y es ésta la palabra empeñada?»
El otro a su vez: «Ni a ti te engañó el trípode de Febo,
caudillo hijo de Anquises, ni un dios a mí me hundió en el mar.
Pues arrancado el timón con gran violencia y por azar,
al que yo, su guardián, estaba clavado y el rumbo regía,
lo arrastré conmigo en mi caída. Por los mares encrespados
juro que no abrigué temor tan grande por mí
como por tu nave, desmantelada de defensas y sin piloto,
que no sucumbiera al alzarse olas tan grandes.
Tres noches de invierno el Noto me arrastró por la inmensa
llanura azotándome con el agua; entreví el cuarto día
Italia subido en lo alto de una ola.
Poco a poco nadaba hacia tierra; ya estaba a salvo,
si un pueblo cruel, bajo el peso de una ropa empapada
y agarrándome con las uñas a los ásperos salientes del monte,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

no me hubiera atacado con sus armas tomándome ignorante por una presa.
Ahora las olas me guardan y los vientos en el litoral me sacuden.
Por la grata luz del cielo y por sus auras,
por tu padre te lo pido, por la esperanza de julo que crece,
líbrame, invicto, de estos males: ponme tierra
encima, ya que puedes, y busca los puertos de Velia;
o bien, si hay algún medio, si alguno te muestra
la madre divina (pues no creo que sin el numen de los dioses
te dispongas a cruzar el gran río y la laguna estigia),
tiende tu diestra a un desgraciado y llévame contigo por las olas,
que al menos en la muerte descanse en un lugar tranquilo.»
Así había hablado, cuando así comenzó la vidente:
«¿De dónde, Palinuro, te viene esta ansia desmedida?
¿Vas a ver tú sin enterrar las aguas estigias y la severa
corriente de las Euménides y pasarás sin que se te ordene al otro lado?
No confíes en torcer los hados de los dioses con tus súplicas,
pero guarda en tu corazón estas palabras, consuelo de tu dura suerte.
Que los comarcanos, conmovidos a lo largo y ancho en las ciudades
por prodigios del cielo, expiarán tus huesos
y un túmulo levantarán y honores rendirán al túmulo,
y tendrá el lugar para siempre de Palinuro el nombre.»
Con estas palabras se alejaron las penas y un momento de su triste
corazón se fue el dolor; se alegra con la tierra de su nombre.
Así prosiguen el camino emprendido y se acercan al río.
Desde las aguas estigias en cuanto los vio el marino
marchar por el bosque callado y dirigir sus pasos a la orilla,
así dice el primero y sin más les increpa:
«Seas quien seas, armado que te presentas en nuestro río,
vamos, di a qué vienes desde ahí, y detén tus pasos.
Éste es el lugar de las sombras, del sueño y la noche soporosa:
cuerpos vivos no puede llevar la barca estigia.
Tampoco me alegré de recibir a Alcides en mi lago
cuando bajó, ni a Teseo y Pirítoo,
aunque hijos eran de dioses y de fuerza invencible.
Aquél vino a encadenar con su mano al guardián del Tártaro
y lo arrancó tembloroso del trono del mismo rey;
éstos llegaron para sacar a mi señora del tálamo de Dite.»
A lo que repuso en pocas palabras la vidente anfrisia:
«Aquí no hay ninguna de esas trampas (no te preocupes),
ni traen las armas violencia; que el ingente portero en su antro
ladrando eternamente aterrorice a las sombras exangües,
que casta guarde Prosérpina el umbral de su tío paterno.
Eneas de Troya, famoso por su piedad y sus armas,
a su padre busca bajando del Érebo a las sombras profundas.
Si nada te conmueve la imagen de piedad tan grande,
quizá esta rama (muestra la rama que escondía entre sus ropas)
reconozcas.» Entonces se aplaca el corazón henchido de ira,
y no hubo más. Admirando aquél el venerable presente
de la rama del destino que no veía desde hacía tiempo,
gira la popa cerúlea y se acerca a la orilla.
Después a otras almas que sentadas estaban en los largos bancos
expulsa y despeja los puentes, al tiempo que recibe en la barca
al corpulento Eneas. Gimió el esquife bajo su peso,
cosido como estaba, y tragó mucha agua por las rendijas.
Por último, al otro lado del río desembarcó incólume
a la vidente y al héroe sobre el blando cieno y la glauca ova.
El gigante Cérbero hace resonar con su triple ladrido
estos reinos tumbados a lo largo delante de la gruta.
La vidente, al ver que ya erizaba sus cuellos de serpientes,
una torta soporosa de miel le arroja y frutas

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

medicinales. Él, abriendo sus tres gargantas con hambre rabiosa,
la coge al vuelo, y relaja sus gigantescos miembros
tendido en el suelo y enorme se extiende por el antro.
Se lanza Eneas a la entrada, sepultado el guardián en el sueño,
y abandona raudo la orilla del río sin retorno.
De pronto se escucharon voces y un gran gemido
y ánimas de niños llorando, en el umbral justo,
a quienes, sin gozar de la dulce vida y arrancados del seno
los robó el negro día y los sepultó en amarga muerte;
junto a ellos, los condenados a muerte sin motivo.
Y en verdad no se asignan estos lugares sin juez ni sorteo:
Minos el inquisidor mueve la urna; él convoca
la asamblea silenciosa y discierne las vidas y las culpas.
El lugar inmediato lo ocupan esos desgraciados inocentes
que con su mano se dieron muerte y de la luz hastiados
se quitaron la vida. ¡Cómo desearían en el alto éter ahora
soportar su pobreza y las duras fatigas!
La ley se interpone, y la odiosa laguna de triste onda
les ata y la Estige les retiene nueve veces derramada.
No lejos de aquí se extienden hacia todas partes
las Llanuras del Llanto; con este nombre las llaman.
Aquí a los que duro amor de cruel consunción devoró
ocultan senderos escondidos y un bosque de mirto
los envuelve; ni en la muerte les dejan sus cuitas.
Por estos lugares distingue a Fedra y a Procris y a la triste
Erifile mostrando las heridas de su cruel hijo,
y a Evadne y Pasífae; Laodamía les acompaña
y Céneo, mozo un día y hoy mujer de nuevo,
vuelta a su antigua figura por obra del destino.
Entre todas ellas la fenicia Dido, reciente aún su herida,
errante andaba por la gran selva; el héroe troyano
en cuanto llegó a su lado y la reconoció oscura
entre las sombras, como el que a principios de mes
ve o cree haber visto alzarse la luna entre las nubes,
lágrimas vertió y le habló con dulce amor:
«Infeliz Dido, ¿así que cierta era la noticia
que me llegó de que habías muerto y buscado el final con la espada?
¿Fui entonces yo, ¡ay!, la causa de tu muerte? Por los astros
juro, por los dioses y por la fe que haya en lo profundo de la tierra;
contra mi deseo, reina, me alejé de tus costas.
Que los mandatos de los dioses, que ahora a ir entre sombras,
por lugares desolados me fuerzan y una noche cerrada,
me obligaron con su poder, y creer no pude
que con mi marcha te causara un dolor tan grande.
Deténte y no te apartes de mi vista.
¿De quién huyes? Por el hado, esto es lo último que decirte puedo.»
Con tales palabras Eneas trataba de calmar el alma
ardiente de torva mirada, y lágrimas vertía.
Ella, los ojos clavados en el suelo, seguía de espaldas
sin que más mueva su rostro el discurso emprendido
que si fuera de duro pedernal o de roca marpesia.
Se marchó por fin y hostil se refugió
en el umbroso bosque donde su esposo primero, Siqueo,
comparte sus cuitas y su amor iguala.
Eneas por su parte emocionado con el suceso inicuo
y mientras se aleja, llorando la sigue de lejos y se compadece.
Prosiguen entonces el camino marcado. Y ya cruzaban los campos
últimos, los que, apartados, habitan los famosos en la guerra.
Aquí se le presenta Tideo, aquí famoso en las armas
Partenopeo y el fantasma del pálido Adrasto,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Oso aquí los Dardánidas tan llorados arriba, en combate
caídos, a los que viendo en larga fila, por todos
gimió, a Glauco, Medonte y Tersíloco,
hijos los tres de Anténor, y a Polibetes consagrado a Ceres,
y a Ideo, aún con su carro y aún con sus armas.
Numerosas almas le rodean a derecha y a izquierda,
Y no se conforman con haberle visto una vez; les place pararse
Y seguir sus pasos y saber las causas de su llegada.
Pero los jefes de los dánaos ylas falanges de Agamenón
cuando vieron al héroe y sus armas brillantes entre las sombras,
se echaron a temblar con gran miedo; unos volvieron la espalda
como buscaron sus naves un día; otros dejaron escapar
un hilo de voz: el grito iniciado se queda en sus gargantas.
Y entonces al hijo de Príamo con el cuerpo destrozado,
a Deífobo ve, mutilado cruelmente el rostro,
el rostro y ambas manos, y las sienes podadas,
sin las orejas, y las narices truncas en infamante herida.
A duras penas le reconoció, tembloroso y el cruel suplicio
intentando ocultar, y se adelanta con voz conocida:
«Deífobo, poderoso guerrero de la alta sangre de Teucro,
¿quién pudo gustar de infligirte castigos tan crueles?
¿A quién se le dio tanto sobre ti? La última noche
me trajo la noticia de que, cansado de matar pelasgos,
habías caído tú sobre un confuso montón de muertos.
Entonces yo mismo en la costa retea un túmulo inane
te levanté y con gran voz invoqué tres veces a tus Manes.
Tu nombre y tus armas guardan el lugar; a ti, amigo, verte
no pude ni enterrarte al partir en el suelo de la patria.»
A lo que el Priámida: «Nada descuidaste, amigo mío;
en todo cumpliste con Deífobo y con las sombras de su cadáver.
Pero mis propios hados y el criminal delito de la lacedemonia
en estas penas me hundieron; ella me dejó estos recuerdos.
Sabes bien cómo nos descuidamos la última noche
entre alegrías engañosas: es preciso recordarlo siempre.
Cuando el caballo fatal llegó en su salto a las alturas
de Pérgamo y grávido trajo en su panza guerreros armados,
ella guiaba a las frigias como en un baile entonando
los cantos de Baco; ella misma sostenía en medio una antorcha
enorme y llamaba a los dánaos desde lo alto de la ciudadela.
Agotado entonces de preocupaciones y vencido por el sueño
me retuvo mi lecho infausto y de mí se apoderó al tumbarme
un dulce y profundo descanso en todo semejante a la plácida muerte.
Entre tanto mi egregia esposa saca todas las armas
de mi casa y había apartado de mi cabeza mi fiel espada:
llama dentro a Menelao y le abre las puertas,
pensando, sin duda, que éste sería un buen regalo para su amante
y así poder expiar la fama de antiguas desgracias.
¿A qué me entretengo? Irrumpen en el tálamo y se les suma
el Eólida muñidor de crímenes. Dioses, para los griegos cosas
así reservad, si castigo reclamo con boca piadosa.
Pero, ea, dime tú en respuesta qué avatares te han traído
vivo. ¿Llegas a causa de las peripecias del piélago,
o por orden de los dioses? ¿Qué fortuna te fatiga
para entrar en tristes moradas sin sol, en túrbidos lugares?»
Con esta conversación había ya la Aurora en su cuadriga
de rosas pasado la mitad del eje con etérea carrera,
ytal vez así transcurriría todo el tiempo concedido,
mas le advirtió su compañera y brevemente le dijo la Sibila:
«La noche llega, Eneas, y nosotros pasamos las horas llorando.
Éste es el lugar donde el camino se parte en dos direcciones:

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

la derecha lleva al pie de las murallas del gran Dite,
ésta será nuestra ruta al Elisio; la izquierda, sin embargo,
castigo procura a las culpas y manda al Tártaro impío.»
Deífobo, a su vez: «No te enojes, gran sacerdotisa;
me marcho, vuelvo al grupo y regreso a las tinieblas.
Ve, ve, gloria nuestra; que tengas hados mejores.»
Esto dijo, y aún hablando volvió sobre sus pasos.
Mira Eneas atrás y de pronto bajo una roca a la izquierda
ve unas anchas murallas protegidas con un triple muro
que rauda corriente ciñe de ardientes llamas,
el Flegetonte del Tártaro, y arrastra resonantes piedras.
Enfrente queda una puerta enorme y unas columnas de diamante macizo,
tal que ninguna fuerza humana ni los propios habitantes del cielo
podrían abrir en son de guerra; una torre de hierro se alza al aire,
Y Tisífone sentada, revestida de un manto de sangre,
guarda insomne la entrada de día y de noche.
Por aquí se escuchan gemidos y el chasquido de crueles
azotes con el estridor del hierro y de cadenas arrastradas.
Se detuvo Eneas y escuchó el estrépito aterrorizado:
«¿De qué crímenes se trata? Habla, virgen. ¿Con qué penas
se les atormenta? ¿A qué tanto lamento por el aire?»
Entonces la vidente así comenzó a decir: «Caudillo famoso de los teucros,
ningún inocente puede detenerse en el umbral de los criminales;
pero a mí, cuando Hécate me puso al cuidado de los bosques avernos,
ella misma me mostró los castigos de los dioses y me llevó por todas partes.
Manda en estos reinos despiadados Radamanto de Cnosos
y castiga y escucha los engaños y a declarar obliga
lo que cada cual entre los vivos, las culpas cometidas,
dejó para la muerte tardía contento con un fraude vano.
Al punto la vengadora armada con su látigo cae saltando,
Tisífone, sobre los culpables, y con las torvas serpientes
en la izquierda llama al ejército cruel de sus hermanas.
Entonces finalmente chirrían sobre su horrísono gozne y se abren
las sagradas puertas. ¿Ves qué guardián hay sentado
a la entrada, qué monstruo guarda los umbrales?
La gigantesca Hidra con sus cincuenta negras bocas,
más cruel aún, tiene dentro su sede. Luego es el Tártaro mismo,
que se abre al abismo y se extiende bajo las sombras dos veces
lo que la vista del cielo hasta el Olimpo etéreo.
Aquí la antigua prole de la Tierra, los jóvenes Titanes,
por el rayo abatidos se revuelven en la profunda hondura.
Aquí vi también a los dos Alóadas, los enormes
cuerpos, los que intentaron rasgar el gran cielo
con sus manos y arrojar a Jove de los reinos superiores.
A Salmóneo vi también pagando cruel castigo
por imitar los fuegos de Júpiter y los sonidos del Olimpo.
Llevado éste por cuatro caballos y agitando una antorcha,
por los pueblos de los griegos y la ciudad en el centro de la Élide
marchaba triunfante, y pedía para sí honor de dioses,
pobre loco que las nubes y el rayo inimitable
simulaba con bronces y con el trote de los cascos de los caballos.
Pero el padre todopoderoso blandió su dardo entre el denso
nublado, no antorchas o los fuegos humeantes
de las teas, y lo hundió de cabeza en el profundo abismo.
También a Ticio podía verse, retoño de la madre Tierra,
cuyo cuerpo se extiende a lo largo de nueve yugadas
mientras un buitre enorme de corvo pico
devora su hígado inmortal y las entrañas fecundas
con el castigo y rebusca en su comida y vive metido
en su pecho sin dar descanso alguno a las fibras renacidas.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

¿Para qué mencionar a los Lápitas, a Ixión y Pirítoo?
Sobre ellos una negra roca a punto de caer amenaza
y parece que cae; brillan las patas de oro
de altos lechos suntuosos, y los banquetes preparados ante sus ojos
con lujo de reyes; al lado la mayor de las Furias
acecha e impide tocar las mesas con las manos,
y se alza blandiendo la antorcha y atruena con su boca.
Aquí los que odiaron a sus hermanos mientras vivían,
o pegaron a su padre y engaños urdieron a sus clientes,
o quienes tras encontrar un tesoro lo guardaron para ellos
y no dieron parte a los suyos (éste es el grupo mayor),
y los muertos por adulterio, y quienes armas siguieron
impías sin miedo a engañar a las diestras de sus señores,
aquí encerrados aguardan su castigo. No trates de saber
qué castigo o qué forma o fortuna sepultó a estos hombres.
Unos hacen rodar un enorme peñasco y de los radios de las ruedas
cuelgan encadenados; sentado está y lo estará para siempre
Teseo, desgraciado, y el misérrimo Flegias a todos
advierte y a grandes voces avisa por las sombras:
«Aprended advertidos la justicia y a no despreciar a los dioses.»
Éste vendió su patria por oro y a un dueño poderoso
la sometió; leyes hizo y deshizo por dinero;
éste se metió en el lecho de su hija y en himeneos vedados:
todos osaron crímenes horribles y a cabo los llevaron.
No podría yo, así cien lenguas y cien bocas tuviera
y una voz de hierro, de sus delitos abarcar todas las formas,
todos los nombres enumerar de los castigos.»
Luego que dijo esto la longeva sacerdotisa de Febo,
«pero vamos ya, ponte en marcha y acaba la tarea emprendida;
démonos prisa -añade-; construidas en las fraguas de los Ciclopes
las murallas estoy viendo y en el arco de enfrente las puertas
donde nos ordenan depositar las ofrendas debidas».
Había dicho y a la par marchando por oscuros caminos cubren
la distancia que les separa y a la puerta se aproximan.
Gana Eneas la entrada y asperja su cuerpo
con agua fresca y cuelga la rama del umbral frontero.
Por fin, esto cumplido, realizada la ofrenda a la diosa,
llegaron a lugares gozosos y a las amenas praderas
de los bosques bienaventurados y a las felices sedes.
Aquí un aire anchuroso los campos viste de luz
purpúrea, y su propio sol y sus astros conocen.
Unos ponen a punto sus músculos en palestras de hierba,
compiten jugando y pelean en la rubia arena;
otros marcan el baile con los pies y recitan poemas.
Allí también el sacerdote tracio de larga vestidura
se acompaña con los siete tonos de los sonidos
y ya los pulsa con los dedos, ya con el plectro marfileño.
Aquí la antigua dinastía de Teucro, hermosísima prole,
héroes magnánimos nacidos en tiempos mejores,
Ilo y Asáraco y Dárdano el fundador de Troya.
De lejos contempla las armas de los héroes y sus carros vacíos;
están las lanzas clavadas en tierra y sueltos por todo
el campo pacen los caballos. El gusto que de vivos
tuvieron por carros y armas, ese cuidado en dar de comer
a lustrosos caballos, el mismo les sigue bajo tierra.
A otros distingue, en fin, a derecha e izquierda comiendo
por la hierba y entonando el alegre peán en corro
en el bosque perfumado de laurel del que hacia lo alto
corre caudalosa por la selva la corriente del Erídano.
Aquí el grupo de los que recibieron heridas luchando por la patria,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

y los que fueron castos sacerdotes mientras vivieron,
y los vates piadosos que hablaron dignos de Febo,
o quienes ennoblecieron la vida descubriendo las artes,
quienes por sus méritos lograron que los demás les recordasen:
a todos ellos, ínfulas de nieve les ciñen las sienes.
Así, esparcidos alrededor como estaban, les habló la Sibila,
y a Museo el primero (pues la multitud lo tiene
en el centro y lo contempla asomando con sus altos hombros):
«Decid, ánimas felices, y tú, el mejor de los vates,
¿qué región, qué lugar tiene a Anquises? Por su causa
venimos y atravesamos del Érebo las aguas caudalosas.»
Y esta respuesta le dio el héroe con pocas palabras:
«Ninguno tiene morada fija; vivimos en bosques tupidos,
y andamos por los lechos de las riberas y los frescos prados
de los arroyos. Pero vosotros, si en el corazón os lo pone el deseo,
pasad este collado y os pondré ya en un camino fácil.»
Dijo, y echó a andar delante y desde la altura les muestra
la espléndida llanura; dejan luego las altas cimas.
Y el padre Anquises, en lo hondo de un valle verdeante,
observaba a las almas encerradas que iban a subir al mundo
superior fijándose con atención, y al número todo
de los suyos andaba censando, y a sus nietos queridos
y el hado y la fortuna de los hombres, sus costumbres y sus obras.
Y cuando vio a Eneas que le venía al encuentro
por la hierba, le tendió gozoso ambas palmas,
se llenaron de lágrimas sus mejillas y la voz se escapó de su boca:
«¡Al fin, has llegado! ¿Esa piedad tuya que tu padre anhelaba
ha podido vencer el duro camino? ¿Se me da mirar tu rostro,
hijo mío, y escuchar y responder a voces conocidas?
Así ciertamente lo esperaba en mi corazón y pensaba
que ocurriría los días contando, y no me engañó mi cuidado.
¡Qué tierras y qué mares inmensos has recorrido
para que te reciba! ¡Por qué peligros has pasado, hijo!
¡Cómo temí que te dañaran los reinos de Libia!»
Y Eneas a su vez: «Padre, tu triste imagen a menudo
se me apareció y me empujó a buscar estos umbrales;
las naves aguardan en el mar tirreno. Dame tu diestra,
dámela, padre mío, y no te sustraigas a mi abrazo.»
Así diciendo con mucho llanto regaba a la vez su rostro.
Tres veces intentó poner los brazos en torno a su cuello;
tres veces huyó de sus manos la imagen en vano abrazada,
como el viento ligera y en todo semejante al sueño fugitivo.
Ve entretanto Eneas en el fondo de un valle
un apartado bosque y las ramas susurrantes de la selva,
y el río Lete que corre delante de las plácidas mansiones.
A su alrededor gentes innúmeras y pueblos volaban:
como las abejas cuando en la calma del verano por los prados
se posan en flores diversas y de los cándidos lirios
en torno se derraman, vibra todo el campo con su murmullo.
Se espanta Eneas, ignorante, por la visión repentina
y pregunta los motivos, qué ríos son ésos,
y quiénes llenan sus riberas en numeroso grupo.
A eso el padre Anquises: «Ánimas a las que otro cuerpo
se debe por el hado, junto a las aguas del río Lete
beben el líquido sereno y largos olvidos.
Hace ya tiempo que quiero hablarte de ellas y delante
ponértelas, enumerarte esta prole de los míos,
para que más te alegres conmigo de haber encontrado Italia.»
«Padre mío, ¿hay que pensar entonces que de aquí suben al cielo
ligeras algunas almas y de nuevo regresan a los torpes

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

cuerpos? ¿Qué ansia tan cruel de luz es la de estos desgraciados?»
«Te lo diré en verdad y no te dejaré, hijo, sin respuesta»,
comienza Anquises y por orden va explicando cada cosa.
«Para empezar, el cielo y las tierras y los líquidos llanos
y el luminoso globo de la luna y el astro titanio,
un espíritu interior los alienta y un alma metida en sus miembros
da vida a la mole entera y se mezcla con el gran cuerpo.
De ahí la estirpe de los hombres y los ganados y la vida de las aves
y los monstruos que el ponto guarda bajo la superficie de mármol.
De fuego es su vigor y celeste el origen
eso de las semillas, en tanto no las gravan cuerpos dañinos
o partes terrenales las embotan y miembros que han de morir.
Entonces temen y desean, sufren y gozan y las auras
no ven, encerradas en las tinieblas y en una cárcel ciega.
Y así, cuando en el día supremo las deja la vida,
no por ello todo mal abandona a las desgraciadas
ni del todo el contagio del cuerpo, y es bien natural
que misteriosamente arraiguen muchas adherencias.
De modo que se las prueba con penas y de antiguas culpas
sufren el castigo. Unas colgadas se abren
a los vientos inanes, de otras en vasto remolino
se lava el crimen infecto o con fuego se quema;
cada cual padecemos los propios Manes; después se nos suelta
por el Elisio anchuroso, y unos cuantos ocupamos los campos felices
hasta que el largo día, cumplido el ciclo del tiempo,
limpia la impureza arraigada y puro deja
el sentido etéreo y el fuego del aura primitiva.
A todas ellas, luego que durante mil años giraron la rueda,
el dios las llama en numeroso grupo al río Lete,
para que sin memoria de nuevo contemplen la bóveda del cielo
ya desear empiecen otra vez entrar en un cuerpo.»
Había dicho Anquises, y a su hijo junto con la Sibila
lleva al centro de una asamblea y una ruidosa muchedumbre,
Y gana una altura desde donde ver pueden en larga fila
a todos de frente, y conocer los rostros de los que llegan.
«Mira ahora, qué gloria ha de seguir en adelante a la raza
de Dárdano, qué descendencia aguarda a la ítala estirpe,
almas ilustres y que han de sumarse a nuestro nombre,
te explicaré con palabras, y te haré ver tu propio destino.
Aquel joven -es- que se apoya sobre el asta pura,
ocupa por suertes el lugar más cercano a la luz, el primero a las auras
etéreas subirá con mezcla de ítala sangre,
Silvio, nombre albano, tu póstuma prole
que, longevo, tarde tu esposa Lavinia
te criará en las selvas, rey y padre de reyes,
de donde nuestra raza dominará en Alba Longa.
A su lado está Procas, gloria del pueblo troyano,
y Capis y Numitor y el que te hará volver con su nombre,
Silvio Eneas, por igual en piedad y en armas
egregio, si alguna vez recibe el reino de Alba.
¡Qué jóvenes! ¡Qué fuerza demuestran –mira-
y qué sienes ciñe con su sombra la cívica encina!
Éstos Nomento y Gabios y la ciudad de Fidena,
éstos el alcázar colatino levantarán para ti sobre los montes,
Pometios y Castro de Inuo y Bola y Cora;
éstos serán sus nombres luego, hoy son tierras sin nombre.
Y el hijo de Marte se hará compañero del abuelo,
Rómulo, a quien de la sangre de Asáraco su madre Ilia
parirá. ¿No ves cómo se alzan sobre su cabeza dos crestas
y el mismo padre de los dioses ya con su honor lo señala?

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

¡Ah, hijo! Bajos los auspicios de éste aquella ínclita Roma
igualará su imperio con las tierras, su espíritu con el Olimpo,
y una que es rodeará sus siete alcázares con un muro,
bendita por su prole de héroe, como la madre Berecintia
coronada de torres se deja llevar en su carro por las ciudades frigias
gozosa con el parto de dioses, abrazando a sus cien nietos,
habitantes todos del cielo, todos en las regiones superiores.
Vuelve hacia aquí tus ojos, mira este pueblo
y a tus romanos. Aquí, César y toda de Julo
la progenie que ha de llegar bajo el gran eje del cielo.
Éste es, éste es el hombre que a menudo escuchas te ha sido prometido,
Augusto César, hijo del divo, que fundará los siglos
de oro de nuevo en el Lacio por los campos que un día
gobernara Saturno, y hasta los garamantes y los indos
llevará su imperio; se extiende su tierra allende las estrellas,
allende los caminos del año y del sol, donde Atlante portador del cielo
hace girar sobre sus hombros un eje tachonado de lucientes astros.
Ante su llegada, ahora ya se horrorizan los reinos caspios
con las respuestas de los dioses y la tierra meotia,
y se estremecen las siete bocas temblorosas del Nilo.
Ni aun Alcides recorrió tanta tierra,
bien que asaetease a la cierva de patas de bronce o de Erimanto
en los bosques pusiera paz y temblar hiciera a Lerna con su arco;
ni el que victorioso lleva sus yuntas con riendas de pámpanos,
Líber, bajando tigres de la elevada cumbre del Nisa.
¿Y aún dudamos en extender el valor con hazañas,
o el miedo nos impide quedarnos en la tierra de Ausonia?
¿Quién es aquel que lleva a lo lejos los símbolos sagrados
distinguido con la rama del olivo? Reconozco el cabello y la barba
canosa del rey romano que con sus leyes la ciudad primera
fundará, de la pequeña Cures y de una pobre tierra
lanzado a un gran imperio. A éste le seguirá después
Tulo, quien romperá los ocios de la patria y a sus hombres inactivos
mandará a la guerra y a escuadrones ya sin costumbre
de triunfos. De cerca le sigue Anco, demasiado orgulloso,
que incluso ya aquí goza en demasía con el favor del pueblo.
¿Quieres ver también a los reyes Tarquinios y el alma
orgullosa del vengador Bruto y las fasces recobradas?
La autoridad del cónsul él será el primero en recibir y las crueles
segures y, padre, en nombre de la hermosa libertad
pedirá el castigo para sus hijos por levantar guerras nuevas,
desgraciado comoquiera que juzguen esto sus descendientes:
Vencerá el amor de la patria y un ansia de gloria sin medida.
También a Decios y Drusos a lo lejos y a Torcuato mira
cruel con su segur y a Camilo que recupera las enseñas.
Pero aquellas almas que ves brillar con armas parecidas,
en paz ahora y mientras esta noche las contenga,
¡ay! ¡Qué guerra terrible entre ellas, si la luz de la vida
llegan a alcanzar, qué ejércitos moverán y qué matanza:
el suegro bajando de las laderas alpinas y la roca
de Moneco, el yerno frente a él con las tropas de oriente!
No, muchachos, no acostumbréis vuestro ánimo a guerras tan grandes
ni volváis fuerzas poderosas contra las entrañas de la patria,
y tú más, ¡perdona tú que eres del linaje del Olimpo,
arroja las armas de tu mano, sangre mía!
Aquél, sometida Corinto, su carro llevará victorioso
al alto Capitolio, insigne por la matanza de aqueos.
Abatirá aquél Argos y de Agamenón la Micenas
e incluso a un Eácida, estirpe de Aquiles poderoso en las armas,
vengando a los antepasado de Troya y los templos mancillados de Minerva.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

¿Quién dejará de nombrarte, gran Catón, o a ti, Coso?
¿Quién la estirpe de Graco o a los dos Escipiones,
dos rayos de la guerra, azote de Libia, y al poderoso en lo poco,
Fabricio, o a ti, Serrano, sembrando tus surcos?
¿A dónde me lleváis cansado, Fabios? Tú el Máximo aquél eres,
quien solo, contemporizando, nos salvas el estado.
Labrarán otros con más gracia bronces animados
(no lo dudo), sacarán rostros vivos del mármol,
dirán mejor sus discursos, y los caminos del cielo
trazarán con su compás y describirán el orto de los astros:
tú, romano, piensa en gobernar bajo tu poder a los pueblos
(éstas serán tus artes), y a la paz ponerle normas,
perdonar a los sometidos y abatir a los soberbios.»
Así, el padre Anquises, y añade ante su asombro:
«Mira cómo llega Marcelo señalado por opimo
botín y vencedor sobresale entre todos los soldados.
Éste los intereses de Roma en medio de gran revuelta
afirmará a caballo, tumbará a los púnicos y al galo rebelde,
y colgará el tercero al padre Quirino las armas capturadas.»
Y entonces Eneas (pues a su lado marchar veía
a un joven de hermoso aspecto y armas brillantes,
mas ensombrecida su frente y los ojos en un rostro abatido):
«¿Quién, padre, es aquel que así acompaña el caminar del héroe?
¿Su hijo o alguno de la gran estirpe de sus nietos?
¡Qué estrépito forma su séquito! ¡Qué talla la suya!
Pero una negra noche de triste sombra vuela en torno a su cabeza.»
A lo que el padre Anquises sin contener las lágrimas repuso:
«¡Ay, hijo! No preguntes por un gran duelo de los tuyos;
los hados lo mostrarán a las tierras sólo y que más sea
no habrán de consentir. La descendencia romana demasiado poderosa
os parecería, dioses, si hubiera contado con este presente.
¡Cómo se llenará de gemidos de hombres el campo aquel
junto a la gran ciudad de Marte! ¡Y qué funerales verás,
Tiberino, cuando pases lamiendo el túmulo reciente!
Ningún hijo del pueblo troyano hará llegar tan lejos
las esperanzas de los padres latinos, ni se jactará tanto
la tierra de Rómulo nunca con ninguno de sus retoños.
¡Ay, piedad! ¡Ay, fe de los antiguos y diestra invicta
en la guerra! Nadie habría salido a su encuentro en armas
impunemente, bien que a pie fuera contra el enemigo,
bien que clavase su espuela en los ijares del espumante caballo.
¡Pobre muchacho, ay! Si puedes quebrar un áspero sino,
tú serás Marcelo. Dadme lirios a manos llenas,
que he de cubrirlo de flores de púrpura y colmar el alma
de mi nieto al menos con estos presentes, y cumplir una huera
ofrenda.» Así vagan sin rumbo por la región entera
en los anchos campos aéreos y todo recorren.
Luego que Anquises llevó a su hijo a ver cada cosa
y encendió su corazón con el ansia de la fama venidera,
cuenta después las guerras al héroe que ha de pasar
y le muestra los pueblos laurentes y la ciudad de Latino,
y cómo y qué fatigas ha de evitar y ha de soportar.
Dos son las puertas del Sueño, de las cuales una se dice
de cuerno, por donde fácil salida se da a las sombras verdaderas;
la otra resplandece del brillante marfil que la forma
pero envían los Manes al cielo los falsos ensueños.
Allí Anquises lleva luego a su hijo junto con la Sibila
con estas palabras y los saca por la puerta marfileña,
va este derecho a las naves y encuentra a sus compañeros.
Se dirige entonces por la costa al puerto de Cayeta.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Cae el áncora de la proa; se yerguen las naves en la playa.

LIBRO VII

Tú también a nuestros litorales, oh nodriza de Eneas,
fama diste inmortal con tu muerte, Cayeta;
y aún hoy conservan tus honras el lugar y los huesos tu nombre
en Hesperia la grande -si gloria es eso- señala.
El piadoso Eneas, celebradas debidamente las exequias,
levantando el terraplén del túmulo, luego que callaron
los mares profundos, abre camino a sus velas y el puerto abandona.
Brisas lo llevan soplando hacia la noche y no oculta el rumbo
una luna brillante, esplende el mar a la luz temblorosa.
Pasan rozando las cercanas costas de la tierra de Circe,
donde la exhuberante hija del Sol recónditos bosques
hace que resuenen de su canto continuo, y a las luces de la noche
en moradas soberbias quema el cedro oloroso
mientras recorre las delicadas telas con afilado peine.
Se escuchan allí los gemidos y la furia de los leones
que cadenas rechazan y rugen bien entrada la noche;
y los cerdos erizados de púas y los osos enfurecidos
en sus jaulas y el aullido de las sombras de lobos enormes:
a todos de su aspecto humano la diosa cruel con poderosas hierbas
los había cambiado, Circe, en rostro y cuerpos de fieras.
Para que maravilla semejante no sufrieran los piadosos troyanos
si entraban en el puerto, ni padecieran un litoral cruel,
Neptuno llenó sus velas de vientos favorables,
propició su huida y los lanzó más allá de hiervientes escollos.
Y ya enrojecía con sus rayos el mar y desde el alto éter
la Aurora brillaba de azafrán en su biga de rosas,
cuando se posaron los vientos y se detuvo de repente todo
soplo y se esfuerzan los remos en el tardo mármol.
Y ve entonces Eneas un enorme bosque
desde el mar. Aquí el Tiber de amena corriente
y rápidas crestas y rubio de la mucha arena
irrumpe en el mar. Alrededor y en lo alto frecuentan
aves diversas sus orillas y el curso del río
endulzando el aire con su canto y volaban por el bosque.
Torcer el rumbo ordena a sus compañeros y volver las proas
a tierra y alegre se adentra en la corriente umbrosa.
Ahora ea, Erato. He de contar qué reyes, qué tiempos,
cuál era en el Lacio antiguo el estado de las cosas,
cuando un ejército extranjero llevó su flota
a las costas ausonias, y cantaré el origen de la lucha primera.
Tú, diosa, ilumina tú al vate. He de decir guerras horribles,
he de decir ejércitos formados y reyes que el valor condujo a la muerte
y las tropas tirrenas y toda entera sometida alas armas
Hesperia. Se alza ante mí una serie mayor de sucesos,
emprendo una obra aún más grande.
Reinaba el rey Latino,
ya anciano, en larga paz sobre campos y tranquilas ciudades.
Que era éste nacido de Fauno yla Ninfa laurente Marica
sabemos; Pico fue el padre de Fauno y a ti, Saturno,
por padre te tiene éste: eres tú el origen remoto de esta sangre.
No tenía hijo Latino por sino de los dioses ni le quedaba
de varones prole alguna, que había perdido en el surgir de la primera juventud.
Sola guardaba su casa y posesiones tan grandes una hija,
madura ya para varón, ya con los años de casar cumplidos.
Muchos la pretendían del gran Lacio y de Ausonia

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

entera; la pretendía el más bello que todos los otros,
Turno, poderoso de abuelo ybisabuelo, a quien la regia esposa
animaba con ansia sorprendente a unírsele por yerno;
mas portentos divinos lo impiden con terrores diversos.
Había un laurel en medio de la casa, en lo más hondo,
de sagrado follaje y cuidado con reverencia durante muchos años,
que, se decía, el padre Latino en persona encontró y consagró
a Febo, al fundar de la ciudad los cimientos,
y que por él puso de nombre laurentes a los colonos.
De aquél en lo más alto una nube de abejas
(asombra contarlo) se instaló, llevadas por el aire
transparente con intenso zumbido y se colgó con las patas trabadas
un repentino enjambre de la rama frondosa.
Al punto el vate dijo: «Vemos que llega
un hombre extranjero, y que del mismo sitio viene
al mismo sitio y se apodera de la alta fortaleza.»
Además, mientras los altares perfumaba con castas antorchas
y junto a su padre en pie estaba la joven Lavinia,
se vio (¡qué espanto!) que un fuego prendía en el largo cabello
y ardía todo su tocado entre llamas crepitantes,
abrasado su pelo de reina, abrasada la corona
cuajada de gemas; llena de humo, entonces, la envolvía
una luz amarilla y extendía a Vulcano por toda la casa.
Contaban esta visión como algo horrible y asombroso,
pues anunciaba que ilustre y famoso sería su propio
destino, pero que gran guerra habría de traer a su pueblo.
Entonces el rey, preocupado por estos fenómenos, de Fauno el oráculo,
su padre clarividente, busca y consulta los bosques
al pie de la alta Albúnea, donde resuena la mayor de las selvas
con su fuente sagrada que, sombría, exhala terribles vapores.
Aquí los pueblos de Italia y toda la tierra de Enotria
respuesta buscan en la duda; aquí el sacerdote,
cuando lleva su ofrenda y en la noche callada se acuesta
en pellejos de velludas ovejas y el sueño concilia,
puede ver con maravillosas figuras muchas imágenes volar
y escucha voces diversas y de la conversación goza
de los dioses y habla con el Aqueronte del profundo Averno.
Aquí también entonces el padre Latino respuesta buscando
sacrificaba según el rito cien lanudas ovejas y acostado
descansaba sobre sus vellones extendidos.
De la hondura del bosque le llegó una voz repentina:
«No pretendas casar a tu hija con un matrimonio latino,
oh, sangre mía, ni confíes en el tálamo ya preparado.
Yernos vendrán extranjeros que con su sangre nuestro
nombre llevarán a los astros y cuyos descendientes
todo verán caer bajo sus pies, todo gobernarán
cuanto ve el sol al correr de uno a otro Océano.»
No guarda en su boca Latino esta respuesta
de su padre Fauno ni los consejos recibidos en la noche callada,
sino que ya la Fama que vuela alrededor por las ciudades
ausonias los había llevado, cuando la juventud laomedontia
ató sus naves a la pendiente hermosa de la orilla.
Eneas y sus jefes primeros y el apuesto Julo
dan con sus cuerpos bajo las ramas de un árbol alto,
y ordenan un banquete y disponen por la hierba bajo los alimentos
tortas de harina (así el propio Júpiter se lo inspiraba)
y colman de frutas silvestres el suelo cereal.
Aquí por caso, cuando todo acabaron y la poca comida les obligó
a hincar el diente en la delgada pasta de Ceres
y a violar con manos y audaces mandíbulas el círculo

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

de las tortas del destino, sin dejar siquiera los anchos cuadros:
«¡Vaya! ¿Hasta las mesas nos comemos?», exclamó Julo
y nada más, en broma. El escuchar estas palabras por vez primera
trajo el final de las fatigas, y al punto las arrancó el padre
de la boca de quien las dijo y le hizo callar pasmado del augurio.
Al punto: «Salve, tierra que el destino nos debía,
y salve a vosotros -dijo-, leales Penates de Troya.
Aquí está mi casa, ésta es mi patria. Pues ya mi padre
Anquises (ahora lo recuerdo) me dejó estos arcanos del destino:
"Cuando, hijo mío, estés en litoral desconocido y por el hambre
te veas obligado, agotadas las viandas, a devorar las mesas,
acuérdate, aun cansado, de esperar tus casas y de con tu mano
levantar allí tu primera morada y disponer alrededor un muro."
Ésta era el hambre aquélla, ésta por último nos aguardaba
para marcar el fin de nuestros sufrimientos.
Así que ánimo y, contentos, con la primera luz del sol
qué lugares o qué hombres los ocupan, dónde las murallas del pueblo
investiguemos y salgamos del puerto por diversos caminos.
Libad ahora las páteras a Júpiter y con preces llamad
a mi padre Anquises, y reponed el vino de las mesas.»
Después de hablar así ciñe sus sienes con una frondosa
rama y al genio del lugar y a la primera de las diosas,
la Tierra, y a las Ninfas y a los ríos aún desconocidos
invoca, como a la Noche y de la Noche a los astros nacientes
y a Júpiter Ideo y a la madre frigia por orden
les reza y a su madre en el cielo y en el Érebo al padre.
Tronó entonces tres veces el padre todopoderoso, brillante
en lo alto del cielo, y con sus rayos y el oro de la luz por su mano
mostró una nube ardiente sacudiéndola desde el éter.
Corre de pronto en el campo troyano el rumor
de que el día había llegado en que la muralla debida fundaran.
Reanudan encendidos el banquete y ante visión tan grande
llenan alegres las crateras y coronan el vino.
Cuando la luz del día siguiente a bañar empezaba
las tierras, la ciudad y el territorio y las costas de ese pueblo
exploran por caminos diversos: éstas eran las aguas de la frente del Numico,
éste el río Tíber, aquí vivían los valientes latinos.
Entonces el hijo de Anquises ordena marchar al augusto
recinto del rey a cien oradores elegidos entre todas
las clases, cubiertos todos con las ramas de Palas,
a llevarle presentes y pedir la paz para los teucros.
Sin tardanza se apresuran a cumplir la orden y van
a toda prisa. Él marca las murallas con un surco en el suelo
y prepara el lugar y, a la manera de los campamentos,
rodea el emplazamiento primero de la costa con un terraplén y unas almenas.
Y ya divisaban los jóvenes, cubierto el camino, las torres
y los altos tejados de los latinos y llegaban al muro.
Delante de la ciudad niños y jóvenes en la flor primera
practican a caballo y prueban sus carros en el polvo,
o tensan los dificiles arcos o agitan con sus brazos
pesadas lanzas, y compiten corriendo o a golpes,
cuando un mensajero se adelanta a caballo y lleva
a oídos del anciano rey que han llegado unos hombres
enormes de extraña vestidura. Él ordena que sean llevados
a palacio y se sienta en el centro en el trono de sus mayores.
Estaba en lo alto de la ciudad la augusta morada,
enorme, alzada sobre cien columnas, el palacio del laurente Pico,
imponente de selvas y por la devoción de los mayores.
Aquí quería el augurio que recibieran los reyes el cetro
y levantasen las primeras fasces; era éste su templo, la curia,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

éste el lugar de sus sagrados banquetes; aquí, matando el carnero,
solían sentarse los padres en mesas corridas.
Aparecían además por orden las efigies de los antepasados
en rancia madera de cedro, ítalo y el padre Sabino
plantador de la vid, con una corva hoz bajo su figura,
y el anciano Saturno y la imagen de Jano bifronte
estaban en el vestíbulo y desde el principio los demás reyes
con las heridas de Marte recibidas luchando por la patria.
Y muchas armas además sobre sagrados postes,
cuelgan carros prisioneros y corvas segures
y penachos de yelmos y enormes cerrojos de las puertas
y lanzas y escudos y las quillas arrancadas a las naves.
El propio Pico aparecía sentado, el domador de caballos,
con la trompeta de Quirino y ceñido de breve trábea,
y en la izquierda llevaba un escudo; a éste su esposa, loca de pasión,
golpeándolo con varita de oro y con filtros cambiándolo,
Circe, pájaro lo volvió y salpicó de colores sus alas.
Del interior de tal templo, sentado en el trono de sus padres,
Latino llamó a los teucros a su lado y les hizo pasar,
y una vez allí les dice el primero con boca placentera:
«Decidme, Dardánidas (pues no nos es vuestra ciudad desconocida
ni vuestra raza, y hemos oído que andáis vagando por el mar),
¿qué buscáis? ¿Qué motivo o qué necesidad arrastró
vuestras naves a la playa de Ausonia por vados cerúleos?
Bien por errar la ruta, bien llevados de las tempestades
cual a menudo sucede en alta mar a los marinos,
os habéis adentrado en las orillas del río e instalado en el puerto.
No evitéis nuestra hospitalidad ni queráis ignorar a los latinos,
raza de Saturno que es justa no por ley o atadura,
sino por voluntad propia y siguiendo el ejemplo del antiguo dios.
Que recuerdo, en efecto (aunque los años oscurecen los hechos),
que así lo contaban los viejos auruncos, cómo nacido en estos campos
llegó Dárdano hasta las ciudades ideas de Frigia
y a la Samos de Tracia, que ahora llaman Samotracia.
A aquel que de aquí partió del tirreno solar de Córito,
ahora en solio de oro la morada regia del cielo estrellado
lo acoge y aumenta en los altares el número de los dioses.»
Dijo, y con estas palabras le sigue Ilioneo:
«Rey de la egregia estirpe de Fauno, ni la negra tormenta
nos obligó, llevados de las olas, a arribar a esta tierra vuestra
ni la estrella o la costa nos hicieron errar el camino.
Hemos llegado a esta ciudad por decisión propia y queriéndolo
en nuestro corazón, expulsados del reino más grande
que un día el sol contempló en su camino desde el Olimpo.
De Jove el origen de la raza nuestra, la juventud dardánida
se enorgullece de su padre Jove y de la raza suprema de Jove nuestro rey:
el troyano Eneas nos ha traído hasta tus umbrales.
De qué manera de la cruel Micenas se desató por los ideos
campos la tempestad, por qué hados llevados de una y otra parte
se enfrentaron el mundo de Europa y el de Asia,
lo saben tanto el que el límite de las tierras aleja
donde refluye el Océano como aquel a quien separa la zona del sol inicuo
que se extiende en medio de las otras cuatro.
Después de aquel desastre llevados por tantos vastos mares,
buscamos un pequeño solar para los dioses patrios y una costa
tranquila, y agua y aire libre para todos.
No seremos indignos de vuestro reino ni será pequeña
vuestra fama ni se borrará la gracia de tan grande favor,
ni habrán de arrepentirse los ausonios de acoger a Troya en su regazo.
Que lo juro por los hados y la diestra poderosa de Eneas,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

si alguno hay que la haya conocido en tratos o en armas y guerra;
muchos pueblos, muchas naciones (no nos desprecies, aunque
nos veas con cintas en las manos y palabras suplicantes)
nos requirieron y quisieron unirnos con ellos;
mas los hados de los dioses nos obligaron con su fuerza
a buscar vuestras tierras. De aquí procede Dárdano,
aquí nos manda de nuevo Apolo y nos obliga con sus órdenes
al Tiber tirreno y a las sagradas aguas de la fuente del Numico.
A ti te entrega además, como presentes, exiguos testigos
de una mejor fortuna, restos salvados de las llamas de Troya.
Con este oro libaba el padre Anquises junto a los altares,
éste era el ornato de Príamo cuando impartía justicia
según la costumbre a los pueblos convocados, el cetro y la tiara
santa y su vestido, labor de las troyanas.»
A tales palabras de llioneo fijos Latino mantenía el rostro
y la mirada y no los apartaba sin moverse del suelo,
volviendo sus ojos atentos. Y ni la púrpura bordada
distrae al rey ni le distraen los cetros de Príamo tanto
cuanto pensando está en la boda y el tálamo de la hija,
y da vueltas en su corazón al antiguo aviso de Fauno;
éste era aquel yerno venido de un país extranjero
que anunciaba el destino y con iguales auspicios
llamado estaba a reinar, de éste la estirpe que por su valor
sería famosa y habría de llenar con sus fuerzas el orbe entero.
Contento al fin exclama: «¡Secunden los dioses nuestros planes
y su propio augurio! Se te dará, troyano, lo que pides,
y no desprecio tus regalos. Mientras sea rey Latino la riqueza
no os faltará de un buen campo o la opulencia de Troya.
Así que, venga Eneas en persona, si tanto deseo tiene de nosotros,
si es que tiene prisa en sellar nuestra hospitalidad
y ser llamado nuestro aliado, y no se esconda de rostros amigos:
prenda será para mí de paz estrechar la diestra de vuestro jefe.
Volved a llevar ahora a vuestro rey mis palabras:
una hija tengo que según las suertes del templo de mi padre
no debe casarse con varón de nuestra raza, ni lo permiten
muchas señales del cielo; avisan que de costas lejanas
yernos vendrán -que éste es el futuro del Lacio- que con su sangre
alzarán nuestro nombre a las estrellas. Y yo creo que éste
es aquel que el destino reclama y así si es buen adivino el corazón, lo deseo.»
Dicho esto el padre elige caballos de su manada
(trescientos aguardaban relucientes en altos establos),
y al punto ordena que para todos los teucros sean llevados por orden
los alados corceles enjaezados de púrpura y telas bordadas
(de los pechos les cuelgan collares de cuentas de oro,
de oro cubiertos, oro amarillo muerden entre los dientes),
para el ausente Eneas un carro y una pareja para el yugo
de celestial simiente que fuego respira por la nariz,
de la raza de aquellos que a su padre robó la maga Circe
y crió bastardos de una madre que les había puesto debajo.
Con presentes tales los Enéadas y con las palabras de Latino
regresan altivos sobre sus caballos y llevan ofertas de paz.
Mas he aquí que volvía de la Argos del Ínaco
la cruel esposa de Júpiter y volaba por los aires,
y divisó a los lejos desde el cielo al feliz Eneas
y a la flota dardania por encima del sículo Paquino.
Ve cómo se alzan ya las casas, que se entregan confiados a la tierra,
que han abandonado los barcos; clavada se quedó de aguda rabia.
Sacudiendo entonces la cabeza estas palabras saca de su pecho:
«¡Ay raza odiada y a nuestros hados contrarios
hados de los frigios! ¿Así que no cayeron en los campos sigeos,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

no pudieron tampoco caer prisioneros, ni quemó el incendio
de Troya a sus guerreros? En plena batalla y entre el fuego
supieron hallar una salida. Así que, ya veo, al fin mi numen
yace agotado, o saciado mi odio me he cruzado de brazos.
¡Para eso me lancé a perseguirlos, arrojados de su patria,
con vehemencia porlas aguas y a impedir por todo el mar su huida!
Agotado se han las fuerzas del mar y del cielo contra los teucros.
¿De qué me sirvieron las Sirtes o Escila, de qué Caribdis
enorme? Ya se refugian en el ansiado cauce del Tiber
sin miedo del piélago o de mí. Fue Marte capaz de perder
al pueblo de los Lápitas gigantes; el propio padre de los dioses
entregó la antigua Calidón a la ira de Diana,
¿y qué delito cometieron Lápitas y Calidón para merecerlo?
Y heme aquí, la gran esposa de Jove que, pobre de mí,
nada dejé por intentar, que a todo me he lánzado,
vencida ahora por Eneas. Pues bien, si mi numen
no es bastante, no he de dudar ciertamente en implorar donde sea:
si domeñar no puedo a los de arriba, moveré al Aqueronte.
No me será dado alejarlos del reino latino -sea-
y sin cambio sigue por el destino la esposa Lavinia;
mas añadir y acumular obstáculos puedo a cosas tan grandes,
en dos puedo dividir a los pueblos de estos reyes.
Este precio pagarán los suyos, si suegro y yerno se unen:
de sangre troyana y rútula tendrás la dote, muchacha,
y Belona será la diosa que presida tu boda. No ha sido sola
la hija de Ciseo en parir, preñada de la tea, fuegos conyugales;
también Venus tendrá su parto y habrá un nuevo Paris,
y de nuevo funestas alumbrarán las antorchas a la Pérgamo que renace.»
Luego que dijo esto horrenda descendió a tierra;
a la enlutada Alecto de la sede de las diosas crueles
saca y de la tiniebla infernal, a la que ama las guerras
dolorosas, las iras, las insidias y los crímenes dañinos.
Hasta Plutón, su padre, la odia y sus hermanas del Tártaro
odian al monstruo: en tantos rostros se transforma,
con tan crueles caras aparece, tan negra de culebras.
Juno la provoca con estas palabras, y así le dice:
«Bríndame tu ayuda favorable, muchacha nacida de la Noche,
colabora para que mi honor no ceda ni se quebrante
mi fama en el lugar, que con bodas no puedan los Enéadas
ganarse a Latino ni en territorio ítalo instalarse.
En tus manos está lanzar al combate a hermanos de igual alma
y derribar las mansiones con el odio; tú puedes meter tu fusta
en las casas y las antorchas funerales; tú tienes mil nombres
y mil formas de dañar. Sacude tu pecho fecundo,
rompe el arreglo de paz, siembra crímenes de guerra.
Que ansíe las armas, las pida ylas empuñe la juventud.»
Sale Alecto infestada del veneno de la Gorgona
y el Lacio primero y los altos techos del caudillo
laurente busca, y se sienta en el callado umbral de Amata,
a la que, ardiente, quemaban además de la llegada de los teucros
y las bodas de Turno, cuitas y enojos de mujer.
A ella la diosa de cabellos cerúleos una sola serpiente
le lanza que se mete en su seno hasta lo hondo del pecho,
para que, enfurecida por el monstruo, sacuda la casa entera.
Se desliza ella entre el vestido y el suave pecho
yvueltas da sin contacto alguno y engaña a la enfurecida
inspirándole aliento de víbora; se vuelve la culebra
enorme collar de oro en su cuello, se vuelve remate de cinta
y ciñe sus cabellos y lúbrica vaga por sus miembros.
Y mientras el contagio primero con su húmedo veneno

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

ataca sus sentidos y envuelve sus huecos en fuego
y aún su ánimo no recibe la llama en todo el pecho,
habló dulcemente y a la manera que las madres acostumbran,
llorando y llorando por su hija y el himeneo frigio:
«¿A unos teucros sin patria será entregada mi Lavinia,
padre, y no tendrás piedad ni de ti ni de su hija?
¿Y no tendrás piedad de una madre a quien el pérfido pirata
dejará con el primer Aquilón, llevándose a su hija a alta mar?
¿Es que no fue así cómo entró en Lacedemonia el pastor frigio
y a Helena se llevó, la hija de Leda, a la ciudad troyana?
¿Qué hay de tu sagrada palabra? ¿Qué de tu antiguo cuidado por los tuyos
y de tu diestra, que tantas veces diste a tu pariente Turno?
Si para yerno se busca a uno de un pueblo que no sea latino
y así está decidido y el mandato te obliga de tu padre Fauno,
pienso en verdad que toda la tierra que está libre de tu cetro
es extranjera, y que así lo proclaman los dioses.
Y de Turno, si hay que buscar el origen primero de su casa,
Ínaco yAcrisio son los padres yMicenas la patria.»
Cuando advirtiendo que ha hablado en vano ve que Latino
sigue en su contra, y hasta el fondo de su corazón se desliza
el veneno furioso de la serpiente y por completo la gana,
entonces la infeliz empujada por terribles visiones
enloquece fuera de sí sin freno por la inmensa ciudad.
Como el trompo gira impulsado por la cuerda retorcida
con el que los niños en gran corro juegan por los patios vacíos
y practican atentos su juego: él va trazando círculos
al golpe de la cuerda; pasmados miran desde lo alto
los grupos de niños ante el boj volandero;
las vueltas le dan fuerzas. No en carrera más lenta
se agita Amata por la ciudad y entre la gente fiera.
Luego, fingiéndose bajo el numen de Baco por los bosques
se entrega a un delito mayor y en alas de una mayor locura
vuela y esconde a su hija en los montes frondosos,
para arrancársela del tálamo a los teucros y retrasar las teas,
gritando «Evohé, Baco», «sólo tú digno de mi hija»
vociferando, «que empuñe para ti los blandos tirsos,
que te rodee con su danza, que para ti alimente su cabello sagrado».
Vuela la noticia y a todas las madres, el pecho encendido
por la furia, empuja el mismo ardor a buscar nuevos techos.
Sus casas dejaron, entregan al viento su pelo y su cuello;
algunas llenan el aire de trémulo ulular
y vestidas con pieles portan las lanzas de pámpanos.
Ella en medio de todas sostiene fervorosa el pino
ardiente y canta las bodas de su hija con Turno,
torciendo una mirada de sangre, y en tono siniestro
exclama de pronto: «¡Madres del Lacio, eh! ¡Escuchadme!
Si alguna gracia para la infortunada Amata queda
en vuestros píos corazones y os muerde el diente del derecho materno,
desatad las cintas de vuestro pelo, venid a la orgía conmigo.»
Así lleva de un lado para otro Alecto a la reina,
por bosques y lugares sólo de alimañas con el estímulo de Baco.
Cuando entendió que había aguzado bastante su furor primero
y que había dado en tierra con los planes y la casa de Latino,
la diosa triste de las alas foscas vuela de aquí en seguida
a los muros del rútulo audaz, ciudad que, dicen,
Dánae fundara con colonos acrisioneos
impulsada por la fuerza del Noto. Hay un lugar que Ardea
llamaron un día los mayores, y hoy Ardea sigue siendo su gran nombre,
aunque pasó su suerte. Aquí bajo altos techos Turno
gozaba ya de un profundo descanso en una noche negra.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Alecto se quita su torva faz y sus miembros
furiosos y se transforma en la figura de una anciana
y ara de arrugas su obscena frente y ciñe sus blancos
cabellos con una cinta, entrelaza luego un ramo de olivo;
se convierte en Cálibe, la anciana de Juno sacerdotisa de su templo,
y a los ojos se presenta del joven con estas palabras:
«Turno, ¿vas a aguantar que se gasten en vano tantas fatigas
y que sea entregado tu cetro a colonos dardanios?
El rey te niega el matrimonio y una dote ganada
con sangre, y busca para su reino un heredero de lejos.
Venga, acude ya y ofrécete, burlado, a enojosos peligros;
ve y dispersa al ejército tirreno, protege con la paz a los latinos.
Que todo esto me ordenó contarte a las claras, cuando yacieras
en la plácida noche, la propia Saturnia todopoderosa.
Así que, ¡venga! Dispón gozoso que se arme la juventud
y que salga por las puertas a los campos, y abrasa a los jefes
frigios que se instalaron en el hermoso río y sus pintadas naves.
Una poderosa fuerza del cielo lo ordena. El propio rey Latino,
si no se aviene a consentir la boda y obedecer esta orden,
lo sienta y conozca por fin a Turno con sus armas.»
Se echó a reír en este punto el joven de la vidente
y así le replicó: «No escapó a mis oídos la noticia, como piensas,
de que han entrado barcos en las aguas del Tiber;
no me vengas con miedos tan grandes. Ni se ha olvidado
de nosotros Juno soberana.
Mas a ti, abuela, vencida por el tiempo y ahíta de verdad
la vejez te castiga con vanas cuitas, y entre ejércitos
de reyes se burla de tus adivinanzas con un falso temor.
Cuídate mejor de las estatuas de los dioses y de sus templos;
deja a los hombres la guerra y la paz, que a ellos la guerra toca.»
Con estas palabras se encendió la cólera de Alecto.
Y un súbito temblor se apodera de los miembros del joven según habla,
fijos se quedaron sus ojos: con tantas hidras silva la Erinia,
así de horrible descubre su rostro; entonces torciendo su mirada
de fuego rechazó al que entre dudas trataba
de seguir hablando e hizo alzarse dos serpientes en su pelo,
y chasqueó sus látigos y esto añadió con boca de rabia:
«Aquí me tienes, vencida por el tiempo y de quien ahíta de verdad
se burla la vejez con falso temor entre ejércitos de reyes.
Mírame bien: vengo de la morada de las crueles hermanas,
llevo en mi mano la guerra y la muerte.»
Dicho esto arrojó su antorcha sobre el joven
ybajo su pecho clavó teas humeantes de negra luz.
Y un intenso pavor le sacó de su sueño y huesos y miembros
baña el sudor manado de todo su cuerpo.
Enloquece pidiendo sus armas y sus armas busca por la cama y la casa;
le enfurece el ansia de hierro y una locura criminal de guerra
y luego la cólera: como cuando la llama con gran ruido
de leños se amontona a los lados de un caldero que hierve
y brincan los líquidos por el calor, se agita la masa humeante
de agua y asoma por arriba una corriente de espuma,
y no se contiene ya la ola, vuela por los aires el negro vapor.
Así que, violada la paz, marca el camino a los jóvenes principales
hacia el rey Latino y ordena preparar las armas,
defender Italia, expulsar del territorio al enemigo;
que ellos se bastaban para ir contra los dos, teucros y latinos.
Luego que así habló e invocó en su favor a los dioses,
compiten los rútulos en lanzarse a las armas.
A éste lo mueve la prez egregia de su figura y de su juventud,
a éste sus reales antepasados, a éste la diestra de claras hazañas.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Mientras Turno llena a los rútulos de un espíritu audaz,
Alecto se dirige a los teucros con sus alas estigias,
explorando el lugar con nuevos trucos, en cuya playa andaba
persiguiendo el hermoso Julo a las fieras con carreras y trampas.
La doncella del Cocito infundió entonces a las perras
una súbita rabia y toca sus hocicos con olor conocido
para que persigan con vehemencia a un ciervo; ésta fue la causa
primera de las fatigas y encendió los ánimos agrestes al combate.
Había un ciervo de hermosa presencia y enorme cornamenta,
al que los hijos de Tirro, arrancado de las ubres maternas,
alimentaban y su padre, Tirro, a quien obedecen
los ganados del reyy encomendada está la guardia de los campos.
Acostumbrado a sus órdenes, Silvia la hermana con todo cuidado
adornaba sus cuernos cuajándolos de flexibles guirnaldas,
y peinaba al animal y lo bañaba en aguas cristalinas.
Él, sumiso a la mano y acostumbrado a la mesa de sus amos,
vagaba por los bosques y de nuevo al umbral conocido
volvía por su voluntad, aunque fuera ya noche cerrada.
A éste lo sintieron vagando a lo lejos las perras rabiosas
de Julo cuando, de caza, seguía por caso la corriente
de un río y en la ribera verdeante aliviaba su calor.
Y hasta el mismo Ascanio encendido por el ansia
de gloria montó sus dardos en el curvo arco,
y no faltó el dios a la diestra insegura y con gran ruido
atravesó la flecha el vientre y los ijares.
Mas herido escapa el cuadrúpedo hacia la casa conocida
y gana gimiendo los establos y con su queja llenaba
todo el lugar, cubierto de sangre y como suplicando.
Silvia la primera, la hermana, golpeándose los brazos con las palmas
pide ayuda y convoca a los duros habitantes de los campos.
Éstos (pues la peste funesta se esconde en los callados bosques)
acuden presurosos, quien armado de quemado tizón,
quien con los nudos de pesada estaca; lo que cada cual pilla
la ira se lo vuelve armas. Llama Tirro a sus hombres
cuando andaba partiendo en cuatro una encina
con cuñas clavadas, blandiendo su segur entre grandes jadeos.
La diosa cruel, por su parte, viendo desde su atalaya llegada la hora,
se dirige a lo alto del establo y desde el tejado
lanza la señal de los pastores y con curvo cuerno
hace sonar su voz del Tártaro, con la que al punto todo
el bosque se estremeció y resonaron las selvas profundas;
la oyó a lo lejos de la Trivia el lago, la oyó la corriente
del Nar, blanco de aguas sulfurosas, y las fuentes velinias,
y estrecharon las madres temblorosas contra el pecho a los hijos.
Raudos entonces a la voz con que la tuba cruel
les dio la señal acuden los indómitos campesinos tomando
acá y allá sus flechas, y no deja la juventud troyana
a Ascanio sin su ayuda y sale fuera de su campamento.
Se enfrentaron las filas. Y ya no de un agreste certamen
se trata con duros troncos o leños quemados,
sino que combaten a hierro de doble filo y un negro
sembrado de espadas enhiestas se eriza, y brillan los bronces
heridos por el sol y despiden su luz bajo el nublado:
como empieza la ola a clarear al primer soplo de viento,
y se encrespa poco a poco el mar y más alto las olas
levanta para desde el abismo profundo llegar hasta el éter.
Aquí el joven Almón, el mayor de los hijos de Tirro,
cae en primera línea de estridente flechazo;
pues bajo la garganta se le abre la herida y el camino
de la húmeda voz y con sangre tapona el hilo de vida.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Muchos cuerpos de soldados alrededor y el anciano Galeso,
mientras acude mediador de paz, el más justo que fue
y un día el más rico de los campos ausonios:
cinco rebaños de ovejas le balaban y otras cinco vacadas
a su casa volvían y con cien arados revolvía la tierra.
Y mientras esto ocurre en los campos con igualado Marte,
la diosa, dueña de las órdenes recibidas, cuando la guerra
de sangre llenó y celebró las primeras muertes del combate,
abandonó Hesperia y cruzando las auras del cielo
llega ante Juno con orgullosa voz de vencedora:
«Ahí tienes, cumplida para ti la discordia de una triste guerra.
Diles ahora que afirmen su amistad y hagan los pactos.
Ahora que he empapado a los teucros con sangre ausonia,
esto otro a esto he de añadir si tu voluntad me aseguras:
en guerra pondré con mis rumores a las ciudades vecinas
y encenderé sus ánimos con el ansia de un Marte insano,
para que de todas partes acudan en su ayuda; sembraré de armas los campos.»
Repuso Juno entonces: «Hayya bastantes terrores y engaño;
ahí están ya las causas de la guerra, de cerca se combate con las armas,
una nueva sangre empapa las armas que ofreció primero la suerte.
Que tales bodas y tales himeneos celebren
la estirpe egregia de Venus y el propio rey Latino.
Y no querría el padre que reina en la cima del Olimpo
que andes dando vueltas libremente por las auras del éter.
Deja estos lugares. Si algo queda aún del azar en las manos,
yo misma lo conduciré.» Con esta voz habló la hija de Saturno;
la otra por su parte alzó sus alas estridentes de culebras
y volvió a su puesto del Cocito dejando las alturas.
Hay un lugar en el centro de Italia al pie de altas cumbres,
noble y nombrado por su fama en muchas partes,
los valles del Ansanto; un negro flanco de bosques
con denso follaje lo ciñe por dos lados y un fragoso
torrente resuena en las rocas y el torcido remolino.
Aquí una gruta horrenda y los respiraderos del cruel Dite
aparecen, y roto el Aqueronte una enorme vorágine
abre las fauces pestilentes en las que se ocultó la Erinia,
numen odioso, dejando descansar al cielo y a las tierras.
Y no deja entretanto la hija de Saturno a la guerra
de dar el postrer empujón. Corre a la ciudad todo
el número de los pastores desde el frente y muertos llevan
al joven Almón y de Galeso el cuerpo ensangrentado,
e imploran a los dioses y reclaman el testimonio de Latino.
Llega Turno y en medio del fuego del asesinato
redobla el terror: convocan al reino a los teucros,
se mezclan con la raza de los frigios, a él lo arrojan de su puerta.
Entonces aquellos cuyas mujeres, golpeadas por Baco, en tíasos
andan saltando por bosques perdidos (grande es el nombre de Amata),
acuden a juntarse de todas partes y a Marte requieren.
Al punto todos proclaman la guerra infanda contra los presagios,
contra el hado de los dioses, bajo un numen maligno.
Rodean disputando la mansión del rey Latino;
él se resiste como la roca que el piélago mover no puede,
como la roca que soporta su mole ante el fragor intenso
del piélago que se le echa encima, rodeada por los ladridos
de muchas olas; escollos y peñascos espúmeos en vano tiemblan
alrededor y a su costado se derrama el alga machacada.
Pero cuando se ve sin fuerza alguna para vencer la ciega
decisión, y marchan las cosas según las órdenes crueles de Juno,
poniendo por testigos a los dioses y a las auras inanes el padre
dice: «Nos quebrantan, ¡ay!, los hados y la tormenta nos arrastra.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Mas vosotros habréis de pagar el castigo con sacrílega sangre,
infelices. A ti, Turno, te aguarda -¡horror!- un triste
suplicio y con tardíos votos suplicarás a los dioses.
Pues a mí me llega la hora del descanso y en la boca del puerto
sólo de una muerte feliz se me priva.» Y sin decir más
se encerró en su casa y dejó las riendas del gobierno.
Esta costumbre había en el Lacio de Hesperia que siempre las ciudades
albanas guardaron por sagrada, y hoy la mayor de todas,
Roma, la guarda, cuando citan a Marte al inicio del combate
y la guerra lacrimosa deciden llevar a los getas,
los hircanos o los árabes, o marchar sobre el Indo
y seguir a la Aurora y arrebatar los estandartes a los partos.
Son dos las Puertas de la Guerra (con este nombre las llaman),
sagradas por el culto y el terror del fiero Marte;
cien tirantes de bronce las cierran y postes eternos
de hierro, y no falta a la entrada Jano guardián.
Cuando es definitiva la decisión de combatir en los padres,
el cónsul en persona, con la trábea quirinal y el ceñidor
gobierno revestido, abre sus hojas chirriantes,
en persona convoca a las guerras; le sigue después la juventud entera
y con ronco asenso soplan sus cuernos de bronce.
Por eso también así se ordenaba a Latino según la costumbre
la guerra declarar a los Enéadas y abrir las tristes puertas.
Se abstuvo el padre de su contagio y rehuyó sin mirar
el ingrato ministerio y se escondió en ciegas sombras.
Entonces la reina de los dioses bajando del cielo con su mano
empuja las tardas hojas y la hija de Saturno
rompe, girando el gozne, los herrados postes de la Guerra.
Se enciende Ausonia antes en calma e inmóvil;
unos se aprestan a marchar a pie por los campos, otros altivos
en altos caballos se excitan cubiertos de polvo; todos buscan sus armas.
Unos bruñen los escudos pulidos y las flechas brillantes
con pingüe grasa y afilan con el pedernal las segures;
les agrada portar las enseñas y escuchar el sonido de las tubas.
Y cinco grandes ciudades en yunques ya preparados
renuevan sus armas: Atina poderosa y la orgullosa Tíbur,
Ardea y Crustumeros con Atenas, coronada de torres.
Cavan seguras defensas para la cabeza y doblan de sauce
las varas de los escudos; otros lorigas de bronce
preparan o las grebas brillantes de flexible plata;
de aquí el culto de la reja y de la hoz, de aquí toda ansia
de arado se apartó; funden de nuevo en los hornos las patrias espadas.
Y suenan ya los clarines, pasa la tésera la señal del combate.
Éste saca nervioso el yelmo de su casa, aquél tembloroso
caballos aparea bajo el yugo y el escudo y la malla
de triple hilo de oro se pone y se ciñe la leal espada.
Abrid, diosas, ahora el Helicón y lanzad vuestros cantos,
qué reyes la guerra movió, qué ejércitos y de qué bando
llenaron los campos, de qué guerreros florecía por entonces
la tierra sustentadora de Italia, de qué armas ardió.
Pues bien lo sabéis, diosas, y podéis decirlo,
que a nosotros apenas nos llega el soplo tenue de la fama.
El primero en entrar en guerra fue el áspero Mecencio
de las costas tirrenas, despreciador de los dioses, y en armar sus tropas
A su lado Lauso, su hijo, más gallardo que el cual
no hubo otro si no contamos al laurente Turno;
Lauso, domador de caballos y vencedor de fieras,
manda a mil hombres que en vano lo siguieron
de la ciudad de Agila, digno de órdenes más felices
que las de su padre, y de un padre que no fuera Mecencio.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Tras ellos por la hierba muestra su carro señalado
de palma y sus caballos victoriosos el hijo del hermoso Hércules,
el hermoso Aventino, y lleva en su escudo el emblema
paterno, cien serpientes y la hidra ceñida de culebras;
en los bosques del monte Aventino Rea la sacerdotisa
lo parió a escondidas a la luz de este mundo
unida a un dios siendo mujer, luego que el héroe de Tirinto
tras vencer a Gerión llegó a los campos laurentes
y lavó las vacas hiberas en el río tirreno.
Lanzas llevan en la mano y picas crueles para la guerra,
y pelean con el romo puñal y el asador sabino.
Él mismo a pie, envuelto en una piel enorme de león
erizada de terribles cerdas, de blancos dientes
protegida la cabeza, así entraba en el palacio real,
hirsuto, revestidos los hombros con el manto de Hércules.
Salen entonces dos hermanos gemelos por los muros de Tíbur,
ciudad así llamada por el nombre de su hermano Tiburto,
Catilo y el fiero Coras, la juventud de Argos,
y llegan a primera línea entre un bosque de dardos:
como cuando de lo alto del monte bajan dos Centauros
que la nube engendró dejando el Hómole en rápida carrera
y el Otris nevado; les abre paso en su marcha
la selva inmensa y se apartan con gran ruido las ramas.
Y no faltó el fundador de la ciudad de Preneste,
de quien toda edad ha creído que nació ya rey de Vulcano
entre los agrestes ganados y se le encontró delante del fuego,
Céculo. Le acompaña agreste y numerosa legión:
los guerreros que habitan la elevada Preneste y los de los campos
de Juno Gabina y el helado Anio y rociados de arroyos
los peñascos hérnicos y cuantos alimentas, rica Anagnia,
y los tuyos, padre Amaseno. No a todos ellos les suenan
las armas, los escudos o los carros; la parte mayor dispara
bolas grises de plomo, otra parte lleva dos flechas
en la mano y tienen la cabeza protegida
con cascos rubios de piel de lobo; dejan huellas desnudas
con el pie izquierdo y cuero crudo el otro les cubre.
Y allá va Mesapo, domador de caballos, prole de Neptuno,
a quien nadie puede abatir con hierro o con fuego;
llama de pronto a las armas a pueblos ha tiempo ociosos
y a ejércitos sin costumbre de guerras y empuña de nuevo la espada.
Aquí están las tropas de Fescenio y los ecuos faliscos,
éstos habitan los alcázares del Soracte y los campos flavinios
y de Címino el lago, con su monte, y los bosques capenos.
Marchaban igualados en número y cantando a su rey:
como los cisnes de nieve entre nubes transparentes
cuando vuelven de comer y de sus largos cuellos
salen cantos melodiosos, suena la corriente y devuelve el eco la laguna Asia.
Y nadie pensaría que de concurso tan grande
una tropa de bronce se forma, sino que de alta mar
se precipita a la playa una nube aérea de roncas aves.
Y mira a Clauso al frente de un gran ejército
de la antigua sangre de los sabinos y él mismo cual un ejército,
de quien llega hasta hoy la familia Claudia y la tribu
por el Lacio, luego que Roma fue dada en parte a los sabinos.
A una la numerosa cohorte de Amiterno y los antiguos Quirites,
todo el grupo de Ereto y de Mutusca olivarera;
quienes habitan la ciudad de Nomento y los Campos
Róseos del Velino, los de las escarpadas rocas de Tétrica
y el monte Severo y Casperia y Forulos y el río de Himela;
los que beben del Tiber y el Fábar, los que envió la fría

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Nursia y las tropas de Hortano y los pueblos latinos,
y a los que divide con sus aguas el Alia de infausto nombre:
numerosos como las olas que ruedan en el mármol libico,
cuando cruel Orión se oculta entre las aguas en invierno,
o como espigas que se doran apretadas bajo el sol nuevo
en las llanuras del Hermo o en los rubios campos de Licia.
Resuenan los escudos y la tierra se espanta del batir de pies.
También el agamenonio Haleso, enemigo del nombre troyano,
unce a su carro los caballos y en ayuda de Turno suma mil
pueblos feroces, los que trabajan con el rastrillo los felices
a Baco viñedos del Másico, y los que los padres auruncos
de los altos collados enviaron, y, al lado, los llanos
sicidinos, y los que dejan Cales y los habitantes de la corriente
vadosa del Volturno e igualmente el áspero saticulano
y el grupo de los oscos. Sus dardos son redondeadas
jabalinas y la costumbre atarles un flexible látigo.
La cetra les cubre la izquierda, con falcatas combaten de cerca.
Y no te irás de nuestro poema sin ser señalado,
Ébalo que, se dice, Telón te engendró de la Ninfa
Sebétide, cuando tenía el reino en Capri de los teléboes,
anciano ya; pero el hijo de ninguna manera contento
con los campos paternos, a su poder ya entonces sometía
a los pueblos sarrastes y la llanura que el Sarno riega,
ylos que pueblan Rufras y Bátulo y los campos de Celemna,
y los que contemplan las murallas de Abela, rica en manzanas,
hechos a lanzar al modo teutónico sus cateyas;
cubiertas sus cabezas con la corteza arrancada al alcornoque,
de bronce resplandecen sus peltas, de bronce resplandecen sus espadas.
Y te mandó a la guerra la montañosa Nersas,
Ufente, glorioso por la fama de tus armas felices;
su pueblo, una gente espantosa sobre todas acostumbrada
a cazar por los bosques, los ecuos, y a la dura gleba.
Armados trabajan la tierra y les gusta reunir constantemente
botines nuevos y vivir de la rapiña.
Faltar no podía el sacerdote del pueblo de los marsos
con el yelmo de la rama del feliz olivo adornado,
por orden del rey Arquipo, el muy valiente Umbrón,
quien con víboras e hidras de pesado aliento
solía infundir el sueño entre cantos y gestos de su mano
y apagaba los enojos y con su arte curaba los mordiscos.
Mas no le valió para curarse del golpe de la danza
dardánida ni le ayudaron con su herida los cantos
somníferos o las hierbas cogidas en los montes marsos.
El bosque de Angitia te lloró y te lloró el Fucino
de aguas cristalinas y los lagos transparentes.
Marchaba también a la guerra el bellísimo hijo de Hipólito,
Vibio, a quien insigne lo envió Aricia, su madre,
criado en los bosques de Egeria entre húmedas
riberas, donde la grasa aplaca el altar de Diana.
Pues dice la fama de Hipólito que luego que por las mañas
de su madrasta murió y pagó el castigo paterno con su sangre
descuartizado entre locos caballos, a los astros de nuevo
etéreos llegó y a los aires superiores del cielo
al conjuro de las hierbas peonias y del amor de Diana.
Entonces el padre omnipotente enojado porque de las sombras
infernales algún mortal volviera a la luz de la vida,
él mismo al inventor de tal arte y medicina,
al hijo de Febo lo lanzó con su rayo a las olas estigias.
Pero la divina Trivia oculta a Hipólito en secretos
lugares y lo confía a la ninfa Egeria y a su bosque,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

donde sin fama, solo, su edad transcurriera en las selvas
de Italia y donde Virbio fuera con nombre cambiado.
Por eso también del templo de Trivia y sus bosques sagrados
se aparta a los caballos de córneas uñas, porque en la playa un día
espantados por monstruos del mar arrojaron al joven de su carro.
Su hijo conducía caballos no menos fogosos por el llano
campo y en su carro marchaba hacia el combate.
El propio Turno de hermosa presencia entre los primeros
se mueve sosteniendo sus armas y destacando por encima.
Su alto yelmo de triple penacho una Quimera soporta
que resopla por sus fauces fuegos del Etna;
tanto más ésta se agita y se enardece de tristes llamas
cuanto más crudo se vuelve el combate de la sangre vertida.
El bruñido escudo lo con los cuernos levantados
en oro le adornaba, ya cubierta de pelo, ya vaca
-tema extraordinario-, y Argo el custodio de la virgen
y su padre !naco derramando un torrente de la jarra labrada.
Le sigue una nube de infantes y ejércitos de escudos
se forman por toda la campiña, la juventud argiva
y las tropas auruncas, los rútulos y los antiguos sicanos
y las filas sacranas y los labicos de pintados escudos;
los que aran, Tiberino, tu valle y del Numico las sagradas
riberas y los collados rútulos trabajan con la reja
y el monte circeo, cuyos campos Júpiter preside
Ánxuro y Feronia gozosa de su bosque verdeante;
por donde se extiende la negra laguna de Sátura y entre valles
profundos busca su salida al mar y se oculta el gélido Ufente.
A éstos se añadió Camila, del pueblo de los volscos,
con una columna de jinetes y huestes florecientes de bronce,
guerrera, no como la que acostumbró su manos de mujer
a la rueca y los cestillos de Minerva, sino joven hecha a sufrir
duros combates y a ganar con el correr de sus pies a los vientos.
Ella volaría sobre las crestas de un sembrado
sin tocarlas, ni rozaría en su carrera las tiernas espigas,
o en medio del mar suspendida sobre las olas hinchadas
se abriría camino sin que las aguas tocasen sus plantas veloces.
A ella la contempla la juventud entera saliendo de casas
y campos, y no la pierden de vista al pasar las madres,
con la boca abierta de asombro ante el regio adorno de púrpura
que cubre sus hombros suaves o la fíbula de oro
que trenza su cabello, de cómo lleva ella misma su aljaba
licia o el mirto pastoril rematado en punta.

LIBRO VIII

Cuando la enseña de la guerra sacó Turno
del alcázar laurente y resonaron los cuernos con ronco canto
y cuando azuzó los fogosos caballos y llamó a las armas,
turbados al punto los ánimos, en seguida en agitado tumulto
el Lacio entero se juramenta y la juventud se levanta
fiera. Primero los caudillos Mesapo y Ufente
y Mecencio despreciador de los dioses, de todas partes reúnen
ayuda y dejan los dilatados campos sin cultivadores.
Se envía también a Vénulo a la ciudad del gran Diomedes
para pedir refuerzos y que informe de que en Lacio los teucros
se han instalado, de que Eneas ha arribado con su flota y los Penates
derrotados trae y dice que los hados lo han elegido
como rey, y de que muchos pueblos al héroe se han unido
dardanio y que su nombre crece asombrosamente en el Lacio.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Qué pretende con estas empresas, qué final del combate
desea si la suerte le ayuda, más claro estaría
para él mismo que para el rey Turno o para el rey Latino.
Esto por el Lacio. Al ver así las cosas el héroe
laomedontio vacila entre gran oleaje de cuitas,
y raudo su ánimo hacia aquí o hacia allí se divide
y a muchas partes lo lleva y a todo da vueltas.
Igual en el agua de una vasija de bronce cuando la trémula luz
reflejada por el sol o por la imagen de la luna brillante
revolotea por todos los lugares y ya al aire
se eleva y hiere en lo alto del techo el artesonado.
Era la noche y un profundo sopor se había apoderado
por las tierras todas de los cansados animales, aves o ganados,
cuando el padre en la ribera bajo la bóveda del éter helado,
Eneas, turbado su pecho por una triste guerra,
se acostó y concedió a sus miembros tardío descanso.
Le pareció que el propio dios del lugar, Tiberino
de amena corriente, como un anciano se alzaba entre las hojas
de los álamos (leve de glauco manto lo cubría
y su cabello umbrosa caña lo coronaba);
que así le hablaba luego y borraba sus cuitas con estas palabras:
«Oh, de una raza de dioses engendrado que de los enemigos
nos rescatas la troyana ciudad y salvas la Pérgamo eterna,
esperado en el suelo laurente y en los predios latinos:
ésta será tu casa segura, tus seguros Penates (no te rindas).
Ni te asusten amenazas de guerra; abajo se vinieron
todo el enojo de los dioses y sus iras.
Y tú mismo, para que no creas que el sueño te forma imágenes falsas,
encontrarás bajo las encinas de la orilla una enorme cerda blanca
echada en el suelo, recién parida de treinta
cabezas, con las blancas crías en torno a sus ubres.
[Éste será el lugar de tu ciudad, ése el seguro descanso a tus fatigas,]
de donde con el correr de tres veces diez años la ciudad
Ascanio fundará de ilustre nombre, Alba.
No te anuncio cosas no seguras. Ahora escucha que te muestre
brevemente cómo has de salir victorioso de estas empresas.
En estas orillas los arcadios, pueblo que viene de Palante,
compañeros del rey Evandro que sus enseñas siguieron,
eligieron el lugar y en los montes la ciudad pusieron
que por su antepasado Palante llamaron Palanteo.
Éstos guerras continuas hacen con el pueblo latino;
súmalos a tu campamento como aliados y haz un pacto.
Yo mismo he de llevarte por mis riberas y la senda de mi corriente,
para que de abajo arriba superes las aguas con tus remos.
Vamos, venga, hijo de la diosa, y en cuanto caigan las primeras estrellas
da piadoso tus preces a Juno yvence con tus votos suplicantes
su ira y amenazas. Acuérdate de honrarme cuando seas
el vencedor. Yo soy el que ves a plena corriente
abrazar las orillas y cortar fértiles sembrados,
cerúleo Tiber, río gratísimo al cielo.
Ésta es mi gran morada, sale mi cabeza de escarpadas ciudades.»
Dijo, y al punto el río se ocultó en lo profundo de las aguas
el fondo buscando; la noche y el sueño dejaron a Eneas.
Se levanta y mirando la luz naciente del sol
etéreo toma agua del río según el rito en el hueco
de sus manos yvierte al aire estas palabras:
«Ninfas, Ninfas laurentes, de donde el linaje de los ríos,
y tú, padre Tíber de sagrada corriente,
amparad a Eneas y alejadle por fin de peligros.
Sean los que sean los lagos que en tu fuente te tienen,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

piadoso con mis fatigas, sea el que sea el suelo del que bellísimo surges,
siempre en mis honras, siempre serás celebrado con mis dones,
cornígero río que reinas en las aguas de Hesperia.
Asísteme sólo y confirma tu numen más aún.»
Así le habla y escoge de las naves dos birremes
y para el remo las prepara y al tiempo arma a sus compañeros.
Y mira por dónde, súbita aparición y asombrosa a los ojos,
una cerda blanca con sus crías del mismo color
se recuesta en el bosque y aparece en la verde ribera:
en tu honor, precisamente para ti, Juno soberana, Eneas piadoso
la lleva en sacrificio al altar con su piara y la inmola.
Esa noche, larga como era, aplacó el Tíber su hinchada
corriente y se frenó en olas calladas refluyendo,
para que a la manera de un tranquilo estanque y una plácida laguna
se tendiera la superficie de sus aguas sin resistirse al remo.
Así que apresuran el camino emprendido con rumor favorable;
por los vados se desliza la untosa madera y se pasman las olas,
se pasma el bosque que hace tiempo no ve el brillar
de los escudos de los soldados ni el bogar de pintadas naves por el río.
Ellos fatigan la noche y el día con sus remos
y superan largos meandros cubiertos de variados
árboles y por la plácida llanura cortan las verdes selvas.
El sol de fuego había alcanzado el centro de su órbita en el cielo
cuando ven a lo lejos los muros y el alcázar y unos cuantos
tejados de casas que hoy el poder romano hasta el cielo
ha elevado y entonces, humildes posesiones, Evandro tenía.
Enfilan ansiosos las proas y a la ciudad se acercan.
Justo aquel día el rey arcadio honras solemnes
al gran hijo de Anfitrión y a los dioses estaba ofreciendo
en el bosque, delante de la ciudad. Con él su hijo Palante,
con él lo mejor de los jóvenes, todos, y un humilde senado
incienso ofrecían, y la tibia sangre humeaba en los altares.
Cuando vieron deslizarse las altas naves y a ellos entre lo negro
del bosque volcados sobre los remos en silencio,
se asustan ante la escena inesperada y se levantan todos
dejando las mesas. El audaz Palante les impide
romper el sacrificio y tomando sus flechas sale raudo al encuentro,
y de lejos, desde una altura, dice: «Jóvenes, ¿qué motivo
os obliga a probar rutas desconocidas? ¿A dónde os dirigís?
¿De quién sois? ¿Dónde vuestra casa? ¿Paz nos traéis o armas?»
Entonces así dice el padre Eneas desde la alta popa,
y tiende en su mano la rama de olivo de la paz:
«Gente de Troya ves y armas enemigas de los latinos,
quienes han hecho a unos fugitivos con orgullosa guerra.
A Evandro buscamos. Contádselo y decidle que escogidos
caudillos de Dardania han llegado en busca de armas aliadas.»
Se quedó Palante estupefacto, asombrado de gloria tamaña.
«Desciende, seas quien seas -dice-, y en presencia de mi padre
habla y entra como huésped en nuestros penates.»
Y le recibió con sus manos y le estrechó la diestra en un abrazo;
andando se meten en el bosque y abandonan el río.
Habla entonces Eneas al rey con palabras de amigo:
«El mejor de los griegos, a quien quiso Fortuna que yo suplicase
y le tendiera los ramos atados con las cintas sagradas,
no he sentido miedo alguno, porque seas jefe de dánaos y arcadio,
ni porque por tu estirpe estés unido a ambos Atridas;
que a mí mi propio valor y los santos oráculos de los dioses
y el parentesco de los padres, tu fama por el mundo extendida,
me han unido a ti y aquí me han traído de acuerdo con mis hados.
Dárdano, padre primero de la ciudad de Ilión y fundador,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

nacido, como enseñan los griegos, de la Atlántide Electra,
arribó al país de los teucros: el gigantesco Atlante a Electra
engendró, el que sostiene en sus hombros los orbes etéreos.
Vuestro padre es Mercurio, a quien parió, engendrado
en la helada cima del Cilene, blanquísima Maya.
Mas, si hemos de creer lo que se cuenta, a Maya Atlante
la engendra, el mismo Atlante que levanta los astros del cielo.
Así pues, procede la raza de ambos de una sola sangre.
Por ello confiado no envié mensajeros ni con rodeos
traté de entrar en contacto contigo; a mí, a mí yo mismo
y mi propia persona mandé y vine suplicante hasta tu puerta.
Los mismos que a ti, el pueblo daunio, con guerra cruel
me persiguen; creen que si nos echan nada habrá
que les impida someter por entero a su yugo la Hesperia toda,
y hacerse con el mar que por arriba la baña y por abajo.
Recibe mi palabra y dame la tuya. Son duros nuestros pechos
en la guerra; un corazón tenemos y una juventud ya probados.»
Había dicho Eneas. Aquél el rostro y los ojos al hablar
hacía rato y todo su cuerpo recorría con la mirada.
Dice así entonces brevemente: «¡Con qué alegría, el más valiente de los teucros,
te recibo y te reconozco! ¡Cómo me recuerdas las palabras
de tu padre y la voz del gran Anquises y su cara!
Pues recuerdo que a visitar el reino de su hermana Hesíone
Príamo Laomedontíada yendo a Salamina
nunca dejaba de recorrer el helado territorio de Arcadia.
Me vestía entonces de flor las mejillas la juventud primera
y admiraba a los caudillos teucros y al mismo Laomedontíada
admiraba, pero por encima de todos iba
Anquises. Mi corazón se inflamaba de ansia juvenil
por hablar al héroe y unir mi diestra con su diestra;
me acerqué y ansioso lo conduje al pie de las murallas de Feneo.
Él una hermosa aljaba y unas flechas licias
al partir me dejó y una clámide bordada en oro
y dos bocados de oro que guarda hoy mi hijo Palante.
Así que la diestra que pedís, unida me está en un pacto
y, en cuanto la luz de mañana regrese a las tierras,
alegres os despediré con mi ayuda y os ofreceré mis recursos.
Mientras tanto este sacrificio anual que no puede dejarse,
ya que aquí habéis venido como amigos, celebrad de buen grado
con nosotros, y ya desde hoy acostumbraos a la mesa de vuestros aliados.»
Dicho que hubo esto, viandas ordena y reponer las vasos
retirados, y él mismo dispone a los hombres en asiento de hierba,
y acoge en especial a Eneas en un lecho y en la vellosa
piel de un león y lo honra con un trono de arce.
Luego jóvenes escogidos y el sacerdote llevan a porfía
al altar las entrañas asadas de los toros y cargan en cestas
los presentes de la fatigosa Ceres, y Baco sirven.
Come Eneas y con él la juventud troyana
el lomo de un buey entero y las vísceras lustrales.
Cuando saciaron el hambre y calmaron su ansia de comer
dice el rey Evandro: «Estos ritos solemnes,
este tradicional banquete, este ara de numen tan grande
no nos la impuso vana superstición e ignorante
de los dioses antiguos; salvados, huésped troyano, de crueles
peligros lo hacemos y renovamos honores merecidos.
Mira en primer lugar esa roca que cuelga sobre los peñascos,
cómo se alzan a lo lejos quebrados macizos y la morada
desierta del monte y causaron los escollos ingente ruina.
Aquí estuvo la gruta, escondida en vasto abrigo,
que la figura terrible del medio humano Caco ocupaba

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

inaccesible del sol a los rayos, y siempre estaba tibio
el suelo de sangre reciente y de sus soberbias puertas pendían
cabezas humanas, pálidas de triste podredumbre.
Era Vulcano el padre de este monstruo: con inmensa mole
avanzaba arrojando sus negras llamas por la boca.
Mas quiso un día la ocasión satisfacer nuestro deseo
y brindarnos ayuda y la llegada de un dios. Y el gran vengador
orgulloso de la muerte del triple Gerión y sus despojos,
Alcides, llegó trayendo hasta aquí, vencedor, los toros
enormes, y llenaban sus bueyes el valle y el río.
Pero la mente fiera del ladrón Caco, por nada dejar
de crimen o engaño sin osar o probar,
sacó de sus pesebres cuatro toros de hermosa
figura y otras tantas novillas con mejor aspecto,
y a todos ellos, para no dejar huellas de la marcha de sus pasos,
arrastrados por la cola a la cueva y con las marcas de las patas
al revés, los ocultaba el raptor en su ciega guarida;
ninguna señal llevaba al que buscase a la cueva.
Mientras tanto, cuando ya sus ganados saciados sacaba
de sus corrales el hijo de Anfitrión y preparaba la marcha,
mugieron al partir los bueyes y se llenó el bosque entero
de sus quejas y con tal clamor dejaban las colinas.
Con su voz contestó una de las vacas y en la vasta caverna
mugió y, aun guardada, defraudó la esperanza de Caco.
Entonces la cólera de Alcides se inflamó de furia
y de negra bilis: coge sus armas y la maza cargada
de nudos, y se marcha corriendo a lo alto del monte elevado.
Vieron en ese momento por vez primera los nuestros a Caco temblar
y con ojos turbados: escapa al punto más rápido que el Euro
y busca su gruta; el terror en sus pies puso alas.
Cuando se encerró y liberó las cadenas rompiendo
el enorme peñasco que colgaba con hierros y el arte
paterna y protegió con su mole la firme entrada,
aquí llega el Tirintio con ánimo furioso y toda
la entrada recorre, llevando aquí y allá su mirada,
los dientes rechinando. Tres vueltas da hirviendo de ira
al monte entero del Aventino, tres veces tienta en vano
los umbrales de roca, tres veces se sienta agotado en el valle.
Se alzaba un agudo farallón entre rocas cortadas
erguido a espaldas de la cueva, altísimo a la vista,
adecuado cobijo para los nidos de las aves siniestras.
Según pendía inclinado desde la cima sobre el río de la izquierda,
lo sacudió apoyándose en contra hacia la derecha
y de sus profundas raíces lo arrancó, luego de repente
lo arrojó; truena con el impulso el éter más alto,
se agitan las riberas y refluye aterrada la corriente.
Así apareció la gruta y sin techo la enorme
morada de Caco, y se abrieron del todo las sombrías cavernas,
no de otro modo que si el suelo, abierto por completo
por alguna fuerza, ofreciera las mansiones infernales y mostrase
los pálidos reinos, odiosos a los dioses, y desde lo alto se viera
el inmenso abismo, y temblasen los Manes por la luz recibida.
Así pues, pillado de improviso por el resplandor repentino,
y encerrado en su cavo peñasco y rugiendo como nunca,
Alcides lo acosa desde arriba con sus dardos y echa mano
de todas sus armas y ramas y piedras le arroja como de molino.
El otro, que ya no puede escapar del peligro,
de sus fauces ingente humareda (asombra decirlo)
vomita y en ciega calígine envuelve la casa
ocultando su visión a los ojos, y llena su gruta

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

de una noche de humo con tinieblas mezcladas de fuego.
No lo aguantó Alcides y él mismo se lanzó de cabeza
a través del fuego, por donde más espeso el humo
agita sus ondas y bulle la enorme cueva de negra niebla.
Sorprende aquí a Caco en las tinieblas vanos incendios
vomitando y lo abraza en un nudo y lo ahoga
con los ojos fuera y seca de sangre la garganta.
Se abre al punto la negra mansión arrancadas sus puertas,
y las vacas robadas y el botín negado con perjurio
se muestran al cielo y por los pies el informe cadáver
es arrastrado. No pueden hartarse los corazones de mirar
los ojos terribles, el rostro y el velludo pecho
de cerdas de la medio fiera, y los fuegos apagados de su fauces.
Desde entonces celebramos su honor y la alegre descendencia
guardó su día y Potitio lo impulsó el primero
y, del culto de Hércules guardiana, la casa Pinaria
este ara levantó en el bosque, a la que siempre
llamaremos Máxima, y que siempre será la más grande.
Así que vamos, jóvenes; ceñid con ramas vuestro pelo
con ocasión de gloria tan grande y tended con las diestras
vuestros vasos invocando al dios común y ofreced el vino gustosos.»
Había dicho, cuando con la sombra de Hércules el chopo bicolor
cubrió sus cabellos dejando colgar sus hojas,
y la copa sagrada ocupó su diestra. Rápido todos
alegres liban en la mesa y rezan a los dioses.
Se acerca entretanto más Véspero a las pendientes del Olimpo.
Y marchaban ya los sacerdotes y Potitio el primero
vestidos de pieles según la costumbre, y llevaban antorchas.
Reanudan el banquete y llevan gratos presentes
de la segunda mesa y colman las aras de platos llenos.
Llega entonces en torno a los altares humeantes
el canto de los Salios, ceñidas las sienes de ramas de chopo,
aquí el coro de jóvenes, allí el de ancianos, cantan con ritmo
los gloriosas hazañas de Hércules: cómo en primer lugar
mató, estrangulándolas, a las dos monstruosas serpientes de su madrastra,
cómo también arrasó con la guerra ciudades egregias,
Troya y Ecalia; cómo mil duros trabajos
llevó a cabo bajo el rey Euristeo por los hados
de la inicua Juno. «Tú, invicto, con tu mano acabas
con los bimembres hijos de las nubes, Folo e Hileo; tú de Creta
con el monstruo y con el gran león de Nemea en su guarida.
Ante ti tembló la laguna estigia, ante ti el portero del Orco
echado en el antro cruento sobre huesos roídos,
y no te asustó visión alguna, ni tampoco el propio Tifeo
llevando en alto sus armas, ni falto de recursos
la hidra de Lerna te rodeó con su legión de cabezas.
Salve, retoño verdadero de Jove, nueva prez de los dioses,
y con paso alegre propicio ven a nosotros y a tus sacrificios.»
Esto celebran en sus cantos; añaden además la gruta
de Caco y a él también fuego respirando.
Resuena todo el bosque con el estrépito y lo devuelven los collados.
Después, cumplidos los oficios divinos todos juntos
a la ciudad vuelven. Iba el rey vencido por su edad,
y llevaba a Eneas a su lado de compañeros y a su hijo
al caminar y hacía grata la marcha con amena charla.
Se asombra Eneas y lleva sus ojos dispuestos por cuanto
le rodea, cautivo del lugar, alegre por todo
pregunta y escucha las historias de los antepasados.
Y en eso el rey Evandro, fundador de la ciudadela romana:
«Estos bosques habitaban los Faunos del lugar y las Ninfas

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

y una raza de hombres surgida de los troncos y la dura madera;
carecían de cultura y de tradición, ni uncir los toros
ni amontonar riqueza sabían o guardar lo ganado,
que las ramas y una caza mala de lograr les alimentaba.
Saturno llegó el primero del etéreo Olimpo de las armas
de Júpiter huyendo y expulsado del reino perdido.
Él estableció a ese pueblo indócil y disperso sobre los altos
montes y leyes les dio, y quiso que Lacio se llamara,
porque latente se salvó en la seguridad de estas riberas.
Bajo tal rey se dieron los siglos de oro
de que nos hablan; en tranquila paz así gobernaba a los pueblos,
hasta que poco a poco la edad se hizo peor y descolorida
y llegaron la locura de la guerra y de tener el ansia.
Vinieron entonces la gente de Ausonia y los pueblos sicanos,
y a menudo perdió su nombre la tierra saturnia;
luego los reyes y el áspero Tiber de cuerpo gigante
con cuyo nombre llamamos después al río Tíber
los ítalos; perdió el viejo Álbula su verdadero nombre.
A mí, de mi patria arrojado y buscando del mar los confines,
hasta estos lugares Fortuna que todo lo puede me trajo
y el hado ineluctable; me empujaron los terribles avisos
de mi madre la Ninfa Carmenta y el propio dios Apolo me inspiró.»
Apenas dijo esto, y avanzando el ara le muestra
y la puerta que los romanos llaman
Carmental, antiguo honor a la Ninfa Carmenta,
vidente del porvenir que anunció la primera
que grandes serían los Enéadas y noble Palanteo.
Luego le enseña un gran bosque que el fiero Rómulo
convirtió en asilo y el Lupercal bajo una roca helada,
llamado de Pan Liceo según la costumbre parrasia.
Y le enseña asimismo el bosque del sagrado Argileto
y le indica el lugar y le cuenta la muerte de Argo el huésped.
De aquí lo conduce a la roca Tarpeya y al Capitolio
hoy de oro, erizado entonces de zarzas silvestres.
Ya entonces la terrible santidad del lugar asustaba
a los agrestes temerosos, que temblaban por su selva y su roca.
«Este bosque -dijo-, este collado de cima frondosa
un dios (no se sabe qué dios) los habita; creen los arcadios
haber visto al mismo Júpiter cuando en su diestra
blandía la égida negreante y amontonaba las nubes.
Estos dos bastiones además de derribados muros
que ves, reliquias son y recuerdos de los antepasados.
Esa fortaleza el padre Jano y esa otra la fundó Saturno;
una se llamaba Janículo y la otra Saturnia.»
Con tal conversación se iban acercando al poblado
del humilde Evandro y por todas partes mugir veían
al ganado, por el foro romano y las elegantes Carinas.
Cuando llegaron a la casa: «Alcides victorioso –dijo-
pisó estos umbrales, esta morada real lo acogió.
Anímate, mi huésped, a despreciar el lujo y hazte tú
también digno de un dios y entra sin altivez en mis pobres posesiones.»
Dijo, y condujo bajo los techos de la humilde morada
al grande Eneas y lo acomodó en lecho
de hojas y en la piel de una osa de Libia.
Cae la noche y abraza a la tierra con sus foscas alas.
Venus entonces, madre asustada en su corazón no sin motivo,
llevada de las amenazas de los laurentes y el duro tumulto
se dirige a Vulcano y así comienza en el tálamo áureo
de su esposo, infundiéndole divino amor con sus palabras:
«Mientras los reyes de Argos Pérgamo devastaban,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

que se les debía, y las torres que habían de caer bajo el fuego enemigo,
ni armas ni auxilio alguno demandé para los desgraciados
de tu arte y tus mañas, ni quise, queridísimo esposo,
que inútilmente ejercitaras tu trabajo
aunque mucho debía a los hijos de Príamo
y a menudo lloré la esforzada tarea de Eneas.
Hoy anda en las riberas de los rútulos por mandato de Jove;
así que, la misma, vengo suplicante y te pido, madre para mi hijo,
armas, numen sagrado. A ti pudo la hija de Nereo,
la esposa de Titono pudo con sus lágrimas ablandarte.
Mira qué pueblos se reúnen, qué murallas afilan
el hierro tras sus puertas cerradas contra mí y los míos.»
Así dijo con sus brazos de nieve aquí y allá la diosa
anima al que duda en abrazo suave. Él, sorprendido,
recibió la conocida llama, y un calor familiar
penetró sus médulas y corrió por sus huesos derretidos,
no de otro modo que cuando, rota por el trueno corusco,
la chispa de fuego brillando recorre con su luz las nubes;
lo notó, satisfecha de su maña y segura la esposa de su belleza.
Habla entonces el padre vencido por amor eterno:
«¿Por qué buscas lejos las causas? ¿A dónde fue, diosa,
tu confianza en mí? Si tu cuidado hubiera sido semejante,
aun entonces se nos habría permitido armar a los teucros;
ni el padre todopoderoso ni los hados vetaban que Troya
siguiera levantada y Príamo viviera otros diez años.
Y ahora, si quieres combatir y ésa es tu voluntad
cuanto cuidado puedo prometer en mi arte,
cuanto puede sacarse del hierro o el líquido electro,
cuanto valen los fuegos y las forjas, no dudes
en tus fuerzas para lograrlo.» Con esas palabras
le dio los ansiados abrazos y derretido en el regazo
de su esposa buscó el plácido sopor en sus miembros.
Luego, cuando el descanso primero había expulsado al sueño,
en el centro ya del curso de la noche avanzada, justo cuando la mujer,
a quien se ha impuesto pasar la vida con la delicada Minerva
y la rueca, las cenizas aviva y el fuego dormido
sumando la noche a sus tareas, y a la lámpara fatiga con pesado
trabajo a sus sirvientes para casto guardar el lecho
del esposo y poder criar a sus hijos pequeños:
no de otro modo el señor del fuego ni en esa ocasión más perezoso
salta del blando lecho a su trabajo de artesano.
junto a la costa sicana y a la Lípara eolia una isla
se alza erizada de peñascos humeantes,
bajo la cual truenan la gruta y de los Ciclopes los antros etneos
corroídos de chimeneas y se oyen los golpes que arrancan
gemidos a los yunques y en las cavernas rechinan
las barras de los cálibes y el fuego respira en los hornos,
de Vulcano morada y tierra de Vulcano por su nombre.
Aquí baja entonces el señor del fuego de lo alto del cielo.
El hierro trabajaban los Ciclopes en su vasta guarida,
Brontes y Estéropes y Piragmón con el cuerpo desnudo.
ocupados estaban en terminar, en parte ya pulido,
un rayo de los muchos que lanza el padre por todo el cielo
a la tierra; otra parte estaba aún sin acabar.
Habían añadido tres puntas retorcidas de lluvia, tres de nube
de agua, tres del rojo fuego y del alado Austro.
Fulgores horríficos y trueno y espanto añadían ahora
a su trabajo y las iras a las llamas tenaces.
En otro lado preparaban a Marte su carro y las ruedas
veloces, con las que a las ciudades provoca y a los hombres;

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

y la égida terrible, arma de la enojada Palas,
se esforzaban en cubrir de escamas de serpientes y de oro,
y las culebras enlazadas y la misma Gorgona en el pecho
de la diosa haciendo girar sus ojos sobre el cuello cortado.
«Retirad todo -dijo-, dejad los trabajos empezados,
Cidopes del Etna, y atención prestadme:
armas hay que hacer para un hombre valiente. Ahora precisa es
la fuerza, ahora las rápidas manos y el arte magistral.
Evitad todo retraso.» Y nada más dijo, y ellos
raudos se pusieron al trabajo distribuyendo la tarea
a suertes. Mana el bronce en arroyos y el metal del oro
y se licua el acero mortal en la vasta fragua.
Forjan un escudo enorme, que sólo se valga contra todos
los dardos de los latinos, y unen con fuerza
las siete capas. Unos en fuelles de viento las auras
cogen y devuelven, otros los estridentes bronces
templan en un lago: gime la caverna con el batir de los yunques.
Ellos alternadamente con mucha fuerza levantan con ritmo
los brazos y hacen girar la masa con segura tenaza.
Mientras el padre Lemnio apresura el trabajo en las costas eolias,
la luz sustentadora saca a Evandro de su humilde morada
y el canto mañanero de los pájaros bajo su tejado.
Se levanta el anciano y reviste con la túnica el cuerpo
y anuda a sus pies las sandalias tirrenas.
Se ciñe entonces al costado y los hombros la espada tegea
colgando del izquierdo una piel de pantera que le cubre la espalda.
Desde el alto umbral también dos guardianes
marchan delante y acompañan los perros el paso de su amo.
Buscaba el lugar y los aposentos de Eneas, su huésped,
recordando el héroe sus palabras y la ayuda ofrecida.
Y no menos madrugador andaba Eneas;
a uno le acompañaba el hijo Palante, al otro Acates.
Se encuentran y unen sus diestras y en medio se sientan
del palacio y disfrutan al fin de tranquila charla.
El rey primero así:
«Caudillo principal de los teucros que, si vives, nunca en verdad
diré que Troya y su reino han sido derrotados:
en favor de nombre tan grande pequeñas fuerzas tenemos
para auxiliarte en la guerra; de un lado nos limita el río etrusco,
de otro el rútulo apremia y rodea nuestros muros con sus armas.
Mas yo planeo unir contigo grandes pueblos y tropas
de reinos poderosos, ayuda que una suerte inesperada
nos brinda; llegas como enviado del destino.
No lejos de aquí se encuentra el lugar de la ciudad de Agila,
fundada sobre vetusta roca, donde un día una raza
de Lidia, ilustre en la guerra, se asentó sobre lomas etruscas.
Luego que floreció durante muchos años, un rey de orgulloso
poder y armas crueles la tuvo, Mecencio.
¿A qué recordar los crímenes infandos, a qué las viles hazañas
de un tirano? ¡Los guarden los dioses para él y su estirpe!
Solía además atar los cadáveres con los vivos
juntando manos con manos y bocas con bocas,
espantosa tortura, y en larga agonía los mataba
con horrible abrazo, cubiertos de pus y de sangre.
Mas hartos al fin los ciudadanos rodean al loco
de horror con sus armas, a su casa y a él mismo,
matan a sus cómplices y lanzan antorchas a su tejado.
Él, escapando a la matanza, se refugió en los campos
de los rútulos y se protege con las armas de su huésped Turno.
Así que toda Etruria se levantó en furia justiciera

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

pidiendo castigo para el rey con la ayuda de Marte.
A estos miles, Eneas, pondré bajo tu mando.
Que se agitan las popas apretadas por toda la ribera
y ordenan izar las enseñas, y los detiene cantando el futuro
el longevo arúspice: «Oh, escogida juventud de Meonia,
flor y virtud de héroes antiguos, a quienes lanza contra el enemigo
un justo dolor yprovoca Mecencio con ira merecida;
a ningún ítalo le está permitido mandar expedición tan grande,
buscad caudillos extranjeros.» Acampó entonces el ejército
etrusco en esta llanura, asustado por los avisos del cielo.
El propio Tarconte me envió embajadores y la corona
del mando con el cetro y me encomienda las insignias;
que acuda al campamento y me haga cargo de los reinos tirrenos.
Masa mí una torpe vejez vencida por el frío y los años
me impide mandar y unas fuerzas tardías para las hazañas.
A mi hijo se lo pediría, de no ser porque tiene
sangre de esta patria por su madre sabina. Tú, a quien favorece
el destino por la raza y los años, a quien reclaman los dioses,
da el paso, valerosísimo caudillo de ítalos y teucros.
Te daré además a mi hijo Palante, nuestro consuelo
y esperanza; que se acostumbre con tu magisterio
a la milicia y la pesada tarea de Marte, a contemplar
tus hazañas; que desde su edad primera te admire.
A él doscientos jinetes arcadios, las fuerzas mejores
de nuestra juventud, le daré, y otro tanto en su nombre a ti, Palante.»
Apenas había hablado, y clavados le tenían sus ojos
Eneas el hijo de Anquises y el fiel Acates,
y vueltas daban en su triste pecho a graves desgracias,
si no hubiera Citerea mandado su señal a cielo abierto.
Pues un relámpago de improviso lanzado desde el éter
vino con el trueno y todo pareció agitarse de pronto
y mugir por el cielo el clangor de la tuba tirrena.
Levantan la cabeza y una y otra vez un tremendo fragor les sacude.
Entre las nubes, ven brillar en la región serena del cielo
unas armas por el azul y tronar sacudidas.
Los demás se quedaron sin aliento, mas el héroe de Troya
reconoció el sonido y las promesas de la diosa, su madre.
Exclama entonces: «En verdad, huésped, no busques
qué suceso anuncia el portento: es a mí a quien llama el Olimpo.
Esta señal la madre que me engendró me dijo que enviaría
si empezaba la guerra, y las armas de Vulcano por los aires
que mandaría en mi auxilio.
¡Ay! ¡Qué matanzas terribles aguardan a los pobres laurentes!
¡Qué castigo habrás de pagarme, Turno! ¡Cuántos escudos
de guerreros y yelmos y cuerpos valientes harás rodar bajo tus aguas,
padre Tiber! Que guerra busquen y rompan los pactos.»
Luego que pronunció estas palabras, se alza del alto solio
y aviva en primer lugar las aras dormidas con los fuegos
de Hércules, y alegre se acerca al Lar del día anterior
y a los humildes Penates; mata Evandro igualmente
ovejas escogidas según la costumbre e igualmente la juventud troyana.
Se marcha tras esto a las naves y pasa revista a sus compañeros
para escoger de entre ellos a los que le sigan a la guerra
por destacar en valor; los demás se dejan llevar
por la corriente y perezosos se van río abajo
para llevar noticias a Ascanio de la situación y de su padre.
Se entregan caballos a los teucros que se dirigen a los campos tirrenos;
a Eneas le reservan uno sin sorteo, y del todo le cubre
una rubia piel de león que brilla con uñas de oro.
Vuela la noticia divulgada de pronto en la ciudad pequeña,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

de que rápido van jinetes a los umbrales del rey tirreno.
De miedo redoblan las madres sus votos, y el temor crece
más aún por el peligro y más grande se muestra la imagen de Marte.
El padre Evandro entonces se resiste abrazando la diestra
del que parte, sin saciarse de lágrimas, y dice de este modo:
«Ay, si Júpiter me devolviera mis años pasados,
como era yo cuando a las puertas de Preneste el primer ejército
aplasté e incendié victorioso montañas de escudos
y al Tártaro envié al rey Érulo con mi diestra,
al que al nacer tres vidas su madre Feronia
(espanta decirlo) había dado, que debía blandir tres armas
y morir de tres muertes; a él, sin embargo, esta diestra
todas sus vidas le quitó y al tiempo le privó de sus armas:
nadie podría arrancarme ahora de este dulce abrazo tuyo,
hijo mío, no Mecencio burlándose de este vecino suyo
habría causado tantas muertes con su espada,
ni habría enviudado la ciudad de tantos de sus hombres.
Pero a vosotros os ruego, dioses de lo alto y a ti, Jove,
rector supremo de los dioses, piedad para este rey arcadio;
y escuchad las preces de un padre. Si vuestro numen,
si los hados me reservan salvo a Palante,
si vivo para verle y abrazarle de nuevo,
la vida os pido, podré soportar cualquier fatiga.
Pero si tramas, Fortuna, otra salida nefanda,
que pueda yo dejar esta vida cruel ahora mismo,
cuando aún en duda están mis cuitas e incierta la esperanza delfuturo;
ahora que a ti, querido hijo, único placer de mis años,
abrazado te tengo. ¡Que no hiera mi oído la noticia
más triste! » Estas palabras vertía el padre en la definitiva
despedida; derrumbado sus siervos a casa lo llevaban.
Y ya había sacado la caballería por las puertas abiertas
Eneas entre los primeros y el fiel Acates,
y detrás los demás caudillos de Troya; el mismo Palante marcha
en medio de la formación, señalado por su clámide y sus armas pintadas,
como cuando Lucifer derramado de Océano en las olas,
al que ama Venus más que a los otros fuegos de los astros,
asoma su rostro sagrado por el cielo y disuelve la tiniebla.
De pie quedan las madres asustadas en los muros y siguen con los ojos
la nube de polvo y la tropa de bronce reluciente.
Ellos entre las zarzas, por donde es más corto el camino,
marchan armados; se alza el clamor y en formación perfecta
el casco de los caballos bate con su trotar el llano polvoriento.
Hay junto a la helada corriente de Cere un gran bosque sagrado,
muy venerado por la devoción de los mayores; de todas partes
un circo de colinas lo rodea ylo ciñe una selva de negros abetos.
Fama es que los antiguos pelasgos lo consagraron a Silvano,
al dios de los predios y del ganado, el bosque y una fiesta,
los que habitaron un día los primeros la tierra latina.
No lejos de aquí Tarconte y los tirrenos con el lugar defendían
su campamento, y todo su ejército podía ser visto de lo alto
del monte con sus tiendas en los campos abiertos.
Aquí llegan Eneas y la juventud elegida
para el combate, y cansados reposo dan a cuerpos y caballos.
Mas Venus, la blanquísima diosa, se presenta entre nubes
etéreas llevando sus dones, y cuando vio a su hijo solitario
a lo lejos en un apartado valle junto a las frescas aguas,
se le apareció y le habló con estas palabras:
«Aquí tienes la ayuda prometida del arte
de mi esposo. No dudes ya, hijo, en entrar en combate
contra los orgullosos laurentes y el fiero Turno.»

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Dijo, y buscó Citerea los abrazos del hijo
y enfrente colocó las armas brillantes bajo una encina.
Él, satisfecho con los presentes de la diosa y por honor tan grande,
no podía saciarse de mirar todo con sus ojos,
y se asombra, y entre brazos y manos da vueltas
al yelmo terrible con su penacho y que llamas vomita,
y a la espada portadora de muerte y la rígida loriga de bronce
color de sangre, inmensa, cual la nube cerúlea cuando
se enciende con los rayos del sol y brilla a lo lejos.
Después las bruñidas grebas de electro y oro refinado,
y la lanza, yla trama indescriptible del escudo.
Aquí las hazañas ítalas y las gestas triunfales de los romanos,
conocedor de vaticinios y no ignorante de la edad por llegar,
había representado el señor del fuego; aquí toda la raza de la futura
estirpe de Ascanio y las guerras libradas por orden.
Había figurado también en la verde gruta de Marte
la loba tumbada recién parida, con los niños gemelos jugando
colgados de sus ubres y mamando sin miedo
de su madre; ella, con su suave pescuezo agachado,
los lamía por turno y moldeaba sus cuerpos con la lengua.
No lejos de aquí había añadido Roma y las sabinas
raptadas brutalmente de entre el gentío del teatro
durante los grandes circenses y de pronto surgir nueva guerra
entre los hijos de Rómulo y el viejo Tacio y los austeros hombres de Cures.
Después los mismos reyes, dejando la guerra entre ellos,
en pie aparecían armados ofreciendo ante el ara de Jove
sus páteras y el pacto firmaban con la muerte de una cerda.
No muy lejos, cuadrigas azuzadas en contra destrozaban
a Meto (¡pero tú, albano, deberías mantener tu palabra!)
y Tulo las entrañas del embustero arrastraba
por el bosque, y sangre goteaban los abrojos empapados.
También Porsena ordenaba acoger a Tarquinio
expulsado y a la ciudad apremiaba con ingente asedio;
los Enéades se lanzaban al hierro por su libertad.
Podrías verlo igual que quien se indigna e igual
que el que amenaza, porque había osado Cocles arrancar el puente
y Clelia cruzaba el río a nado, rotas sus cadenas.
En lo alto estaba Manlio, guardián de la roca
Tarpeya delante del templo y ocupaba las alturas del Capitolio,
erizado de la paja de Rómulo el palacio reciente.
Y aquí, revoloteando por los dorados pórticos una oca
de plata anunciaba que estaban los galos a las puertas;
los galos llegaban por las zarzas y el alcázar ocupaban
protegidos por las tinieblas y el regalo de una noche oscura.
Con su cabellera de oro y de oro vestidos
relucen con sus ropas listadas, y sus cuellos de leche
se ven trabados de oro; en la mano dos jabalinas de los Alpes
agita cada uno, cubiertos los cuerpos con grandes escudos.
Aquí había moldeado a los Salios saltando y a los Lupercos
desnudos, y los gorros de lana y los escudos caídos
del cielo; castas matronas portaban los objetos del culto
por la ciudad en blandas carrozas. Añadió también lejos
de aquí las sedes del Tártaro, las bocas profundas de Dite
y el castigo de los crímenes y a ti, Catilina, colgado
de roca amenazante y temiendo el rostro de las Furias,
y a los justos, separados, y a Catón dándoles leyes.
Entre todo esto se extendía la imagen de oro
del mar henchido, mas el azul espumaba de blancas olas.
Y alrededor en círculo brillantes delfines de plata surcaban
la superficie con sus colas y cortaban las aguas.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

En el centro escuadras de bronce, las guerras de Accio,
aparecían, y toda Leucate podías ver hirviendo
con Marte en formación ylas olas refulgiendo en oro.
A este lado César Augusto guiando a los ítalos al combate
con los padres y el pueblo, y los Penates y los grandes dioses,
en pie en lo alto de la popa, al que llamas gemelas le arrojan
las espléndidas sienes y el astro de su padre brilla en su cabeza.
En otra parte Agripa, con los vientos y los dioses de su lado
guiando altivo la flota; soberbia insignia de la guerra,
las sienes rostradas le relucen con la corona naval.
Al otro lado, con tropa variopinta de bárbaros, Antonio,
vencedor sobre los pueblos de la Aurora y el rojo litoral,
Egipto y las fuerzas de Oriente y la lejana Bactra
arrastra consigo, y le sigue (¡sacrilegio!) la esposa egipcia.
Todos se enfrentaron a la vez y espumas echó todo el mar
sacudido por el refluir de los remos y los rostros tridentes.
A alta mar se dirigen; creerías que las Cícladas flotaban
arrancadas por el piélago o que altos montes con montes chocaban,
en popas almenadas de mole tan grande se esfuerzan los hombres.
Llama de estopa con la mano y hierro volador con las flechas
arrojan, y enrojecen los campos de Neptuno con la nueva matanza.
La reina en el centro convoca a sus tropas con el patrio sistro,
y aún no ve a su espalda las dos serpientes.
Y monstruosos dioses multiformes y el ladrador Anubis
empuñan sus dardos contra Neptuno y Venus
y contra Minerva. En medio del fragor Marte se enfurece
en hierro cincelado, y las tristes Furias desde el cielo,
y avanza la Discordia gozosa con el manto desgarrado
acompañada de Belona con su flagelo de sangre.
Apolo Accíaco, viendo esto, tensaba su arco
desde lo alto; con tal terror todo Egipto y los indos,
toda la Arabia, todos los sabeos sus espaldas volvían.
A la misma reina se veía, invocando a los vientos,
las velas desplegar y largar y largar amarras.
La había representado el señor del fuego pálida entre los muertos
por la futura muerte, sacudida por las olas y el Yápige;
al Nilo, enfrente, afligido con su enorme cuerpo
y abriendo su seno y llamando con todo el vestido
a los vencidos a su regazo azul y a sus aguas latebrosas.
Mas César, llevado en triple triunfo a las murallas
romanas, consagraba un voto inmortal a los dioses itálicos,
trescientos grandes santuarios por la ciudad entera.
vibraban las calles de alegría y de juegos y de aplausos;
en todos los templos coros de madres, aras en todos;
ante las aras cayeron a tierra novillos muertos.
Y él mismo sentado en el níveo umbral del brillante Febo
agradece los presentes de los pueblos y los cuelga de las puertas
soberbias; en larga hilera avanzan las naciones vencidas,
diversas en lenguas y en la forma de vestir y de armarse.
Aquí la raza de los nómadas había labrado Mulcíber
y los desnudos africanos; aquí los léleges, carios y gelonos
con sus flechas; iba luego el Éufrates con corriente más calma,
y los morinos, los últimos de los hombres, y el Rin bicorne,
y los indómitos dahos y el Araxes rechazando su puente.
Todo eso contempla en el escudo de Vulcano, regalo
de su madre, y goza con las imágenes sin conocer los sucesos,
y al hombro se cuelga la fama y el destino de sus nietos.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

LIBRO IX

Y mientras esto ocurre en lugar bien lejano,
Juno Saturnia del cielo envió a Iris
al valiente Turno. En el bosque de su padre Pilumno
estaba sentado Turno, en un valle sagrado.
Así le habló la hija de Taumante con su boca de rosa:
«Turno, lo que ninguno de los dioses osaría prometerte
en tu deseo, he aquí que el correr de los días te lo ofrece.
Eneas, dejando la ciudad, sus compañeros y sus naves,
se dirige a los cetros del Palatino y a la sede de Evandro.
Y hay más: ha llegado a las últimas ciudades de Etruria
y arma a un puñado de lidios y campesinos recluta.
¿Qué dudas? Éste es el momento de reclamar caballos y carros.
Deja todo retraso y ataca un campo amedrentado.»
Dijo, y con alas iguales se levantó hasta el cielo
y trazó a su paso bajo las nubes un arco enorme.
La conoció el joven y alzó a las estrellas sus palmas
gemelas y con estas palabras la siguió en su huida:
«Iris, gloria del cielo, ¿quién te hizo bajar de las nubes
a la tierra para mí? ¿De dónde este brillante
prodigio repentino? Veo el cielo por la mitad abierto
y el vagar de los astros por su bóveda. Sigo señal tan grande,
quienquiera que a las armas me convocas.» Y dicho esto,
se agachó hasta el agua y líquido bebió de su superficie
implorando a los dioses, y el éter llenó de promesas.
Y ya todo el ejército marchaba en campo abierto
rico de caballos, rico de bordados vestidos y de oro;
Mesapo dirige las primeras filas, y el final los jóvenes
Tirridas; Turno en el centro de la formación como jefe.
Como el Ganges profundo manando por siete apacibles
corrientes en silencio o el Nilo de fecundas aguas
cuando se derrama por los campos y se mete de nuevo en su cauce
Entonces divisan los teucros una súbita nube
de negro polvo yven surgir tinieblas por el llano.
Y enfrente Caíco el primero a gritos llama desde su atalaya:
«¿Qué masa, ciudadanos, de negra calígine se revuelve?
¡Empuñad raudos el hierro, a las armas, subid a los muros!,
¡aquí está el enemigo, ea! » Con gran griterío se meten
los teucros por todas las puertas y llenan las murallas.
Pues así lo había ordenado al partir el mejor en las armas,
Eneas: si algo ocurría en su ausencia,
que no osaran formar el ejército ni confiarse al llano;
que tras el foso guardasen el campamento y seguros los muros.
Así que si bien el pundonor y la ira les lanzan al combate,
cierran las puertas, sin embargo, y las órdenes cumplen,
y en las huecas torres aguardan armados al enemigo.
Turno, adelantándose volando a la lenta marcha,
acompañado de veinte jinetes escogidos llega de pronto
a la ciudad; monta un caballo tracio con manchas blancas
y se cubre con un yelmo de oro de rojo penacho:
«¿Quién estará, jóvenes, a mi lado? ¿Quién el primero contra el enemigo,
eh?», dice y blande, y arroja al aire su jabalina,
señal para el combate, y altivo se lanza a la llanura.
Lanzan un grito sus compañeros y le siguen con alarido
horrísono; se asombran del cobarde corazón de los teucros,
de que no salgan a campo abierto ni acudan los hombres
al encuentro de sus armas, de que protejan su campo. Enfurecido,
aquí y allá rodea los muros a caballo y busca una entrada imposible.
Y como el lobo que acecha el redil recogido

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

cuando aúlla a los troncos batido por el viento y la lluvia,
pasada la medianoche; seguros bajo sus madres los corderos
no dejan de balar; él, irritado y negro de ira, se enfurece
con los que nada puede; le agota la rabia por comer
desde hace tiempo y las fauces secas de sangre.
No de otro modo se enciende de furia el rútulo que contempla
muros y campamentos, arde el dolor en sus duros huesos.
¿Por dónde buscar un camino de entrada y de sacar a los teucros
encerrados la manera y desparramarlos por el llano?
La flota, que estaba escondida a un lado de las tiendas
protegida por fosos y por las aguas del río,
la ataca, y fuego pide a los compañeros que le animan
y llena su mano, furioso, con una antorcha encendida.
Acuden los demás entonces (les apremia la presencia de Turno)
y todos los jóvenes se lanzan con negras teas.
Echaron mano al fuego: una luz de pez da la humosa
antorcha y Vulcano brasas mezcladas a las estrellas.
¿Qué dios, oh Musas, alejó de los teucros incendios
tan crueles? ¿Quién libró a los barcos de fuego tan grande?,
decidme: antigua es la fe en lo sucedido y perenne su fama.
En los días en que andaba preparando en el Ida de Frigia
Eneas su flota y se disponía a partir hacia mares remotos,
se dice que la misma madre de los dioses Berecintia
así habló al gran Jove: «Concédeme, hijo, lo que te pide
tu madre querida puesto que has domeñado el Olimpo.
Hay una selva de pinos que he amado muchos años,
un bosque sagrado en lo alto de la roca donde llevaban las ofrendas,
oscuro de negros pinos y de ramas de arce.
Gustosa se lo di al joven dardanio, cuando una flota
precisaba; ahora un temor angustioso me inquieta.
Líbrame de miedo y permite a tu madre esto poder con sus preces:
que no las desarbole ruta alguna ni sean vencidas
por las tempestades, que de algo les valga el ser hijas de nuestras montañas.»
Así le respondió el hijo que hace girar las estrellas del cielo:
«Oh, madre mía, ¿a dónde llamas a los hados? ¿Qué pides para ellas?
¿Que tengan ley inmortal unas naves que manos mortales
han construido y que a salvo arrostre Eneas
peligros inciertos? ¿A qué dios tan gran poder se ha concedido?
En todo caso, cumplida su misión, cuando lleguen un día
a los puertos y las tierras de Ausonia, a cuantas escapen de las olas
y al jefe dardanio conduzcan a los campos laurentes
les quitaré su forma mortal y ordenaré que sean
diosas del ancho mar, igual que la Nereida Doto
y Galatea surcan con sus pechos el ponto espumante.»
Dijo, y lo juró por los ríos de su hermano estigio;
por los torrentes de pez y las orillas del negro remolino
asintió, e hizo temblar el Olimpo entero con su gesto.
Había llegado, pues, el día prometido y habían cumplido
el tiempo marcado las Parcas, cuando de Turno el sacrilegio
hizo apartar a la Madre las antorchas de las naves sagradas.
Brilló entonces una rara luz ante los ojos y una enorme
nube pareció cruzar el cielo de lado de la Aurora
y los coros ideos; luego cae por los aires
una voz horrenda y llena las tropas de rútulos y troyanos:
«No os empeñéis, teucros, en defender mis naves queridas
ni arméis vuestras manos; antes incendiará Turno los mares
que los sagrados pinos. Quedad vosotras libres,
marchaos, diosas del mar; lo manda vuestra madre.»
Y al punto cada barco rompe las cadenas de la orilla
y como delfines, metiendo sus rostros en el agua

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

buscan el fondo. Salen de ahí (asombroso prodigio)
como otros tantos cuerpos de doncellas y al mar se lanzan.
Se quedaron los rútulos sin habla y hasta Mesapo
asustado sobre inquietos caballos, y ronca resonando duda
la corriente y el Tíber se vuelve desde alta mar.
Mas no abandonó su confianza al bravo Turno;
tanto más alza los ánimos con sus palabras y tanto más grita:
«A los troyanos buscan estas apariciones, Júpiter con ellas
les ha privado de la ayuda acostumbrada: ni dardos ni fuegos
esperan a los rútulos. Así que mares no navegables para los teucros,
sin esperanza alguna de huir: han perdido la mitad de sus recursos,
mientras queda la tierra en nuestras manos: tantos miles,
sus armas blanden los pueblos ítalos. No me asustan las fatales
respuestas de los dioses, si de alguna presumen los frigios;
bastante se ha dado ya a Venus y al hado, que han podido
tocar los troyanos los fértiles campos de Ausonia. Tengo yo hados
contrarios a los suyos, aplastar con la espada a un pueblo
criminal que me robó la esposa; este dolor no toca sólo
a los Atridas, ni sólo a Micenas cabe empuñar las armas.
"Pero basta con morir una vez." Habría bastado el pecado
anterior, mas no odiaron por completo a toda
la raza de las mujeres. Ánimos les dan su confianza
en la empalizada y el estorbo de los fosos, breve demora
de su muerte; mas ¿no vieron de Troya las murallas
fabricadas por mano de Neptuno caer bajo el fuego?
Y vosotros, lo mejor de los míos, ¿quién está dispuesto
a abrir la valla con su espada y entrar conmigo en el campo tembloroso?
No necesito yo las armas de Vulcano, ni barcos
a millares contra los teucros. Que además se les sumen
todos los etruscos por aliados. Las tinieblas y el vano robo
del Paladio, muertos los centinelas de la fortaleza,
no teman: no nos meteremos en la ciega panza de un caballo.
A plena luz no fallará rodear con fuego sus muros.
Les haré sentir que no se las ven con dánaos y jóvenes
pelasgos, a quienes Héctor pudo resistir hasta el décimo año.
Así que ahora, puesto que ya ha pasado lo mejor del día,
cuidad lo que queda vuestros cuerpos, contentos
con lo realizado, y aguardad prestos el combate.»
Se confía entretanto a Mesapo los puestos de guardia
ante las puertas, y ceñir con fuegos las murallas.
Se eligieron dos veces siete rútulos para guardar los muros
con soldados, y a cada uno de ellos le siguen cien
jóvenes de rojo penacho y relucientes de oro.
Acuden y se van turnando, y echados por la hierba
se entregan al vino y vacían las crateras de bronce.
Brillan los fuegos, pasa la noche la guardia
insomne, entre juegos.

Observan esto los troyanos desde su empalizada y las alturas
ganan con sus armas, y, temblando de ansia,
vigilan las puertas y preparan puentes y bastiones,
y disponen sus flechas. Les apremia Mnesteo y el fiero Seresto
a quienes el padre Eneas, si la situación lo requería,
había dado por guías a los jóvenes y caudillos.
Por todos los muros monta guardia la legión echando a suertes
el riesgo por turnos, y lo que debe guardar cada uno.

Niso era centinela de la puerta, valeroso guerrero,
el hijo de Hírtaco, a quien había enviado el Ida rico en caza
de compañero de Eneas, rápido con la lanza y las veloces flechas,
y a su lado Eurídalo, su amigo, más hermoso que el cual
no hubo otro entre los Enéadas ni vistió las armas troyanas,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

y la flor de la juventud adornaba el rostro imberbe del muchacho.
Un único amor les unía y juntos se lanzaban al combate;
también entonces en guardia común vigilaban la puerta,
Niso dice: «¿Ponen los dioses este ardor en nuestros corazones,
Eurídalo, o de cada uno su fiera pasión se vuelve el dios?
Hace tiempo que se agita mi pecho por combatir
o por emprender algo grande, y no se conforma con este tranquilo reposo.
Ya está viendo la confianza que embarga a los rútulos:
Pocas luces se ven, yacen vencidos por el sueño
y el vino, y todo está en silencio. Escucha todavía
cuál es mi duda y qué idea en mi ánimo brota.
Ir en busca de Eneas piden todos, el pueblo
y los padres, y enviarle quien le cuente lo que pasa.
Si me prometen lo que pido para ti (pues a mí la fama
de la acción me basta), creo poder encontrar al pie
de aquel cerro un camino a las torres y murallas de Palanteo.»
Atónito quedó Eurídalo, tocado por un ansia muy grande
de gloria, y así se dirige a su ardoroso amigo:
«¿Así que no quieres tomarme en hazaña tan alta, Niso,
por compañero? ¿Sólo he de dejarte en peligro tan grande?
No tal mi padre Ofeltes, avezado a la guerra,
me enseñó al criarme entre el terror de Argos
y las fatigas de Troya, ni así me he portado contigo
en pos del magnánimo Eneas y sus hados extremos.
Hay aquí un corazón que desprecia la luz y que cree
que bien puede pagarse con la vida esa gloria que buscas.»
Niso a esto: «En verdad nada de eso temía de ti,
y no sería justo; así el gran Júpiter a ti me devuelva
triunfante o quienquiera que esto contempla con ojos benignos.
Mas si algún dios o alguna mala suerte (como a menudo ves
en tal peligro) me arrastran al desastre,
me gustaría que tú sobrevivieras, más digno de la vida por tu edad.
Que hubiera quien me encomendase a la tierra sacándome
del combate o pagando un rescate, o, si Fortuna lo prohibe,
que en ausencia las exequias me hiciese y adornase mi tumba.
Y por no ser causa de un dolor tan grande para tu madre,
la pobre, la única entre muchas que valiente ha seguido
a su hijo, sin cuidarse de las murallas del gran Acestes.»
Mas el otro: «No entrelaces en vano argumentos vacíos,
que mi opinión no cede y es inamovible.
Démonos prisa.» Dice y al tiempo despierta a los guardias.
Éstos les relevan y mantienen el turno; dejando el puesto,
él acompaña a Niso y salen en busca de su rey.
Por todas las tierras los demás animales curaban sus cuitas
con el sueño y los corazones olvidados de fatigas;
los primeros caudillos de los teucros, la juventud escogida,
celebraban consejo sobre asuntos importantes del reino,
qué harían y quién sería ya el mensajero de Eneas.
En pie están apoyados en lanzas largas y con sus escudos
en medio del llano y del campamento. Entonces Niso y con él
Eurídalo solicitan presurosos ser admitidos sin demora,
que el asunto era importante y la tardanza cara. Julo
el primero les recibió nerviosos y mandó hablar a Niso.
Así entonces el hijo de Hírtaco: «Escuchad con voluntad propicia,
amigos de Eneas, y no juzguéis por nuestros años
lo que traemos. Han callado los rútulos vencidos
por el vino y el sueño. Nosotros mismos un lugar hemos visto
para nuestro plan, que se abre en el cruce de la puerta marina.
Han cesado los fuegos y negra humareda se levanta
hasta el cielo. Si nos permitís aprovechar esta fortuna

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

para buscar a Eneas y las murallas de Palanteo,
nos veréis al punto regresar con el botín cargados
de una gran matanza. Y no nos engaña el camino en la marcha:
hemos visto antes las primeras casas entre valles oscuros
yendo a menudo de caza y hemos recorrido todo el río.»
Entonces Aletes, maduro de ánimo y grave por sus años:
«¡Dioses de la patria bajo cuyo poder Troya está siempre!
No queréis, sin embargo, destruir por completo a los teucros
cuando ánimos disteis así a nuestros jóvenes y pechos
tan firmes.» Tal diciendo abrazaba a los hombros y las diestras
de ambos, y regaba de llanto su rostro y sus mejillas.
«¿Qué para vosotros, guerreros, qué recompensa digna
pagar se puede por esa hazaña? Lo mejor en seguida
os lo darán los dioses yvosotros mismos: os pagará muy pronto
el resto el piadoso Eneas y, con su edad entera,
Ascanio, que nunca olvida méritos tan grandes.»
«Yo, por mi parte -afirma Ascanio-, para quien la esperanza sola
está en la vuelta de mi padre, a vosotros os pongo por testigos,
Niso, por los grandes Penates y el Lar de Asáraco y el templo
de la canosa Vesta: sea cual sea mi confianza y mi fortuna,
la pongo en vuestro pecho. Buscadme a mi padre,
devolvedme su presencia; nada será triste si lo recupero.
Os daré dos copas llenas de relieves, terminadas
en plata, que mi padre tomó tras la derrota de Arisba,
con dos trípodes iguales, dos grandes talentos de oro,
una cratera antigua que me dio la sidonia Dido.
Ahora, si me cupiera conquistar vencedor Italia,
hacerme con el reino y repartir el botín a suertes,
viste con qué caballo iba Turno y con qué armas, todo
de oro; pues ese caballo y su escudo y su rojo penacho,
son ya tu premio, Niso, libres del sorteo.
Mi padre por su parte dos veces seis madres
bien elegidas y cautivos y todos con sus armas,
y además cuanto campo posee el propio rey Latino.
Y en cuanto a ti, respetable muchacho a quien sigue
de cerca mi edad, te acojo ya con todo el corazón
y te abrazo compañero de todas las fatigas.
No he de buscar gloria alguna sin ti en mis empresas:
tanto en paz como en guerra, en ti residirá mi confianza
mayor de palabra y de obra.» A quien tal dice replica
Eurílalo: «Jamás llegará el día que me vea indigno
de acciones tan valientes; sólo, que no se vuelva de espaldas
la suerte favorable. Pero nada más esto te pido, por encima
de todos los regalos: tengo a mi madre, de la rancia estirpe
de Príamo, a quien, desdichada, la tierra de Ilión no retuvo
cuando partí, ni las murallas del rey Acestes.
La dejo yo ahora sin saber nada de todo este riesgo
y sin despedirme (pongo a la noche por testigo
y a tu diestra), que sufrir no puedo lágrimas de mi madre.
Así que tú, te lo ruego, consuela a la desgraciada y mira por la que dejo.
Permíteme llevar esta esperanza y con mayor audacia arrostraré
todos los peligros.» Con el corazón estremecido vertieron
lágrimas los Dardánidas, y el hermoso Julo más que los otros,
y anegó su ánimo esta piadosa imagen de un hijo.
Dice así entonces:
«Puedes prometerte cuanto sea digno de tus grandes empresas.
Pues ella ha de ser mi madre y ha de faltarle sólo
el nombre de Creúsa, y no le aguarda pequeña recompensa
por un hijo así. Sea cual sea el final de tu hazaña,
juro por mi cabeza, por la que antes solía mi padre:

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

cuanto a ti te prometo a la vuelta si todo va bien,
lo mismo se hará con tu madre y toda su estirpe.»
Así dice entre lágrimas; al tiempo se quita del hombro la espada
de oro que había forjado Licaón de Cnosos con arte
admirable, con la vaina de marfil que rapidez le daba.
A Niso da Mnesteo la piel de un león espantoso,
sus despojos, y el yelmo le cambia el fiel Aletes.
Parten al punto armados; al tiempo que marchan
les sigue con sus votos junto a las puertas todo el grupo
de los principales, jóvenes y viejos, así como el hermoso Julo,
haciendo gala antes de tiempo de ánimo y cuidado de hombre,
les daba muchos encargos para su padre; mas todo
dispersan las brisas y lo entregan sin sentido a las nubes.
Cruzan saliendo los fosos y entre las sombras de la noche
se dirigen al campo enemigo, pero antes serían causa
de muerte para muchos. Los ven tendidos en la hierba
por el vino y el sueño, carros de pie en la playa,
hombres entre ruedas y arreos, las armas por el suelo
y entre las copas. El hijo de Hírtaco así dijo el primero:
«Euríalo, es el momento de atacar, la ocasión a ello nos invita.
Por aquí está el camino. Tú, para que ningún grupo pueda alzarse
a nuestras espaldas, vigila y observa de lejos;
voy a sembrar la muerte abriéndote con ello ancho sendero.»
Así dice y sofoca su voz al tiempo que ataca con la espada
al orgulloso Ramnete, que en mullidos tapices andaba
echado y sueño respiraba de todo su pecho,
rey a la vez que gratísimo augur del rey Turno,
aunque no pudo con su augurio librarse de la muerte.
Acaba a su lado con tres sirvientes que yacían tranquilos
entre sus armas y con el escudero de Remo y con el auriga bajo sus propios
caballos sorprendidos, y corta con la espada los cuellos colgantes.
Luego le arranca al dueño mismo la cabeza y deja su cuerpo
sangrando a borbotones; de negra sangre la tibia tierra
y los lechos se empapan. Y así con Lámiro y Lamo
y con el joven Serrano que mucho había jugado
aquella noche, de hermosa figura, yyacía con el cuerpo
vencido del mucho vino: dichoso él si hubiera igualado
a la noche con su juego y lo hubiera llevado al amanecer;
como un león hambriento moviéndose entre los llenos rediales
(como le pide su loca hambre), devora y arrastra
al tierno ganado mudó de espanto y ruge con boca cruenta.
No menor fue la matanza de Euríalo; también él encendido,
loco se vuelve y se lanza en medio de un gran grupo
sin nombre, de Fado y Herbeso, de Abaris y Reto,
desprevenidos; a Reto despierto y viéndolo todo
que, lleno de miedo, se ocultaba tras una cratera,
le clavó la espada en el pecho hasta la empuñadura
cuando se incorporaba, y la sacó llena de muerte.
Vomita el otro un alma de púrpura y al morir echa
el vino mezclado con la sangre, él prosigue su loco daño.
Y ya se dirigía al grupo de Mesapo; allí veía apagarse
los fuegos y los caballos atados según la costumbre
pacían en la hierba, cuando así Niso brevemente
(pues siente que le arrastra el exceso de sangre y el ansia):
«Dejémoslo -dice-, pues se acerca la luz peligrosa.
Castigo bastante han tenido, un camino se abre entre los enemigos.»
Abandonan numerosos objetos de plata maciza de los soldados,
y armas y crateras, así como hermosos tapices.
Euríalo toma los arreos de Ramnete y un cinturón de placas
de oro, presentes un día que el riquísimo Cédico enviara

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

a Rémulo de Tíbur, cuando lo hizo su huésped en ausencia;
él los entrega al morir a su nieto para que los tenga;
después de su muerte lo tomaron los rútulos en la guerra y en el combate:
lo coge y se lo cuelga al hombro inútilmente poderoso.
Luego el yelmo de Mesapo, cómodo y adornado de penacho,
se pone. Salen del campo y buscan lugares seguros.
Andaban entretanto jinetes enviados en descubierta
de la ciudad latina, mientras el resto de la tropa acampaba
en el llano, y respuesta traían al rey Turno.
Trescientos, todos con escudos, y Volcente al mando.
Y ya se acercaban al campamento y a sus muros llegaban,
cuando les ven doblar a lo lejos en el camino de la izquierda,
y el yelmo traicionó al descuidado Euríalo en la sombra
brillante de la noche y refulgió tocado por los rayos.
No pasó inadvertido; desde su columna grita Volcente:
«¡Quietos, soldados! ¿Cuál es la causa de la salida?
¿De quién sois soldados y a dónde os dirigís?» Ellos nada responden,
sino que se metieron corriendo en el bosque y se confiaron a la noche.
Se lanzan los jinetes a los senderos conocidos
aquí y allá, y rodean de guardias todos los accesos.
Era una selva erizada de negra encina y zarzas,
que espesos matorrales llenaban por todas partes;
entre ocultos caminos brillaba un raro sendero.
Estorban a Euríalo las tinieblas de las ramas y el pesado
botín y el temor le engaña con la dirección del camino.
Niso escapa, yya se había librado del enemigo el descuidado
y de los lugares que luego se llamaron albanos
del nombre de Alba (donde el rey latino tenía sus pastos),
y se detuvo y en vano buscó al amigo ausente:
«Pobre Euríalo, ¿por dónde te habrá abandonado?,
¿por dónde seguirte?» Recorriendo de nuevo el difícil camino
de la selva engañosa, observa las huellas recientes
y las sigue hacia atrás yvaga entre los zarzales silenciosos.
Oye los caballos, oye el estrépito y las señales de los que le persiguen,
y no pasa mucho tiempo, cuando un clamor llega
a sus oídos y ve a Euríalo, a quien con el engaño
del lugar y la noche todo el grupo ya lo tiene apresado
en repentina escaramuza y aunque todo lo intenta en vano.
¿Qué hacer? ¿Con qué fuerzas intentaría al joven
rescatar, o con qué armas? ¿Se ha de lanzar a morir
entre las espadas ganando con heridas una muerte hermosa?
Raudo blande la lanza doblando el brazo
y mirando a la alta Luna reza de esta manera:
«Tú, diosa, acude en nuestra ayuda en este trance,
gloria de los astros y guardiana de los bosques, hija de Latona.
Si algún presente llevó hasta tus altares mi padre Hírtaco
por mí; si los aumenté yo en mis cacerías o los colgué
de tu bóveda o los clavé en tus sagrados techos,
concédeme dispersar este grupo y guía mis disparos por el aire.»
Dijo, y lanzó su hierro haciendo fuerza
con todo su cuerpo. La lanza voladora azota las sombras
de la noche y se clava en la espalda de Sulmón y se quiebra
allí, y la madera clavada el corazón le atraviesa.
Éste se revuelve vomitando un río caliente de su pecho,
helado, y golpea sus ijares en largos espasmos.
Miran a su alrededor. Aún más enardecido,
hete aquí que otra lanza sopesaba a la altura de la oreja.
Mientras corren confundidos, silbando llega el asta
a las sienes de Tago y se clava tibia en el cerebro atravesado.
Enloquece el feroz Volcente sin poder ver al que lanza

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

los disparos, y sin poder arrojarse ardiendo sobre él.
«Pues tú mientras tanto vas a pagar con tu sangre caliente
el castigo por ambos», dijo, y al tiempo empuñando su espada
marchaba contra Eurílalo. Fuera de sí entonces, aterrado,
grita Niso y ya no aguanta más escondido
en las tinieblas, ni puede soportar un dolor tan grande:
«¡A mí, a mí, aquí está el que lo hizo! ¡Volved a mí las armas,
rútulos! Mío ha sido el plan, y nada osó éste
ni nada pudo; el cielo y los astros que lo saben son mis testigos;
él sólo amó demasiado a un infeliz amigo.»
Tales gritos daba, mas la espada impulsada con fuerza
traspasa las costillas y rompe el blanco pecho.
Cae Eurílalo herido de muerte, y por su hermoso cuerpo
corre la sangre y se derrumba su cuello sobre los hombros:
como cuando la flor encarnada que siega el arado
languidece y muere, o como la amapola de lacio cuello
inclina la cabeza bajo el peso de la lluvia.
Mas Niso se lanza en medio y sólo entre tantos
quiere a Volcente, sólo en Volcente se fija.
Los enemigos lo rodean y de cerca lo acosan
por todas partes. No ceja por ello yvoltea su espada
relampagueante, hasta que en la boca del rútulo que gritaba
la clavó de frente y muriendo quitó la vida a su enemigo.
Se arrojó entonces sobre su exánime amigo,
acribillado, y allí descansó al fin con plácida muerte.
¡Afortundos ambos! Si algo pueden mis versos,
jamás día alguno os borrará del tiempo memorioso,
mientras habite la roca inamovible del Capitolio
la casa de Eneas y su poder mantenga el padre romano.
Los rútulos vencedores se hacen con el botín y los despojos
y llevan llorando al campamento a Volcente sin vida.
No fue menor el duelo en el campo al hallar a Ramnete
exangüe y tan gran matanza de los mejores,
y a Serrano y a Numa. Un gran corro se forma
ante sus cuerpos y los hombres medio muertos y el lugar reciente
de tibia muerte y los ríos espumantes llenos de sangre.
Reconocen entre ellos los despojos y el casco reluciente
de Mesapo y los arreos con tanto sudor ganados.
Y ya la Aurora primera regaba las tierras con el nuevo día
abandonando el lecho azafrán de Titono.
Con el sol ya esparcido, descubiertas por la luz las cosas,
Turno llama a sus hombres a las armas revestido él mismo
con sus armas: forman las broncíneas columnas para el combate,
cada cual las suyas, y aguzan sus iras con diversas consignas.
Clavan incluso las propias cabezas en lanzas enhiestas
(lamentable espectáculo) de Eurílalo y Niso, y las siguen con gran griterío.
Los duros Enéadas en la parte izquierda de los muros
dispusieron su línea (la derecha la ciñen las aguas),
y ocupan los fosos enormes y en las altas torres
se colocan, tristes; conmovían a los desgraciados los rostros clavados
de sus hombres, tan conocidos, chorreando negra sangre.
Volando entretanto con sus plumas Fama la mensajera
corre por la ciudad asustada y llega a los oídos de la madre
de Eurílalo. Y de pronto dejó el calor sus huesos, desgraciada,
el huso se escapó de sus manos y cayeron los ovillos.
Sale corriendo la infeliz y con alaridos de mujer
mesándose el cabello, fuera de sí, busca los muros
y las primeras filas, y no se fija en los hombres ni en el peligro
ni en los disparos, y llena entonces el cielo con su lamento:
«¿Así te veo, Eurílalo? ¿Eres tú, el reposo postrero

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

de mis años, y has podido dejarme sola,
cruel? Y cuando te enviaron a peligros tan grandes,
¿no se dio a tu madre el hablarte por última vez?
¡Ay! Yaces en tierra extraña botín de los perros latinos
y de sus buitres. Siendo tu madre, ni tus exequias te he podido
hacer, ni he cerrado tus ojos, ni lavé tus heridas,
cubriéndote con la tela que te estaba tejiendo a toda prisa,
de día y de noche, y en el telar consolaba mis cuitas de vieja.
¿Dónde buscarte? ¿Qué tierra guarda ahora tu cuerpo
y tus miembros lacerados y tu cadáver roto? ¿Esto me traes
de ti, hijo mío? ¿Esto es lo que he seguido por mar y por tierra?
Atravesadme, si queda aún piedad; contra mí todas las flechas
disparad, rútulos, matadme la primera con la espada;
o tú, gran padre de los dioses, ten piedad y esta odiada
cabeza sepulta bajo el Tártaro con tu rayo,
que de otro modo no puedo quebrar esta vida cruel.»
Con este llanto tocados los ánimos, un triste lamento
brota de todos, se entorpecen las fuerzas rotas para el combate.
Ideo y Áctor, como inflamaba la pena de todos,
por orden de Ilioneo y de julo que mucho lloraba
la cogen y en sus manos la conducen a casa.
Y lanzó a lo lejos la tuba su terrible sonido
de bronce canoro, sigue un clamor y el cielo retumba.
Rápidamente forman los volscos su tortuga
y se disponen a llenar los fosos y arrancar la empalizada;
busca la entrada una parte y subir a los muros con escalas
por donde hay menos tropa y clarea la espesa
corona de soldados. Responden los teucros lanzando
todo tipo de dardos y los derriban con duros troncos,
habituados a defender sus muros en una larga guerra.
Hacían rodar también piedras de gran peso, por si podían
quebrar la cubierta columna, aunque bajo la densa
tortuga todo se está dispuesto a resistir.
Y ya no aguantan más. Pues por donde el grupo es más compacto,
acuden los teucros y hacen rodar una mole tremenda
que aplasta por completo a los rútulos y destroza la cubierta
de sus armas. Y ya no se cuidan los rútulos bravos
de atacar con un Marte ciego, sino que compiten
en echarlos del muro con proyectiles.
En otra parte blandía Mecencio con horrible aspecto
un pino etrusco y lleva fuegos humeantes;
y Mesapo, domador de caballos, prole de Neptuno,
abre la empalizada y escalas pide para la muralla.
A vosotras, Calíope, os pido que inspiréis al que canta
los desastres que el hierro causó, qué muertos Turno
dejó atrás, a quién envió cada cual al Orco,
y desplegad conmigo las grandes vueltas de la guerra.
Había una torre de gran tamaño y puentes elevados,
adecuada al lugar, que los ítalos con grande empeño
todos se esforzaban en tomar y abatir con la mayor violencia
de sus recursos, y los troyanos, al contrario, defendían
con piedras y dardos, apiñados, por el hueco de las saeteras.
Turno el primero lanzó una antorcha encendida
y clavó en el costado la llama que, inflamada del viento,
hizo presa en las tablas y se pegó a las puertas consumidas.
Asustados se agitaban en su interior y escapar pretendían
de la desgracia. Al amontonarse y hacerse hacia atrás,
a la parte libre de fuego, cayó de repente la torre
bajo el peso y resuena con el fragor todo el cielo.
Caen medio muertos al suelo bajo la enorme mole

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

y se clavan en sus propios dardos y traspasan
sus pechos los duros troncos. Apenas escaparon
Helénor y Lico; de ellos, en la flor de la edad Helénor,
para el rey meonio al que la esclava Licimnia en secreto
había criado y enviado a Troya con armas prohibidas,
ligero con su espada desnuda y el blanco escudo, aún sin gloria.
Y cuando se vio en medio de millares de los de Turno,
que de un lado y de otro se alzaban tropas latinas,
cual la fiera acosada por densa corona de cazadores
se revuelve contra las flechas y se arroja a la muerte
a sabiendas y se lanza de un salto sobre los venablos,
no de otro modo el joven a morir entre los enemigos
se lanza, y corre allí donde más densas son las flechas.
Lico, por su parte, mucho mejor con los pies, entre los enemigos
y entre sus armas busca los muros huyendo y se empeña
en tocar con la mano su parte más alta y las diestras de sus compañeros.
Turno le sigue igual con los pies que con las flechas
y, vencedor, le increpa: «¿Pensabas poder escaparte,
loco, de nuestras manos?» Y lo agarra colgado
como estaba y lo arranca con gran parte del muro.
Como cuando a una liebre o a un cisne de blanco cuerpo
lo toma en sus garras el escudero de Jove ganando altura,
o el lobo de Marte se lleva del redil a un cordero
que reclama su madre con muchos balidos. De todas partes
se alza el clamor: entran y rellenan con tierra los fosos,
lanzan otros a los tejados teas encendidas.
Ilioneo con un peñasco y un enorme trozo de monte
a Lucetio que se acercaba a la puerta con su antorcha,
Líger a Ematión, a Corineo abate Asilas,
hábil éste con la jabalina y aquél de lejos con la flecha que engaña;
Céneo a Ortigio, al vencedor Céneo Turno,
Turno a Itis y Clonio, y a Prómolo y Dioxipo,
y a Ságaris y a Idas que las altas torres defendía;
Capis a Priverno, a quien había alcanzado primero
la lanza ligera de Temillas: deja, loco, el escudo y se lleva
la mano a la herida, así que llega volando una flecha
y le clava la mano al costado izquierdo y desgarra
con su herida mortal el camino escondido del aliento.
Estaba el hijo de Arcente con egregias armas
revestido de su clámide bordada y brillante de púrpura hibera,
con hermoso aspecto, al que su padre Arcente había enviado
criado en el bosque de Marte junto a los arroyos
del Simeto, donde el altar benigno de Palico y pingüe:
dejando las lanzas Mecencio su honda estridente
volteó tres veces en torno a su cabeza con la correa,
y golpeó de frente el centro de sus sienes con plomo
fundido y lo dejó tendido en la arena del suelo.
Se dice que entonces por primera vez lanzó en la guerra
una rápida flecha Ascanio, acostumbrado como estaba a asustar
a fieras huidizas, y tumbó con su mano al fuerte Numano,
apodado Rémulo, que hacía poco se había unido
en matrimonio con la hermosa pequeña de Turno.
Iba en primera fila dando voces dignas e indignas
de decir y con el pecho henchido de su nuevo
poder, y avanzaba orgulloso gritando:
«¿No os avergüenza estar de nuevo asediados tras una empalizada,
frigios dos veces prisioneros, y levantar una muralla ante la muerte?
¡Mira, tú! ¡Los que nos pedían matrimonio por la fuerza!
¿Qué dios a Italia, o qué locura os ha traído?
No están aquí los Atridas ni el urdidor de historias, Ulises:

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

raza dura por la estirpe, llevamos primero a los hijos
al río y los endurecemos con el hielo cruel y las olas;
no duermen nuestros niños por la caza y fatigan los bosques,
es su juego montar caballos y disparar flechas con sus arcos.
Y la juventud, hecha al trabajo y con poco conforme,
o doma la tierra con rastrillos o golpea con la guerra las ciudades.
Toda la edad la pasamos con el hierro y con la lanza vuelta
el lomo de los novillos sin que de la vejez la torpeza picamos
apague las fuerzas de nuestro pecho ni altere su vigor:
ceñimos nuestras canas con el yelmo y traer nos agrada
constantemente nuevos botines y vivir de la rapiña.
A vosotros os va la ropa teñida de púrpura brillante
y de azafrán, os gusta la indolencia y entregaros a la danza,
y tienen mangas vuestras túnicas y cintas vuestras mitras.
¡Oh, frigias en verdad, más que frigios! Andad por las cumbres
del Díndimo donde soléis escuchar el canto de la flauta.
Que os llaman los tímpanos y el boj berecintio de la Madre
del Ida; dejad las armas a los hombres y soltad el hierro.»
Que así se jactase gritando amenazas
no pudo soportar Ascanio, y tensó de frente su flecha
en el nervio de caballo y abriendo los brazos
se detuvo para ganar antes con sus votos el favor de Jove:
«¡Júpiter todopoderoso, aprueba esta audaz empresa!
Yo mismo llevaré a tus templos solemnes presentes
y sacrificaré ante tus aras un novillo de frente dorada,
blanco, que alcance con la cabeza a su madre,
que embista ya y que esparza la arena con sus patas.»
Lo escuchó y tronó por la izquierda en región serena
del cielo el padre, al tiempo que silba el arco fatal.
Escapa con horrible zumbido la flecha disparada
y atraviesa la cabeza de Rémulo y cruza con la punta
el hueco de sus sienes. « ¡Anda, búrlate del valor con jactancia!
Esta respuesta envían a los rútulos los frigios dos veces prisioneros.»
No dijo más Ascanio. Los teucros le siguen con sus gritos
y vibran de alegría y sus ánimos lanzan al cielo.
Veía casualmente desde lo alto Apolo de larga cabellera
en la región del cielo la ciudad y las tropas ausonias,
sentado en una nube, y al vencedor Julo así le dice:
«¡Bravo por ese nuevo valor, muchacho! ¡Así se va a las estrellas,
hijo de dioses que dioses engendrarás! Con razón, toda guerra
cesará bajo el linaje de Asáraco que los hados nos mandan,
y Troya no te basta.» A la vez que esto dice caer se deja
del alto éter, hiende las auras que respiran
y busca a Ascanio; cambia entonces la forma de sus rasgos
por los del viejo Butes. Éste fue antes del dardanio
Anquises escudero y leal centinela de sus umbrales;
luego el padre se lo dio a Ascanio por compañero.
Iba Apolo en todo igual al viejo, en la voz y el color
Y los blancos cabellos y las armas de sombrío sonido,
ya] enardecido Julo se dirige con estas palabras:
«Sea suficiente, hijo de Eneas, abatir impunemente con tus flechas
a Numano. El gran Apolo te ha otorgado
esta gloria primera y no ve mal tus armas iguales a las suyas;
deja ahora el combate, muchacho.» Tras comenzar así, Apolo
dejó su aspecto mortal en medio del discurso
y escapó hacia el aire sutil, lejos de los ojos.
Reconocieron al dios los jefes dardanios y las divinas
flechas oyeron resonar en la huida y su aljaba.
Y así, con sus palabras y por la voluntad de Febo
alejan a Ascanio ávido de pelea, yvuelven ellos mismos

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

de nuevo al combate y lanzan sus almas a peligros abiertos.
En todo el muro sale el clamor por los bastiones,
tensan los arcos fieros y retuercen los amientos.
Todo el suelo se cubre de flechas y los escudos y los cavos
yelmos resuenan con los golpes; se traba un áspero combate.
Cuanto sacude la tierra el chaparrón que viene de poniente
con las Cabrillas lluviosas, como los nimbos cargados de granizo
se lanzan sobre los ríos, cuando Júpiter hórrido de Austros
lanza una tormenta de agua y rompe las huecas nubes en el cielo.
Pándaro y Bitias, hijo de Alcánor Ideo,
a quienes crió en el bosque de Jove la silvestre Yera,
jóvenes como los abetos de su patria y sus montes,
abren la puerta que las encomendó la orden de su jefe,
fiados en sus armas, e invitan además a pasar al enemigo.
Ellos se quedan dentro ante las torres a izquierda y derecha
armados con la espada y luciendo sus enhiestos penachos:
como dos encinas se alzan al aire junto a la líquida corriente
en las orillas del Po o cerca del Átesis ameno,
y levantan al cielo sus cabezas frondosas y agitan la altísima copa.
Los rútulos irrumpen en la entrada en cuanto la vieron abierta;
en seguida Quercente y Aquículo, hermoso con sus armas,
y Tmaro lanzado de ánimo y el marcial Hemón
con todos sus hombres, o se volvieron y dieron la espalda
o en el mismo umbral de la puerta dejaron sus vidas.
Entonces crece aún más el furor en los corazones discordes,
y ya los troyanos reunidos en el mismo lugar se agrupan
y osan hacerles frente y salir adelante.
Al caudillo Turno, enfurecido en otra parte
y asustando a los hombres le llega la noticia de que hierve
el enemigo con la nueva matanza y ofrece las puertas abiertas.
Deja lo emprendido y llevado de una ira tremenda
corre a la puerta dardania y contra los hermanos orgullosos.
Y tumba primero arrojando su lanza a Antífates
(pues era el primero en presentarse), bastardo del noble Sarpedón,
de madre tebana: vuela el ítalo cornejo
por el aire sutil y clavado en el estómago se esconde
en lo hondo del pecho; devuelve la gruta de la negra herida
un río de espuma y se empapa el hierro del pulmón atravesado.
Luego a Mérope y Erimanto con su mano y tumba a Afidno,
luego a Bitias con los ojos en llamas y el ánimo excitado,
no con la jabalina (pues a una jabalina no habría dado él su vida),
sino que disparó con intenso silbido una falárica sacudida
a modo de un rayo, que ni dos pieles de toro
ni la loriga fiel, de oro y doble escama,
resistieron; caen desastados sus miembros enormes,
exhala la tierra un gemido y resuena sobre el gran escudo.
Así cae a veces en la costa eubea de Bayas
un pilar de piedra que con grandes moles construyen
antes y lo lanzan al mar; inclinado,
se precipita y se queda clavado en el fondo;
se revuelven las aguas y se elevan las negras arenas,
y entonces tiembla del ruido la alta Prócida e Inárime,
duro lecho impuesto a Tifeo por orden de Jove.
Marte entonces poderoso en las armas, ánimo y fuerzas
dio a los latinos y puso en su pecho estímulos agrios,
y envió a los teucros el negro Temor y la Huida.
Llegan de todas partes, pues se les da ocasión de combatir,
y el dios de la guerra se mete en su pecho.
Pándaro, cuando ve derribado el cuerpo de su hermano
y en qué lugar se halla la fortuna y cómo andan las cosas,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

atranca la puerta con gran violencia girando los goznes
y empujando con sus anchos hombros, y a muchos de los suyos
deja fuera del recinto en trance difícil;
mas a otros los cierra consigo y los recibe corriendo,
¡loco!, sin ver al rey rútulo en medio de la tropa,
que irrumpe y queda además encerrado dentro de la ciudad,
como un tigre tremendo entre corderos indefensos.
Al punto brilló en sus ojos una nueva luz y las armas
resonaron horribles, en su casco tremolan las crestas
de sangre y despide con su escudo rayos brillantes.
Reconocen los Enéadas la odiada cara, turbados de repente,
y los miembros inmensos. El gran Pándaro entonces
salta y lleno de ira por la muerte del hermano
exclama: «No es éste el palacio de la dote de Amata,
ni Ardea recibe a Turno en los muros patrios.
Estás viendo un campo enemigo, no hay forma de escapar.»
Turno le replica sonriente con pecho sereno:
«Empieza tú, si te atreves, y cruza conmigo tu diestra;
contarás a Príamo que aquí también has encontrado a Aquiles.»
Así dijo. El otro con todas sus fuerzas blande
y arroja su lanza llena de nudos y con la corteza;
le recibieron las auras. Desvió Juno Saturnia
el golpe inminente y se clava la lanza en la puerta.
«No escaparás tú de esta arma que maneja con fuerza
mi diestra, ni es como tú el que ahora golpea»:
así dice, y salta con la espada en alto
y entre las sienes por mitad le parte con el hierro
la frente y las jóvenes mandíbulas con espantosa herida.
Suena el golpe, la tierra se ve sacudida por el enorme peso,
cubre el suelo al morir con los miembros derribados
y las armas sangrientas de sesos, y en partes iguales
le cuelga la cabeza acá y allá sobre uno y otro hombro.
Se dispersan huyendo de miedo temblorosos los troyanos,
y si al punto el vencedor se hubiera cuidado
de romper con su mano los cerrojos y abrir las puertas a sus compañeros,
habría sido aquél el último día de la guerra y de un pueblo.
Mas la locura y el ansia de matar insana, furioso
lo lanzaron contra los de enfrente.
Primero se ocupa de Fáleris y Giges al que corta el jarrete,
luego toma las lanzas de los que huyen y se las arroja
a la espalda, Juno le brinda ánimos y fuerzas.
Les siguen Halis y Fégeo, con el escudo atravesado:
luego, ignorantes en los muros que seguían combatiendo,
Alcandro y Halio, Noemón y Prítanis.
A la derecha del terraplén, esforzado con su vibrante espada
ve venir a su encuentro a Linceo llamando a sus amigos;
su cabeza quedó en el suelo, lejos, junto al casco,
arrancada de cerca de un solo golpe. Después a Amico,
el exterminador de fieras, mejor que el cual otro no había
en untar las flechas con la mano y armar el hierro de veneno,
y a Clitio el Eólida y a Créteo, el amigo de las Musas,
Créteo de las Musas compañero, a quien siempre placían
versos y cítaras y marcar el ritmo con las cuerdas,
siempre caballos y armas cantaba y las guerras de los hombres.
Acuden por último los jefes de los teucros enterados
de la matanza de los suyos, Mnesteo y el fiero Seresto,
y dispersados ven a sus compañeros y al enemigo en casa.
Y Mnesteo: «¿A dónde huís, a dónde?», dice.
«¿Es que tenéis más muros u otras murallas más allá?
¿Un solo hombre, ciudadanos, rodeado del todo

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

por vuestras defensas causará impunemente
estrago tan grande en la ciudad? ¿Mandará al Orco a tantos
de los mejores jóvenes? ¿No os da pena, cobardes y vergüenza
del gran Eneas y de la pobre patria, de los antiguos dioses?»
Encendidos con tales palabras se animan y en línea cerrada
se detienen. Turno salía del combate poco a poco
y el río buscaba y la parte que ciñen las olas.
Con bríos mayores acuden por esto los teucros con gran griterío
y apretaban el cerco como cuando con nubes de flechas
acosa la partida al cruel león, y él, asustado,
feroz, mirando fieramente retrocede y ni el valor ni la ira
le permiten echar a correr, ni puede revolverse en contra
aun deseándolo, entre las flechas y los hombres.
No de otro modo, dudando, Turno vuelve sus pasos
sin prisa hacia atrás y su ánimo se enciende de rabia.
Aún dos veces se lanzó en medio de sus enemigos,
y dos veces les puso en fuga desordenada por los muros;
pero rápidamente acuden a la vez todos los hombres del campo
y no se atreve Juno, la hija de Saturno, a darle en su contra
fuerzas bastantes, pues Júpiter mandó a la aérea Iris
desde el cielo llevando a su hermana órdenes terminantes,
si Turno no salía de las altas murallas de los teucros.
Y es que no resiste ya el joven ni con el escudo
ni con su diestra, así se ve acosado por los dardos
que le arrojan por doquier. De repicar no cesa en sus huecas
sienes el casco y se rajan por las piedras los sólidos bronces,
y ha perdido los penachos y en su cabeza no aguanta el escudo
los golpes; redoblan sus disparos los troyanos
y el propio Mnesteo, como un rayo. Corre el sudor entonces
por todo su cuerpo y forma (respirar ya no puede)
un río de pez, un doloroso jadeo sacude sus miembros agotados.
Así que, finalmente, se arrojó al río de cabeza
con todas sus armas. Él en su amarillo remolino
lo acogió al caer y lo sacó fuera sobre plácidas olas,
y feliz lo devolvió a sus compañeros, limpio de sangre.

LIBRO X

Se abre la mansión del todopoderoso Olimpo entretanto
y llama a asamblea el padre de los dioses y rey de los hombres
en la sede sidérica de donde en lo alto todas las tierras
y el campo de los Dardánidas contempla y los pueblos latinos.
Toman asiento en las salas de dos puertas, comienza él mismo:
«Poderosos habitantes del cielo, ¿por qué así han cambiado
vuestras opiniones y tanto porfiáis con ánimo inicuo?
Había yo decidido que Italia no hiciera la guerra a los teucros,
¿a qué esta discordia contra mis órdenes? ¿A unos y otros
qué miedo ha llevado a empuñar las armas y provocar la guerra?
Vendrá el momento justo (no lo adelantéis) para el combate,
cuando la fiera Cartago al alcázar romano un día
cause gran exterminio y abra los Alpes;
entonces será bueno competir en odios y entonces usar la fuerza.
Dejadlo ahora y sellad contentos unpacto detregua.»
Júpiter así en pocas palabras; mas la áurea Venus
no poco le repuso:
«Padre mío, oh, poder eterno sobre hombres y cosas
(pues ¿qué otra cosa hay que implorar ya podamos?).
Viendo estás cómo provocan los rútulos y Turno se pasea
orgulloso en sus caballos y avanza henchido por un Marte

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

propicio. Las murallas, aun cerradas, no cubren ya a los teucros;
se traban los combates y se llenan los fosos de sangre.
Eneas sin saberlo está lejos. ¿No dejarás ya nunca
que se levante el sitio? Otra vez amenaza el enemigo los muros
de la naciente Troya y de nuevo otro ejército,
y otra vez se alza desde la Arpos etolia el Tidida
contra los teucros. Así que creo que faltan sólo mis heridas,
y siendo hija tuya estoy esperando las armas mortales.
Si sin tu aprobación y en contra de tu numen los troyanos
vinieron a Italia, que laven su pecado y no les brindes
tu auxilio; si, por el contrario, tanto oráculo siguieron
que les daban dioses celestes y Manes, ¿por qué puede nadie
cambiar ahora tus órdenes y por qué fundar nuevos hados?
¿Para qué mencionar el incendio de las naves en la costa ericina,
para qué al rey de las tormentas y los vientos furiosos
lanzados desde Eolia, o a Iris enviada por las nubes?
Ahora incluso a los Manes (esto era cuanto quedaba
por probar) provoca y Alecto, enviada de pronto a lo alto,
anda como loca por las ciudades de Italia.
Nada me mueve ya el imperio. Lo hemos estado esperando,
mientras hubo fortuna. Que venzan quienes quieras que venzan.
Si ninguna región deja para los teucros tu esposa
cruel, padre mío, por las ruinas humeantes de Troya
destruida te pido: permíteme sacar de entre las armas
incólume a Ascanio, deja que sobreviva mi nieto.
Que Eneas se vea arrojado a aguas desconocidas, sea,
y que vaya por donde le consienta Fortuna:
pero que sea yo capaz de proteger a aquél y librarlo de una cruel guerra.
Mía es Amatunte, más la alta Pafos y Citera
y las moradas ¡dalias: que abandone las armas y pueda
pasar aquí sus años sin gloria. Manda que Cartago
aplaste a Ausonia con gran poder; nada estorbará entonces
a las ciudades tirias. ¿De qué ha servido evitar de la guerra
la peste y haber escapado entre las llamas argivas,
y haber pasado tantos peligros en el mar y la vasta tierra
mientras buscan el Lacio los teucros y una Pérgamo renacida?
¿No habría sido mejor establecerse en las postreras cenizas de la patria
y en el solar en el que Troya estuvo? Devuélveles, te pido,
el Jano y el Simunte, pobres de ellos, y concede a los teucros, padre mío,
de nuevo revivir los avatares de Troya.» Entonces Juno soberana,
gravemente enojada: «¿Por qué me obligas a romper
un silencio profundo y a desvelar con palabras un dolor secreto?
¿Quién de los hombres o de los dioses empujó a Eneas
a emprender la guerra y llegar enemigo ante el rey Latino?
A Italia llegó por impulso de los hados (sea),
empujado por las locuras de Casandra. ¿Acaso le hemos animado
a dejar su campamento y encomendar su vida a los vientos?
¿O a confiar a un niño el mando de la guerra y sus muros,
o a turbar la lealtad tirrena y a unos pueblos tranquilos?
¿Qué dios lo puso en peligro o de los nuestros qué cruel
poder? ¿Dónde está aquí Juno, o Iris enviada por las nubes?
Es injusto que los ítalos rodeen la Troya que nace
con llamas y que Turno se establezca en la tierra de sus padres,
siendo Pilumno su abuelo y su madre la diva Venilia.
¿Y qué si los troyanos atacan a los latinos con negra tea,
someten a su yugo campos ajenos y el botín se llevan?
¿Y qué si roban suegros y arrancan de su regazo a las prometidas,
piden con la mano la paz y cuelgan las armas de sus popas?
Tú puedes salvar a Eneas de manos de los griegos,
y ocultarlo en la niebla y los vientos inanes,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

y puedes convertir sus barcos en otras tantas Ninfas,
¿y me estará a mí vedado ayudar un poco a mi vez a los rútulos?
“Eneas sin saberlo está lejos”: pues que lejos esté y no lo sepa.
Tuyas son Pafos y el Idalio, tuya la alta Citera:
¿por qué provocas a una ciudad preñada de guerras
y a unos ásperos corazones? ¿Acaso yo intento destruir el lábil poder
de los frigios? ¿Yo? ¿Y quién enfrentó a los pobres troyanos
con los aqueos? ¿Cuál fue el motivo de que Asia y Europa
se alzasen en armas y un rapto rompiera sus pactos?
¿Guiado por mí el adúltero dardanio entró en Esparta,
o le di yo las flechas y fomenté la guerra con la ayuda de Cupido?
Entonces debieron tener miedo los tuyos; tarde te alzas ahora
en injusta protesta y promueves vanas disputas.»
Con tales palabras hablaba Juno, y se agitaban todos
los habitantes del cielo con parecer diverso igual que en los bosques
cuando atrapados los soplos primeros se agitan y levantan murmullos
invisibles anunciando a los marinos los vientos que llegan.
Entonces el padre todopoderoso que ostenta el mando de las cosas
comienza (mientras él habla calla la alta morada de los dioses,
tiembla la tierra desde el fondo, el alto éter enmudece,
se posan entonces los Céfiros y aquieta el mar su plácida llanura):
«Recibid, pues, estas palabras mías y clavadlas en vuestros corazones.
Puesto que no es posible unir a ausonios y troyanos
en un pacto ni encuentra su final vuestra discordia,
sea cual sea la fortuna que hoy tiene cada cual, sea
como sea la esperanza que labra, rútulo o troyano, no haré yo distinciones,
bien que por los hados de los ítalos se asedie el campamento,
bien por un mal paso de Troya y siniestros presagios.
Y no libro a los rútulos. Las propias empresas darán a cada uno
fatigas y fortuna. Júpiter será el rey de todos por igual.
Hallarán los hados su camino.» Por los ríos de su hermano estigio,
por los torrentes de pez ylas orillas del negro remolino
asintió, e hizo también el Olimpo entero con su gesto.
Así acabó de hablar. Júpiter se alzó entonces en su trono
de oro, y en corro lo llevan al umbral los habitantes del cielo.
Prosiguen entre tanto los rútulos en torno a todas las puertas,
a los hombres tumban de muerte y rodean de llamas las murallas.
Mas la legión de los Enéadas se mantiene asediada en su encierro
y ninguna posibilidad de huir. Están los desgraciados en las altas torres
inútilmente, y en rala corona ciñen los muros
Asio el Imbrásida y Timetes Hicetaonio
y los dos Asáracos y Tímber, ya mayor, con Cástor,
la primera línea; a éstos acompañan ambos hermanos
de Sarpedón, Temón y Claro, de la alta Licia.
Acmón Lirnesio toma esforzándose con todo el cuerpo
un enorme peñasco, parte no pequeña de un monte,
ni menor que Clitio su padre ni que su hermano Menesteo.
Unos se esfuerzan por defender con lanzas, otros con piedras,
en preparar más fuego y en montar en la cuerda las flechas.
Y él mismo entre todos, justísima cuita de Venus,
míralo: el niño dardanio con su hermosa cabeza cubierta
resplandece como una gema que divide el oro amarillo,
ornato del cuello o la cabeza, o como incrustado
con pericia en el boj o en el terebinto de Órico
luce el marfil; su cuello de leche recibe el cabello
suelto que un aro ciñe de blando oro.
También a ti, Ísmaro, te vieron magnánimos pueblos
dirigir tus golpes o armar las cañas con veneno,
noble hijo de la casa meonia donde pingües cultivos
trabajan los hombres y el Pactolo los riega con oro.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Allí estaba Mnesteo también, a quien ennoblece la gloria
primera de haber expulsado a Turno del bastión de los muros,
y Capis, de quien toma su nombre la ciudad de Campania.
Unos y otros libraban los combates
de una dura guerra: en medio de la noche Eneas surcaba las aguas.
Pues cuando de parte de Evandro llegó al campo etrusco,
se presenta ante el rey y al rey dice su nombre y su linaje,
qué es lo que busca y qué ofrece, las armas que Mecencio
se está ganando, y le cuenta la violencia del pecho
de Turno; qué confianza merecen las cosas de los hombres
le advierte y mezcla sus ruegos. Tarconte no duda
en prestarle su apoyo y sellan la alianza; los lidios entonces,
por voluntad de los dioses y libres del destino, suben a las naves
bajo el mando de un jefe extranjero. El barco de Eneas,
el primero, lleva en el espolón leones frigios
y el Ida en lo alto, gratísimo a los teucros fugitivos.
Allá va sentado el gran Eneas y consigo da vueltas
a los varios sucesos de la guerra, y, a su izquierda, Palante
clavado a su lado le pregunta bien por las estrellas, la ruta
en una noche oscura, bien por cuanto pasó por mar y por tierra.
Abrid, diosas, ahora el Helicón y entonad vuestro canto,
qué fuerzas van siguiendo desde etruscas riberas
a Eneas y arman sus naves y se dejan llevar por el agua.
Másico surca el primero las olas con su tigre de bronce;
con él un grupo de mil jóvenes, cuantos las murallas de Clusio
dejaron y la ciudad de Cosas, que tienen por armas las flechas
y las ligeras aljabas sobre los hombros y los arcos mortales.
Con él el torvo Abante: toda su tropa relucía
con armas insignes y su nave con un Apolo de oro.
Seiscientos le había dado la ciudad de Populonia,
jóvenes expertos en la guerra, y trescientos Ilva,
isla generosa de inagotables minas del metal de los cálibes.
El tercero, aquel célebre intérprete de hombres y dioses, Asilas,
a quien los nervios de los animales y las estrellas del cielo obedecen
y las lenguas de los pájaros y los fuegos presagiosos del rayo;
lleva a mil en formación cerrada erizada de lanzas.
A éstos les manda obedecer Pisa, ciudad alfea de origen
y etrusca de solar. Sigue el bellísimo Ástir,
Ástir fiado en su caballo y en sus armas multicolores.
Trescientos más le suman (con una sola voluntad de acudir)
los que viven en Cere, los de los campos del Minión,
y la vieja Pirgos y la insana Graviscas.
No podía yo olvidarte, fortísimo en la guerra Cúnaro,
jefe de los lígures, y Cupavón, seguido de pocos,
en cuya cabeza se yerguen las plumas del cisne
(Amor, vuestro crimen) y el recuerdo de la forma paterna.
Pues cuentan que Cicno de duelo por el amado Faetonte,
entre las frondas de los chopos y la sombra de sus hermanas
mientras canta y consuela su triste amor con la Musa,
alcanzó una canosa vejez de blanda pluma,
dejando las tierras y ganando con su voz las estrellas.
Su hijo, acompañando a tropas de su edad en la flota,
impulsa con los remos el enorme Centauro: altísimo
asoma en el agua y con una gran roca amenaza
a las olas y surca el mar profundo con larga quilla.
También Ocno lleva su ejército desde las riberas paternas,
hijo de la adivina Manto y del río etrusco,
que te dio a ti los muros, Mantua, y el nombre de su madre,
Mantuca rica en antepasados, si bien no todos de la misma raza;
tiene una triple estirpe con cuatro pueblos bajo cada una,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

ella misma cabeza de estos pueblos; sus fuerzas, de sangre etrusca.
De aquí también Mecencio arma a quinientos en su contra
a los que desde el padre Benaco, cubierto de glaucas cañas,
el Mincio llevaba al mar en nave de guerra.
Va, majestuoso, Aulestes en lo alto y golpea las olas
con cien remos, espuman las aguas al agitarse el mármol.
Lo lleva el inmenso Tritón que espanta a las olas azules
con su caracola; al nadar aparece como hombre
su híspida figura hasta el costado, en pez acaba el vientre
y murmura el agua espumante bajo el pecho del monstruo.
Tantos escogidos capitanes iban en treinta naves
en ayuda de Troya y cortaban con el bronce los campos de sal.
Y ya el día había dejado el cielo y la madre Febe
recorría el centro del Olimpo con noctámbulo carro.
Eneas (pues no da el cuidado reposo a sus miembros),
sentado, gobierna el timón y dirige las velas.
Y he aquí que, a mitad de camino, le sale al encuentro
el coro de sus compañeras las Ninfas, a quienes había ordenado
la madre Cibeles ser diosas del mar y de naves
Ninfas las hizo; nadaban a la vez y surcaban las olas,
igual que antes sus proas de bronce se erguían en las playas.
Reconocen de lejos a su reyy lo rodean en corro;
Cimódoce, la mejor de ellas para hablar, se coloca
detrás y agarra su popa con la diestra y saca la espalda
al tiempo que rema con la izquierda en las aguas calladas.
Y sin que la conozca así, le dice: «¿Estás despierto, Eneas,
hijo de dioses? Sigue despierto y da soga a tus velas.
Somos nosotras, los pinos de la sagrada cumbre del Ida
hoy Ninfas del mar, tu flota. Cuando a nosotras,
prestas para zarpar, el pérfido rútulo a hierro y fuego nos amenazaba,
rompimos sin quererlo tus amarras y te hemos buscado
por el mar. Esta forma nos dio la madre, piadosa,
y nos mandó ser diosas y pasar bajo las olas la vida.
Pero es que el niño Ascanio está detrás del muro y los fosos,
en medio de las flechas y los latinos erizados de guerra.
Los jinetes arcadios ya están en los lugares señalados
con los etruscos valerosos; es firme opinión de Turno,
para que no lleguen al campamento, hacerles frente antes.
Así que, ¡arriba!, y en cuanto llegue la Aurora
llama a las armas a tus aliados y empuña el escudo que invicto
te dio el señor del fuego y lo cercó con bordes de oro.
La luz de mañana, si no tomas en vano mis palabras,
contemplará montones ingentes de rútulos muertos.»
Así dijo, y al retirarse empujó con la diestra la alta
nave con gran habilidad: escapa ella entre las aguas
más veloz que una lanza y que la flecha que alcanza a los vientos.
Después las demás aceleran la marcha. Nada sabiendo atónito se queda
el troyano Anquisíada, mas levanta su ánimo con el augurio.
Entonces suplica brevemente mirando la bóveda del cielo:
«Alma Madre Idea de los dioses que el Díndimo amas
y las ciudades llenas de torres y los leones uncidos bajo el yugo:
tú eres ahora mi guía en la lucha; cúmpleme con bien
el augurio y asiste a los frigios, diosa, con pie favorable.»
Sólo esto dijo, y entretanto corría ya el día de nuevo
con luz madura y había puesto en fuga a la noche;
ordena al punto a sus aliados seguir sus órdenes
y que dispongan su ánimo para las armas y se apresten al combate.
Y tiene ya a la vista a los teucros y su campamento
de pie en lo alto de su popa, cuando alzó en la izquierda
el escudo de fuego. Lanzan un grito a los astros

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

los Dardánidas desde los muros, nueva esperanza sus iras enciende,
arrojan dardos con la mano como cuando bajo negras nubes
hacen señales las grullas estrimonias y rompen el éter
con sus graznidos y evitan los Notos con clamor gozoso.
Y asombroso parece todo esto al rey rútulo y los jefes
ausonios, hasta que pueden ver vueltos hacia la costa
los barcos y el mar llenarse por completo de naves.
Le arde el yelmo en la cabeza y deja caer de lo alto
su llama el penacho y gran fuego vomita el escudo de oro.
No menos que cuando lúgubres enrojecen en la noche
limpia los cometas de sangre o el ardor de Sirio,
el que trae a los mortales enfermos la sed y los morbos
nace y entristece con siniestra luz el cielo.
Sin embargo, no abandonó su confianza al bravo Turno
en ocupar primero la playa y arrojar de tierra a los que llegaban:
«Aquí está lo que pedisteis con vuestros votos, aplastarlos con la diestra.
El propio Marte está en manos de los hombres. Acordaos ahora
cada cual de su esposa y su casa, recordad ahora las grandes
hazañas, la gloria de los padres. Corramos antes al agua
mientras dudan y vacilan sus primeros pasos al desembarcar.
A los audaces ayuda la fortuna.»
Esto dice y medita en su interior a quién mandar puede
al combate y a quién confiar los muros asediados.
Entretanto Eneas hace bajar de las altas naves
por puentes a sus compañeros. Muchos observan el reflujo
del mar al descender y se lanzan de un salto a los bajíos
y otros por los remos. Tarconte, explorando la orilla,
por donde vados no espera y la ola no murmura al romperse
sino que llega el mar inofensivo en creciente oleada,
hace virar de pronto la proa y pide a sus hombres:
«Ahora, tropa escogida, caed sobre los fuertes remos;
levantad, moved las naves, hended con las quillas
esta tierra enemiga y que se abra su propio surco la carena.
Y no dudo en estrellar mi nave en tal atracada
si con ello me apodero de esta tierra.» Luego que dijo esto
Tarconte, se alzaron sobre los remos sus compañeros
y metieron en los campos latinos las naves espumantes,
hasta poner en seco los rostros e ilesas
varar todas las carenas. Mas no tu nave, Tarconte:
pues clavada en los vados mientras pende en un bajío
peligroso vacilando largo rato y las olas fatiga,
se deshace y lanza al agua a los hombres
a quienes estorban los trozos de los remos y los bancos
que flotan y al tiempo la ola les arrastra de los pies en su reflujo.
Y no entretiene a Turno torpe retraso, sino que toma raudo
todo su ejército contra los teucros y frente les hace en la playa.
Dan la señal. Eneas fue el primero en atacar a las agrestes
tropas, augurio del combate, y abatió a los latinos
matando a Terón, gran guerrero que a Eneas desafiaba
por su voluntad. A él con la espada y por las escamas de bronce
y la túnica áspera de oro le bebe en el costado abierto.
Y luego hiere a Licas, quien fue sacado de su madre ya muerta
y consagrado a ti, Febo: za qué fin de pequeño
pudo librarse de la suerte del hierro? Y al duro Ciseo no lejos
y al enorme Gías que rompían con maza las líneas
arrojó a la muerte; de nada les valieron las armas
de Hércules ni la fuerza de sus manos ni el padre Melampo,
compañero de Alcides mientras le impuso la tierra
graves trabajos. Y ahí Farón: mientras se jacta con voces vanas,
blandiendo la jabalina se la clava en la boca que grita.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Tú también, Cidón infeliz, mientras seguías a tu nuevo goce,
a Clitio, al que amarilleaban las mandíbulas con su primer bozo;
abatido por la diestra dardania, olvidando de los amores
de los jóvenes que nunca te faltaban, digno de compasión yacerías
si no hubiera salido a su encuentro, compacta, la cohorte
de los hermanos, la progenie de Forco en número de siete y que siete dardos
lanzan; parte rebotan contra el yelmo y el escudo
inútiles, parte los desvía la madre Venus cuando silban
junto a su cuerpo. Se dirige Eneas al fiel Acates:
«Pásame dardos, que ni uno arrojará en vano mi diestra
contra los rútulos de los que en las llanuras de Troya
se clavaron en el cuerpo de los griegos.» Toma entonces una gran lanza
y la arroja: ella, volando, traspasa el bronce del escudo
de Meón y rompe a la vez la coraza y el pecho.
Acude en su ayuda su hermano Alcánor y con la diestra
sujeta al hermano que cae: otra lanza le atraviesa el brazo
y se escapa y mantiene su camino ensangrentada,
y del hombro le cuelga por los tendones la diestra moribunda.
Numitor entonces sacó la lanza del cuerpo de su hermano
y la envió contra Eneas, mas no se le dio
alcanzarle de lleno y rozó el muslo del gran Acates.
Aquí acude Clauso con su cuerpo juvenil fiado
en los de Cures, y hiere de lejos a Dríope con rígida lanza
blandida con fuerza, bajo el mentón y atravesando la garganta
cuando hablaba, le quita a la vez la voz y la vida. Golpea
él con su frente la tierra y arroja por la boca espesa sangre.
Abate también de diversas maneras a tres tracios
del noble linaje de Bóreas y a tres que envía
el padre Idas y la patria Ismara. Acude Haleso
y el grupo de auruncos, llega también la prole de Neptuno,
Mesapo señalado por sus caballos. Tratan de rechazarse
unos y otros: se combate en los mismos umbrales
de Ausonia. Como a lo ancho del cielo, discordes,
traban combate los vientos con ánimo y fuerzas iguales
sin que ninguno ceda, ni el mar, ni las nubes;
incierta largo tiempo parece la lucha y todos se alzan contra todos:
no de otro modo la línea troyana y la línea latina
se enfrentan, el pie se pega al pie, hombres apretados contra hombres.
Mas en otra parte, por donde un torrente arrastraba
rodando muchas piedras y arbustos arrancados de la orilla,
a los arcadios no acostumbrados a aguantar ataques a pie,
Palante cuando les vio dar la espalda al Lacio que les perseguía
porque la difícil naturaleza del lugar les había hecho
soltarlos caballos, última solución en situaciones desesperadas,
ya con ruegos, ya con amargas palabras su valor enciende:
«¿A dónde huís, compañeros? Por vosotros y por vuestras hazañas,
por el nombre de nuestro rey Evandro y las guerras ganadas
y por mi esperanza, que me nace ahora émula de la gloria de mi padre,
no os confiéis a vuestros pies. Un camino hay que abrir con la espada
entre los enemigos. Por donde más denso es el cerco de soldados,
por ahí os llama con vuestro jefe Palante la patria sagrada.
Ningún poder divino nos acosa, mortales somos atacados
pon un enemigo mortal; la misma fuerza tenemos y las mismas manos.
Mirad: el mar nos encierra con la gran barrera de sus aguas
y no hay ya tierra para huir. ¿Vamos al piélago o a Troya?»
Esto dice, y se arroja en medio del apretado grupo de enemigos.
Frente le hace el primero enviado por hados inicuos
Lago. A éste, mientras arranca un peñasco de gran peso,
le clava un dardo disparado y se lo mete donde el espinazo
separa las costillas, y el asta recibe

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

clavada en sus huesos. No logra Hisbón sorprenderlo
aunque lo intentaba; pues se le adelanta Palante
cuando corría enfurecido y por la muerte cruel del compañero
incauto, y clava su espada en el pulmón hinchado.
Busca después a Estenio y a Anquémolo de la antigua
estirpe de Reto, el que osó mancillar el lecho de su madrastra.
También vosotros, gemelos, caísteis en las llanuras rútulas,
Larides y Timbro, prole parecidísima de Dauco,
indiscernible para los suyos y grata confusión de sus padres;
mas hoy Palante os infligió crueles diferencias.
Pues a ti, Timbo, la espada de Evandro te arrancó la cabeza;
a ti, Larides, como suyo te busca la diestra cortada
y saltan los dedos moribundos y aún empuñan el hierro.
A los arcadios encendidos por la arenga que contemplaban de su héroe
las gloriosas acciones, dolor y pudor les arman contra los enemigos.
Luego Palante atraviesa a Reteo que escapaba junto a él
en su carro. Esto y sólo esto sirvió a Ilo de retraso;
pues contra Ilo iba dirigida desde lejos la fuerte lanza
cuyo camino Reteo interceptó, óptimo Teutrante,
huyendo de ti y de tu hermano Tires, y arrojado del carro
hiende medio muerto los campos de los rútulos con sus talones.
Y como cuando según su voto se levantan los vientos
en verano y enciende en los bosques el pastor fuegos dispersos,
y de pronto si alcanzan el centro se extienden por los anchos
campos en un hórrido frente de Vulcano mientras él, victorioso,
se sienta a contemplar las llamas triunfantes:
no de otro modo se agrupa todo el valor de los compañeros
en tu ayuda, Palante. Mas Haleso, fiero en la guerra,
se lanza en su contra y se protege tras sus armas.
Acaba así con Ladón y Ferete y Demódoco,
con la brillante espada cercena a Estrimonio la diestra
lanzada contra su garganta; con una piedra hiere el rostro de Toante
y dispersa sus huesos mezclados con los sesos ensangrentados.
Su padre, previendo el destino, había ocultado a Haleso en los bosques;
cuando anciano cerró los ojos blanquecinos con la muerte,
pusieron su mano las Parcas y lo consagraron de Evandro
a las armas. Contra él se dirige Palante rezando así primero:
«Da, padre Tíber, ahora fortuna a este hierro que pienso
lanzar y un camino a través del pecho del duro Haleso.
Tu encina tendrá estas armas y los despojos de ese hombre.»
Y lo escuchó el dios; mientras Haleso a Imaón protegía,
ofrece el infeliz su pecho inerme a la flecha arcadia.
Mas no deja Lauso, parte notable de la guerra,
que se espanten sus tropas por muerte tan señera: a Abante
mata el primero al hacerle frente, nudo y soporte del combate.
Caen los hijos de Arcadia, caen los etruscos
y vosotros, teucros que con vida escapasteis de los griegos.
Se enfrentan las líneas con caudillos y fuerzas iguales;
los últimos empujan el frente y la multitud no deja
que se muevan ni manos ni armas. Les insta y anima de un lado Palante
y del otro Lauso, que no se llevan mucho en edad;
gallardos de presencia, la Fortuna les había negado
el retorno a la patria. No toleró, sin embargo,
que se enfrentasen el que reina en el gran Olimpo;
les aguarda en seguida su destino bajo un enemigo más grande.
Entretanto su divina hermana a Turno aconseja
relevar a Lauso, y con carro volador corta el centro de las líneas.
Cuando ve a sus hombres: «Es hora de dejar el combate;
haré frente yo solo a Palante, Palante es cosa mía.
¡Cómo me gustaría que de espectador estuviera su padre!»

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Esto dice, y salieron sus compañeros del campo, según se les mandaba.
Y, al retirarse los rútulos, pasmado el joven de la orgullosa orden
se asombra ante Turno y por su cuerpo enorme
lleva sus ojos y con fiera mirada en todo se fija de lejos,
y con tales palabras replica a las palabras del rey:
«Yo seré celebrado por conseguir despojos opimos
o por una muerte gloriosa; con las dos suertes se conforma mi padre.
déjate de amenazas.» Avanza luego al centro del campo;
helada corre la sangre en las entrañas de los arcadios.
Turno saltó de su carro, se dispone a enfrentársele
a pie, y como el león cuando ve desde alta atalaya
en el campo a lo lejos un toro que se apresta al combate
salta raudo, no otra es la imagen de Turno avanzando.
Cuando creyó que éste estaba al alcance de sus lanzas,
ataca Palante el primero, por si la suerte al audaz amparaba
de fuerzas desiguales, y dice así al cielo inmenso:
«Por la hospitalidad de mi padre y las mesas que visitaste,
Alcides, te pido, asísteme en esta gran empresa.
Que me vea quitarle moribundo las armas llenas de sangre
y lleven los ojos de Turno al morir mi victoria.»
Oyó Alcides al joven y ahogó un gran suspiro
en lo profundo del pecho y derramó lágrimas vanas.
Entonces habla el padre a su hijo con palabras de amigo:
«Fijado está el día de cada cual, breve e irreparable el tiempo
de la vida es para todos; mas al valor prolongar corresponde
la fama con hazañas. Al pie de las altas murallas de Troya
cayeron muchos hijos de dioses y con ellos murió también
Sarpedón, mi propia descendencia; también sus hados
llaman a Turno y llega al final del tiempo concedido.»
Así dice y de los campos de los rútulos aparta sus ojos.
Palante por fin arroja con gran fuerza su lanza
y saca de la hueca vaina la espada reluciente.
Aquélla, volando, cae donde termina el reparo
del hombro y abriéndose camino entre los bordes del escudo
mordió por último el gran cuerpo de Turno.
Turno a su vez la madera que acaba en punta de hierro
blande largo tiempo y contra Palante la arroja, y así exclama:
«¡Mira si mi arma no es más penetrante!»
Había dicho, y el escudo, tantas capas de hierro y de bronce
al que tantas veces da vuelta una piel de toro,
la punta lo traspasa por el centro con golpe vibrante
y perfora la defensa de la loriga y el pecho enorme.
Arranca Palante en vano el arma caliente de la herida:
por el mismo camino salen la sangre y la vida.
Cayó sobre la herida (sobre él resonaron sus armas)
y besa al morir con boca ensangrentada la tierra enemiga.
Turno alzándose sobre él:
«Acordaos, arcadios -dice- de mis palabras y llevadlas
a Evandro: le devuelvo a Palante según ha merecido.
Sea cual sea el honor de un túmulo, sea cual sea el consuelo de un sepulcro,
se lo concedo. No le va a costar poco de Eneas
la hospitalidad.» Y así que hubo hablado aplastó con el pie
izquierdo al muerto robándole del cinturón el peso enorme
con el crimen grabado: el grupo de jóvenes asesinados
a la vez en la noche de bodas horriblemente y los lechos de sangre,
que había trabajado en mucho oro el Eurítida Clono;
con este despojo pasea Turno en triunfo, gozoso por tenerlo.
¡Corazón de los hombres que ignora el destino y la suerte futura
y respetar soberbio la medida en la ocasión favorable!
Día vendrá en que el gran Turno deseará haber cobrado

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

un buen rescate por la vida de Palante y odiará estos despojos
y esta hora. Mas sus compañeros entre lágrimas y muchos gemidos
se llevan en gran número a Palante sobre su escudo.
¡Ay, tú, que volverás gloria grande y dolor a tu padre!
Este día primero te metió en la guerra y este mismo te saca,
y dejas, sin embargo, de rútulos montones inmensos.
Y ya llega volando hasta Eneas la fama no sólo de desgracia
tan grande, sino la cierta noticia de que están los suyos
cerca de la muerte, que es tiempo ya de auxiliar a los teucros en retirada.
Siega con la espada cuanto cae a su alcance y enfurecido
se abre ancho sendero entre las tropas con el hierro, Turno,
buscándote a ti, orgulloso de la sangre reciente. Palante, Evandro,
todo está en sus ojos, las mesas primeras que le acogieron
extranjero y las diestras unidas. Aquí a los cuatro
jóvenes hijos de Sulmón y a otros tantos que Ufente criara,
los coge vivos para inmolarlos a las sombras en sacrificio,
y regar con sangre de cautivos las llamas de la pira.
Luego dispara de lejos contra Mago la lanza enemiga:
éste la esquiva con astucia y pasa la lanza silbando por encima,
y así dice, suplicante agarrado a sus rodillas:
«Por los Manes de tu padre y la esperanza de Julo que crece
te suplico que guardes esta vida para mi hijo y para mi padre.
Tengo una noble casa, allí hay talentos enterrados
de plata labrada; tengo gran cantidad de oro trabajado
y sin trabajar. No depende de mí la victoria
de los teucros ni determinará resultado tan grande una sola vida.»
Dijo, y Eneas le devolvió estas palabras:
«Guarda para tus hijos todos esos talentos de oro
y de plata que dices. Turno ha acabado ya con esos
negocios de guerra al dar muerte a Palante.
Así lo sienten los Manes de mi padre Anquises y así Julo.»
Dicho esto agarra el yelmo con la izquierda y le clava
la espada hasta la empuñadura alzando la cabeza del suplicante.
Y no lejos Hemónides, sacerdote de Febo y de Trivia
a quien ceñía las sienes la ínfula con la banda sagrada,
todo brillante con la ropa y las insignias blancas.
Le sale al encuentro en el campo, y, según cae, se le pone
encima y lo mata, y lo cubre con una gran sombra; se carga
Seresto al hombro las armas mejores, trofeo para ti, rey Gradivo.
Abren un nuevo frente el nacido de la estirpe de Vulcano,
Céculo, y Umbrón llegado de los montes de los marsos.
Se enfurece con ellos el Dardánida: izquierda de Ánxur
y toda la orla del escudo le había cercenado con la espada
(había dicho aquél algo grande y había puesto su fuerza
en su palabra y quizá lanzaba su ánimo al cielo
y se había prometido las canas y unos largos años);
Tárquito, exultante en su contra con armas relucientes,
a quien la ninfa Dríope había parido para el silvícola Fauno,
salió al encuentro del enfurecido; éste, blandiendo su lanza,
atraviesa a la vez la loriga y la enorme mole del escudo,
y lanza por tierra la cabeza que en vano suplicaba
y mucho se aprestaba a decir, y el tibio tronco
haciendo rodar así dice con pecho enemigo:
«Ahí, temeroso, quédate ahora. No te pondrá en el suelo
tu madre piadosa ni tapará tus miembros con un sepulcro en la patria:
serás abandonado a las aladas fieras, o habrán de tragarte las aguas
con su remolino y peces hambrientos lamerán tus heridas.»
Persigue después a Anteo y a Luca, línea primera de Turno,
y al valeroso Numa y al rubio Camerte,
el hijo del magnánimo Volcente, el más rico en tierras

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

de los Ausónidas que reinó en la Amiclas silenciosa.
Cual Egeón, de quien dicen que cien brazos tenía
con sus cien manos y que echaba fuego por sus cincuenta
bocas y pechos, cuando contra los rayos de Jove
se agitaba con tantos escudos iguales, tantas espadas blandía;
así lanzó su furia Eneas victorioso por toda la llanura
luego que calentó su filo. Y mira cómo va contra los caballos
de la cuadriga de Nifeo y el pecho que se le enfrenta.
Y ellos, cuando le vieron acercarse gritando
horriblemente, se volvieron de miedo y, retrocediendo,
derriban al auriga y hacen volar su carro hacia la costa.
De pronto se interponen Lúcago y Líger, su hermano,
sobre una blanca biga; el hermano gobierna los caballos
con las riendas, Lúcago voltea fiero la espada desnuda.
No aguantó Eneas a quienes con hervor tan grande se enfurecían;
llegó corriendo y enorme se mostró con la lanza dispuesta.
A él Líger:
«No son los que ves caballos de Diomedes ni el carro de Aquiles
o los llanos de Frigia: ahora el fin de la guerra y de tus años
se cumplirá en estas tierras.» Vuelan a lo ancho tales
palabras del vesánico Líger. Mas no prepara el héroe troyano
palabras en su contra, que una lanza blande contra sus enemigos.
Cuando Lúcago echado sobre las riendas con su espada
azuzó a los caballos y se apresta al combate
con el pie izquierdo adelantado, llega la lanza por debajo del borde
del refulgente escudo y le perfora la ingle izquierda;
rueda, cayendo del carro, moribundo por el suelo.
Y el piadoso Eneas le habla con palabras amargas:
«Lúcago, no traicionó a tu carro la vergonzosa huida
de tus caballos, ni vanas sombras lo alejaron del enemigo.
Tú mismo has dejado tu yugo saltando de sus ruedas.» Así dijo
y sujetó a los animales; en el suelo las palmas inertes
tendía su hermano infeliz, derribado del carro:
«Por ti, por los padres que tal te engendraron,
héroe de Troya, perdona esta vida y compadécete del suplicante.»
Aún implorando Eneas: «No decías cosas como éstas
hace poco. Muere y que no deje el hermano al hermano.»
Entonces abre con su filo el pecho, los escondites del alma.
Así llenaba de muerte los campos el caudillo
dardanio, loco a la manera de un torrente de agua
o de negro turbión. Rompen la línea por fin y salen del campo
el niño Ascanio y la juventud en vano asediada.
A Juno entre tanto increpa Júpiter de pronto:
«¡Oh, hermana y a la vez gratísima esposa mía!
Como pensabas, Venus (y no te engañó tu idea)
sustenta a las fuerzas troyanas, ni vigorosa en la guerra
está la diestra de los hombres ni su ánimo fiero y dispuesto al peligro.»
Y Juno, sumisa: «¿Por qué, mi bellísimo esposo,
atormentas a la que afligida teme tristes palabras de tu parte?
Si la fuerza de tu amor estuviera conmigo como lo estuvo un día
y así conviene, no me dirías en esto que no,
tú que todo lo puedes, y podría sacar a Turno de la lucha
y rescatarlo incólume para Dauno, su padre.
Ahora, que muera y sufra castigo de los teucros con sangre piadosa.
Y, sin embargo, él recibió su nombre de nuestra estirpe
y es Pilumno su cuarto padre, y con mano generosa
y muchos presentes colmó a menudo tus umbrales.»
Brevemente le dice así el rey del etéreo Olimpo:
«Si me estás suplicando un retraso en la muerte que acecha
y una tregua para el joven que ha de caer y quieres que así lo determine,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

dispón la huida de Turno y líbralo de la hora presente:
hasta aquí me es posible ceder. Pero si bajo estas plegarias
se esconde una venia más alta y piensas todo
remover y alterar la guerra, vana esperanza alimentas.»
Y Juno, llorando: «¿Y qué si lo que de palabra te pesa
lo concedieras en tu corazón y se otorgase esta vida a Turno?
Ahora le aguarda, inocente, un grave fin, o yo me engaño
sobre la verdad. Porque ¡ojalá sea yo burlada por un falso
temor y cambies tus planes, tú que puedes, para bien!»
Luego que pronunció estas palabras se lanzó de inmediato
desde el alto cielo envuelta en una nube y trayendo por los aires la tormenta,
y se encaminó al frente de Ilión y al campo laurente.
Luego la diosa con una vana nube una tenue sombra sin fuerzas
a semejanza de Eneas (prodigio de ver maravilloso)
adorna con las armas dardanias y el escudo y los penachos
simula de la divina cabeza, le pone palabras inanes,
le da una voz sin sentido y finge al andar sus pasos,
como al llegar la muerte es fama que vuelan las sombras,
o los sueños que engañan a los sentidos adormecidos.
Y salta la imagen dispuesta a las primeras líneas
a retar al héroe con sus dardos y con voces provocarlo.
Turno la persigue y arroja una lanza estridente
de lejos; ella vuelve la espalda y cambia sus pasos.
Fue entonces cuando Turno pensó que Eneas huía
y apuntó en su ánimo resuelto una vana esperanza:
«¿A dónde huyes, Eneas? No abandones el lecho prometido;
mi diestra te dará la tierra que has buscado por los mares.»
Vociferando así le sigue y hace brillar su espada
desenvainada y no ve que los vientos se llevan su alegría.
Había casualmente un barco atado al pico de una roca
con sus escalas dispuestas y el puente preparado,
con el que había llegado el rey Osinio de las costas de Clusio.
Aquí se metió rauda la imagen de Eneas que escapaba
para esconderse, y Turno la sigue no menos valiente
y vence los obstáculos y logra saltar los altos puentes.
Apenas había alcanzado la proa, rompe amarras la hija de Saturno
y se lleva por mares en reflujo la nave liberada.
Y al otro en su ausencia Eneas lo reta al combate
y manda a la muerte a muchos hombres que le hacen frente.
Luego la imagen leve no busca ya más escondites,
sino que vuela a lo alto y con una negra nube se confunde,
mientras un turbión hacia alta mar se lleva entretanto a Turno.
Mira hacia atrás ignorante de todo y sin agradecer la salvación
y tiende a las estrellas su voz y sus dos manos:
«Padre todopoderoso, ¿de tan grande infamia
me has creído digno y has querido que tal castigo sufriera?
¿Adónde voy? ¿De dónde he salido? ¿Qué fuga me lleva y cómo?
¿Volveré a ver de nuevo las murallas y el campo laurente?
¿Qué será de aquel puñado de hombres que me han seguido y a mis armas?
¿A todos los dejé (¡qué vergüenza!) en una muerte infanda
y ahora los veo dispersos y escucho los gemidos
de los que caen? ¿Qué pretendo? ¿Hasta dónde podrá abrirse
la tierra para tragarme? ¡Compadeceos al menos vosotros, vientos!
Contra las rocas y el acantilado (gustoso Turno os lo pide)
estrellad la nave, y clavad las sirtes en los bancos crueles,
que no me sigan los rútulos ni la fama que todo lo sabe.»
Esto diciendo en su ánimo vacila de un lado para otro,
loco dé vergüenza tan grande, si ha de clavarse
la espada y sacar por las costillas el filo desnudo
o si se arrojará en medio de las olas y ganará a nado

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

el curvo litoral y volverá de nuevo contra las armas de los teucros.
Tres veces probó una y otra vía, tres veces Juno soberana
lo detuvo y compadecida de ánimo sujetó al joven.
Se desliza cortando las aguas con olas y marea propicias
y llega a la antigua ciudad de Dauno su padre.
Y entretanto Mecencio exaltado por obra de Jove
le sucede en la lucha y arremete contra los teucros triunfantes.
Acuden las tropas tirrenas y a él con todos sus odios,
a ese hombre solo y con innúmeros disparos le atacan.
Él (como roca inmensa que avanza hacia el ponto
frente a la furia de los vientos y expuesta a las aguas,
toda la fuerza y ataques soporta, y en mar y cielo
firme permanece inamovible) a Hebro, prole de Dolicaon,
tumba en el suelo y con él a Látago y a Palmo fugitivo;
pero a Látago con una roca y un gran pedazo de monte
le alcanza en la boca y la cara de frente, a Palmo le hace
caer como un cobarde con los tendones cortados, y a Lauso concede
llevar en sus hombros las armas y poner en su casco los penachos.
Y lo mismo con Evante el frigio y Mimante, de Paris
compañero e igual, a quien Teano dio a luz siendo su padre
Amico la misma noche que, preñada de una tea,
la reina Ciseida a Paris; Paris en la ciudad de sus padres
yace, tiene a un desconocido Mimante la costa laurente.
Y como el jabalí arrojado de las cumbres del monte
por el mordisco de los perros, a quien el Vésulo cubierto de pinos
defendió muchos años y muchos los pantanos laurentes
lo alimentaron con su bosque de cañas; luego que cayó en las redes,
se detiene y gruñe feroz y eriza el espinazo
y nadie se atreve a irritarlo o a acercarse más,
sino que le atacan de lejos con lanzas y gritos seguros.
No de otro modo, de los que dirigen su justa ira contra Mecencio
ninguno osa enfrentársele con las armasen la mano,
y de lejos le retan con sus disparos y con gran griterío.
Mas él, impávido, hacia todas partes vacila
rechinando los dientes y sacude las lanzas de su escudo.
Acrón había venido de las antiguas tierras de Córito,
hombre griego, dejando en su huida sin cumplir una boda.
Cuando lo vio a lo lejos perturbando el centro de la línea,
rojo en las plumas y en la púrpura de la esposa pactada,
como el león hambriento que merodea a menudo entre altos apriscos
(pues se lo pide su vesánica hambre), si llega a ver una cabra
fugitiva o un ciervo que asoma con sus cuernos,
gozoso abre su enorme boca y eriza las crines y se clava
en las vísceras cayendo de lo alto; baña la boca feroz
la negra sangre;
así cayó raudo Mecencio en lo más denso del enemigo.
Acrón, infeliz, cae abatido y al morir golpea la negra tierra
con sus talones y llena de sangre las armas quebradas.
Y no creyó Mecencio oportuno matar a Orodes
cuando huía ni hacerle con su lanza ciega herida;
salió corriendo a su encuentro y, de hombre a hombre,
le hizo frente mejor que con engaños con armas valerosas.
Le derribó entonces y apoyando encima su lanza y su pie:
«Parte no despreciable de la guerra, soldados, yace el alto Orodes.»
Gritan con él sus compañeros siguiendo sus voces de triunfo,
y el otro a su vez, muriendo: «Vencedor seas quien seas,
no te alegrarás mucho sin que sea yo vengado; hados iguales
te están aguardando y ocuparás pronto este mismo suelo.»
Y a él Mecencio, con sonrisa mezclada de ira:
«Muere tú de momento. En cuanto a mí, el rey padre

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

de dioses y hombres verá.» Esto diciendo arrancó la lanza de su cuerpo.
Un duro descanso cayó sobre los ojos de Orodes y un sueño
de hierro, se apaga su luz para una noche eterna.
Cédico a Alcátoo mata, Sacrátor a Hidaspes
y Rapón a Partensio y a Orses durísimo de fuerzas,
Mesapo a Clonio y a Eriquetes Licaonio,
a uno cuando en tierra yacía arrojado de su caballo sin freno,
y al otro a pie. A pie también se había adelantado
Agis el licio, a quien derriba sin embargo Válero lleno del valor
de sus mayores, y a Tronio Salio y a Salio Nealces
con ardides, con la lanza y la flecha que sorprende de lejos.
Ya un grave Marte el duelo igualaba y las muertes
de todos; iguales mataban y caían iguales
vencedores y vencidos y ni unos ni otros conocían la huida.
Los dioses en la mansión de Jove lamentan ira tan vana
de ambos y que sufrieran los mortales fatigas tan grandes;
a un lado Venus y al contrario mira Juno Saturnia.
Pálida Tisífone se enfurece en medio de tantos millares.
Mecencio, por fin, blandiendo su enorme lanza,
avanza por el campo como un torbellino. Grande como Orión
cuando anda abriéndose camino por las aguas
sin fondo de Nereo y saca el hombro de las olas
o con añoso tronco que cogió en lo alto de los montes
avanza por tierra ocultando su cabeza entre las nubes;
tal se presenta Mecencio con vastas armas.
En su contra se dispone a marchar Eneas, que de lejos
lo ha visto en la formación. El otro impertérrito se planta
aguardando al magnánimo enemigo y en pie con su gran mole,
y luego que midió con la vista el alcance que la lanza precisaba:
« ¡Mi diestra, mi único dios, y el dardo que a lanzar me dispongo
me asistan ahora! Voto hacer de ti, Lauso, un trofeo
revistiéndote con los despojos que arranque de Eneas,
del ladrón.» Dijo, y de lejos disparó su lanza
estridente. Ella, volando, rebotó en el escudo y, lejos,
se fue a clavar entre el costado ylos ijares del egregio Antor,
de Antor el compañero de Hércules que enviado por Argos
se había unido a Evandro y en la ciudad ítala se había instalado.
Cae el desgraciado por la herida de otro y al cielo
mira y recuerda la dulce Argos mientras se muere.
Lanza entonces su dardo el piadoso Eneas, que atraviesa
el cavo círculo de triple bronce, las capas de lino y el trabajo
tejido de tres pieles de toro y en lo profundo se asienta
de la ingle, mas no se llevó sus fuerzas. Rápido saca
Eneas del muslo la espada gozoso al ver la sangre
del tirreno y persigue decidido al que se tambalea.
Gimió profundamente por amor a su padre querido
cuando lo vio Lauso, y las lágrimas rodaron por su cara
(aquí la desgracia de una dura muerte y tus gloriosas gestas,
si el tiempo ha de otorgar confianza a empresa tan grande,
no he de callar en verdad ni a ti, joven digno de memoria);
aquél retrocediendo inútil y trabado se retiraba
y trataba de arrancar de su escudo la lanza enemiga.
Se lanzó el joven y se interpuso entre las armas
y, cuando alzaba ya su diestra y el golpe asestaba,
se metió bajo el filo de Eneas y lo aguantó,
retrasándole; le secundan los compañeros con gran griterío
mientras escapa el padre bajo el pequeño escudo del hijo,
y arrojan sus flechas y entorpecen de lejos al enemigo
con sus dardos. Eneas se enfurece y se mantiene a cubierto.
Y como cuando descargan las nubes con granizo

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

abundante y todo el que ara huye por los campos
y todo campesino y en seguro refugio se esconde el caminante
o en las orillas del río o bajo el arco de un alto peñasco,
mientras llueve en las tierras, para poder con el regreso del sol
aprovechar el día: así por todas partes rodeado de dardos
aguanta Eneas la nube de la guerra mientras todo
descarga, y a Lauso increpa y a Lauso amenaza:
«¿A dónde corres a morir, osando más de lo que puedes?
Tu amor te engaña, incauto..» Y no menos él
salta enloquecido y sube más alto la ira
cruel del caudillo dardanio, y recogen las Parcas
los cabos de los hilos de Lauso. Pues clava su fuerte espada
Eneas y al joven atraviesa y la oculta del todo,
y pasó la hoja el escudo, arma ligera de un valiente,
y la túnica que su madre había bordado con blando oro,
y la sangre llenó sus pliegues; entonces la vida por las auras
se retiró afligida a los Manes y dejó su cuerpo.
Mas cuando vio la mirada y el rostro del que moría,
el rostro asombrosamente pálido, el hijo de Anquises
gimió con grave compasión y le tendió su diestra
y a su mente acudió la imagen piadosa de su padre.
«¿Qué te dará ahora, pobre muchacho, por tus hazañas,
qué darte puede el piadoso Eneas adecuado a tan gran alma?
Quédate con tus armas, de las que te alegrabas, y te envío
a los Manes y a la ceniza de tus padres, si eso te preocupa.
Con esto aliviarás, infeliz, tu muerte desgraciada:
caes por la diestra del gran Eneas.» Llama al punto
a los vacilantes compañeros y alza del suelo a Lauso,
manchados de sangre sus bien peinados cabellos.
Entretanto su padre junto a las aguas del río Tiberino
restañaba con el líquido sus heridas y aliviaba su cuerpo
apoyado en el tronco de un árbol. Su yelmo de bronce
cuelga, lejos, de una rama y en el prado descansan las armas más pesadas.
Le rodean en pie jóvenes escogidos; él mismo herido, jadeante,
da reposo a su cuello, desparramada por el pecho la larga barba;
mucho pregunta sobre Lauso y a muchos envía
a buscarle, que le lleven los recados de su afligido padre.
Mas a Lauso traían sus compañeros sin vida sobre las armas
llorando, inmenso y vencido por inmensa herida.
De lejos reconoció el lamento el corazón que presagia los males.
Ensucia sus canas con mucho polvo y al cielo
alza ambas palmas y se abraza a su cuerpo:
«¿Deseo tan grande de vivir, hijo mío, de mí se ha apoderado
como para sufrir que ocupe mi puesto ante la diestra enemiga
aquél al que engendré? ¿Por tus heridas va a salvarse tu padre
viviendo por tu muerte? ¡Ay, que al fin ahora siento, desgraciado
la desgracia infortunada, al fin la herida recibida en lo más hondo!
También yo, hijo mío, mancillé con mis crímenes tu nombre,
expulsado por odio del trono y del cetro paterno.
Un castigo debía a mi patria y al rencor de los míos,
¡lo hubiera yo pagado con mil muertes de mi vida culpable!
Ahora estoyvivo y no abandono aún la luz y a los hombres.
Pero lo haré.» Al tiempo que esto dice se levanta sobre el muslo
dolorido, y aunque le faltan las fuerzas por la profunda herida,
sin flaquear ordena que le traigan el caballo. Éste era su gloria,
éste su consuelo, con él victorioso salía de todos
los combates. Se dirige al mohíno y así comienza:
«Largo tiempo, Rebo, si algo de los mortales dura largo tiempo,
hemos vivido. O traerás hoy victorioso aquellos despojos
ensangrentados y la cabeza de Eneas, y serás conmigo

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

vengador de los dolores de Lauso, o, si ninguna fuerza nos abre camino,
caerás a la vez; pues en verdad no creo, valiente,
que sufras órdenes de otro ni a los teucros de amos.»
Dijo, y sentado a la grupa acomodó los miembros
como solía y cargó sus manos de dardos agudos,
brillando de bronce su cabeza y erizada su cresta equina.
Así avanzó raudo hacia el centro. Hierven en el mismo pecho
una gran vergüenza y la locura con el dolor mezclada.
Y entonces con gran grito a Eneas gritó por tres veces.
Eneas le reconoció al punto y alegre suplica:
«¡Así lo quiera el padre de los dioses, así el alto Apolo!
¡Empieza de una vez a pelear!»
Sólo esto dijo y sale al encuentro del asta enemiga.
Y el otro: «¿Crees asustarme cuando a mi hijo me has robado,
más que cruel? Éste era el único camino para perderme:
ni a la muerte tememos ni respetamos a ninguno de los dioses.
Déjalo, pues vengo a morir y te traigo primero
estos presentes.» Dijo y disparó su dardo contra el enemigo;
luego le lanza otro y otro más que van volando
en gran giro, pero aguanta firme el escudo de oro.
Tres vueltas cabalgó a su alrededor hacia la izquierda
lanzando dardos con la mano, tres veces gira sobre sí el héroe de Troya
aguantando en su cubierta de bronce un bosque inmenso.
Luego de resistir largo tiempo, de arrancar cansado
tantas puntas y apurado por sostener un desigual combate,
tras planear muchas cosas en su pecho salta por fin y entre
las cavas sienes del caballo guerrero clava su lanza.
Se alza sobre sus patas el cuadrúpedo y con los cascos
sacude el aire, y cayendo sobre el jinete derribado
lo traba y se le viene encima de cabeza con una pata rota.
Con sus gritos alcanzan el cielo latinos y troyanos.
Vuela Eneas hacia allí y desenvaina la espada
y, desde arriba: «¿Dónde está ahora el agrio Mecencio
y la fiereza aquella de tu corazón?» Por respuesta, el etrusco,
cuando mirando al cielo se bebió las auras y recobró el sentido:
«Amargo enemigo, ¿por qué me gritas y amenazas de muerte?
No hay delito en matarme, ni así llegué al combate,
ni mi Lauso me hizo este pacto contigo.
Sólo esto te pido, si algo puede pedir el enemigo derrotado:
que permitas que la tierra cubra mi cuerpo. Sé que acechan
odios amargos de los míos: aléjame de ese furor, te ruego,
y entrégame, compañero de mi hijo, al sepulcro.»
Así habla, y a sabiendas recibe la espada en su garganta
y vierte la vida sobre las armas entre olas de sangre.

LIBRO XI

Entretanto la Aurora naciente abandonó el Océano.
Eneas, aunque su cuidado le inclina a dar un tiempo para enterrar
a los compañeros y su corazón está turbado por la muerte,
rendía sus votos a los dioses, victorioso, al despuntar el día.
Una enorme encina bien pelada de ramas
levantó sobre el túmulo y la vistió con armas relucientes,
despojos del caudillo Mecencio, un trofeo para ti,
gran señor de la guerra; cuelga los penachos chorreando sangre
y los dardos arrancados del héroe y la coraza golpeada
y perforada por doce sitios, y ata a la izquierda el escudo
de bronce, y cuelga del cuello la espada de marfil.
Luego, así comienza a arengar a sus compañeros

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

que le aclamaban (pues apretado le rodeaba el grupo de los jefes):
«Hemos logrado algo grande, soldados; dejad todo temor
en cuanto a lo que resta. Éstos son los despojos y las primicias
de un rey orgulloso, y éste es Mecencio, por mis manos.
Ahora, el camino hacia el rey y los muros latinos nos espera.
Disponed las armas, animosos aguardad la guerra;
que ningún retraso nos sorprenda cuando quieran los dioses
que alcemos las enseñas y saquemos a los jóvenes del campamento,
ni nos retrase con el miedo una opinión cobarde.
Confiemos entretanto a la tierra los cuerpos insepultos
de nuestros camaradas, única honra en el Aqueronte profundo.
«Id -dice-. Adornad con los tributos postreros a esas almas
egregias que con su sangre nos han deparado
esta patria, y el primero a la afligida ciudad de Evandro
sea enviado Palante, a quien no falto de valor
se llevó el negro día y lo sepultó en una muerte amarga.»
Así dice lleno de lágrimas y encamina sus pasos al umbral
donde el cuerpo expuesto sin vida de Palante velaba
el anciano Acetes, quien primero llevara las armas al parrasio
Evandro y fue asignado luego como acompañante
de su amado pupilo, con auspicios no igualmente felices.
Alrededor todo el grupo de siervos y la turba troyana
y las mujeres de Ilión con el triste pelo suelto según la costumbre.
En cuanto Eneas cruzó las altas puertas,
un profundo gemido con golpes de pecho lanzaron
a los astros y resonó el lugar de triste duelo.
Él mismo, cuando vio la cabeza abatida del níveo Palante
y su cara y la herida de la lanza ausonia abierta
y el delicado pecho, así dice rompiendo a llorar:
«¿Te me ha arrebatado Fortuna, desgraciado muchacho,
cuando empezaba a sernos favorable, a fin de que no vieras
nuestros reinos ni fueras conducido en triunfo a la sede paterna?
No había yo hecho esta promesa sobre ti a Evandro,
tu padre, al partir cuando, abrazándome, me dejó
marchar hacia un gran imperio y temeroso me advertía
que eran hombres difíciles, combates con un duro pueblo.
Y ahora él quizá, llevado de una vana esperanza,
hasta hace sus votos y colma de presentes los altares.
Nosotros, a un joven sin vida que nada debe a ninguno
de los dioses acompañamos, tristes, con vana pompa.
¡Infeliz, que has de ver la muerte cruel del hijo!
¿Es éste el regreso y los triunfos que se esperaban de nosotros?
¿Es éste el valor de mi palabra? Mas no de vergonzosas
heridas manchado la verás. Evandro, ni, como padre suyo,
habrás de desear una muerte cruel para el hijo que huye. ¡Ay de mí,
qué baluarte pierdes, Ausonia, y tú también, Julo!»
Luego que así lloró, ordena levantar el cuerpo
miserable y envía a mil soldados escogidos de todo
el ejército a que le acompañen en los honores postreros
y asistan a las lágrimas del padre, pequeño consuelo
en un gran duelo, aunque debido a un padre infortunado.
Otros, solícitos, tejen con varas de madroño
y ramas de encina el entramado de un blando féretro, y dan sombra
con techo de hojas al lecho así formado.
Colocan entonces al joven en lo alto de la agreste cama;
como la flor tronchada por el pulgar de una doncella,
ya de la blanda violeta, ya del jacinto lánguido,
a la que no dejaron aún ni su fulgor ni su belleza
y no la alimenta ya la madre tierra ni fuerzas le brinda.
Luego sacó Eneas dos vestidos de púrpura y oro

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

recamados, que un día, contenta de sus labores,
le había hecho con sus manos la sidonia Dido
y había bordado las telas con hilo de oro.
Con uno de ellos viste, entristecido, al joven, postrero
honor, y cubre con un manto el cabello destinado a la pira,
y muchos premios además de la batalla laurente
amontona y ordena que sea llevado el botín en larga fila.
Añade caballos y armas de los despojos del enemigo.
Había atado también a la espalda las manos de los que mandaba
como ofrenda a las sombras, para regar las llamas con sangre,
y ordena que, vestidos de las armas enemigas,
porten troncos los jefes y se claven los nombres de sus rivales.
Llevan al infeliz Acetes, vencido por los años,
ya hiriéndose el pecho con los puños, ya con las uñas la cara;
se derrumba y cae al suelo con todo su cuerpo.
Llevan también los carros manchados de sangre rútula.
Detrás Etón, el caballo de guerra, privado de sus insignias,
avanza llorando y baña su hocico con grandes lágrimas.
Otros portan su lanza y su yelmo, pues Turno el resto
lo tiene como su vencedor. Siguen luego los teucros, triste falange,
y todos los etruscos y los arcadios con las armas vueltas.
Después que había pasado gran parte del cortejo,
Eneas lo detuvo y esto añadió con profundo suspiro:
«A otras lágrimas nos llama desde ahora el mismo destino
horrendo de esta guerra. Salve, noble Palante, para siempre,
y para siempre adiós.» Y sin más decir a los altos
muros se encaminaba y dirigía sus pasos al campamento.
Y ya se habían presentado embajadores de la ciudad latina
cubiertos con ramos de olivo a pedir una tregua:
los cuerpos que el hierro había esparcido por los campos,
que los entregara y permitiera enterrarlos bajo un túmulo,
que ninguno era el pleito con los vencidos y privados del aire,
que perdonase a los que un día trató de huéspedes y suegros.
El bondadoso Eneas a los que súplicas no despreciables hacían
responde con su venia y añade además estas palabras:
«¿Qué inmerecida fortuna os enredó, latinos,
en guerra tan grande, y os hace evitar nuestra amistad?
¿La paz me pedís para los que, sin vida, perecieron
por azares de Marte? En verdad, quisiera concertarla también con los vivos.
He venido porque los hados me asignaron el lugar y la sede
y no hago la guerra con el pueblo; vuestro rey rompió
nuestra hospitalidad y decidió acogerse a las armas de Turno.
Mejor habría sido que Turno se hubiera enfrentado a esta muerte;
si se dispone a acabar la guerra por la fuerza, si a expulsar
a los teucros, debiera enfrentarse con estas armas mías:
vivirá aquél a quien la vida le concedieran el dios o su diestra.
Partid ahora y entregad al fuego a vuestros pobres ciudadanos.»
Había dicho Eneas. Ellos, atónitos y en silencio,
se cambiaban miradas sin atreverse a hablar.
Entonces, anciano y siempre enemigo con odio
y acusaciones del joven Turno, Drances inició así a su vez
la respuesta: «Oh, grande por tu fama y mayor por tus armas,
héroe troyano. ¿Con qué alabanzas te igualaré al cielo?
¿He de admirar primero tu justicia o tus gestas guerreras?
Agradecidos llevaremos estas palabras a la ciudad de nuestros padres,
y a ti, si Fortuna nos deja algún camino, con el rey Latino
te uniremos. Que se busque Turno sus propios pactos.
Y con gusto, además, levantaremos los sillares del destino
y acarrearemos sobre nuestros hombros las piedras troyanas.»
Así había dicho y todos gritaban lo mismo con una sola voz.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Pactaron dos veces seis días y en el pacífico intervalo
teucros y latinos vagaron sin peligro mezclados
por bosques y colinas. Cruje el alto fresno bajo el hacha
de hierro, abaten pinos que los astros tocaban,
y no cesan de abrir con las cuñas el oloroso cedro
y los robles ni de arrastrar en gimientes carretas los olmos.
Y ya la Fama voladora, llevando por delante un dolor tan grande,
colma a Evandro y de Evandro las casas y los muros,
ella, que poco ha decía de Palante vencedor en el Lacio.
Los arcadios corrieron a las puertas y según la antigua costumbre
empuñaron antorchas funerales; reluce el camino con larga
hilera de llamas que parte los campos en dos.
La turba de frigios que viene a su encuentro alcanza
al doliente ejército. Cuando las madres vieron que entraban
en las casas, encienden con sus gritos la afligida ciudad.
Y ninguna fuerza es capaz de sujetar a Evandro
que se lanza a buscarle. Depositado el féretro,
se arrojó sobre Palante y le abraza llorando y gimiendo,
y apenas abrió por fin el dolor camino a las palabras:
«No era ésta, Palante, la promesa que hiciste a tu padre
de que con cuidado te habrías de entregar a un Marte cruel.
Y no desconocía yo cuánto una nueva gloria puede
en las armas y las mieles del triunfo en el primer combate.
¡Míseras primicias de un joven y en la guerra cercana
dura iniciación yvotos y preces mías que ninguno
de los dioses ha escuchado! Y tú, oh, santísima esposa,
¡feliz en tu muerte que no has llegado a este dolor!
Yo, por el contrario, viviendo vencí a mi destino, para más durar
siendo su padre. ¡Ojalá me hubieran abatido los dardos
rútulos siguiendo las armas de Troya! Habría dado yo mi vida
y a mí y no a Palante habría traído hasta casa este cortejo.
Y no os he de culpar, teucros, ni a los pactos ni a las diestras
que unimos en señal de hospitalidad; para mi vejez estaba preparada
una suerte tan mala. Si prematura aguardaba
la muerte a mi hijo, me servirá de consuelo que haya caído
entre miles de volscos muertos, conduciendo a los teucros al Lacio.
Y no podría yo honrarte, hijo mío, con funeral mejor
que el piadoso Eneas y que los nobles frigios
y que los jefes etruscos, que todo el ejército etrusco.
Portan grandes trofeos de los que tu diestra ha enviado a la muerte;
te alzarías ahora tú también como tronco imponente en los campos,
si igual fuera su edad y la misma la fuerza de los años,
Turno. Mas, ¿por qué, desdichado, demoro a los teucros lejos de sus armas?
Id y llevad al rey en la memoria este recado:
de que soporte una vida odiosa, muerto Palante,
tu diestra es la causa, que ves nos debe a Turno
al hijo y al padre. Sólo este mérito te falta
y esta ocasión a tu suerte. No lo demando -no sería lícito-
como alegría de mi vida, sino para mi hijo en los Manes profundos.»
La Aurora entretanto había sacado para los pobres mortales
la luz de la vida, trayéndoles de nuevo afanes y fatigas.
Levantaron las piras ya el padre Eneas, ya Tarconte
en el curvo litoral. Aquí cada cual el cuerpo llevó de los suyos
según la costumbre de sus padres, y prendiéndoles negro fuego
ocultan el alto cielo con la calígine de la tiniebla.
Tres vueltas dieron corriendo ceñidos de las brillantes armas
en torno a las piras encendidas, tres veces recorrieron
a caballo el triste fuego funeral y arrancaron alaridos de su boca.
La tierra se cubre de lágrimas, se cubren las armas,
llega al cielo el clamor de los hombres y el clangor de las tubas.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Aquí unos arrojan al fuego los despojos arrebatados
a los latinos muertos, los yelmos y las labradas espadas
y los frenos y las ruedas ardientes; otros las conocidas ofrendas,
los escudos de los suyos y las poco felices armas.
Sacrifican por allí muchos cuerpos de bueyes a la Muerte
y cerdos erizados y degüellan sobre las llamas muchas
ovejas robadas de todos los campos. Luego por toda la playa
ven arder a sus compañeros y guardan las piras
medio apagadas sin poder retirarse hasta que la húmeda noche
da vuelta al cielo tachonado de estrellas encendidas.
Y también, muy lejos de allí, los míseros latinos
erigieron innúmeras piras y entierran por un lado
muchos cuerpos de soldados y por otro los toman
y los llevan a los campos vecinos y a la ciudad los devuelven.
El resto, un enorme montón de confusa matanza,
sin número ni honores lo queman; brillan entonces por doquier
las vastas llanuras con frecuentes hogueras.
La luz tercera había retirado del cielo la gélida sombra;
afligidos retiraban de las piras la alta ceniza y los huesos
mezclados y los cubrían con una tibia capa de tierra.
Ya dentro de las casas, en la ciudad del muy rico Latino,
un sentido lamento y la parte mayor de un largo duelo.
Aquí las madres y las pobres nueras, aquí los pechos queridos
de las afligidas hermanas y los niños privados de sus padres
maldicen una guerra cruel y los himeneos de Turno;
que él mismo piden se enfrente con las armas y él con el hierro
ya que reinar reclama en Italia y honores principales.
Agrava esto implacable Drances y declara que sólo él
es requerido, que llama a Turno solo al combate.
En su contra se alzan con diversos argumentos muchas opiniones
en favor de Turno, y lo ampara el peso del nombre de la reina,
sustenta al héroe la fama inmensa de sus merecidos trofeos.
En medio de todo esto, cuando más ardoroso era el tumulto,
he aquí que llegan sombríos mensajeros de la gran ciudad
de Diomedes con su respuesta: nada se ha logrado
con gastos tan enormes, de nada han valido ni regalos
ni oro ni grandes preces; otras armas han de buscar
los latinos o pedir la paz al rey troyano.
Se dejó vencer el propio rey Latino por una gran tristeza.
De que a Eneas lo trae el destino por voluntad divina
le advierten la ira de los dioses y los recientes túmulos que ve.
Así que una gran asamblea y a los primeros de los suyos
por su poder convocados reúne en los altos umbrales.
Ellos acudieron y fluyen al palacio del rey
llenando los caminos. Toma asiento en el centro, el mayor en edad
y primero por su cetro, con ceño poco alegre Latino.
Y entonces a los mensajeros llegados de la ciudad etolia
manda contar lo que traen y exige las respuestas
todas por orden. Guardaron así silencio las lenguas
y Vénulo, obediente al mandato, comienza de este modo:
«Hemos visto, ciudadanos, a Diomedes y el campamento argivo
y hemos superado en nuestro camino todos los avatares,
y llegamos a tocar la mano por la que cayó de Ilión la tierra.
Él estaba fundando victorioso la ciudad de Argiripa,
con el nombre de su raza patria, en los campos del Gárgano yápige.
Luego que se nos introdujo y hablar pudimos con libertad
delante de todos, ofrecemos los regalos, decimos el nombre y la patria,
quiénes habían iniciado la guerra, qué motivos a Arpos nos llevaban.
Con plácida boca así repuso él a cuanto oía:
“Pueblos afortunados, oh, reinos de Saturno,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

ausonios venerables. ¿Qué fortuna os solicita
en vuestra paz y os persuade a emprender guerras desconocidas?
Cuantos violamos los campos de Ilión con el hierro
(omito todo lo que realizamos guerreando al pie del alto muro
y los héroes que arrastra aquel Simunte) hemos pagado todos
infandos suplicios por el mundo y los castigos del crimen nuestro,
grupo que hasta a Príamo daría pena; lo sabe el triste astro
de Minerva y los escollos de Eubea y el vengador Cafereo.
De aquella milicia, arrojados a distintas playas,
Menelao el Atrida pasa su exilio en las columnas
de Proteo y ha visto Ulises a los Ciclopes del Etna.
¿He de hablar del reino de Neoptólemo y los Penates arrasados
de Idomeneo? ¿De los locros, hoy habitantes de la costa libia?
El propio micénico, el general de los grandes aqueos
cayó a la puerta de su casa a manos de su esposa
maldita: a la vencida Asia acechaba un adúltero.
¿Y cómo no quisieron los dioses que, de regreso a las aras de la patria,
pudiera yo vera mi anhelada esposa y la bella Calidón?
Aún hoy continúan de horrible visión los portentos
y los amigos desaparecidos buscaron el éter con sus plumas
y vagan como aves de los ríos (¡ay, suplicios crueles
de los míos!) y llenan los escollos de voces lastimeras.
Esto debí esperármelo yo desde aquel día
en que, loco de mí, ataqué con mi espada el cuerpo
de la diosa y profané con una herida la diestra de Venus.
No, en verdad, no me arrastréis a tales combates.
Ni volveré a entrar en guerra con los teucros tras la caída
de Pérgamo ni me acuerdo ni me alegro de viejos males.
Los presentes que me ofrecéis de vuestras costas patrias,
llevádselos a Eneas. Nos enfrentamos como armas enhiestas
y hemos llegado a las manos; creed a quien conoce
cuánto se yergue sobre su escudo, con qué remolino blande la lanza.
Si la tierra del Ida hubiese alumbrado a otros dos hombres
de su talla, hasta las ciudades de Ínaco habría venido
el dárdano y lloraría Grecia con hados contrarios.
Cuanto nos demoramos bajo los muros de la dura Troya,
la victoria de los griegos se detuvo por la mano de Héctor
y de Eneas, y arrastró sus pasos hasta el décimo año.
Ambos insignes de coraje, ambos por la fuerza de sus armas,
y éste mayor por su piedad. Que se unan las diestras en el pacto
que se os propone, pero, ¡cuidado!, no se enfrenten armas con armas!”
Y al tiempo has escuchado, óptimo rey, del cuál es
la respuesta y cuál su parecer sobre esta gran guerra.»
Apenas así los mensajeros, y un variado murmullo corrió
por las turbadas bocas de los ausonios, como cuando detienen
las rocas la rápida corriente, se forma un rumor en el remolino
encerrado y tiemblan las orillas vecinas con las aguas que crepitan.
En cuanto se aplacaron los ánimos y se calmaron las bocas temblorosas,
tras hablar a los dioses comienza el rey desde su alto escaño:
«Habría querido decidir antes sobre la suerte del reino,
latinos, y mejor habría sido y no en tal circunstancia
convocar la asamblea, cuando el enemigo está a las puertas.
Libramos una guerra adversa, ciudadanos, contra una estirpe
de dioses y unos hombres indómitos, a quienes ninguna batalla
rinde y ni vencidos pueden abandonar su espada.
Si habíais abrigado alguna esperanza de conseguir las armas etolias,
deponedla. Cada cual es su propia esperanza. Pero veis cuán exigua
es la nuestra. Cómo yace todo abatido en ruinas,
a la vista está y al alcance de vuestras manos.
Y no acuso a nadie. Cuanto valor pudo darse,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

se dio; se ha combatido con todas las fuerzas del reino.
Ahora, por último, os expondré qué opinión alberga
un corazón vacilante y (prestad atención) os lo diré con pocas palabras.
Tengo de antiguo un campo cercano al río etrusco
que se extiende hacia el ocaso hasta el territorio de los sicanos;
lo siembran auruncos y rútulos y con su arado trabajan
los duros collados y tienen en lo más áspero sus pastos.
Toda esta región y la zona de pinos sobre el monte alto
pase a la amistad de los teucros y justas cláusulas
de un tratado pactemos y llamémosles aliados del reino.
Establézcanse, si tanto lo desean, y funden su muralla.
Pero si es su intención apoderarse de otros territorios
y de otro pueblo y pueden abandonar nuestro suelo,
construyamos con ítala madera dos veces diez naves,
o, si más pueden llenar, madera hay suficiente
junto a las aguas; que ellos mismos nos indiquen la forma
y el número de barcos y les daremos el bronce, las manos y el astillero.
Es más, para llevar mis palabras y firmar los pactos
decreto que hayan cien parlamentarios de las mejores
familias latinas y tiendan en su mano los ramos de la paz
cargados de presentes, talentos de oro y marfil,
y la silla y la trábea, insignias de nuestro reino.
Deliberad entre vosotros y acudid en ayuda de una situación nada fácil.»
Entonces Drances, siempre hostil y agitado
con torcida envidia y amargos estímulos por la gloria de Turno,
largo de medios y mejor de lengua, pero con diestra fría
para la guerra, tenido por consejero no fútil,
poderoso en los enfrentamientos (la nobleza de su madre
le confería estirpe orgullosa, incierta por parte de padre),
se levanta y carga y hace subir la ira con estas palabras:
«Sometes a nuestra consideración, oh buen rey, un asunto
para nadie oscuro que no precisa de palabras: todos saber confiesan
qué está pidiendo la suerte del pueblo, mas decirlo no osan.
Que dé libertad para hablar y deje libres las palabras
aquel por cuyo infausto auspicio y costumbres siniestras
(lo diré claramente, aunque me amenace con armas y muerte)
cayeron las vidas de tantos jefes y vemos que se ha cubierto
la ciudad entera de luto, mientras provoca al campo
troyano confiando en la huida al tiempo que asusta al cielo con sus armas.
Sólo uno has de añadir, oh el mejor de los reyes, un solo presente
a esos que en gran cantidad ordenas sean enviados y asignados
a los Dardánidas, y que no pueda vencerte la violencia
de nadie al dar tu hija a un yerno egregio y a un digno
himeneo y sellar esta paz con un pacto eterno.
Pero si terror tan grande se ha apoderado de pechos y mentes,
citémosle a él mismo y solicitemos de él mismo la venia:
que consienta y devuelva al rey y a la patria su propio derecho.
¿Por qué tantas veces lanzas a estos pobres ciudadanos
a riesgos manifiestos, oh para el Lacio causa y cabeza de los males presentes?
No hay salvación en la guerra, todos la paz te reclamamos,
Turno, y, a la vez, de la paz la única prenda inviolable.
Yo el primero, a quien te imaginas tu enemigo (y nada
me preocupa si lo soy), aquí vengo a suplicarte. Ten piedad
de los tuyos, depón tu actitud y, derrotado, vete. Dispersados
hemos visto ya bastantes muertes y despoblado grandes campos.
O bien, si la fama te mueve, si coraje tan grande abrigas
en tu pecho y si tanto ansías la real dote,
sé valiente y ofrece, cara a cara, al enemigo tu pecho confiado.
¡Bien está que para que a Turno corresponda la real esposa,
nosotros, almas viles, turba sin sepultura y sin lágrimas,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

nos amontonemos por los campos! Tú eres más bien, si fuerzas te quedan,
si tienes algo del Marte de la patria, quien desafiar debe
al que te reclama.»
Con tales palabras se encendió la violencia de Turno.
Gime y prorrumpe con estas voces de lo profundo del pecho:
«Larga ocasión de hablar tienes siempre, Drances,
justo cuando las guerras brazos reclaman, y acudes el primero
si se convoca a los padres. Pero no hay que llenar la curia de palabras
que vuelan grandiosas estando tú a cubierto mientras el valladar de los muros
detiene al enemigo y no se inundan de sangre las fosas.
Continúa tronando con tu discurso (como sueles) y acúsame
de tener miedo tú, Drances, ya que tan gran montón de teucros
muertos ha dejado tu diestra y todos los campos señalados
de trofeos. De cuánto es capaz un valor vigoroso
nos cabe experimentar, y está claro que no hay que buscar
muy lejos al enemigo; rodean los muros por todas partes.
Vayamos a su encuentro, ¿por qué dudas? ¿Es que siempre
tendrás a Marte en el flato de tu lengua y en esos
pies tuyos prestos a correr?
¿Yo, derrotado? ¿Me dirá alguien con razón derrotado,
más que oprobioso, si puede ver el Tíber crecer henchido
de la sangre troyana y cómo ha caído con su estirpe
la casa entera de Evandro y a los arcadios privados de sus armas?
No así me han conocido Bitias y Pándaro el grande
y los mil que vencedor mandé al Tártaro en un día,
encerrado en sus muros y atrapado por el terraplén del enemigo.
¿No hay salvación en la guerra? Ve a cantar así, loco,
a la cabeza de los dárdanos y a tus propios asuntos. No ceses
de turbarlo todo con gran miedo y de ensalzar a los hombres
de un pueblo dos veces derrotado y de humillar, por contra, las armas de Latino.
Ahora hasta los jefes de los mirmídones tiemblan ante las armas frigias,
ahora hasta el hijo de Tideo y Aquiles de Larisa,
y huye, y retrocede el río Áufido perseguido por las ondas adriáticas.
Y simula estar asustado de mis enconos
y exacerba su acusación y su impostura con miedo fingido.
Nunca un alma de esa calaña (no temas) bajo esta diestra
habrás de perder; que viva contigo y permanezca en este pecho.
Me dirijo ahora, padre, a ti y a tu importante decreto.
Si no depositas ya confianza alguna en nuestras armas,
si tan dejados estamos y por un contratiempo del ejército
hemos caído del todo y no puede regresar nuestra suerte,
pidamos la paz y tendamos unas diestras incapaces.
Pero, ¡ay si quedase algo de nuestro antiguo valor!
Afortunado en los afanes es para mí antes que los otros
y de egregio corazón aquel que, por no ver estas cosas,
cayó muriendo y mordió una vez el polvo con su boca.
Mas si tenemos recursos e intacta nuestra juventud
y nos queda aún la ayuda de las ciudades ítalas y sus pueblos,
y si tanta sangre ha costado a los troyanos
su gloria (tienen también sus muertos e igual para todos
es la tormenta), ¿por qué flojeamos sin vergüenza
en el primer umbral? ¿Por qué temblamos antes de que suene la tuba?
Muchas cosas el día y el mudable trabajo del tiempo diverso
han vuelto mejores, con muchos jugó la Fortuna
regresando cambiada ylos puso de nuevo en seguro.
No tendremos la ayuda del etolio y de Arpos, sea;
pero estará Mesapo y el feliz Tolumnio y los caudillos
que tantos pueblos enviaron, y gloria no pequeña
seguirá a cuantos reclutamos por el Lacio y los campos laurentes.
También está Camila, del pueblo ilustre de los volscos,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

al frente de tropas a caballo y batallones que relucen de bronce.
Pero si es a mí a quien retan los teucros en singular combate
y así os parece y tanto estorbo al interés común,
no escapó la Victoria de estas manos ni las odia de tal modo
que rehúse yo arriesgar algo a cambio de esperanza tan grande.
Le haré frente animoso incluso si supera al gran Aquiles,
incluso si, como él, lleva en sus manos las armas
de Vulcano. Yo, Turno, que no estoy por debajo de nadie
en el valor de nuestros padres, os he ofrecido mi vida a vosotros
y a Latino, mi suegro. ¿Que sólo a mí reclama Eneas?
Que me reclame, lo pido. Si es esto ira de dioses, que no lo pague
Drances con su muerte; ni lo recoja, si esto es valor y gloria.»
Ellos se dedicaban a discutir agriamente sobre lo dificil
de la situación; Eneas levantaba el campamento y sus tropas.
Hete aquí que, en medio de gran tumulto, la noticia
se cuela en la mansión real y llena de terrores la ciudad:
los teucros en formación de combate y las tropas tirrenas
descendían del río Tíber llenando todo el valle.
Al punto se turbaron los ánimos y se agitaron del pueblo
los corazones y aumentó su cólera con duro acicate.
Se agarran nerviosos a las armas, « ¡armas!», gritan los jóvenes,
los padres lloran y murmuran afligidos. Entonces de todos lados
se alza al aire un gran clamor de opiniones enfrentadas,
no de otro modo que cuando las bandadas de aves
se posan en lo hondo del bosque o en la corriente del Padusa,
rica en peces, cantan por los locuaces estanques los roncos cisnes.
«Muy bien, ciudadanos -aprovecha Turno la ocasión-,
seguid reunidos y alabad, sentados, la paz;
ellos corren en armas contra el reino.» Y sin más decir
se levantó y salió de la alta mansión presuroso.
«Tú, Vóluso, ordena a los manípulos de los volscos armarse.
Guía -dice- también a los rútulos. Desplegad Mesapo y Coras, tú,
con tu hermano en armas la caballería alo ancho del campo.
Refuercen unos las entradas de la ciudad y ocupen las torres;
el resto del ejército, que tome sus armas y me siga.»
Al punto de toda la ciudad se corre a los muros.
El mismo padre Latino abandona sus grandes planes
y la asamblea, y, turbado por la triste circunstancia, los pospone
y mucho se reprocha el no haber antes aceptado
al dardanio Eneas y no haberlo traído por yerno a la ciudad.
Otros cavan delante de las puertas o acarrean piedras
y estacas. Cruenta señal da la ronca bocina
de guerra. Entonces en abigarrada corona ciñeron
los muros madres y niños, que a todos reclama la labor postrera.
Y acude también al templo y a la elevada fortaleza
de Palas la reina con gran séquito de mujeres,
llevando ofrendas, y le acompaña a su lado la virgen Lavinia,
causa de mal tan grande, bajos los ojos pudorosos.
Les siguen las mujeres y el templo llenan de humo de incienso
y dejan escapar voces afligidas desde el alto umbral:
«Señora de las armas, guía en la guerra, virgen Tritonia:
rompe con tu mano las flechas del pirata frigio y túmbalo
boca abajo en el suelo y derríbalo al pie de las altas puertas.»
El propio Turno, loco de excitación, se apresta al combate.
Y ya revestido de la rutilante coraza estaba erizado
de escamas de bronce y había encerrado en oro sus piernas,
desnudo aún de sienes, y habíase ceñido la espada al costado,
y resplandecía en oro al descender corriendo de la alta ciudadela
y exulta de ánimos y en su esperanza se apodera ya del enemigo;
cual el caballo cuando, rompiendo sus cadenas, escapa

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

libre al fin del establo y dueño del campo abierto
busca los pastos y la manada de yeguas,
o acostumbrado a bañarse en conocida corriente de agua,
brinca y relincha con la cerviz enhiesta al aire,
gozoso, y le juegan las crines por el cuello, por el lomo.
A su encuentro corrió, seguida del ejército de volscos,
Camila y descendió la reina del caballo en la misma
puerta y toda la cohorte la imitó dejando los caballos
y echaron pie a tierra; entonces dice así:
«Turno, si alguna confianza merece el valiente tenerse,
oso y prometo enfrentarme a los escuadrones de Enéadas
y, sola, salir al encuentro de los jinetes tirrenos.
Déjame probar la primera con mis tropas los riesgos de la guerra.
Tú quedate junto a las murallas con la infantería y guarda las defensas.»
Turno a esto, con los ojos clavados en la joven temible:
«Oh, virgen, gloria de Italia, ¿qué gracias podré darte
y ofrecerte a cambio? Mas de momento, ya que ese valor tuyo
está por encima de todo, comparte conmigo el trabajo.
Eneas, según cuentan noticias fidedignas y los exploradores
enviados, ha mandado por delante con intención aviesa las armas
ligeras de caballería a batir los campos; él, a su vez, por la cima
desierta del monte avanza sobre la ciudad las cumbres superando.
Preparo un ardid de guerra en un curvo sendero del bosque
para bloquear con hombres armados las dos salidas del camino.
Tú debes tomar posiciones y aguantar a la caballería tirrena;
a tu lado estará el fiero Mesapo con los escuadrones latinos
y las tropas de Tiburto, y asume tú el papel de comandante.»
Así dice, y con palabras iguales exhorta a Mesapo
al combate y a los jefes aliados y marcha contra el enemigo.
Hay un valle de curvos rodeos, apropiados para las tretas
y los engaños de las armas, que ve cubierto de densos bosques
sus negros costados, a donde conduce un estrecho sendero
y abren paso cerradas gargantas y difícil acceso.
Sobre él, como atalaya y en lo más alto del monte,
se extiende una escondida planicie y un abrigo seguro,
bien si quieres correr al combate por derecha e izquierda,
bien atacar desde lo alto y hacer rodar enormes peñascos.
Hacia aquí se dirige el joven por caminos conocidos
y ocupó este lugar y acampó en los bosques inicuos.
A la rápida Opis mientras tanto en las celestes regiones,
una de sus vírgenes compañeras y de su sagrada tropa,
llamaba la hija de Latona y estas tristes palabras
le daba de su boca: «A una guerra cruel marcha Camila,
doncella mía, y en vano ciñe nuestras armas,
aunque la quiero más que a todas. Pues no es que le haya venido
a Diana un nuevo amor y movido su corazón con dulzor repentino.
Expulsado del reino por odio a su poder orgulloso,
Métabo, al salir de la antigua ciudad de Priverno,
se llevó a su niña entre los avatares de la guerra
como compañera de exilio, y la llamó Camila
cambiando en parte el nombre de su madre Casmila.
Él mismo la llevaba ante sí en el regazo por los largos collados
de los bosques solitarios; dardos crueles le asediaban por doquier
y revoloteaban alrededor los volscos desplegando su tropa,
y hete aquí que, a mitad de su fuga, había crecido el Amaseno
con abundante espuma, tan gran tormenta había descargado
de las nubes. Él, dispuesto a nadar, por amor a la niña
se retrasa y teme por su carga querida. Esta decisión dura
tomó de pronto mientras todo revolvía en su interior:
una maza enorme que por suerte en la robusta mano llevaba

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

como arma de guerra, llena de nudos y de madera adusta,
encerrando en ella a su hija con el corcho de la silvestre corteza
la envuelve y la ata con cuidado al centro de la lanza.
Y blandiéndola con diestra poderosa así dice al éter:
"Tú que habitas los bosques, a ti, benigna virgen Latonia,
yo, su padre, te la consagro como sierva; con tus armas primeras
en las manos escapa, suplicante, del enemigo por los aires. Acógela
como tuya, te lo ruego, diosa, ahora que la encomiendo a vientos inciertos."
Dijo, y lanzando hacia atrás el brazo blande con fuerza
el astil; resonaron las ondas, sobre la rápida corriente
escapa la pobre Camila en la lanza estridente.
Y Métabo, cuando ya encima se le echaba la gran caterva,
se arroja al río y vencedor la lanza con la niña,
regalo de la Trivia, arranca del tapiz de hierba.
Ninguna casa lo acogió, ni las murallas de ninguna
ciudad (y él nunca, con su bravura, se habría rendido),
y llevó una vida de pastores en los montes solitarios.
Aquí criaba a su hija entre zarzas y por caminos
erizados con las mamas de una yegua y leche de animales,
exprimiendo sus ubres sobre los labios tiernos.
Y cuando la niña había dejado las primeras huellas
de las plantas de sus pies, armó sus manos de aguda jabalina
y colgó de sus pequeños hombros el arco y las flechas.
En vez de oro en el pelo, en vez de largo manto que la cubra,
cuelga de su cabeza por la espalda una piel de tigre.
Ya entonces disparó dardos infantiles con tierna mano
y volteó en torno a su cabeza la honda de pulida correa.
Y abatió una grulla estrimonia o un blanco cisne.
Muchas madres de las ciudades etruscas la quisieron
en vano por nuera; sola, con Diana se conforma
y sin mancha cultiva un amor eterno por los dardos
y la virginidad. ¡Ya me gustaría que no se hubiese dejado ganar
para un servicio tal, tratando de hostigar a los teucros!
Me sería ahora muy querida y una de mis compañeras.
Pero, ea, puesto que hados acerbos la están acechando,
desciende, Ninfa, del cielo y visita los territorios latinos,
donde un triste combate se libra con infausto presagio.
Toma esto y saca de la aljaba una flecha vengadora;
con ella me pague, quienquiera que profane con su herida
el cuerpo sagrado, ítalo o troyano, igual castigo con su sangre.
Luego yo misma en el hueco de una nube llevaré al sepulcro
el cuerpo de la infortunada y sus armas intactas y la devolveré a la patria.»
Dijo, y Opis, dejándose caer por las auras ligeras del cielo,
resonó con su cuerpo envuelto en negro remolino.
Se acercan entretanto las fuerzas troyanas a los muros,
y los jefes etruscos y todo el ejército de jinetes
agrupados por número en escuadrones. Suenan por toda la llanura
los caballos de sonoros cascos que brincan y luchan con los frenos
por volverse a uno y otro lado; el campo de hierro aparece
[erizado de lanzas en gran extensión y arden los llanos con las armas enhiestas.
Y asoman contra ellos Mesapo y los veloces latinos
y Coras con su hermano y el ala de la virgen Camila,
haciéndoles frente en el llano y con las diestras tendidas
ofrecen de lejos sus lanzas y hacen vibrar los dardos,
y se inflama la llegada de los hombres y el relinchar de los caballos.
Y ya, luego que estuvieron a tiro de flecha, unos y otros
se habían detenido; de pronto rompen a gritar y espolean
los fieros caballos. De todas partes salen a la vez dardos
espesos como copos de nieve que cubren el cielo con su sombra.
Al punto se atacan empujando sus lanzas enfrentadas

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Tirreno y el bravo Acónteo y provocan el choque primero
con gran estrépito y rompen y quiebran los pechos
con los pechos de sus cuadrúpedos; Acónteo, despedido
a la manera de un rayo o de la bala sacudida por la catapulta,
cae a lo lejos y esparce la vida por los aires.
Se confunden al instante los frentes y se retiran los latinos
echando hacia atrás los escudos yvuelven los caballos hacia la muralla;
empujan los troyanos y Asilas, al frente, conduce las tropas.
Y ya llegaban a las puertas y de nuevo los latinos
alzan su grito y hacen volver los blandos cuellos
y huyen los otros y retroceden largo trecho a rienda suelta.
Como el mar cuando avanzando con alterno flujo
ya rola hacia tierra y baña por encima los escollos
con su ola de espuma y llega a tragarse el final de la arena,
ya regresa raudo hacia atrás empapando al recoger las olas
las rocas y deja en la playa efímero vado:
dos veces los etruscos llevaron a los rútulos hasta la muralla;
dos veces, rechazados, miran hacia atrás guardándose las espaldas con los escudos.
Pero luego que se enfrentaron por tercera vez,
todas las líneas se enzarzaron y elige al hombre el hombre,
así que finalmente se escucha el gemir de los que mueren
y cuerpos y armas bañados en sangre y se revuelcan los caballos
sin vida entre los hombres muertos, se hace feroz el combate.
Orsíloco clavó su lanza en el caballo de Rémulo,
que miedo le daba atacarle, y dejó el hierro bajo la oreja;
enloquece el alto animal con el golpe, y, sin soportar el dolor,
se pone de patas levantando el pecho
y rueda aquél despedido por el suelo. Cátilo a Yolas
derriba y a Herminio, grande de corazón,
grande de cuerpo y de armas, cuya desnuda cabeza cubre
rubia melena; desnudos van sus hombros y no teme las heridas:
así de grado se ofrece a las armas. En su ancha espalda le vibra
la lanza arrojada y, atravesando al héroe, le dobla de dolor.
Por todas partes corre negra la sangre; siembran la ruina
con su espada peleando y buscan una hermosa muerte entre las heridas.
Entre tan gran matanza exulta la Amazona,
un pecho descubierto para el combate, Camila con su aljaba,
ybien multiplica flexibles astiles lanzándolos con la mano,
bien incansable empuña con la diestra la pesada segur;
suena el arco de oro en su hombro y las armas de Diana.
Ella asimismo, si a veces volvía la espalda rechazada,
apunta con el arco hacia atrás dardos fugitivos.
Y con ella compañeras escogidas, la virgen Larina
y Tula y Tarpeya que blande la segur de bronce,
hijas de Italia a quienes eligió como ornato propio la divina
Camila, buenas asistentes en la paz y en la guerra:
igual que las tracias Amazonas cuando recorren las riberas
del Termodonte y luchan con sus armas pintadas,
bien junto a Hipólita, bien cuando vuelve en su carro,
marcial, Pentesilea, y entre gran tumulto de alaridos
exultan los ejércitos de mujeres con sus peltas lunadas.
Virgen fiera, ¿a quién tumbas primero con tu dardo
y a quién después? ¿O cuántos cuerpos moribundos por tierra?
Euneo, en primer lugar, el hijo de Clitio; al hacerle frente
le atraviesa con una larga lanza su pecho descubierto.
Él cae vomitando ríos de sangre y muerde
cruento el polvo y rueda al morir sobre su propia herida.
Vienen después Liris y Págaso, uno mientras recoge las riendas
derribado del caballo herido y el otro
por acercarse y ofrecer al caído una diestra inerme,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

a la vez ambos caen de cabeza. Añade a éstos Amastro
Hipótades y persigue, acosándolos de lejos con su lanza,
a Téreo y a Harpálico, a Demofonte y a Cromis,
y cuantos dardos salieron volando de la mano de la virgen,
tantos guerreros frigios cayeron. Lejos cabalga con armas
desconocidas órnito, cazador en su caballo yápige,
cuyas anchas espaldas cubre una piel arrancada
a un novillo mientras combate, y la cabeza le protege la enorme
boca abierta y las mandíbulas de un lobo con sus blancos dientes,
y arma sus manos agreste maza; él se mueve
entre las tropas y saca por encima su cabeza.
Ella, sorprendiéndolo (no fue difícil al volverse la columna),
lo atraviesa, y le dice además con pecho enemigo:
«¿Creíste, tirreno, que con fieras andabas por el bosque?
El día ha llegado que conteste a vuestras palabras
con armas de mujer; sin embargo, te llevarás a los Manes
de tus padres gloria no pequeña: haber caído a manos de Camila.»
A continuación, a Orsffoco y Butes, dos grandes cuerpos
entre los teucros. A Butes, de espaldas, le clavó la lanza
entre el yelmo y la loriga por donde asoma el cuello
según ya sentado y cuelga del brazo izquierdo el escudo;
burla a Orsíloco dando en su huida una gran vuelta
y, en giro más pequeño, persigue al perseguidor.
Entonces, alzándose más, por las armas del soldado y por sus huesos
redobla la pesada segur, aunque le implora y le suplica
muchas cosas; riega lá herida su cara con el tibio cerebro.
Cayó sobre ella y, de pronto asustado por su visión, se detuvo
el hijo guerrero de Auno, habitante del Apenino,
no el último de los lígures mientras el hado mentir le dejaba.
Y él, cuando comprende que con ninguna carrera
puede escapar ni alejarse de la reina que le acosaba,
comenzando a tender sus lazos con ingenio y astucia,
dice así: «¿Qué hay de glorioso si, aunque mujer, te confías
a un valiente caballo? Deja de huir y el cuerpo a cuerpo
busca conmigo en suelo llano y combate pie a tierra.
Ya verás a quién causa daño una gloria vana.»
Dijo y entonces ella, furiosa y encendida por agrio dolor,
pasa el caballo a una compañera y se planta con armas iguales,
a pie, con la espada desnuda, valiente con su escudo sin insignias.
Mas el joven, pensando que ha salido bien su engaño, escapa volando
(sin tardanza) y se aleja fugitivo volviendo grupas
y espolea al rápido cuadrúpedo con su talón de hierro.
«Lígur embustero y en vano engreído en tu ánimo soberbio,
has intentado inútilmente, falaz, las artes patrias,
y tu truco no habrá de devolverte incólume al mentiroso Auno.»
Así dice la virgen y hecha fuego con sus rápidas plantas
adelanta corriendo al caballo y agarra de frente sus bridas,
lo asalta y toma venganza de la sangre enemiga:
con igual facilidad el gavilán, ave sagrada, de lo alto de una roca
se lanza con sus alas sobre la paloma que asoma altísima en las nubes
y la tiene agarrada y la destripa con sus curvas garras;
caen entonces del cielo la sangre y las plumas arrancadas.
Mas el sembrador de dioses y hombres no está sentado, excelso,
en el supremo Olimpo sin observar con mil ojos estas cosas.
El padre incita al etrusco Tarconte a una lucha
sin cuartel y con no blando estímulo provoca su encono.
Así que llega Tarconte a caballo entre los muertos y las tropas
que se retiran y con voces diversas instiga a las alas
llamando a cada cual por su nombre y a los rechazados devuelve al combate.
«¿Qué miedo, tirrenos que todo lo aguantáis, como siempre

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

indolentes, qué cobardía tan grande se ha colado en vuestros corazones?
¡Una mujer os pone en fuga y rompe vuestras líneas!
¿Para qué el hierro empuñamos o estos dardos inútiles?
Mas no sois perezosos para Venus y las batallas nocturnas
o cuando la curva flauta invita a las danzas de Baco.
¡Esperad las viandas y las copas de una mesa repleta
(ésa es vuestra pasión y vuestro celo) mientras anuncia el arúspice
propicio el sacrificio y una pingüe víctima os llama a los bosques profundos!»
Esto dicho, espolea él mismo su caballo hacia el centro,
dispuesto a morir, y como un torbellino se pone frente a Vénulo
y agarra con la diestra al enemigo al tiempo que lo arroja del caballo
y a galope tendido lo lleva en sus brazos con gran violencia.
Se alza al cielo el clamor y todos los latinos
volvieron a él sus ojos. Vuela fogoso Tarconte por la llanura
llevando las armas y al guerrero; entonces de la punta de la lanza del otro
arranca el hierro y busca las partes descubiertas
por donde infligir la herida mortal; él, a su vez, resistiéndose,
sujeta la diestra lejos del cuello y esquiva la fuerza con la fuerza.
Como cuando el águila leonada se lleva volando a lo alto
una serpiente y la agarró con sus patas y le clavó las garras,
mas la culebra, herida, hace girar su cuerpo sinuoso
y yergue sus escamas erizadas y silba con la boca
lanzándose hacia arriba; ella no ataca menos con su curvo
pico a la que se resiste y a la vez azota el aire con las alas.
No de otro modo saca en triunfo Tarconte su presa
de las líneas tiburtinas. En pos del éxito y el ejemplo de su jefe
atacan los meónidas. Entonces Arrunte, deuda del destino,
mejor con la jabalina y su gran pericia, a la veloz Camila
rodeó y busca por dónde probar mejor fortuna.
Allá donde en medio del combate se lanza Camila fiera,
allá acude Arrunte, y sigilosamente sigue sus pasos;
por donde, vencedora, regresa ella y se aleja del enemigo,
por ahí el joven a escondidas dirige sus rápidas riendas.
Y éstos y los otros lugares y todos sus movimientos
sigue por doquier y blande con intención aviesa su lanza certera.
Por caso Cloreo, un día sacerdote consagrado al Cíbelo,
brillaba destacado a lo lejos entre las armas frigias
y espoleaba a su espúmeo caballo a quien cubría
una piel de escamas de bronce como plumas cosida en oro.
Él también, reluciente de exótica púrpura parda,
disparaba flechas de Gortina con el arco licio;
de oro colgaba el arco de sus hombros y de oro el yelmo
del vate; había recogido además en un nudo la clámide
azafrán y los pliegues de lino, crepitantes de oro amarillo,
bordada con aguja su túnica y la bárbara ropa de las piernas.
A éste la virgen, bien por clavar en los templos armas
troyanas; bien por vestirse en sus cacerías con el oro
apresado, sólo a él de cuantos andaban enfrentados
perseguía, ciega y desprevenida a lo largo de toda la línea
ardía con un ansia de mujer por el botín y los despojos,
cuando Arrunte, por fin llegada la ocasión, desde su escondite
lanza su dardo e invoca a los dioses de esta manera:
«El mejor de los dioses, Apolo guardián del santo Soracte,
a quien veneramos los primeros y por quien alimentamos en los bosques
la llama de pino y, confiados en la piedad, entre el fuego
caminamos tus adoradores sobre muchas ascuas;
dame, padre, terminar con esta deshonra de nuestras armas,
todopoderoso. No busco el botín o el trofeo
de la virgen derrotada, ni despojo alguno; otras hazañas
me darán la fama. Que caiga derribada por la herida

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

esta peste terrible y volveré sin gloria a las ciudades de mi patria.»
Lo escuchó Febo y acordó en su corazón concederle
parte de su voto y parte dispersó en el aire volátil.
Concedió al suplicante derribar a Camila sorprendida
por repentina muerte; mas que su alta patria regresar le viera
no se lo dio, y las ráfagas se llevaron su voz a los Notos.
Así que cuando escapada de la mano silbó la lanza por las auras,
los volscos le prestaron toda su atención y todos pusieron
sus ojos en la reina. Mas nada advirtió ella
del silbido, del aire o del dardo que venía del éter,
hasta que la lanza se clavó con fuerza bajo el pecho
descubierto y en lo profundo bebió la sangre de la virgen.
Acuden presurosas sus compañeras y abrazan a su dueña
que se desploma. Arrunte huye más asustado que nadie
con una mezcla de miedo y alegría y no se atreve ya a confiar
en su lanza o a enfrentarse a los dardos de la virgen.
Y como el lobo aquel, tras matar a un pastor o a un gran novillo
y antes que le persigan los dardos enemigos, se esconde
al punto y se pierde en lo profundo del monte,
consciente de su atrevida acción, y doblando la cola
temblorosa la mete bajo el vientre y se encamina a los bosques;
no de otro modo Arrunte, raudo, se apartó de la vista
y contento con escapar se metió entre las armas.
Ella se muere e intenta arrancar el dardo con su mano, mas entre los huesos,
hasta las costillas llega en profunda herida la punta de hierro.
Se apaga exangüe, se apagan sus ojos mortalmente
helados, el color de púrpura un día abandona su cara.
Entonces así se dirige moribunda a Acca sola
de sus iguales, que era fiel más que todas a Camila
y con ella compartía las cuitas, y así le dice:
«Hasta aquí, Acca hermana mía, he podido: amarga herida me vence
ahora y todo alrededor se oscurece de tinieblas.
Escapa y lleva a Turno mis últimos recados:
que entre en combate y aleje a los troyanos de la ciudad.
Y ahora, adiós.» Con estas frases al tiempo dejaba las riendas
cayendo a tierra sin quererlo; poco a poco se fue quedando
helada por todo el cuerpo, y posó el cuello
lánguido y la cabeza vencida por la muerte, dejando las armas,
y se le escapa la vida con un gemido, doliente, a las sombras.
Entonces se alza un inmenso clamor que hiere los astros
de oro; muerta Camila se recrudece el combate,
atacan a la vez en apretada formación toda la tropa de los teucros
y los jefes etruscos y los escuadrones arcadios de Evandro.
Mas, alta, sentada está hace tiempo en la cumbre de los montes
Opis, guardiana de Trivia, y sin miedo contempla los combates.
Y en cuanto, a lo lejos, entre el clamor de jóvenes furiosos
vio a Camila abatida de triste muerte,
gimió y sacó de lo hondo del pecho estas palabras:
«¡Ay! ¡Demasiado, virgen, demasiado cruel
castigo has pagado porque osaste hostigar a los teucros!
Y no te ha valido el haber honrado a Diana a solas
entre las zarzas, ni el haber llevado al hombro nuestra aljaba.
Sin embargo, no te ha abandonado tu reina sin gloria
en esta hora final de la muerte, ni sin fama quedará tu fin
por los pueblos, ni sufrirás la infamia de no ser vengada.
Pues quienquiera que ha profanado tu cuerpo con la herida
lo pagará con merecida muerte.» Al pie de un alto monte se alzaba,
enorme, la tumba de Derceno, antiguo rey laurente,
bajo un montón de tierra cubierta por umbrosa encina;
aquí se posa primero la bellísima diosa en rauda

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

maniobra y de lo alto del túmulo vigila a Arrunte.
Cuando lo vio con las armas brillando y henchido en vano:
«¿Por qué -dice- te marchas a otra parte? Dirige aquí tus pasos,
ven a morir aquí, de modo que recibas una digna recompensa
de Camila. ¿No morirás tú por las flechas de Diana?»
Dijo y sacó veloz saeta la tracia
de la aljaba de oro y la tensó amenazante en el arco
y mucho lo dobló hasta que se tocaron
los curvos extremos y quedaban las manos a la misma altura,
la izquierda en la punta de hierro, la derecha en la cuerda y el seno.
Al punto escuchó Arrunte el estridor del dardo, y, a la vez,
el aire silbando, y se clavó el hierro en su cuerpo.
De él, moribundo y suspirando por última vez, se olvidaron
los compañeros y lo dejaron en el ignoto polvo de los campos.
Opis se deja llevar por sus alas al etéreo Olimpo.
Al perder a su reina, huye el primero el escuadrón ligero de Camila,
asustados huyen los rútulos, huye el bravo Atinas
y los dispersos caudillos y los manípulos abandonados
buscan lo seguro, y, retirándose, huyen a caballo a las murallas.
Y nadie hay ya capaz de enfrentarse a los teucros que acosan
y les llevan la muerte, con flechas o cuerpo a cuerpo;
llevan en los lánguidos hombros arcos flojos,
y el casco de los cuadrúpedos bate a la carrera el llano polvoriento.
Llega a los muros una negra nube de polvo
removido y desde las torres las madres se golpean el pecho
y lanzan a los astros del cielo un clamor de mujeres.
Quienes, corriendo, irrumpieron los primeros por las puertas abiertas,
a ésos les acosa la turba enemiga en formación confusa
y no escapan de una muerte desgraciada, y en el mismo umbral,
en las murallas de la patria junto al refugio de sus casas,
entregan la vida, acribillados. Otros cerraron las puertas
y no se atreven a abrir paso a sus amigos ni en las murallas
a recibir a los que suplicaban, y se produce penosísima matanza
de quienes defendían con armas los accesos y quienes contra las armas se lanzaban.
Rechazados ante los propios ojos de sus padres llenos de lágrimas,
caen unos rodando de cabeza en los fosos empujados
por la aglomeración; otros, ciegos, a galope tendido
se lanzan contra las puertas y los duros postes atrancados.
Las propias madres en desesperado intento desde los muros
(así se lo señala el verdadero amor a la patria, al ver a Camila)
arrojan temblando dardos con sus manos y remedan el hierro
con troncos de dura madera y palos afilados al fuego
y se arrojan, y arden por ser las primeras en morir por su muralla.
Entretanto la crudelísima noticia alcanza a Turno
en los bosques y refiere Acca al joven el enorme desastre:
deshechas las tropas de los volscos, muerta Camila,
los enemigos se les echaban encima y con la ayuda de Marte
con todo acababan y llevaban ya el miedo a las murallas.
Él, fuera de sí (y así lo demanda la voluntad cruel de Júpiter),
abandona el asedio de los montes, deja los ásperos bosques.
Apenas había salido de su atalaya y ocupaba la llanura,
cuando el padre Eneas entró en los desfiladeros libres
y franquea las alturas y sale de la umbrosa selva.
Ambos, así, se dirigen rápidamente a los muros
con todo su ejército y no se llevan mucha ventaja;
y a la vez Eneas vio a lo lejos el hervor
del polvo de los campos y el ejército laurente,
y al terrible Eneas reconoció Turno entre sus armas
y escuchó el ruido de los pasos y el relinchar de los caballos.
Y al punto entraran en combate e intentaran la lucha,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

si no bañase ya el purpúreo Febo sus cansados caballos
en el agua de Hiberia, y, al pasar el día, trajese la noche.
Plantan ante la ciudad sus campamentos y atrincheran las murallas.

LIBRO XII

Turno, aun cuando ve que ceden los latinos quebrantados
por un Marte adverso, que se le exigen ahora las promesas,
que a él se dirigen todos los ojos, arde implacable aún más
y levanta su ánimo. Como el león aquel en los campos de Cartago
que, tocado en el pecho por una grave herida de los cazadores,
lanza entonces sus armas al ataque y se goza sacudiendo
la abultada melena en su cerviz e impávido quiebra
el dardo clavado del mercenario y ruge con la boca ensangrentada.
No de otro modo crece la violencia en el fogoso Turno.
Se dirige entonces así al rey y comienza sombrío de esta manera:
«No hay duda ninguna en Turno, ni razón para que los Enéadas
cobardes retiren su desafío o rechacen lo pactado.
Parto para el combate. Cumple el rito, padre, y prepara la tregua.
O con esta diestra mía enviaré al Tártaro al dardanio
desertor de Asia (que se sienten y lo vean los latinos)
y yo solo responderé con mi espada a la común ofensa,
o que nos someta a su poder y reciba a Lavinia por esposa.»
A él le respondió Latino con ánimo sosegado:
«Oh, joven de valeroso corazón, cuanto tú destacas
por tu fiereza, tanto más justo es que yo
delibere y sopese, prudente, todas las salidas.
Tienes los reinos de tu padre Dauno, tienes muchas ciudades
tomadas por la fuerza y tiene además Latino oro y coraje;
hay en el Lacio otras muchas sin casar y en los campos laurentes,
que no desmerecen por su linaje. Deja que cosas no fáciles de decir
descubra sin engaños y graba ala vez esto en tu corazón:
no me estaba permitido unir a mi hija con ninguno de los antiguos
pretendientes, y así lo anunciaban todos los dioses y los hombres.
Vencido por tu amor, vencido por la sangre emparentada
y por las lágrimas de mi afligida esposa, rompí todos los vínculos;
dejé a mi yerno sin su prometida, empuñé armas impías.
Ves por ello, Turno, qué azares a mí me persiguen
y qué guerras, cuántas fatigas eres el primero en sufrir.
Dos veces vencidos en un gran combate, defendemos apenas en la ciudad
las esperanzas ítalas; se calientan de nuevo las aguas del Tíber
con nuestra sangre y blanquean de huesos las grandes llanuras.
¿A dónde me dejo llevar una y otra vez? ¿Qué locura me hace cambiar de idea?
Si, desaparecido Turno, dispuesto estoy a aceptarlos por aliados,
¿por qué no evito mejor el combate cuando aún vive?
¿Qué dirán mis parientes rútulos, qué el resto
de Italia si a la muerte (¡la fortuna desmienta mis palabras!)
te entrego, pretendiente de mi hija y de nuestra boda?
Estudia las alternativas de la guerra, ten piedad de tu anciano
padre a quien hoy, afligido, separa de ti la lejana
patria Árdea.» En modo alguno se abate la violencia de Turno
con estas palabras; aumenta más aún y se agrava con la medicina.
En cuanto pudo hablar, insistió de esta manera:
«Todo ese afán de protegerme, te suplico, óptimo padre, ese afán
depón y déjame sufrir la muerte a cambio de la gloria.
También nosotros, oh padre, dardos y hierro no flojo lanzamos
con la diestra, y de sus heridas mana igualmente la sangre.
Él tendrá lejos a su divina madre, sin que cubrir pueda
su huida con nube mujeril y ocultarse en sombras vanas.»

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Mas la reina, asustada de la nueva suerte del combate,
lloraba y dispuesta a morir sujetaba al yerno ardiente:
«Turno, yo a ti por estas lágrimas, por el nombre de Amata
si es que te importa algo. Tú eres ahora su única esperanza,
tú el descanso de su mísera vejez, en tus manos la honra y el poder
de Latino, en ti se apoya toda mi casa vacilante.
Esto sólo te pido: no acudas al combate con los teucros.
Sea cual sea el resultado que te aguarda en ese duelo,
también a mí, Turno, me aguarda; al tiempo dejaré
esta odiada luz y no veré, cautiva, a Eneas de yerno.»
Escuchó Lavinia las palabras de su madre entre lágrimas
que regaban sus mejillas encendidas; un intenso rubor
las hizo arder y corrió por su rostro caliente.
Como si alguno mancha con púrpura de sangre
el marfil de la India o como enrojecen los blancos lirios
al mezclarse con muchas rosas, tal color presentaba el rostro de la muchacha.
A él lo turba el amor y clava su mirada en la muchacha;
arde más por las armas y con pocas palabras dice a Amata:
«No, te ruego, no me persigas con lágrimas ni con agüero
tan fatal cuando me lanzo al encuentro del duro Marte,
madre mía; pues Turno no puede demorar libremente su muerte.
Tú, Idmón, sé mi mensajero y lleva al tirano frigio estas
palabras mías que no han de placerle. Llevada en sus ruedas de púrpura
en cuanto enrojezca en el cielo la Aurora de mañana,
que no lleve a los teucros contra los rútulos; descansen las armas de rútulos
y teucros, decidamos esta guerra con nuestra sangre
y conquiste a su esposa Lavinia en aquel llano.»
Luego que dijo esto y rápido se retiró a su tienda,
pide sus caballos y goza viéndolos relinchar ante él;
la propia Oritía los entregó como premio a Pilumno
y ganaban a la nieve en blancura y en rapidez al viento.
Los rodean sus atentos aurigas y con la palma de la mano
acarician y palmean sus pechos y les peinan las crines del cuello.
Él mismo después rodea sus hombros con la loriga
rígida de oro y blanco oricalco y a la vez coloca en su sitio
la espada y el escudo y las puntas de su roja cresta,
la espada que el mismo dios señor del fuego había forjado
para su padre Dauno metiéndola al rojo en las aguas estigias.
Luego, ase con fuerza la pesada lanza que se alzaba
apoyada a una columna en el centro de la sala,
despojo del aurunco Áctor, y blandiéndola la hace vibrar
al tiempo que grita: «Ahora, lanza mía que nunca has defraudado
mis ruegos, ahora es el momento; antes el grandísimo Áctor
y ahora te lleva de Turno la diestra; concédeme abatir su cuerpo
y arrancar y destrozar con fuerte mano la loriga
del frigio afeminado y manchar en el polvo sus cabellos
rizados con el hierro caliente y empapados de mirra.»
Con tal furia se agita y de toda la cara le saltan
chispas encendidas, brilla el fuego en sus ojos salvajes,
como lanza el toro al inicio de la lucha mugidos
terribles o trata de llevar la ira a sus cuernos
sacudiendo el tronco de un árbol y a los vientos desafía
con sus embestidas o se prepara para pelear barriendo la arena.
Entretanto no menos terrible con las armas de su madre
aguza Eneas su Marte y se inflama de ira,
satisfecho de dirimir la guerra con el pacto propuesto.
Conforta entonces a sus compañeros y el miedo del afligido Julo
haciéndoles ver el destino, y ordena llevar respuesta cierta
al rey Latino y que los mensajeros le presenten condiciones de paz.
Nació el día siguiente y apenas regaba con su luz

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

las cumbres de los montes, cuando primero se alzan del profundo abismo
los caballos del Sol y luz respiran por las narices abiertas.
Bajo las murallas de la gran ciudad midiendo el campo
para el duelo los rútulos y los hombres de Troya disponían
hogares en el centro, y para los dioses comunes altares
de hierba. Otros portaban agua y fuego cubiertos con la falda
de franjas de púrpura y ceñidas las sienes de verbena.
Avanza la legión de los ausónidas y a puertas llenas
se derraman los escuadrones armados. Acude luego todo
el ejército troyano y el tirreno con armas diversas,
cubiertos de hierro no de otro modo que si les convocase
la fiera cita de Marte. Y entre tantos miles dan vueltas
los propios caudillos, soberbios de púrpura y oro:
Mnesteo del linaje de Asáraco y el fuerte Asilas
y Mesapo domador de caballos, prole de Neptuno.
Y cuando, al darse la señal, cada cual ocupó su sitio,
clavan en tierra las lanzas y apoyan los escudos.
Entonces acudieron con ansia las madres y el pueblo inerme
y los ancianos sin fuerzas ocuparon las torres y las azoteas
de las casas; otros se colocan en lo alto de las puertas.
Mas Juno (¡ay!) desde lo alto de un monte (que hoy Albano
se llama: no tenía entonces ni nombre, ni culto, ni fama)
vigilaba observando la llanura y ambas
líneas de laurentes y troyanos y la ciudad de Latino.
Al punto así habló a la hermana de Turno,
una diosa a otra diosa, que preside los pantanos y los ríos
sonoros (a ella Júpiter, el alto rey del éter,
le concedió este honor al arrancarle la virginidad):
«Ninfa, gloria de los ríos, gratísima a nuestro corazón,
sabes cómo a ti sola entre todas las latinas cuantas
subieron al ingrato lecho del generoso Júpiter
te he preferido y te he dado con gusto un lugar en el cielo.
Aprende, Yuturna, y no me acuses, tu propio dolor.
Hasta donde Fortuna parecía consentir y las Parcas dejaban
que las cosas fueran bien para el Lacio, he protegido a Turno y tus murallas.
Ahora veo que el joven se enfrenta a hados desiguales
y se acerca el día de las Parcas y la fuerza enemiga.
No puedo contemplar este duelo con mis ojos, ni el pacto.
Tú, si te atreves a algo más eficaz por tu hermano,
adelante, puedes hacerlo. Quizá días mejores aguardan a los desgraciados.»
Apenas acabó cuando Yuturna se deshizo en lágrimas
y tres y cuatro veces golpeó su hermoso pecho con la mano.
«No es hora ésta de lágrimas -dice Juno Saturnia-.
Date prisa y, si hay algún medio, salva a tu hermano de la muerte;
o provoca tú misma la guerra y rompe el pacto conseguido.
Inspiro yo tu atrevimiento.» Exhortándola así la deja
indecisa y con el ánimo turbado por triste herida.
Llegan entretanto los reyes y Latino sobre su carro
de cuatro caballos impresionante (le ciñen
las sienes brillantes doce rayos de oro,
emblema del Sol, su abuelo), va Turno sobre su biga blanca,
agitando con la mano dos astiles de ancho hierro.
Luego el padre Eneas, origen de la estirpe romana,
ardiente con su escudo de estrellas y sus armas celestes
y Ascanio a su lado, segunda esperanza de la gran Roma,
salen del campamento, y el sacerdote vestido de blanco puro
llevó una cría de la erizada cerda y una oveja
intonsa y acercó los animales a los altares encendidos.
Aquéllos, con los ojos vueltos hacia el sol naciente,
ofrecen harina salada con las manos y marcan con el hierro

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

las sienes de los animales, y liban con las páteras los altares.
Entonces Eneas piadoso reza de este modo con la espada enhiesta:
«Sé ahora, Sol, mi testigo en esta invocación junto con la tierra
por la que soportar he podido tantas fatigas,
y el padre todopoderoso y tú, su Saturnia esposa
(más favorable ya por fin, te suplico), y tú, ínclito Marte,
que toda guerra pliegas, padre, a tu voluntad;
a las fuentes y a los ríos invoco y a todas las divinidades
del alto éter y a todos los poderes divinos del mar cerúleo:
si acaso la victoria cae del lado del ausonio Turno,
acordado queda que los vencidos se retiren a la ciudad de Evandro,
Julo dejará los campos y nunca más empuñarán sus armas,
rebeldes, los Enéadas ni desafiarán a estos reinos con la espada.
Si, por el contrario, sonríe la Victoria a nuestro Marte
(como creo mejor y mejor con su numen lo confirmen los dioses),
no haré yo que los ítalos obedezcan a los teucros
ni pido el reino para mí: ambos pueblos, invictos,
se pongan bajo leyes iguales en eterno pacto.
Ritos y dioses les daré; tenga sus armas Latino, mi suegro,
y su dominio soberano mi suegro: para mí levantarán
los teucros murallas y Lavinia dará su nombre a la ciudad.»
Así Eneas el primero, así le sigue después Latino
mirando hacia el cielo y tiende su diestra a las estrellas:
«Yo por lo mismo juro, Eneas, por la tierra, el mar, las estrellas
y la doble estirpe de Latona y Jano bifronte,
y el poder de los dioses infernales y los sagrarios del severo Dite;
escuche esto el padre que con su rayo sanciona los pactos.
Toco los altares y llamo entre vosotros por testigos a fuegos y dioses:
ningún día habrá de romper a los ítalos esta paz y este pacto,
salgan como salgan las cosas; ni a mí, que así lo quiero, me moverá
fuerza alguna, no, aunque por medio de un diluvio pueda
confundir la tierra con las aguas y hacer que caiga el cielo hasta el Tártaro,
igual que este cetro (pues por caso llevaba el cetro en la diestra)
nunca echará ramas de leve fronda ni sombras,
puesto que fue arrancado un día en las selvas desde la raíz
y carece de madre y perdió por el hierro su cabello y sus brazos;
árbol un tiempo, hoy la mano del orfebre lo encerró entre adornos
de bronce y lo entregó a los padres latinos para que lo llevasen.»
Con tales palabras confirmaban entre ellos su pacto
ante la general contemplación de los próceres. Luego, según el rito
consagradas degüellan ante el fuego las víctimas y vivas les arrancan
las vísceras, y colman los altares de fuentes rebosantes.
Pero a los rútulos ese duelo desigual les parecía
ya y sentimientos diversos se mezclaban en sus pechos,
y más aún cuando les ven llegar no iguales en fuerzas.
A ello contribuye el caminar con paso callado de Turno
venerando suplicante el altar con los ojos bajos,
así como sus juveniles mejillas yla palidez del cuerpo del joven.
En cuanto su hermana Yuturna vio que se extendían
los murmullos y que cambiaba el lábil parecer del pueblo.
entre los soldados simulando el aspecto de Camerte,
que desde los antepasados tenía una estirpe gloriosa y era famoso
el renombre del valor de su padre, valerosísimo él también con las armas,
se mete entre los soldados, sabedora de las condiciones,
y siembra rumores diversos, y dice de este modo:
«¿No os da vergüenza, rútulos, ofrecer una sola vida
a cambio de tantas tan valiosas? ¿Es que no somos iguales
en número o fuerzas? Vaya, no son más que arcadios y troyanos
y el escuadrón del destino, la Etruria hostil a Turno:
apenas tenemos enemigos, si combatimos uno a uno.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Él en verdad seguirá a los dioses, ante cuyós altares
se ofrece, en fama, y vivo andará de boca en boca;
nosotros perderemos la patria y a obedecer a amos orgullosos
nos veremos obligados, ya que ahora nos sentamos tranquilos por los campos.»
Se encendió la opinión de los jóvenes con tales palabras
más y más aún y serpea la agitación entre los soldados;
los mismos laurentes cambiaron y los mismos latinos.
Quienes ya ansiaban el descanso en el combate y de la patria
la salvación quieren ahora armas, y piden que se rompa
el pacto y lamentan la inicua suerte de Turno.
Otra cosa aún mayor añade a esto Yuturna, y envía
del alto cielo una señal, la más eficaz en turbar
el corazón de los ítalos y en engañarles con su visión.
Pues surcando el rojo cielo, el águila leonada de Jove
perseguía a las aves de la ribera y a la ruidosa turba
del alígero ejército, cuando, de pronto, cae hasta las olas
y se lleva feroz en sus garras un bellísimo cisne.
Concentraron su atención los ítalos, y todos los pájaros
abandonan entre graznidos su huida (asombrosa visión)
y oscurecen el éter con sus alas y acosan por las auras
a su enemigo formando una nube, hasta que se rindió vencida
por la fuerza y el peso de la carga y dejó escapar el águila la presa
de sus garras al río y a lo lejos se perdió entre las nubes.
Saludan entonces los rútulos con gritos el augurio
y aprestan sus brazos y el primero el augur Tolumnio
dice: «Esto era, esto, lo que yo tantas veces he pedido.
Siento y reconozco a los dioses; bajo mi guía, desgraciados,
corred alas armas, que un extranjero feroz con la guerra
os espanta como a débiles aves, y por la fuerza arrasa
vuestras costas. Escapará él también y llevará sus velas
bien lejos. Vosotros, cerrad filas como un solo hombre
y defended peleando al rey que se os ha arrebatado.»
Dijo, y abalanzándose disparó su dardo contra los enemigos
que tenía enfrente; lanza el cornejo su estridente silbido
y corta certero el aire. Al punto sigue a esto un gran clamor,
y todas las filas se agitaron y se inflamaron los corazones con el tumulto.
Enfrente justo se encontraban los bellísimos cuerpos
de nueve hermanos, tantos cuantos leal esposa
tirrena diera, ella sola, al arcadio Galipo. Vuela la lanza
y atraviesa a uno de ellos por donde se pega al vientre
el cosido cinturón y muerde la fíbula las correas del costado,
al joven de hermosa figura y relucientes armas
le traspasa las costillas y lo tumba en la rubia arena.
Y sus hermanos, falange ya animosa ahora de dolor inflamada,
empuñan unos las espadas y otros el hierro volador
arrebatan y ciegos se lanzan. Acuden a su encuentro
las tropas de laurentes y en seguida se desbordan apretados
los troyanos y los agilinos y los arcadios de pintadas armas;
así, igual ansia se apodera de todos por decidir con el hierro.
Saquearon los altares, vuela por todo el cielo agitada
tempestad de dardos y estalla una tormenta de hierro,
retiran las crateras y los fuegos. Huye el propio Latino
llevándose de nuevo los dioses ofendidos por la ruptura del pacto.
Preparan otros los carros o ponen sus cuerpos de un salto
sobre los caballos y aparecen con las espadas enhiestas.
Mesapo, ansioso por desbaratar el pacto, al rey tirreno
Aulestes, que portaba su insignia de rey,
aterra enfrentándosele a caballo; cae éste al retirarse
y rueda, desgraciado, de cabeza y hombros con las aras
que tenía a la espalda. Mas enardecido vuela hasta él con su lanza

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Mesapo y con ella, como una viga, lo hiere gravemente
desde lo alto del caballo, aunque mucho suplicaba, y así dice:
« ¡Ya lo tiene! Es ésta la mejor víctima ofrecida a los grandes dioses.»
Acuden los ítalos y despojan los miembros calientes.
Al ataque, arranca Corineo del ara un tizón quemado
y a Ebiso que corría preparando su golpe
le llena la cara de llamas: prendió su barba enorme
y olió al arder. Le sigue aún aquél
y agarra con la izquierda la cabellera del turbado enemigo
y le hace morder el polvo poniéndole encuna la rodilla;
de esta guisa hiere con la rígida espada el costado. Podalirio a Also,
un pastor que irrumpía en primera fila entre los dardos,
persiguiéndole le da alcance con la espada desnuda. Mas él, blandiendo
la segur, abre por la mitad la frente y el mentón del adversario
y riega en gran extensión las armas con la sangre esparcida.
Un duro descanso cayó sobre sus ojos y un sueño
de hierro, se oculta su luz para una noche eterna.
El piadoso Eneas, por su parte, tendía su diestra inerme
con la cabeza descubierta y llamaba a gritos a los suyos:
«¿A dónde corréis? ¿De dónde nace esta repentina discordia? ¡
Reprimid, ay, vuestra ira! Acordado está ya el pacto
y fijadas todas sus leyes. Mío sólo es el derecho a combatir,
dejadme y alejad el miedo. Yo firmaré pactos
firmes con mi mano; estas víctimas me deben ya a Turno.»
En medio de estas palabras, entre razones tales,
he aquí que hasta el héroe se escapó una flecha de alas estridentes
sin que se sepa qué mano la lanzó, con qué impulso voló,
quién brindó a los rútulos, si un dios o el azar,
gloria tan grande; en secreto quedó la fama de la hazaña
y nadie se jactó de la herida de Eneas.
Turno, al ver que Eneas se retiraba de la formación
y a sus jefes turbados, arde inflamado por súbita esperanza;
reclama sus caballos y a la vez las armas, y sube orgulloso
de un salto al carro y sacude con las manos las riendas.
Pensando en muchas cosas entrega a la muerte a valientes guerreros.
Arrolla a muchos, medio muertos: o devora las filas
con su carro o arroja a los que huyen lanzas robadas.
Cual sanguinario Marte cuando junto a las aguas
del gélido Hebro, agitado, golpea su escudo y los salvajes
caballos lanza al galope, a guerra tocando, y ellos a campo abierto
vuelan más que los Notos y el Céfiro, gimen los confines
de Tracia bajo el golpe de sus cascos y alrededor se agitan
los fantasmas del negro Terror, de la Ira y la Insidia, séquito del dios:
así azuza Turno, impetuoso, en medio del combate
sus caballos humeantes de sudor, saltando sobre los enemigos
muertos sin piedad; el rápido casco salpica rocíos
de sangre y pisa una arena ensangrentada.
Y entregó ya a la muerte a Esténelo y a Támiro y a Folo,
a éste de cerca y a éste, al otro de lejos; de lejos a ambos
Imbrásidas, a Glauco y a Lades, a los que Ímbraso mismo
había criado en Licia y había adornado con armas iguales
para llegar a las manos o para ganar a caballo a los vientos.
En parte distinta se mete en el centro del combate Eumedes,
prole preclara en la guerra del antiguo Dolón
que llevaba al abuelo en el nombre y al padre en el arrojo y las manos;
éste un día como llegara a espiar al campamento de los dánaos,
osó reclamar para sí en recompensa el carro del Pelida,
y le pagó el Tidida con premio bien distinto
por tal hazaña y no aspira ya a los caballos de Aquiles.
Cuando Turno lo divisó a lo lejos en campo abierto,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

persiguiéndole antes con la lanza ligera largo trecho,
detiene su pareja de caballos y salta del carro y se lanza
sobre él, caído ya sin aliento, y pisándole el cuello con el pie
le arranca la espada de la diestra y le clava su brillo
hasta el fondo en la garganta y añade además:
«¡Aquí tienes, troyano, los campos y la Hesperia que buscaste
con la guerra! ¡Mídelos con tu cuerpo! Estos premios reciben
quienes osan probarme con la espada. Así levantan sus murallas.»
Con la punta de su lanza hace que le acompañe Asbistes,
y Clóreo y Síbaris y Dares y Tersíloco
y, resbalando del lomo de su caballo montaraz, Timetes.
Y como el aliento del Bóreas edonio cuando silba
en lo profundo del Egeo y persigue a las olas hasta la playa;
por donde cayeron los vientos se escapan las nubes al cielo:
así ante Turno, allí donde se abre camino, ceden los escuadrones,
corren revueltas las filas; su propio ímpetu lo lleva
y al correr del carro agita la brisa su penacho volador.
No aguantó Fegeo sus amenazas ni el rugir de su ánimo
y se lanzó contra el carro y torció con la diestra los hocicos
espumantes por los frenos de los caballos lanzados al galope.
Mientras lo arrastran y cuelga del yugo, indefenso, lo alcanza
una ancha lanza que se clava y desgarra la loriga
de doble malla y llega a probar el cuerpo con una herida.
Él, sin embargo, iba vuelto hacia el enemigo cubierto
con su escudo y trata de defenderse sacando la espada
cuando una rueda y el eje lanzado a la carrera lo empujaron
y lo lanzaron de cabeza al suelo y Turno, alcanzándole
entre el final del casco y el borde superior de la coraza,
la cabeza le quitó con la espada y dejó su tronco en la arena.
Y mientras, vencedor, tanta muerte causa Turno por los campos,
Mnesteo entretanto y el fiel Acates y Ascanio
con ellos se llevaron al campamento ensangrentado a Eneas,
que cada dos pasos se apoyaba en su larga lanza.
Su enfurece y se empeña en arrancar el dardo
de la caña quebrada y pide como remedio el camino más rápido,
que corten la herida con la hoja de la espada y abran del todo
el escondite de la flecha y lo manden de nuevo al combate.
Y estaba ya a su lado aquel que Febo amaba más que a los demás,
el Yásida Yápige, a quien un día, cautivo de violento amor,
Apolo mismo, satisfecho, sus propias artes y sus atributos
le ofrecía, el augurio, la cítara y las rápidas flechas.
Él, para prolongar la vida del padre moribundo,
prefirió conocer los poderes de las hierbas y su uso
para curar y practicar sin gloria un arte callado.
Estaba Eneas de pie gritando amargamente apoyado en enorme
lanza, en presencia de muchos jóvenes y de Julo
afligido, inmóvil a las lágrimas. El viejo, ceñido,
con el manto recogido a la manera peonia,
con el poder de su mano y la fuerza de las hierbas de Febo
mucho se afana en vano, en vano mueve el dardo
con la diestra y agarra el hierro con tenaz pinza.
Ninguna Fortuna gobierna su camino, en nada le asiste Apolo
su protector y un cruel espanto se hace más y más intenso
en la llanura y más se acerca la desgracia. Ya ven que se forma
en el cielo una nube de polvo: están llegando los jinetes y una lluvia de dardos
cae en el corazón del campamento. Sube al éter un triste clamor
de jóvenes combatientes que caen bajo un Marte severo.
Venus entonces, conmovida como madre por el indigno dolor
de su hijo, recoge el díctamo en el Ida cretense,
el tallo de hojas rugosas que en una flor acaba

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

de púrpura; no desconocen esta hierba las cabras
agrestes cuando se clavan en su lomo las flechas voladoras.
Venus, con la figura escondida en una oscura nube,
lo trajo y con él tiñe el agua vertida en un brillante
cuenco, curando en secreto, y la riega con los jugos
de la salutífera ambrosía y con la pánace olorosa.
Fomenta con este brebaje la herida el longevo Yápige,
sin saberlo, y de pronto escapa de su cuerpo
todo dolor, dejó de manar sangre la herida profunda.
Y salió al fin la flecha siguiendo sin que nadie la forzase
la mano y volvieron de nuevo a su sitio las antiguas fuerzas.
«Rápido, las armas del héroe. ¿Por qué estáis parados?» exclama
Yápige y enciende el primero los ánimos contra el enemigo.
«No salen estas cosas de humanos recursos ni de un arte
magistral, y no es mía, Eneas, la mano que te cura.
Alguien mayor lo hace y un dios, de nuevo, te envía a empresas mayores.»
Él, ávido de combate, había encerrado en oro sus piernas
por una y otra parte, y detesta el retraso y vibra su lanza.
Luego que ajusta el escudo al costado y la loriga a la espalda,
abraza a Ascanio rodeado por completo de armas
y besándole suavemente a través del yelmo, le dice:
«Aprende de mí, muchacho, el valor y el esfuerzo verdadero,
y de otros la fortuna. Ahora mi diestra te dará
protección en la guerra y te conducirá entre grandes trofeos.
Tú, en cuanto haya madurado tu edad, procura
recordarlo y, repitiéndote en el corazón los ejemplos de los tuyos,
te inciten tu padre Eneas y Héctor, tu tío.»
Después de pronunciar estas palabras, se lanzó enorme por la puerta
blandiendo en su mano pesada lanza; a la vez en apretadas filas
corren Anteo y Mnesteo y toda la turba sale
del campamento abandonado. Se cubre entonces el llano
de un polvo cegador y tiembla la tierra sacudida por sus pasos.
Los vio Turno llegar desde el opuesto terraplén,
lo vieron los ausonios y corrió por dentro de sus huesos
helado temblor; antes que ninguno de los latinos Yuturna
escuchó y reconoció el alboroto y huyó despavorida.
Vuela Eneas y arrastra negra columna en campo abierto.
Cual la nube cuando, desatada la tormenta, avanza
por el mar hacia tierra (los corazones, ay, de los desgraciados campesinos
lo presienten de lejos y se estremecen: abatirá sus árboles
y arrasará sus sembrados, todo arramblará en gran extensión);
vuelan por delante y llevan su bramido a la playa los vientos.
Tal conduce su ejército el caudillo reteo
contra el enemigo y todos se agrupan en apretadas
cuñas. Hiere Timbreo con la espada al grande Osiris,
Mnesteo mata a Arcetio y a Epulón Acates
y a Ufente Gías; cae también Tolumnio el augur,
el primero que lanzara su dardo contra los enemigos.
Álzase el clamor hasta el cielo y a su vez rechazados
por los campos los rútulos dan la espalda en polvorienta fuga,
y Eneas no se digna en abatir de muerte a los que huyen
ni a quienes le hacen frente a pie firme ataca ni a los que lanzan
sus dardos: dando vueltas por la densa calígine
busca sólo a Turno, sólo a él le exige el duelo.
Agitada por esta inquietud en su corazón, la virago Yuturna
a Metisco, el auriga de Turno, en medio de sus riendas,
lo lanza fuera, y apartado del timón lo deja lejos;
se pone ella misma y lleva en sus manos las ondulantes correas
todo simulando, la voz, el cuerpo y las armas de Metisco.
Como cuando por las grandes salas de un rico señor

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

vuela y con sus alas recorre los patios profundos la negra golondrina,
capturando pequeñas presas y alimento para los gárrulos nidos,
y ya por los pórticos vacíos, ya alrededor de los estanques
húmedos suena: así Yuturna entre los enemigos
avanza con sus caballos y a todo se enfrenta volando en el rápido carro
y aquí y allá deja ver a su hermano en triunfo
sin permitirle combatir, y vuela lejos sin rumbo definido.
Eneas, no menos, recorre en su persecución las torcidas vueltas
y persigue al héroe y entre las formaciones deshechas con gran
voz le llama. Cuantas veces echó la vista al enemigo
e intentó a la carrera la fuga de los alados caballos,
tantas veces Yuturna dio la vuelta y cambió la dirección del carro.
¡Ay! ¿Qué puede hacer? En vano fluctúa en olas cambiantes
y diversos afanes su atención reclaman a partes distintas.
Y así Mesapo, veloz en la carrera, que en la izquierda
llevaba por caso dos pesadas lanzas de punta de hierro,
blandiendo una de ellas se la arrojó con golpe certero.
Se detuvo Eneas, y, poniéndose de rodillas,
se protegió con sus armas; mas la lanza veloz aún le arrancó
la punta del yelmo y lo dejó sin los penachos más altos.
Crecen entonces las iras y, empujado por las trampas
cuando advirtió que se alejaban los caballos y se llevaban el carro,
invocando profundamente a Júpiter y las aras del pacto violado,
se lanza ya por fin al centro y con Marte propicio
provoca terrible espantosa matanza sin distinción
alguna y libera todas las riendas de su enojo.
¿Qué dios podrá ahora explicarme con versos tanta desgracia?
¿Quién las diversas matanzas y la muerte de los jefes a quienes por uno
y otro lado en toda la llanura persigue ya Turno, ya el héroe
troyano? ¿Te plugo que se enfrentaran con tan gran tumulto,
Júpiter, pueblos que debían vivir bajo una paz eterna?
Eneas al rútulo Sucrón (primer encuentro que detuvo
en su lugar a los teucros que huían) sin gran resistencia
lo ataca de costado, y, por donde más veloces son los hados, la espada
cruel le traspasó las costillas y la reja del pecho.
Turno a Amico, caído del caballo, y a su hermano Diores,
haciéndoles frente a pie, a uno según venía con la larga punta
y al otro con la espada les hiere, y cuelga del carro
las dos cabezas cortadas y las lleva chorreando sangre.
Eneas envía a la muerte á Talos y Tanais y al fuerte Cetego
los tres en un solo encuentro, y al triste Onites,
nombre equionio, del linaje de su madre Peridía.
El otro a los hermanos llegados de Licia y de los campos de Apolo
y a Menetes, el joven que en vano odió las guerras,
arcadio, que tenía su trabajo junto a las aguas de Lerna
rica en peces y su humilde morada sin conocer los deberes
de los poderosos, y sembraba su padre una tierra arrendada.
Y como fuegos encendidos por partes diversas
en una selva árida o en crepitantes ramas de laurel,
o cuando en rápida carrera de lo alto de los montes
caen resonando espúmeos torrentes y corren al mar
y arrasa cada uno su camino: así de impetuosos
ambos, Turno y Eneas, se lanzan al combate; ya, ya
arde la ira por dentro y estallan los pechos que no conocen
la derrota, ya se busca la herida con todas las fuerzas.
Éste a Murrano, orgulloso de sus mayores y de los nombres
antiguos de sus abuelos y de su estirpe, que toda bajaba de los reyes latinos,
lo lanza de cabeza con una piedra y el torbellino
de una enorme roca y lo tumba en el suelo; lo arrollaron las ruedas
entre los yugos y las correas, y con repetida pisada le golpea

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

encima el casco veloz de los caballos, olvidados de su dueño.
El otro sale al encuentro de Hilo que se le echaba encima
gritando a grandes voces y apunta su tiro a las sienes doradas;
la lanza se le quedó clavada en el cerebro a través del casco.
Y a ti tampoco, Créteo, el más valiente de los griegos, tu diestra
te libró de Turno, ni protegieron sus dioses a Cupenco
de la llegada de Eneas; colocó su pecho en el camino
de hierro y de nada le valió al pobre su escudo de bronce.
A ti también, Éolo, te vieron las llanuras laurentes
sucumbir y cubrir mucho suelo con tu espalda.
Caes, y no pudieron las falanges argivas tumbarte
ni el que acabó con los reinos de Príamo, Aquiles;
aquí estaba la meta de tu muerte: tu alta casa al pie del Ida,
de Lirneso tu alta casa, en el suelo laurente tu sepulcro.
Todas las líneas se enfrentaron ya y todos los latinos,
todos los Dardánidas, Mnesteo y el fiero Seresto
y Mesapo domador de caballos y el fuerte Asilas
y la falange de los etruscos y los escuadrones arcadios de Evandro;
se empeñan por sí cada uno los soldados en el supremo esfuerzo,
sin dilación ni reposo contienden en vasto combate.
   En este punto su bellísima madre inspiró a Eneas el pensamiento
de ir hacia los muros y dirigir a la ciudad su ejército
con rapidez y golpear a los latinos con repentina derrota.
Él según va siguiendo a Turno entre tropas diversas
aquí y allá dando vueltas al campo, ve la ciudad
inmune ante guerra tan grande e impunemente tranquila.
Al momento le encendió la imagen de una guerra mayor:
llama a Mnesteo y a Sergesto y al fiero Seresto,
sus jefes, y toma un altozano a donde acude el resto
de la legión de los teucros, codo con codo, sin deponer las armas
ni los escudos. De pie en el centro, en lo alto del montículo habla:
«No haya retraso alguno tras mis palabras, Júpiter está de nuestro lado:
así que nadie me vaya más lento por lo repentino de la acción.
Hoy la ciudad causa de la guerra, corazón del reino de Latino,
a menos que acepten recibir el yugo y someterse vencidos,
la voy a destruir y pondré a ras de suelo sus tejados humeantes.
¿Acaso he de esperar que le venga bien a Turno
batirse conmigo y quiera, aun vencido, atacar de nuevo?
Ésta es la cabeza, ciudadanos, éste el eje de una guerra nefanda.
A las antorchas, rápido. Vamos a vindicar el pacto con fuego.»
Había dicho, y todos con igual ánimo por combatir
forman una cuña y como densa mole se dirigen a los muros;
aparecieron de pronto las escalas y repentinamente el fuego.
Corren unos a las puertas y matan a los primeros,
otros disparan sus armas y oscurecen el cielo de flechas.
Eneas también, entre los primeros, al pie de los muros tiende
su diestra y acusa a grandes voces a Latino
y reclama el testimonio de los dioses de verse de nuevo forzado a combatir,
dos veces ya los ítalos enemigos, segunda vez que rompen el pacto.
Nace la discordia entre los atribulados ciudadanos;
abrir la ciudad ordenan unos y ofrecer las puertas abiertas
a los Dardánidas y hay quien trae al propio rey hasta los muros.
Otros empuñan las armas y prosiguen la defensa de la muralla,
encerrados como cuando a las abejas azuzó el pastor en la toba
llena de escondrijos y la llenó de humo insoportable;
ellas dentro, nerviosas por su suerte, por su campamento de cera
discurren y encienden su encono con gran estruendo;
se agita el negro olor por el lugar y resuenan entonces
las piedras por dentro en ciego murmullo, escapa el humo al aire libre.
   Acaeció, además, a los latinos exhaustos esta desgracia,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

que sacudió con el duelo desde su base a la ciudad entera.
La reina cuando vio al enemigo llegando a las casas,
que escalaban los muros, que el fuego volaba a los tejados
sin que tropa alguna de los rútulos les saliera al paso, ni de Turno,
pensó la infeliz que el joven, en algún avatar del combate,
había sucumbido y turbada de pronto su mente por el dolor
grita que ella es la causa, la culpa y el origen de estos males,
y tras decir muchas locuras, fuera de sí de pena,
resuelta a morir con su mano rasga el manto purpúreo
y ata en una alta viga el nudo de una muerte infame.
Luego que las desgraciadas latinas se enteraron de este desastre,
se ensañó la primera la hija Lavinia con sus cabellos de oro
y sus mejillas de oro y enloqueció en su torno
todo el resto del grupo, resuenan los alaridos por toda la casa.
De aquí se extiende por toda la ciudad funesta la noticia;
se abaten los ánimos, va Latino con las vestiduras rasgadas,
atónito ante el sino de su esposa y la ruina de su ciudad,
manchando de sucio polvo sus canas desatadas.
Alejado entretanto en el campo de batalla el belicoso Turno
persigue, ya menos confiado, a unos cuantos dispersos,
menos contento cada vez del trotar de sus caballos.
La brisa le llevó todos estos gritos confundidos
con ciegos terrores y llegó hasta sus tensos oídos
el sonido de una ciudad convulsionada y el siniestro murmullo.
«¡Ay de mí! ¿Qué duelo tan grande sacude las murallas?
¿Por qué esos gritos de todos los rincones de la ciudad?»
Así dice y se detiene, fuera de sí, tirando de las riendas.
Y su hermana, según iba transformada en el auriga
Metisco y gobernaba parro, caballos y riendas,
se le dirige con estas palabras: «Sigamos por aquí, Turno,
a los de Troya, por donde ya se nos abren las puertas de la victoria;
otros hay que pueden defender con su brazo las casas.
Eneas ataca a los ítalos y traba combates,
inflijamos también nosotros con mano cruel muertes a los teucros.
Ni saldrás del combate con menos víctimas ni con menos gloria.»
Turno a eso:
«¡Ay, hermana! Hace tiempo te reconocí, cuando con tus mañas
costurbaste la primera el pacto y te entregaste a esta guerra,
y en vano pretendes ahora no ser una diosa. Mas, ¿quién del Olimpo
sacándote quiso que soportaras fatigas tan grandes?
¿Tal vez para que vieras la muerte cruel de tu pobre hermano?
¿Qué me queda, pues, o qué Fortuna puede ya salvarme?
He visto ante mis propios ojos llamarme con su voz
a Murrano -y nadie para mí más querido que él-,
cómo inmenso caía vencido por inmensa herida.
Cayó el desgraciado Ufente para no ser testigo
de nuestro deshonor; son los teucros señores de su cuerpo y armas.
¿He de tolerar que arrasen las casas (lo único ya
que nos faltaba) sin desmentir con mi diestra las palabras de Drances?
¿Volveré la espalda y ha de ver esta tierra cómo huye Turno?
¿Hasta ese punto es morir una desgracia? Sedme propicios,
Manes míos, que se me han vuelto en contra los dioses del cielo.
Alma pura descenderé hasta vosotros sin conocer esa culpa,
jamás indigno de la grandeza de mis antepasados.»
Apenas había acabado de hablar: he aquí que vuela entre los enemigos
Saces sobre espumante caballo herido de frente
en la cara por una flecha y cae implorando a Turno por su nombre:
«Turno, en ti la última esperanza, ten piedad de los tuyos.
Nos fulmina Eneas con sus armas y con abatir amenaza
las fortalezas más altas de los ítalos y exterminarlos,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

y ya vuelan las teas a los tejados. Hacia ti los latinos dirigen
sus rostros, hacia ti sus ojos; duda hasta el rey Latino
a quién llamar yerno o a qué pacto plegarse.
Y además la reina, quien más en ti confiaba, con su propia
mano se ha dado muerte y ha huido asustada de la luz.
Solos ante las puertas Mesapo y el fiero Atinas
resisten el asalto. En su torno de uno y otro lado falanges
se alzan apretadas y se eriza un campo de espigas de hierro
con los filos de punta, y tú dando vueltas por la hierba desierta con tu carro.»
Quedóse Turno atónito confundido por la imagen varia
de los acontecimientos y se quedó, fija la mirada, en silencio;
una gran vergüenza y la locura que se mezcla con el duelo arden en un solo corazón
y un amor sacudido por la furia y un valor consciente.
En cuanto se apartaron las sombras y la luz volvió a su cabeza,
dirigió a las murallas los círculos ardientes de sus ojos,
agitado, y contempló la gran ciudad desde su carro.
Y hete aquí que ondeaba en el cielo un remolino de llamas
agitándose entre los tablones y envolviendo la torre,
esa torre que él mismo había levantado de compacto armazón,
y le había puesto ruedas por debajo y altos puentes por arriba.
«Ya hermana, ya me vence mi destino; deja de entretenerme.
Marchemos a donde el dios me llama y la Fortuna fiera.
Establecido está que me bata con Eneas; lo está, aunque amargo sea,
que me conforme con la muerte y no me verás, hermana, por más tiempo
sin gloria. Déjame antes, te ruego, desfogar mi furia.»
Dijo, y rápido dio un salto del carro al campo
y entre los enemigos se lanza y los dardos y a su hermana afligida
deja y rompe el centro de las líneas con rápida carrera.
Y como una roca cuando se precipita de la cima del monte
y cae arrancada por el viento o un temporal de lluvia
la arrastró o la dejó caer el peso de sus años;
avanza por el abismo el terrible monte con gran impulso
y salta en el suelo, bosque, ganados y hombres
arrastrando consigo: por las filas deshechas así corre
Turno hacia los muros de la ciudad donde copiosa la tierra
está empapada de la sangre vertida y rechina el aire de flechas,
y hace una señal con la mano y dice a la vez a grandes voces:
«Dejadlo ya, rútulos, y contened vosotros vuestros dardos, latinos.
Sea cual sea la fortuna, mía es; más justo es que yo sólo
cumpla el pacto por vosotros ylo resuelva con mi espada.»
Todos se apartaron y le hicieron un sitio en el centro.
Mas el padre Eneas, al escuchar el nombre de Turno,
deja los muros y las altas fortalezas deja
y acaba con toda demora, interrumpe todos sus planes
exultante de alegría y espantosas hace sonar sus armas:
como el Atos, o el Érice, o con sus crujientes encinas
cuando brama el propio padre Apenino o se goza
alzándose hasta el cielo con su cumbre nevada.
Y ya entonces los rútulos a porfía y los troyanos y todos
los ítalos habían vuelto sus ojos, quienes estaban en lo alto
de la muralla y quienes con el ariete atacaban la base de los muros,
y soltaron las armas de sus hombros. Asombrado contempla Latino
cómo dos grandes hombres, nacidos en partes bien distintas
del orbe, habían llegado a enfrentarse y deciden su suerte con la espada.
Y ellos, cuando quedó libre el campo con sitio suficiente,
tras lanzarse de lejos en rápido asalto las lanzas,
comienzan el duelo con los escudos y el bronce sonoro.
Se escapa de la tierra un gemido; entonces con repetidos golpes de espada
se atacan, el azar y el valor se confunden en uno.
Y como en el gran Sila o en las cumbres del Taburno

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

cuando dos toros en áspero combate con la testuz
gacha se atacan, se apartaron asustados los pastores,
asiste el rebaño todo mudo de miedo, y dudan las novillas
quién será el amo del bosque, a quién ha de seguir entera la manada;
ellos cambian golpes con gran violencia
y enredan topándose los cuernos y con ríos de sangre
lavan sus cuellos y lomos, muge gimiendo todo el bosque.
No de otro modo el troyano Eneas y el héroe Daunio
chocan con sus escudos; un intenso fragor llena el aire.
El mismo Júpiter sostiene los dos platillos de la balanza
en equilibrio y coloca encima el sino distinto de ambos,
a quién condena el duelo, hacia dónde se inclina el peso de la muerte.
Salta aquí Turno creyéndose a salvo, y se alza con todo
su cuerpo levantando en alto la espada
y golpea: gritan los troyanos y los temblorosos latinos,
y atentas están las dos filas. Pero la pérfida espada
se quiebra y abandona al ardiente en mitad del golpe,
si no acude en su ayuda la huida. Huye más veloz que el Euro
en cuanto vio la empuñadura desconocida y su diestra inerme.
Es fama que, cuando montaba en los caballos uncidos
para el inicio del combate, había nervioso cogido
la espada de su auriga Metisco, dejándole la de su padre;
y ésa, mientras los teucros huían en desbandada, fue largo rato
suficiente. Cuando hubo de enfrentarse a las divinas armas de Vulcano,
la mortal lama se disolvió con el golpe como hielo
quebradizo, brillan sus pedazos en la rubia arena.
Así que enloquecido escapa Turno por partes diversas del llano,
y ahora aquí y luego allá trenza círculos inciertos;
pues le encerraron por doquier los teucros en densa corona
y por un lado vasta laguna le rodea y por otro las escarpadas murallas.
Y no menos Eneas, aunque a veces le estorban las rodillas
que la flecha entorpeció y le impiden correr,
le persigue y enardecido acosa con su pie el pie del fugitivo:
como a veces el perro de caza tras atrapar a un ciervo
encerrado por el río y cercado por el miedo
a las rojas plumas, lo acosa con su carrera y sus ladridos,
y el otro por su parte, asustado por las trampas y la profunda ribera,
huye y huye otra vez por mil caminos, mas el umbro fogoso
se le pega con la boca abierta y casi ya lo tiene y como si así fuera
apretó las mandíbulas y le engañó el mordisco inane;
se levanta entonces un clamor y las riberas y la laguna
alrededor responden y truena todo el cielo con el tumulto.
Turno huye a la vez y a la vez increpa a los rútulos todos
por su nombre llamando a cada cual y reclama la espada que bien conocía.
Eneas al contrario amenaza con la muerte y un final
inmediato a quien le asista y espanta a los temblorosos
jurando que arrasará su ciudad, y, aun herido, sigue adelante.
Cinco vueltas completan corriendo y otras tantas repiten
de acá para allá, y no están en juego premios pequeños
o de competición, sino que pelean por la vida y la sangre de Turno.
Un acebuche de amargas hojas consagrado a Fauno
allí se había alzado, venerable leño un día para los marineros
donde solían, salvados de las aguas, colgar sus ofrendas
al dios laurente y dejar el exvoto de sus vestiduras;
pero los teucros sin atención alguna el tronco sagrado
habían arrancado para poder atacar con campo libre.
En ella estaba la lanza de Eneas, ahí su impulso
la había dejado clavada y en terco abrazo la retenía.
Se apoyó y quiso arrancar el asta con su mano
el Dardánida y perseguir con su disparo a quien corriendo

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

no podía alcanzar. Y entonces Turno, loco de miedo:
«Fauno, te suplico. Ten piedad -dice- y sujeta tú el hierro,
óptima Tierra, si siempre cumplí con vuestros honores,
los que, por el contrario, han profanado con la guerra los Enéadas.»
Dijo, yla ayuda del dios invocó con votos no vanos.
Pues mucho lo intentó y se entretuvo en el tronco tenaz
sin poder abrir con fuerza alguna Eneas
el mordisco de la madera. Mientras se empeña fiero e insiste,
de nuevo convertida en la figura del auriga Metisco
corre la diosa Daunia y entrega la espada a su hermano.
Venus, indignada por esta licencia de la Ninfa audaz,
intervino y arrancó el arma de la raíz profunda.
Ya los dos enardecidos con sus armas y con el ánimo repuesto,
uno fiado en su espada, el otro fiero y erguido con su lanza,
se ponen frente a frente anhelando los encuentros de Marte.
Entretanto a Juno el rey del todopoderoso Olimpo,
como de una rubia nube seguía el combate, le dice:
«¿Cuál será ya el final, esposa mía? ¿Qué es lo que queda ya?
Sabes bien, y así lo reconoces, que al cielo se debe Eneas
como dios tutelar de la patria, y que a las estrellas lo han de alzar los hados.
¿Qué estás tramando o con qué esperanza te agarras a las nubes heladas?
¿Fue justo mancillar a un dios con herida mortal?
¿Y la espada (pues qué podría Yuturna sin ti),
entregársela a Turno y acrecentar la fuerza del vencido?
Déjalo ya por fin y pliégate a mis ruegos,
que no te devore en silencio un dolor tan grande ni me lleguen
de tu dulce boca con tanta frecuencia amargos reproches.
Hemos llegado al final. Has podido sacudir a los troyanos
por tierra y por mar, encender una guerra nefanda,
destrozar una casa y cubrir de luto un himeneo:
que vayas más allá, te lo prohibo.» Así comenzó Júpiter;
así le contestó la diosa Saturnia con la mirada baja:
«Porque sabía bien que era ésa tu voluntad, gran Júpiter,
he abandonado muy a mi pesar a Turno y sus tierras;
y no me verías tú ahora, sola en mi sede del aire
aguantando lo que debo y lo que no: estaría junto a las filas
revestida de llamas y arrastraría a los teucros a acerbos combates.
Persuadí (lo confieso) de que ayudase a su pobre hermano
a Yuturna y vi bien que por su vida intentase empresas mayores,
aunque no, sin embargo, que el arco tensara y las flechas;
lo juro por las fuentes implacables del río estigio,
el solo temor religioso que se asignó a los dioses del cielo.
Y ahora me aparto en verdad y abandono los odiados combates.
Sólo esto, que no está fijado por ley alguna del destino,
te pido por el Lacio, por la grandeza de los tuyos:
puesto que ya preparan la paz con felices (así sea)
matrimonios, puesto que ya firman leyes y pactos,
no permitas que cambien los naturales del Lacio
su antiguo nombre o se hagan troyanos y se les llame teucros,
o que cambien su lengua esos hombres o alteren de vestir su forma.
Que sea el Lacio, que por los siglos sean los reyes albanos,
sea por el valor de los ítalos poderosa la estirpe romana.
Sucumbió, y deja que así sea, Troya junto con su nombre.»
Sonriéndole, el autor de los hombres y de las cosas:
«Eres la hermana de Jove y el segundo vástago de Saturno.
Agitas en tu pecho olas tan grandes de enojo...
Pero, ea, deja ese furor que en vano concebiste:
te concedo lo que quieres y me rindo, vencido y satisfecho.
Conservarán los ausonios su lengua y las costumbres de su patria
y como es será su nombre; mezclados sólo de sangre,

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

los teucros se les agregarán. Costumbres y ritos sagrados
les daré y a todos haré latinos con una sola lengua.
La estirpe que de aquí nacerá, mezclada con la sangre ausonia,
verás que supera en piedad a los hombres y a los dioses,
y ningún pueblo te rendirá culto como ellos.»
Asintió a esto Juno y, satisfecha, cambió sus deseos;
en ese momento abandona el cielo y deja la nube.
Hecho esto, da vueltas el padre en su interior a otra cosa,
y se dispone a apartar a Yuturna de las armas de su hermano.
Hay dos pestes gemelas, llamadas Furias;
a ellas y a la tartárea Megera las tuvo la noche oscura
en uno y el mismo parto, y las ciñó de iguales
anillos de serpientes y las dotó del viento de sus alas.
Éstas se muestran junto al trono de Júpiter y en el umbral del rey
implacable y aguijan el terror de los sufridos mortales
si alguna vez el rey de los dioses dispone la horrífica muerte
y las enfermedades, o estremece con la guerra a las ciudades culpables.
A una de ellas la envió rápida de las cumbres del cielo
Júpiter y le ordenó servir de presagio a Yuturna.
Vuela aquélla y en rápido torbellino se dirige a la tierra.
No de otro modo la flecha que la cuerda lanza a través de las nubes
cuando, armada de la hiel del cruel veneno, el parto,
el parto o el cidonio, la disparó dardo incurable,
y silbando atraviesa sin que nadie la vea las rápidas sombras:
así se lanzó la hija de la Noche y se encaminó a las tierras.
Cuando divisa los ejércitos de Ilión y las tropas de Turno,
tomando de pronto la figura de la pequeña ave
que a veces en las tumbas o en los tejados desiertos
posada canta hasta tarde en la noche, lúgubre entre las sombras;
con tal figura se presenta la peste ante los ojos
de Turno y revuela gimiendo y golpea el escudo con sus alas.
Una extraña torpeza aflojó sus miembros de miedo,
y de horror se le erizó el cabello y clavada se quedó la voz en su garganta.
pero de lejos cuando el estridor reconoció y las alas de la Furia,
se mesa la infeliz Yuturna los sueltos cabellos,
se hiere la hermana el rostro con las uñas y el pecho con los puños:
«¿Cómo puede ahora, Turno, ayudarte tu hermana?
¿Qué me queda, pobre de mí? ¿Con qué artimañas podría
prolongarte la vida? ¿Es que puedo enfrentarme a un monstruo tal?
Ya, ya abandono las filas. No me espantéis, que ya estoy asustada,
pájaros horribles: reconozco el azote de vuestras alas
y el sonido letal, y no se me ocultan las órdenes altivas
del magnánimo Jove. ¿Así me paga por mi virginidad?
¿Para qué me dio una vida eterna? ¿Por qué de la muerte
me quitó la condición? ¡Podría acabar con penas tan grandes
ahora mismo, y acompañar a mi pobre hermano entre las sombras!
¿Yo, inmortal? ¿Podría haber algo dulce para mí
sin ti, hermano mío? ¡Ay! ¿Qué profundo abismo lo suficiente
se me abrirá para llevar a una diosa junto a los Manes profundos?»
Sólo esto dijo y se tapó la cabeza con su manto glauco
entre muchos gemidos, y se ocultó la diosa en el fondo del río.
Eneas sigue atacando y hace brillar su lanza
grande como un árbol, y así habla con pecho terrible:
«¿Qué es lo que ahora te entretiene? ¿Por qué te retrasas, Turno?
No a la carrera; debemos pelear de cerca con armas terribles.
Conviértete en todo lo que gustes y reúne cuanto puedas
de valor y de trucos; toca con tus alas, si quieres,
los astros altísimos y ocúltate encerrado en los abismos de la tierra.»
El otro, sacudiendo la cabeza: «No me asustan tus fogosas palabras,
arrogante; los dioses me asustan y Júpiter de enemigo.»

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com

Y sin más decir pone sus ojos en una piedra enorme,
una antigua y enorme piedra que estaba tirada en el llano,
puesta como marca en el campo para evitar querellas por los sembrados.
Apenas podrían aguantarla sobre la cerviz doce hombres escogidos,
musculosos como hoy los produce nuestra tierra;
él la alzó con mano temblorosa y la blandía contra su enemigo
irguiéndose más aún el héroe y lanzado a la carrera.
Mas ni se reconoció al correr ni al avanzar
o al tomar la enorme piedra en sus manos y vibrarla;
vacilan sus rodillas, un escalofrío le cuajó la gélida sangre.
Y además la roca lanzada al vacío por el guerrero
ni recorrió toda su distancia ni cumplió el golpe.
Y como en sueños, cuando de noche lánguido reposo
nos cierra los ojos; en vano nos parece que queremos emprender
ansiosas carreras y en medio del intento sucumbimos
extenuados; no puede la lengua, no nos bastan las conocidas
fuerzas del cuerpo y no salen voces ni palabras.
Así a Turno, por donde su valor le lleva a buscar una salida,
la diosa cruel le niega el camino. Dan vueltas entonces en su pecho
variados sentimientos; contempla a los rútulos y la ciudad
y vacila de miedo y le estremece buscar la muerte,
ni cómo escapar o con qué fuerza atacar al enemigo
ve, ni siquiera su carro ni a su hermana la auriga.
Contra sus dudas blande Eneas el dardo fatal,
calculando la fortuna con los ojos, y con todo su cuerpo
lo dispara de lejos. Nunca tiemblan así las piedras que arroja
la máquina mural ni con rayo tan terrible
estallan los truenos. Vuela como negro torbellino
el asta llevando un cruel final y desgarra los bordes
de la coraza y el último cerco del séptuplo escudo;
silbando le atraviesa el muslo. Cae golpeado
cuan grande es Turno al suelo doblando la rodilla.
Se alzan los rútulos en un gemido y resuena todo
el monte alrededor y los bosques profundos devuelven el eco.
Él, desde el suelo suplicante, los ojos y la diestra implorante
le tiende, y dice: «Lo he merecido en verdad, y no me arrepiento;
aprovecha tu suerte. Si el pensamiento de un padre
desgraciado puede conmoverte, te ruego (también tú tuviste
a tu padre Anquises), ten piedad de la vejez de Dauno
y devuélveme a los míos, aunque sea mi cuerpo
despojado de la luz. Has ganado y los ausonios me han visto
vencido tender las palmas; tuya es Lavinia por esposa,
no vayas con tu odio más allá.» Se detuvo fiero en sus armas
Eneas volviendo los ojos y frenó el golpe de su diestra;
estas palabras habían empezado a inclinar sus dudas
cada vez más, cuando apareció en lo alto de su hombro
el desgraciado tahalí y relucieron las correas con los conocidos bullones
del muchacho, de Palante, a quien Turno abatiera vencido
por su herida, y llevaba en sus hombros el trofeo enemigo.
Él, cuando se le fijó en los ojos el recuerdo
del cruel dolor y su botín, encendido de furia y con ira
terrible: «¡A ti te gustaría escapar ahora revestido
con los despojos de los míos! Palante te inmola con este golpe,
y Palante se cobra el castigo con una sangre criminal.»
Así diciendo le hunde furioso en pleno pecho
la espada; a él se le desatan los miembros de frío
y se le escapa la vida con un gemido, doliente, a las sombras.

Este documento ha sido descargado de
http://www.escolar.com